

JOHN NORMAN

CRONICAS
DE LA CONTRATIERRA

CAUTIVA DE



Lectulandia

Elinor Brinton de la Tierra, adinerada, bella, en situación de disfrutar de todos los privilegios de su sexo y su posición social, se encuentra de pronto prisionera en el campamento de Targo, mercader de esclavos de Gor.

Allí, encadenada junto a otras bellas cautivas —Ute, la amiga leal y compasiva que no es más que una pobre tonta a los ojos de Elinor; Lana, la favorita y la más mimada de todas—, debe aprender a olvidarse de su amor propio, a someterse, a obedecer las órdenes de los hombres y llamarles amo.

Adiestrada en la lujosa ciudad de Ko-ro-ba, le son enseñadas las sensuales habilidades, las provocativas danzas y los sutiles movimientos de una esclava Goreana del placer; soporta la humillación de ser vendida y los castigos que conlleva la desobediencia: el látigo de cinco tiras, la marca de hierro candente y la temida caja de los esclavos.

Orgullosa y virginal, está decidida a no ser la esclava de ningún hombre... y a escapar. Es entonces cuando se encuentra con Rask de Treve, tarnsman salvaje y proscrito, conocido y temido en todo Gor por su mortal destreza en la batalla y su maestría en el arte de doblegar a las mujeres a su voluntad.

Lectulandia

John Norman

Cautiva de Gor

Crónicas de la Contratierra 7

ePUB v1.0

RufusFire 28.11.11

más libros en lectulandia.com

Título original: *Captive of Gor*
© 1972 by John Lange
Traducción: *Mercedes Amella*
Ilustración: *Boris Vallejo*
© Ultramar Editores, S.A., 1989
ISBN: 8473865219

[illegible]

1. LA MARCA

Lo relatado a continuación ha sido escrito a petición de mi amo, Bosko de Puerto Kar, el gran mercader, quien, a mi parecer, fue en el pasado uno de los guerreros.

Me llamo Elinor Brighton. Antes era independiente y me mantenía a mí misma.

Hay tantas cosas que no comprendo... Pero dejaré que otros le den algún significado a esta narración.

Presumo que mi historia no es ni tan singular, ni tan extraña como podría parecer. Según los criterios de la Tierra, yo era extremadamente bella. Sin embargo, en este mundo, soy una muchacha que no vale más que quince piezas de oro: más hermosa que muchas, pero superada con creces por las numerosas jóvenes cuya increíble belleza no puedo sino envidiar. Fui adquirida para las cocinas de la casa de Bosko. He sabido que los mercaderes van y vienen a lo largo de las rutas de esclavos que hay entre este mundo y la Tierra. Las mujeres, entre otros bienes, son adquiridas y llevadas a los mercados de este mundo raro. Si eres hermosa y deseable, teme lo peor.

Sin embargo, quizás hay peores suertes para una mujer que la de ser traída hasta este mundo, incluso como regalo para los hombres.

Mi amo me ha dicho que no describa este mundo con mucho detalle. No sé por qué, pero no debo hacerlo. Me ha indicado que narre primordialmente lo que me ha sucedido. Y me ha rogado que escriba mis pensamientos y, sobre todo, mis emociones. Deseo hacerlo así. En realidad, aunque yo no lo quisiera así, tendría que obedecer.

Será suficiente, por lo tanto, con que cuente algo de mi pasado y mi condición.

Fui caramente educada, por no decir bien. Soporté una sucesión interminable de años de soledad en internados y, más tarde, en uno de los mejores colegios para señoritas del noroeste de Estados Unidos. Aquellos años me parecen ahora extrañamente vacíos, casi frívolos. No tuve ninguna dificultad para obtener buenas calificaciones. Creo que mi inteligencia era buena, pero incluso cuando mis trabajos no alcanzaban un nivel aceptable eran altamente considerados, como lo eran los de mis hermanas de asociación estudiantil. Nuestros padres eran personas adineradas y a menudo entregaban a las escuelas y colegios universitarios importantes donaciones económicas después de nuestras graduaciones. Además, yo nunca había encontrado a los hombres, y muchos de mis instructores lo eran, difíciles de complacer. A decir verdad, ellos parecían impacientes por complacerme. Un curso me suspendieron francés. Mi profesor en este caso era una mujer. El Decano de los Estudiantes, como solía hacer en tales ocasiones, se negó a aceptar la calificación. Hice un pequeño examen con otro profesor y la nota fue sobresaliente. La mujer se despidió de la escuela aquella primavera. Lo sentí, pero ella debería haberlo sabido. Al ser rica, no tenía problemas de ningún tipo para hacer amigas. Era muy popular, aunque no

recuerdo a nadie con quien pudiese hablar. Prefería pasar mis vacaciones en Europa.

Podía permitirme vestir bien, y lo hacía. Mi cabello estaba siempre como yo quería, incluso cuando parecía encantadoramente despeinado. Una cinta, un determinado color en un accesorio, la correcta y carísima barra de lápiz de labios, la confección de una falda, la calidad de la piel de un cinturón y unos zapatos a juego de importación: todo era importante. Cuando tenía que ir a pedir más tiempo para entregar algún ejercicio retrasado me ponía unos viejos vaqueros, un jersey y una cinta en el pelo. Además, solía mancharme un poco las manos y la mejilla con tinta mecanográfica. Siempre conseguía el margen de tiempo que me hacía falta. Por supuesto que no era yo la que mecanografiaba los trabajos. Aunque sí que los redactaba habitualmente. Me gustaba hacerlo. Me gustaban más los míos que los que podía adquirir. Unos de mis profesores, que me había concedido un aplazamiento para la entrega de un trabajo aquella misma tarde, no me reconoció por la noche cuando se sentó varias filas detrás mío en la sala de conciertos del Lincon Center. Me estuvo mirando burlonamente, y en una ocasión, durante un intermedio, pareció que iba a hablarme. Le dirigí una mirada glacial y dio media vuelta, sonrojado. Yo iba vestida de negro, con el pelo recogido hacia arriba, y llevaba perlas y guantes blancos. No se atrevió a mirarme más.

No sé cuándo se fijaron en mí. Pudo ser en una calle de Nueva York, en una acera de Londres o en un café de París. Pudo haber sido mientras tomaba el sol en la Riviera. Pudo incluso ser en el mismo campus de mi Universidad. En cualquier sitio. Sin yo saberlo, se habían fijado en mí y me adquirirían.

Opulenta y bella, me guiaba por mi instinto. Me creía superior a la demás gente, y no me asustaba demostrarles a mi manera, que esto era verdad. Es curioso, pero ellos, en vez de parecer enfadados, se mostraban impresionados y un poco intimidados, al menos por fuera, pues yo desconocía lo que sentían privadamente. Me aceptaban por la gran importancia que me daba a mí misma, que era considerable. Intentaban complacerme. Yo me divertía con ellos a veces con mala cara, haciendo ver que estaba enfada o disgustada, para luego sonreírles y demostrar que les había perdonado. Parecían agradecidos y radiantes. Cuánto los despreciaba yo. ¡Cuánto los utilizaba! Me aburrían. Yo era rica, guapa y afortunada. Ellos no eran nada.

Mi padre hizo fortuna gracias a sus tierras y edificios de Chicago. Por lo que sé, sólo se preocupaba de su negocio. No recuerdo que me besase nunca. Tampoco recuerdo haberle visto tocar a mi madre o que ella le tocara a él en mi presencia. Ella provenía de una familia acomodada de Chicago, con extensas propiedades en la costa. No creo que mi padre tuviera interés por el dinero que ganaba más que por el hecho de ganarlo en mayor cantidad que otros hombres, pero siempre había otros más ricos que él. No era un hombre feliz. Recuerdo las recepciones que mi madre organizaba en casa. Lo hacía con frecuencia. Una vez mi padre me menciona que ella

era su máspreciado bien. Lo dijo a modo de halago. Recuerdo que mi madre era bella. Envenenó a un caniche que tuve una vez porque el perro había roto una de sus zapatillas. Yo tenía siete años en aquel entonces y lloré mucho. Cuando me gradué, no asistieron a la ceremonia. Ésa fue la segunda vez que lloré en mi vida. Él tenía una cita de negocios, y ella daba una cena para algunos de sus amigos en Nueva York, donde residía. Por supuesto, me envió una tarjeta y un reloj muy caro, que yo regalé a otra chica.

Aquel verano mi padre falleció de un ataque al corazón aunque tenía poco más de cuarenta años. Por lo que sé, mi madre todavía reside en Nueva York, en una suite en Park Avenue. En la liquidación de la hacienda de mi padre, recibió la mayor parte de los bienes, pero yo obtuve unos tres cuartos de millón de dólares, básicamente en obligaciones y bonos. Era una fortuna que fluctuaba, en ocasiones considerablemente, según el mercado, pero que era substancialmente sólida. El hecho de que mi fortuna fuese hoy de más de medio millón de dólares o mañana superase los tres cuartos de millón no me interesaba demasiado.

Después de graduarme, fijé mi propia residencia en un ático de Park Avenue. Mi madre y yo nunca nos veíamos. En realidad, no tenía ningún interés especial por proseguir mis estudios o por dedicarme a algo. Fumaba demasiado, aunque detestaba el tabaco. Bebía bastante. Nunca me dio por las drogas porque era algo que me parecía estúpido.

Mi padre había tenido numerosos contactos de negocios en Nueva York y mi madre, a su vez, poseía amigos influyentes. La llamé por teléfono varias semanas después de mi graduación, pues pensaba que podía ser una buena idea comenzar una carrera como modelo. Me parecía que aquello llevaba consigo un cierto *glamour* y que podría así conocer gente interesante y divertida. Algunos días más tarde fui invitada por dos agencias a varias entrevistas, que como imaginaba fueron un simple formulismo. Hay sin duda muchas chicas lo suficientemente hermosas como para dedicarse a esta profesión. En una población de millones de personas, la belleza no es algo difícil de encontrar. Por lo tanto, sobre todo en lo referente a chicas sin experiencia, puede suponerse qué otros criterios, aparte de ése o el encanto o la elegancia, son los que frecuentemente determinan las posibilidades iniciales de una joven en un terreno tan competitivo. Aquél era mi caso. Creo, por supuesto, que yo podría haber tenido éxito por mí misma igualmente. Pero no me hizo falta intentarlo.

Disfruté bastante de mi carrera como modelo, aunque no duró más que unas pocas semanas. Me gusta la ropa y sé cómo llevarla a la perfección. Me gusta posar, si bien en ocasiones es doloroso y pesado. Los fotógrafos y los artistas parecían inteligentes e ingeniosos, aunque a veces fueran un poco bruscos. Eran muy profesionales. Uno de ellos me llamó perra un día. Yo me reí. Me surgían muchos trabajos.

El mejor remunerado de todos era uno en el cual tendría que lucir varias piezas de una colección de prendas de baño organizado por una firma bastante conocida, cuyo nombre no considero relevante mencionar a efectos de la narración.

Pero no llegué a realizarlo.

Recibí la noticia del trabajo un lunes por la tarde y debía presentarme en un estudio determinado el miércoles por la mañana. Tenía el martes libre, así que despedí a mi doncella de color y a la cocinera hasta el miércoles. Quería toda la casa para mí, para estar sola, leer y escuchar discos.

El martes por la mañana me levanté tarde.

Me despertó la luz del sol que se colaba por entre las cortinas. Me desperecé. Era un día cálido y relajante, muy relajante. Eran casi las doce. Duermo desnuda, entre blancas sábanas de satén. Alargué la mano para coger el cenicero de la mesita de noche y encendí un cigarrillo. No había nada extraño en la habitación. Un viejo muñeco, un Koala polvoriento, yacía cerca de los pies de la cama. Los libros estaban encima de las mesas. La pantalla de la lámpara estaba ligeramente ladeada, tal y como yo la recordaba de la noche anterior. El despertador, al que no había dado cuerda, seguía en mi neceser. El cigarrillo no sabía bien, pero yo misma había querido encenderlo. Me eché de nuevo sobre las sábanas y volví a desperezarme. Luego giré mis piernas hacia el borde de la cama y deslicé los pies hacia el interior de mis zapatillas. Me cubrí con un batín de seda. Apagué el cigarrillo en el cenicero y fui al cuarto de baño para ducharme.

Recogí mi cabello hacia arriba, me deslicé del batín y corrí la puerta de la ducha para meterme dentro. A los pocos segundos estaba gozando del agua templada. Era un buen día, cálido y relajante, muy, muy relajante. Permanecí unos instantes con la cabeza hacia atrás y los ojos cerrados, dejando caer el agua a lo largo de mi cuerpo. Luego cogí el jabón y empecé a enjabonarme.

Cuando apliqué la pastilla a mi muslo izquierdo, me sobresalté. Allí había algo que yo no había tocado antes.

Miré mi muslo llena de espanto.

Yo no había sentido ningún dolor.

Pero ¡aquello no estaba allí la noche anterior!

Ahora había una marca en mi pierna. En la parte alta del muslo. Media unos cuatro centímetros de largo y era una marca cursiva y graciosa. Estaba segura de que aquello no era el resultado de una herida producida naturalmente. A su manera era perfecta, bastante profunda y limpia.

Recuperé el aliento y me apoyé en la pared para enderezarme. Como una autómatas limpié el jabón de mi cuerpo y cerré el grifo. Salí del cuarto de baño todavía húmeda, y caminé descalza por encima de la alfombra para colocarme frente al gran espejo que había a un lado del dormitorio y así ver todo mi cuerpo. Allí me sentí

desfallecer y de nuevo la habitación pareció apagarse a mi alrededor. Sobre el espejo, en el que yo aún no me había fijado, había otra marca dibujada con mi lápiz de labios más encarnado. Era la misma marca que lucía en la pierna, la misma señal graciosa y cursiva.

Me miré en el espejo sin poder dar crédito a lo que estaba viendo. Toqué de nuevo la marca de mi muslo y volví a mirar la señal roja dibujada en el espejo. Me contemple a mí misma.

No sabía casi nada de aquellas cosas, pero no cabía la menor duda sobre la hermosa y profunda marca grabada en mi muslo.

Todo se volvió negro y caí sobre la alfombra delante del espejo. Me desvanecí. Me habían marcado a fuego.



2. EL COLLAR

No sabía cuánto tiempo había permanecido echada en el suelo sobre la gruesa alfombra.

Quizás hubiese transcurrido más de una hora a juzgar por la posición del sol que se filtraba a través de las cortinas.

Me incorporé, apoyándome sobre las manos y las rodillas, y me mire en el espejo llena de horror.

No pude reprimir un grito.

¡Estaba volviéndome loca!

Me lleve las manos a la cabeza y la sacudí.

Aferré mis dedos a la anilla que me rodeaba la garganta, para intentar quitármela del cuello. ¡Me la habían colocado mientras estaba inconsciente!

Alrededor de mi garganta, perfectamente encajada, había una delicada y brillante anilla de metal.

Con un extraño presentimiento busqué el cierre en la parte de atrás de mi cuello para soltarla. Mis dedos rebuscaron. No lo encontraban. La giré despacio y con cuidado, pues estaba muy ajustada. La examiné en el espejo. No había ningún cierre. Sólo una diminuta y resistente cerradura en la que debía encajar una llave pequeñísima. ¡La habían cerrado alrededor de mi garganta! Había algo escrito en ella, pero no podía leerlo. ¡La escritura estaba en una lengua que me resultaba desconocida!

La habitación comenzó a oscurecerse una vez más y también a girar, pero luche desesperadamente por mantenerme consciente.

Alguien estuvo en la habitación y colocó la argolla en mi cuello, y ese alguien podría seguir allí.

Con la cabeza baja y el cabello caído hacia la alfombra, andando a cuatro patas, sacudí la cabeza. No perdería el conocimiento. Permanecería consciente.

Mire a mí alrededor.

Mi corazón estuvo a punto de detenerse. La habitación estaba vacía. Me arrastré hasta el teléfono que estaba junto a la cama, sobre la mesilla de noche. Lo levanté con el máximo cuidado para no hacer ningún ruido. No había línea. El cable colgaba libremente. Los ojos se me llenaron de lágrimas.

Había otro teléfono en el salón, pero estaba al otro lado de la puerta. Me daba miedo abrirla. Miré hacia el cuarto de baño. Aquella estancia también me asustaba. No sabía lo que podía haber allí dentro.

Yo tenía un pequeño revolver. Nunca lo había disparado. Era la primera vez que pensaba en él. Conseguí ponerme en pie y me dirigí vacilante hacia el enorme armario de tres cuerpos que había a un lado del dormitorio. Hundí la mano bajo los

pañuelos y la ropa interior del cajón y sentí su empuñadura. Grité de alegría. Miré el arma, sin poder creerlo. No pude ni hablar. Sencillamente no podía entender qué había sucedido. Casi en su totalidad se había convertido en un montón informe de metal. Era como si fuese un trozo de chocolate derretido. Lo deje caer de nuevo sobre la seda. Me erguí insensible y vi mi imagen en el espejo. Estaba indefensa. Pero mi terror no era un terror corriente.

Sentía que me había ocurrido mucho más de lo que podía ser explicado en los términos del mundo que me era conocido. Estaba asustada.

Corrí hacia las cortinas que cubrían el gran ventanal de mi habitación y las abrí de par en par.

Miré hacia la ciudad.

Allí estaba, oscurecida por los gases de la contaminación. Podía ver cientos de ventanas, algunas de las cuales reflejaban el sol, en medio de la dorada neblina. Podía ver los grandes muros de ladrillo, acero y cemento.

Era mi mundo.

Permanecí allí un momento, mientras el sol se posaba sobre mí a través del grueso y sucio cristal.

¡Era mi mundo!

Pero yo seguía desnuda tras el cristal, con la garganta rodeada por una anilla de acero de la que no podía desprenderme. Sobre mi muslo había una marca.

—¡No! —grite interiormente—. ¡No!

Me alejé de la ventana y, sigilosamente, me dirigí hacia la puerta del salón, que estaba un poco entreabierta. Hice acopio de valor y la abrí un poco más. Casi me desvanecí de alivio. No había nadie en la estancia. Todo estaba como yo lo había dejado.

Corrí a la cocina, que podía divisar desde el salón, y abrí un cajón a toda prisa. Saqué un cuchillo enorme. Me volví ferozmente, apoyando la espalda contra el mostrador de la cocina y blandiendo el cuchillo; pero allí no había nadie.

Con él en la mano me sentía más segura. Regresé al salón y fui hasta el teléfono. Juré para mis adentros al comprobar que el cordón había sido cortado.

Inspeccioné el ático. Las puertas estaban cerradas con llave. La vivienda estaba vacía y la terraza también.

El corazón me latía salvajemente. Pero me sentía mejor. Corrí al armario para vestirme, para salir de la casa y avisar a la policía.

Justo al llegar al armario, alguien llamó con fuerza a la puerta.

Me volví sujetando el cuchillo.

La llamada se repitió con más insistencia.

—Abran —ordenó una voz—. Policía.

Suspiré aliviada y corrí a la puerta, todavía con el cuchillo.

Al llegar me detuve, aterrorizada.

Yo no había llamado a la policía. Desde el ático no era fácil que alguien me hubiese oído gritar. No había intentado avisar a nadie al descubrir que los teléfonos estaban desconectados. Solo había querido escapar.

Quienquiera que estuviese al otro lado de la puerta, no podía ser la policía.

La llamada sonó más fuerte.

—Abran la puerta. Abran la puerta. ¡Policía!

Conseguí controlarme.

—¡Un momento! —contesté con tanta calma como pude lograr—. Ahora mismo abro. Me estoy vistiendo.

Las llamadas cesaron.

—Está bien —dijo la voz—. Dese prisa.

—Sí —respondí suavemente, sudando—. Ahora mismo.

Corrí al dormitorio y miré histéricamente a mi alrededor. Cogí algunas sábanas del armario de la ropa de cama, y las anudé nerviosa unas a otras. Corrí a la terraza. Sentí un mareo al mirar por encima de la barandilla. Pero unos cuatro metros más abajo había una pequeña terraza. Una de las muchas que sobresalían del edificio. Daba al apartamento de debajo. Al sol, con el aire que me irritaba los ojos, y partículas de hollín y cenizas cayendo sobre mí, anudé uno de los extremos de las sábanas firmemente a una barra de hierro que remataba el murete que rodeaba la terraza. El otro extremo cayó hacia abajo, a la pequeña terraza. De no haber estado aterrorizada, nunca hubiese tenido el valor para hacer algo semejante.

Las llamadas habían vuelto a comenzar. Notaba la impaciencia de los golpes.

Regresé al dormitorio para coger algo que ponerme, pero al entrar en la habitación oí que golpeaban la pesada puerta.

Advertí que no podía llevar el cuchillo conmigo mientras descendía por las sábanas, pues tendría que utilizar ambas manos. Tal vez hubiera podido sujetarlo entre los dientes, pero, con el pánico, no se me ocurrió. Estaba en la habitación cuando oí que la puerta comenzaba a ceder y a separarse de los goznes. Enloquecida, arrojé el cuchillo sobre la almohada y salí a la terraza. Sin mirar abajo, aterrorizada, con un nudo en el estómago, comencé a descender moviendo una mano después de la otra. Acababa de desaparecer de la barandilla cuando oí que la puerta saltaba y unos hombres entraban en el apartamento. En cuanto llegase a la terraza de abajo, estaría a salvo. Podía llamar la atención de los inquilinos de aquel apartamento o, si era preciso, con una silla o cualquier otra cosa romper los cristales y entrar.

Arriba, desde el interior del ático, me llegó un grito de rabia.

Podía oír los ruidos de la calle, que me llegaban desde muy abajo. Pero no me atrevía a mirar.

Entonces mis pies tocaron las tejas de la terraza.

¡Estaba a salvo!

Algo suave, doblado y blanco se deslizó sobre mi cabeza y pasó ante mis ojos. Se introdujo en el interior de mi boca. Otro trozo de tela doblado pasó sobre mi cabeza. Alguien lo anudo firmemente en la parte posterior de mi cuello.

Intenté gritar, pero no pude hacerlo.

—¡La tenemos! —dijo una voz.

3. CORDELES DE SEDA

Me revolví agitadamente, sacudiendo la cabeza. Aquello era un mal sueño.

—No, no —murmuré retorciéndome, queriendo despertar—. No, no.

Parecía como si no pudiera moverme a mi antojo. Aquello no me gustaba. Estaba enfadada.

Entonces, de pronto, desperté. Grité, pero no emití ningún sonido.

Intenté sentarme, pero casi me estrangulé, y caí hacia atrás. Luché con todas mis fuerzas por liberarme.

—Está despierta —dijo una voz.

Dos hombres enmascarados permanecían al pie de la cama, mirándome. Oí a otros dos hablar en el salón.

Me revolví salvajemente.

Mis tobillos habían sido anudados juntos con unos cordeles de seda de bastante delgados. También habían atado mis muñecas, pero detrás de la espalda. Un lazo de hilos plateados había sido anudado alrededor de mi cuello, y con él quedaba sujeta a la cabecera de la cama.

Podía verme en el espejo. La extraña marca que habían dibujado con pintalabios en su superficie seguía allí.

Quise volver a gritar, pero no pude. Me di cuenta por el espejo de que mis ojos miraban enloquecidos por encima de la mordaza.

Seguí intentando liberarme, pero al cabo de unos momentos, al oír que los hombres regresaban a la habitación, me detuve. A través de la puerta abierta, vi las espaldas de dos hombres, vestidos de policías. No me era posible ver sus rostros. Los de las máscaras regresaron a la habitación.

Me miraron.

Yo quería hablar con ellos, pero no conseguía hacerme oír.

Encogí las piernas y me puse de lado, para cubrirme tanto como me fuera posible.

Uno de ellos me tocó.

El otro pronunció un sonido breve y abrupto. El primero se volvió para alejarse. Aquel sonido había sido, sin ninguna duda, una palabra, una negación. Era un lenguaje que yo desconocía.

Los hombres no habían saqueado el ático. Los cuadros permanecían en las paredes. Las alfombras orientales en los suelos. No habían tocado nada.

Vi cómo el hombre que se había alejado un poco, y que parecía un subordinado, extraía de su bolsillo una funda de piel que daba la impresión de contener una estilográfica. Lo desenroscó y me quedé paralizada. Era una jeringuilla.

Sacudí la cabeza violentamente.

—¡No! —grité.

Y él introdujo la jeringuilla en mi costado derecho, entre el pecho y la cadera.

Me hizo daño, pero no sentí que me ocurriese nada anormal.

Le vi guardar la jeringuilla en su funda y ésta en el bolsillo interior de la chaqueta.

El hombre más corpulento miró su reloj. En esta ocasión se dirigió al más menudo, el que había tenido la jeringuilla, en inglés. Y habló con un acento muy marcado, aunque no supe localizar de dónde podía ser.

—Regresaremos después de medianoche —dijo—. Entonces será más fácil. Podremos alcanzar el punto P en cinco horas y hay menos tráfico. Y yo tengo otras cosas que hacer esta tarde.

—Muy bien —le respondió el otro—. Estaremos preparados.

No había el menor acento en la respuesta del hombre menos robusto. No me cabía ninguna duda de que el inglés era su lengua materna. Quizás tuviera alguna dificultad para seguir el otro idioma. Pero cuando el otro hombre le había increpado con brusquedad en aquella extraña lengua, él había obedecido prontamente. Supuse que tenía miedo del corpulento.

Noté como si mi visión del dormitorio comenzase a oscurecerse.

El hombre corpulento se detrás mío y me tomó el pulso apretando levemente una de mis muñecas.

Luego me soltó.

La habitación pareció estar volviéndose más oscura y cálida. Intenté mantener los ojos abiertos.

El más corpulento salió de la habitación. El otro se entretuvo un poco. Fue hasta la mesita de noche y tomó uno de mis cigarrillos, y, con una de mis diminutas y finas cerillas importadas de París, lo encendió.

Echó la ceniza en el cenicero. Me tocó de nuevo, esta vez más íntimamente, pero yo no podía gritar. Empezaba a perder el conocimiento. Echó el humo del cigarrillo en mis ojos y mi nariz, inclinándose sobre mi cuerpo. Luché débilmente contra las ataduras y para seguir consciente.

Oí la voz del hombre corpulento que hablaba desde la puerta, creo; pero a la vez parecía muy distante.

El hombre más menudo se apresuró a apartarse de mi lado.

El otro entró en la habitación y volví la cabeza débilmente para mirarle. Vi alejarse a los dos hombres que vestían de uniformes de la policía hacia la puerta del apartamento, seguidos por el menos corpulento quien, al salir, retiró la máscara de su cabeza. No pude ver su rostro.

El hombre seguía mirándome. Levanté los ojos hacia él, sin fuerzas, casi inconsciente.

Me habló con firmeza.

—Regresaremos después de medianoche.

Luché por decirle algo, rebelándome contra la droga, pero deseando tan sólo poder dormir.

—Querrás saber —prosiguió— qué te sucederá entonces...

Asentí.

—La curiosidad está reñida con las Kajiras.

No entendí de qué estaba hablando.

—Podrían golpearte por ello.

No lograba entenderle.

—Digamos simplemente —afirmó—, que regresaremos después de la medianoche.

A través del agujero de la máscara que se correspondía con su boca, vi que sus labios dibujaban una sonrisa. Sus ojos también parecían sonreírme. Siguió dirigiéndose a mí.

—Entonces volveremos a drogarte —añadió—. Y luego te prepararemos para el transporte.

Salió de la habitación.

Tiré de las cuerdas que me ataban, y perdí el conocimiento.

Desperté en la cama, todavía atada.

Había oscurecido. Pude oír los sonidos del tráfico nocturno de la ciudad a través de la puerta abierta de la terraza. Las cortinas estaban descorridas y eso me permitía ver los miles de rectángulos luminosos que eran las ventanas, muchas de las cuales seguían con luz. La cama estaba bañada en sudor. No sabía qué hora era. Tan sólo que era de noche. Rodé hasta la mesita para ver el despertador, pero estaba volcado.

Luché desafortadamente con mis ligaduras. ¡Debía liberarme como fuese!

Pero después de minutos de forcejeo inútil, me desplomé tan atada como lo había estado toda la tarde.

De pronto me vi bañada en sudor.

¡El cuchillo!

Antes de que los hombres irrumpiesen en el ático yo lo había echado debajo de la almohada.

De nuevo rodé y, al estar maniatada, aparté la almohada con los dientes. Suspiré aliviada. El cuchillo seguía donde lo había dejado. Intenté moverlo sobre las sábanas de satén, con la boca y la parte posterior de mi cabeza, hacia mis manos. Fue una tarea ardua y dolorosa, pero milímetro a milímetro conseguí moverlo hacia abajo. En un momento determinado se me cayó al suelo y no pude reprimir un grito de angustia. Conseguí recuperarlo deslizándolo los pies fuera del lecho y cogiéndolo con ellos. Me habían cruzado los tobillos y los habían atado con firmeza. Era extremadamente difícil recuperar el cuchillo. Se me caía una y otra vez. Maldije la

cuerda que me sujetaba por el cuello al cabecero de la cama y lloré. A lo lejos mucho más abajo, en la calle, se oía el sonido de una sirena de un coche de bomberos. Luché, amordazada y atada, en silencio, atormentada. Finalmente conseguí llevar el cuchillo hasta el pie de la cama. Con los pies y el cuerpo logré subirlo hacia arriba y colocarlo debajo de mí. ¡Y entonces tomé el mango entre mis manos! Pero no conseguí llegar hasta las cuerdas. Podía sostenerlo pero incapaz de usarlo. De pronto, gritando como enloquecida para mis adentros, lo clavé contra la cama y lo aseguré con toda la fuerza de mi cuerpo. Empecé a serrar las ataduras con el filo. El cuchillo, cuyo mango resbalaba con el sudor de mi cuerpo, cayó cuatro veces, pero otras tantas lo puse en su sitio y volví a mi tarea. Y logré liberar mis muñecas. Cogí el cuchillo y solté de un golpe la cuerda que me ataba por la garganta y la de mis tobillos.

Salté de la cama y corrí a ver la hora. El corazón me dio un vuelco. ¡Eran ya más de las doce y media!

Retiré la mordaza y vacié mi boca: me habían colocado una especie de bola de sabor amargo. Me sentí enferma de pronto, caí al suelo de rodillas y vomité sobre la alfombra. Sacudí la cabeza. Tomé de nuevo el cuchillo y corté la mordaza que colgaba de mi cuello.

Corrí hacia el armario. Cogí las primeras prendas que me vinieron a mano, un par de pantalones de color tostado y una blusa negra anudada debajo del pecho.

Apreté ambas prendas contra mí, respirando entrecortadamente. Miré al otro extremo de la habitación. Mi corazón casi se detuvo de golpe. Allí vi, entre las sombras, en la tenue luz de la habitación, una chica. Estaba desnuda. Sostenía algo delante de él. Había una anilla de acero alrededor de su garganta. Sobre su muslo, una señal.

—¡No! —chillamos juntas.

Me ahogaba, la cabeza me estallaba. Enferma, aparté los ojos de mi reflejo en el gran espejo.

Me puse los pantalones y la blusa. Cogí un par de sandalias.

Eran treinta y siete minutos pasada la medianoche.

Volví corriendo de nuevo al armario y saqué una maleta pequeña. La eché a los pies del mueble y tiré dentro alguna ropa. La cerré de golpe.

Cogí un bolso y corrí, con la maleta, hacia el salón. Retiré un pequeño óleo y luché con la combinación de la caja fuerte. Solía tener en casa unos quince mil dólares y algunas joyas. Lo tomé todo de un zarpazo y la metí en el bolso.

Miré con terror las astillas de la puerta.

Me daba miedo atravesarla. Recordé el cuchillo. Volví al dormitorio y lo cogí, lo deslicé hacia el interior del bolso. Entonces, aterrorizada, salí a la terraza. Habían retirado las sábanas que usara al escapar del ático. Corrí de nuevo al dormitorio. Las vi caídas en un lado, como si fueran ropa sucia.

Miré hacia el espejo. Me detuve y abroché la blusa hasta lo alto de mi cuello, para ocultar la anilla de acero que rodeaba mi garganta. La marca dibujada con pintalabios seguía en el espejo. Tomé mi bolso y la pequeña maleta y me deslicé a través de la puerta destrozada. Me detuve delante del pequeño ascensor privado que había fuera, en la entrada.

Observé los indicadores que había sobre ellos. al interior del apartamento para recoger mi reloj de pulsera Con la llave que llevaba en el monedero, abrí el ascensor y bajé hasta el vestíbulo del piso de abajo, donde podría coger alguno de los ascensores comunes a todo el edificio. Pulsé todos los botones.

Observé los indicadores que había sobre ellos. Dos de ellos estaban subiendo ya, uno al piso siete y el otro al noveno. ¡Era evidente que no los había llamado!

Protesté.

Di la vuelta y corrí hacia las escaleras. Me detuve en lo alto. Muy distantes pude oír las pisadas de dos hombres que subían, resonando sobre los amplios escalones de cemento.

Regresé a los ascensores.

Uno se detuvo en mi piso, el veinticuatro. Me quedé de pie con la espalda apretada contra la pared.

Salieron un hombre y su esposa.

Me estremecí de la cabeza a los pies y pasé corriendo delante suyo.

Me miraron extrañados mientras yo presionaba el botón de la planta baja.

Mientras la puerta de mi ascensor se cerraba lentamente oí abrirse al contiguo. Al tiempo de cerrarse la puerta alcancé a ver las espaldas de dos hombres con uniforme de policías.

Despacio, muy despacio, el ascensor descendió. Paró en cuatro pisos. Me mantuve en el fondo, mientras tres parejas y otro hombre, con un maletín, entraban. Al llegar a la planta baja, salí despavorida del ascensor, pero al momento recuperé mi autocontrol, y miré a mi alrededor. En la entrada había algunas personas, sentadas aquí y allá, leyendo o esperando. Algunos me miraron con indiferencia. Era una noche calurosa. Un hombre que fumaba con pipa me miró por encima de su periódico. ¿Será uno de ellos? Casi se me detuvo el corazón. Volvía a su lectura. Tenía pensado dirigirme al aparcamiento del edificio, pero no desde la misma planta baja. Iría por la calle.

El portero me saludó tocando el ala de su sombrero cuando salí.

Yo sonreí.

Fuera en la calle me di cuenta de lo calurosa que era aquella noche.

Sin pensar qué hacía, toqué el cuello de mi blusa. Sentí el acero bajo ella.

Me crucé con un hombre que me miró.

¿Lo sabía? ¿Podía saber que había una anilla de acero alrededor de mi garganta?

Eché la cabeza atrás y me dirigí apresuradamente por la acera hacia la entrada del aparcamiento. Hacía tanto calor aquella noche.

Un hombre me miró detenidamente cuando pasé junto a él. Apreté el paso.

Anduve unos cuantos pasos y me volví. Seguía mirando.

Intenté hacer que siguiese su camino dirigiéndole una mirada fría, de desprecio.

Pero él no apartó la vista. Me sentí aterrorizada. Seguí mi camino apresuradamente. ¿Por qué no había conseguido librarme de él? ¿Por qué no había apartado los ojos de mí? ¿Por qué no se había vuelta, avergonzado de sí mismo, incómodo, y había seguido en dirección contraria? No lo había hecho. Permaneció mirándome. ¿Sabía que había una marca en mi muslo? ¿Lo intuía? ¿Acaso aquella marca me hacía ligeramente diferente a como era antes? ¿Podía apartarme de las demás mujeres de este mundo? ¿Es que ya no era capaz de alejar a los hombres de mi camino? Y si efectivamente ya no podía hacerlo, ¿Qué significaba esto? ¿Qué era lo que aquella pequeña marca había hecho? De pronto me sentí desamparada, y de alguna manera, por primera vez en mi vida, vulnerable y radicalmente mujer.

Entré en el aparcamiento.

Busqué las llaves en mi bolso y se las di apresuradamente, con una sonrisa, al vigilante.

—¿Ocurre algo, señorita Brinton? —preguntó.

—No, no —repuse.

Hasta él parecía mirarme de otra manera.

—Por favor, dese prisa —le supliqué.

Tocó, servicial, su gorra y se alejó enseguida.

Me quedé esperando y me pareció una eternidad. Conté los latidos de mi corazón.

En ese momento el Maserati, con su sonido perfecto, pasó de ir a todo gas a frenar en seco, y el joven salió de su interior.

Deslicé un billete en su mano.

—Gracias —dijo él.

Parecía preocupado, cortés. Volvió a rozar su gorra y mantuvo la puerta abierta.

Me sonrojé y pasé junto a él, lanzando mi maleta y mi bolso al interior del coche.

Me coloqué detrás del volante y él cerró la puerta.

Se inclinó hacia mí.

—¿Está usted bien, señorita Brinton? —preguntó.

Me pareció que estaba demasiado cerca de mí.

—¡Sí! ¡Sí! —le contesté.

Puse el coche en marcha y salí a toda velocidad para detenerme a unos metros de distancia.

Accionó al mando electrónico y subió la puerta. Salí de allí y me sumergí en el tráfico, en medio de aquella calurosa noche de agosto.

A pesar del mucho calor, el aire que me retiraba el cabello de la cara y pasaba sobre mí consiguió refrescarme.

Lo había hecho bien.

¡Había escapado!

Pasé junto a un policía y estuve a punto de parar para que me ayudase y me protegiese.

¿Pero cómo podía estar segura? Los otros también llevaban los mismos uniformes. Y podía incluso pensar que estaba loca. Además, podía arrestarme en la ciudad, que era donde estaban los otros. Podían estar esperándome. Yo no sabía quiénes eran. Podían estar en cualquier sitio. Por tanto, tenía que escapar, ¡escapar, escapar!

El aire me dio fuerzas. Me lancé en medio del tráfico, rápidamente, libre. Los demás conductores se veían obligados a frenar bruscamente en ocasiones. Hacía sonar sus bocinas. Yo dejaba caer la cabeza hacia atrás y reía.

En poco tiempo dejé la ciudad, crucé el puente George Washington, y tomé una de las carreteras rápidas hacia el norte. Poco después estaba en Connecticut.

Me puse el reloj mientras conducía. Miré la hora. Era la una cuarenta y seis.

No pude evitar ponerme a cantar para mis adentros.

Volvía a ser Elinor Brinton.

Se me ocurrió que tal vez no debería seguir por aquella carretera rápida, sino buscar vías menos transitadas. Dejé la vía rápida a las dos y siete minutos de la madrugada. Otro coche iba detrás del mío. No le presté mucha atención, pero al cabo de unas cuantas curvas todavía iba siguiéndome.

De pronto me sentí asustada y aumenté la velocidad. El otro coche hizo lo mismo.

Durante más de cuarenta y cinco minutos conduje por delante de mi perseguidor, a veces aumentando la distancia, a veces perdiendo terreno. En un determinado momento, patinando y derrapando por los arcones llenos de gravilla, llegué a tenerlo a menos de cuarenta metros, pero conseguí poner tierra de por medio, palmo a palmo.

Finalmente, cuando estuve a más de doscientos metros por delante suyo, en una carretera cruelmente tortuosa, apagué las luces del coche y me salí del camino, adentrándome entre algunos árboles. Había muchas vueltas en la carretera, muchas curvas, pensarían que estaba en alguna.

Me quedé sentada en el Masereti, con el corazón latiendo con fuerza y las luces apagadas.

En cuestión de segundos, el otro coche pasó, y tomó una curva.

Esperé medio minuto y regresé al camino. Conduje sin luces durante algunos minutos, siguiendo la doble línea amarilla del centro de la carretera a la luz de la luna. Luego, cuando llegué a una autopista más transitada, mejor pavimentada, las encendí y seguí mi camino.

Había sido más lista que ellos.

Seguí al norte. Imaginé que ellos suponían que yo había retrocedido, y estaba regresando al sur. No pensarían que continuaba mi viaje en la misma dirección. Me tendrían por más inteligente que eso. Pero yo era mucho más inteligente que ellos, pues eso era justamente lo que iba a hacer.

Eran ya casi las cuatro y diez de la madrugada. Me acerqué a un pequeño motel, un grupo de bungalows, algo apartado del camino. Aparqué el coche detrás de uno de los bungalows para que no pudiera ser visto desde la carretera. Seguro que nadie pensaba que yo pasaría a esa hora. Cerca, en dirección al norte de la autopista, había un bar abierto. No había prácticamente nadie. Las luces de neón rojas del local brillaban en la oscura y calurosa noche. Estaba muerta de hambre. No había comido nada en todo el día. Entré y me senté en uno de los reservados, para evitar ser vista desde la autopista.

—Siéntese en el mostrador —me dijo el muchacho que atendía. Estaba sólo.

Tomé dos bocadillos, de roast beef frío y pan seco, un trozo de tarta que había sobrado y una botella pequeña de batido de chocolate.

En cualquier otra ocasión me hubiera parecido horrendo, pero aquella noche me sentí encantada.

Enseguida alquilé un bungalow para pasar la noche; justo detrás de éste había aparcado el coche.

Puse mis pertenencias en el bungalow y cerré la puerta con llave. Estaba cansada, pero satisfecha interiormente. Me encontraba verdaderamente complacida con lo bien que había hecho las cosas. La cama parecía tentadora, pero yo estaba sudorosa, sucia, y me molestaba particularmente acostarme sin darme una ducha. Además, quería lavarme.

En el cuarto de baño, examiné la señal de mi muslo. Me ponía furiosa. Pero mientras la miraba, llena de rabia, no pude evitar sentirme atraída por su forma cursiva y su graciosa insolencia. Apreté los puños. Arrogancia, ¡eso era lo que habían plasmado en mi cuerpo! ¡La arrogancia, la arrogancia! Me marcaba. Pero de una manera hermosa. Me miré en el espejo. Miré la señal. No cabía la menor duda. Aquella marca, de alguna manera, insolentemente, increíblemente, realzaba mi belleza. Me sentía furiosa.

Al mismo tiempo, y de un modo incomprensible, descubrí que sentía cierta curiosidad por experimentar la caricia de un hombre. Los hombres nunca me habían importado demasiado. Aparté aquel pensamiento de mí. ¡Yo era Elinor Brinton!

Examiné la tira de acero de mi garganta. Por supuesto, no entendí la inscripción que llevaba. Ni siquiera podía reconocer el alfabeto. En realidad, quizás no fuese más que un diseño en forma cursiva. Pero en mi interior algo me decía que no lo era, tal vez por los espacios, y la formación de los caracteres. El cierre era pequeño pero

pesado, la anilla se ajustaba perfectamente a mi cuello.

Al mirar al espejo se me ocurrió que también ella, como la marca, era algo atractiva. Acentuaba mi delicadeza. Y no me la podía quitar. Me sentí desvalida por unos instantes; poseída, como una cautiva, propiedad de otros. Tan sólo durante unos segundos afloró a mi mente la fantasía de verme a mí misma, con la anilla, marcada como lo estaba, desnuda en los brazos de un bárbaro. Me estremecí asustada. Nunca antes había sentido algo parecido.

Aparté la mirada del espejo.

A la mañana siguiente me libraría de la anilla de acero.

Me metí en la ducha y al poco rato ya estaba cantando.

Había enrollado una toalla alrededor de mi pelo y, una vez seca y fresca, aunque cansada y muy feliz, emergí del cuarto de baño.

Abrí la cama.

Estaba a salvo.

Al prepararme para la ducha había metido mi reloj de pulsera en el bolso. Miré qué hora era: las cuarenta y cinco. Volví a dejarlo en el bolso.

Alargué la mano para tirar de la frágil cadena que colgaba de la lámpara.

Entonces lo vi. En el espejo, al otro lado de la habitación. En la basa del espejo había un tubo de pintalabios abierto, mío, que alguien había cogido de mi bolso mientras me duchaba. Sobre el espejo, en su superficie, dibujada con carmín, estaba la marca, la misma marca cursiva y grácil, que yo llevaba en el muslo.

Cogí el teléfono, pero no había línea.

La puerta del bungalow estaba sin cerrar del todo. Yo la había cerrado con llave. Pero alguien la había abierto e incluso descorrido el pestillo. Corrí a la puerta, la cerré como había hecho antes, y me apoyé en ella. Me eché a llorar.

Presa del pánico recogí mis ropas y me vestí.

Quizás tuviese tiempo. Tal vez se hubiesen ido, tal vez estuviesen esperando fuera. No lo sabía.

Revolví el bolso buscando las llaves del coche.

Volé hacia la puerta.

Pero, de pronto, muerta de miedo, no me atreví a tocarla. Podían estar esperando justo al otro lado.

Me fui hacia la parte de atrás del bungalow. Apagué la luz y permanecí quieta y aterrorizada en la oscuridad. Descorrí las cortinas de la ventana posterior del bungalow. La ventana estaba cerrada. La abrí. Sin hacer el más mínimo ruido, lo cual me alivió, se deslizó hacia arriba. Miré afuera. No se veía a nadie, pero podían estar allí delante. O tal vez se hubieran marchado, pensando que yo no vería la señal hasta la mañana siguiente. No, no, seguramente estaban allí mismo.

Salí por la ventana.

Dejé la pequeña maleta en el bungalow tenía mi bolso, que era lo importante. Dentro llevaba los quince mil dólares y las joyas. Y lo principal: las llaves del automóvil.

Subí al coche sigilosamente. Tendría que ponerlo en marcha y acelerar antes de que nadie pudiese detenerme. El motor todavía estaba caliente. Se encendería inmediatamente.

Gruñendo y cogiendo impulso, el Maserati volvió a la vida; escupiendo piedras y polvo con sus ruedas traseras dobló la esquina del bungalow a toda velocidad.

Pisé a fondo los frenos a la entrada de la autopista, patiné sobre el cemento y, con un chirrido de neumáticos y el olor a quemado que desprendieron, reemprendí mi marcha. No había visto a nadie. Di las luces del coche. Me crucé con algunos vehículos; otros me adelantaron.

No parecía haber nadie detrás mío.

No podía creer que estuviese a salvo. Pero no me perseguía nadie.

Con una mano luché con los botones de mi blusa negra para abrocharlos. Encontré el reloj en el bolso y lo deslicé hasta mi muñeca. Eran las cinco menos nueve minutos. Todavía estaba oscuro, pero era agosto y no tardaría en amanecer.

De repente, siguiendo un impulso, tomé una pequeña carretera lateral, una de las muchas que salían de la autopista.

No podrían saber cuál había seguido.

Comencé a respirar con más tranquilidad.

Relajé el pie que tenía sobre el acelerador.

Lancé una mirada al espejo retrovisor. Moví la cabeza para ver mejor. No parecía que fuese un coche, pero era indudable que había algo en la carretera detrás de mí.

Por unos instantes no pude ni tragar. Se me secó la boca. Conseguí hacerlo con dificultad.

Estaba a unos doscientos metros detrás de mí y se movía bastante despacio. Daba la impresión de no tener más que una sola luz. Pero parecía que ésta alumbraba la carretera por debajo suyo; era como una balsa amarilla que se desplazaba y desprendía un haz de luz. A medida que se acercaba, yo gritaba más. Se movía en silencio. No había ningún sonido de motor o de algún tipo de propulsión. Era redondo, negro, circular, pequeño, de unos tres metros de diámetro y unos dos de grosor. No se desplazaba por la carretera. Lo hacía por encima de ella.

Apagué las luces del Maserati y giré fuera de la carretera, dirigiéndome a algunos grupos de árboles que había en la distancia. El objeto llegó al punto por el que yo había salido, pareció detenerse, y luego, para mi desesperación, giró suavemente en mi dirección, sin prisa. Vi, a la luz amarilla que desprendía, la hierba del campo, y sobre ella las huellas de mis rodadas.

Me puse a conducir histéricamente por los campos, torciendo y girando, sin dejar

de acelerar. Tenía miedo de quedarme atrapada y quemar mis posibilidades de salir de allí.

El objeto, con su luz amarilla, suavemente, y sin tener ninguna prisa, no dejaba de acercarse más de mí.

El Maserati golpeó fuertemente una roca y el motor se paró, intenté ponerlo en marcha por todos los medios, desesperada. Por dos veces creía que lo conseguiría, pero luego sólo se oía el ruido de la llave. Repentinamente me vi bañada en luz amarilla y chillé. Se quedó suspendida en el aire sobre mí. Salté del coche y corrí hacia la oscuridad.

La luz se desplazó un poco, pero ya no volvió a encontrarme.

Llegué a los árboles.

Desde allí vi aterrorizada como la desagradable forma se colocaba sobre el Maserati.

Por un momento pareció como si una luz azulada saliese de aquella cosa.

El coche dio la impresión de encogerse, de vibrar bajo la luz azulada, y luego, para horror mío, desapareció.

Yo estaba de pie con la espalda apoyada en un árbol y una mano puesta sobre la boca.

La luz azul desapareció.

La amarillenta brilló de nuevo.

Aquella cosa giró hacia mí y comenzó a desplazarse lentamente en mi dirección.

Me di cuenta de que estaba abrazada al bolso. Lo había cogido en algún momento, de manera instintiva, al abandonar el coche. Contenía mi dinero, mis joyas, y el cuchillo de cocina que había echado dentro en el momento de abandonar el ático. Me volví y eché a correr, presa del pánico, a través del oscuro bosque. Perdí las sandalias. Tenía los pies llenos de arañazos y cortes. Llevaba la blusa rota. Una rama azotó mi vientre y grité de dolor. Otra se me clavó en la mejilla. Corría tanto como me era posible. La luz parecía muy cercana, pero no me daba alcance. Yo corría para alejarme de ella, abriéndome camino entre los matorrales y los árboles, llena de heridas y arañazos. Una y otra vez parecía que iba a iluminarme; barría los árboles y la maleza sólo a unos metros de mí, pero no me rozaba, y yo lograba apartarme en el último momento para seguir corriendo. Tropezaba con las piedras, las ramas o las raíces del bosque, llevaba los pies ensangrentados y me costaba respirar. Las manos, a pesar de llevar la derecha cogida al bolso, me ayudaban a luchar contra la maleza y las ramas que me golpeaban. No podía correr más. Me desplomé a los pies de un árbol, jadeante y con todos los músculos de mi cuerpo rotos por el esfuerzo. Me temblaban las piernas. Mi corazón latía a toda velocidad.

La luz se dirigió hacia mí de nuevo.

Me puse en pie como pude y corrí para que no me alcanzase.

Entonces vi unas luces bajo los árboles y los matorrales a unos cincuenta metros por delante de mí, en una especie de claro del bosque.

Corrí hacia ellas.

Llegué a toda prisa y con cierta torpeza a aquel claro.

—Buenas noches, señorita Brinton —dijo una voz.

Me detuve atónita.

Al mismo tiempo sentí que las manos de un hombre se cerraban sobre mis brazos por detrás.

Intenté débilmente soltarme, pero no pude.

Cerré los ojos ante el reflejo de la luz amarilla sobre el suelo.

—Éste es el punto P —dijo el hombre. Reconocí su voz. Era la del individuo más corpulento, el que había estado en el ático aquella tarde. Ya no llevaba la máscara puesta. Tenía los ojos y el cabello castaños y era bien parecido—. Nos ha dado usted muchos problemas —dijo. Luego se volvió hacia otro hombre—. Trae el grillete de la señorita Brinton.

4. LA CÁPSULA DE LAS ESCLAVAS

El hombre que me sujetaba me guió desde donde yo me encontraba hasta un lugar en uno de los lados del claro. El otro hombre lo acompañó, y algunos más.

La luz amarilla se extinguió, y la oscura y desagradable forma se posó suavemente sobre la hierba del claro.

Aún no había amanecido, pero no tardaría mucho en hacerlo.

Vi cómo se abría una escotilla en la parte superior del disco. Salió un hombre. Llevaba puesta una túnica negra. Los otros hombres iban vestidos de forma convencional, al menos los que yo veía en aquel momento en el claro.

Otras luces crecieron en intensidad de manera gradual a partir de entonces.

Me costaba respirar.

En el centro del claro había una forma oscura y grande, mucho más grande que la otra, pero no particularmente diferente en cuanto al diseño o al aspecto. Debía medir unos diez metros de diámetro y unos tres de grosor. Descansaba sobre la hierba. Estaba hecha de metal negro. En ella había varios orificios y escotillas. Una puerta permanecía abierta en uno de los lados, frente a mí. Se abría de manera que tocaba la hierba y formaba como una rampa, a través de la cual la nave podía ser cargada.

—¿Quiénes son ustedes? ¿Qué es esto? —pregunté en voz baja.

—Puedes soltarla —le dijo el hombre al que me sujetaba.

Éste obedeció.

Me encontraba de pie entre ellos.

Vi entonces que había un camión en otro lado del claro.

Estaban descargando cajas de varios tamaños y las colocaban en la nave.

—¿Le gustó el collar? —preguntó el hombre, amablemente.

Sin darme cuenta, me llevé las manos a la garganta.

Dio unos pasos y se colocó detrás de mí; abrió de un tirón el botón superior de mi blusa negra. Noté que ponía una pequeña y pesada llave en el cierre, también pequeño y pesado. El collar que me rodeaba el cuello se abrió al instante.

—Sin duda le darán otro —dijo. Se lo entregó al otro hombre, que se lo llevó.

Me miró.

Yo seguí apretando el bolso contra mí.

—Déjeme marchar —susurré—. Tengo dinero. Aquí. Y joyas. Y mucho más. Es todo suyo. Por favor...

Rebusqué en mi bolso y puse los billetes y las joyas en sus manos.

Le alargó los billetes y las joyas a otro hombre. No los quería.

Los hombres habían comenzado a traer, con más cuidado, algunas de las cajas del camión y las colocaron cerca de la gran escotilla abierta de la nave.

Apreté el bolso con mi mano derecha, medio abierto. Me sentía mal.

El hombre corpulento tomó mi mano izquierda y me quitó el reloj.

—No necesitará esto —dijo, y se lo alargó a otro hombre.

Los hombres que habían descargado el camión comenzaron a desarmar los lados de las enormes cajas colocadas cerca de la escotilla.

Miré llena de espanto.

En cada una de ellas, amarrada con firmes tiras y atadas a anillas de su interior, había una chica. Todas desnudas. Todas inconscientes. Todas llevaban el mismo collar.

Los hombres las pusieron en libertad, retirándoles las mordazas y las anillas del cuello y atando al tobillo de cada una lo que parecía una banda de acero.

Fueron transportadas inconscientes a la nave acto seguido.

No pude evitar dar un grito y echar a correr. Un hombre me atrapó. Cogí rápidamente el cuchillo de cocina que llevaba en el bolso y le apuñalé con furia. Dio un grito de dolor, llevándose una mano al corte ensangrentado que tenía en el brazo. Tropecé, caí y me levanté para seguir corriendo. Pero ellos estaban todos junto a mí, rodeándome. Alcé el cuchillo contra ellos, como una salvaje. Entonces me pareció que toda mi mano, mi muñeca y mi brazo, eran golpeados por una fuerza fantástica. El cuchillo se me escurrió de entre los dedos. Dejé caer el brazo lentamente, dolorida. No podía mover los dedos. El dolor era tan intenso que se me saltaron las lágrimas. Uno de aquellos hombres recogió el cuchillo. Otro me tomó por el brazo y me arrastró hasta el hombre corpulento. Me inclinaron hacia delante y yo levanté la vista para mirarle, sollozando y con los ojos llenos de lágrimas.

El hombre corpulento volvió a poner en su bolsillo un pequeño aparato. Parecía una linterna, pero yo no había visto el rayo que me había golpeado.

—El dolor no durará mucho —me informó.

—Por favor —supliqué—, por favor...

—Has estado sensacional —dijo.

Le miré sin poder articular palabra.

El hombre a quien yo había atacado con el cuchillo estaba detrás de él, sujetándose el brazo y quejándose.

—Que te miren ese brazo... —dijo el corpulento.

El otro se quejó una vez más y se alejó hacia el camión.

Uno de los hombres de la nave oscura, la más pequeña, la que me había seguido, se acercó.

—Queda poco tiempo —dijo.

El hombre corpulento asintió. Pero no pareció ni preocupado, ni tener prisa.

Me miro cuidadosamente.

—Yérguete —me ordenó, pero con suavidad.

Yo intenté erguirme. Todavía tenía el brazo paralizado por la fuerza de antes y no

podía mover los dedos.

Tocó el corte ensangrentado de mi vientre, donde me había golpeado la rama. Luego, alzó mi cabeza con su mano, y la volvió hacia un lado para ver el corte de mi mejilla.

—Esto no nos gusta —comentó. Y pidió—: Traed bálsamo.

Trajeron un ungüento y él lo esparció sobre ambas heridas. No olía a nada. Me sorprendió ver que se absorbía casi instantáneamente.

—Has de ser más cuidadosa —dijo.

No repliqué.

—Podrías haberte marcado tú misma, o haberte quedado ciega —le devolvió el ungüento a otro hombre—. Son superficiales —me explicó—, y sanarán sin dejar rastro.

—¡Déjeme marchar! —grité— ¡Por favor! ¡Por favor!

—¡Queda poco tiempo, poco tiempo! —urgió el hombre de la túnica negra.

—Traed su bolso —dijo el corpulento, con calma.

Se lo llevaron, desde el sitio donde yo había caído al intentar escapar.

—¿Quizás te gustaría saber cómo te seguimos? —preguntó.

Asentí sin articular palabra.

Extrajo un objeto de mi bolso.

—¿Qué es esto? —inquirió.

—Mi polvera —le dije.

Sonrió y le dio la vuelta. Desatornilló la parte de abajo. En el interior había un cilindro diminuto soldado a un pequeño plato circular que estaba cubierto por muchas rayas como el cobre, pequeñísimas.

—Esteartilugio —explicó—, transmite una señal que puede ser recogida por nuestro equipo a una distancia de casi doscientos kilómetros —sonrió—. Un aparato similar a este fue escondido en la parte inferior de tu automóvil.

No pude reprimir el llanto.

—Amanecerá dentro de seis ehns —dijo el hombre de la túnica.

Me di cuenta de que se percibía un resplandor por el este.

No comprendía lo que había dicho.

El hombre corpulento asintió a lo dicho por el de la túnica. Entonces, éste levantó un brazo. La nave pequeña se elevó poco a poco y se movió en dirección a la mayor. Uno de los orificios de ésta se abrió hacia arriba. La nave pequeña se coló por él. Alcancé a ver algunos hombres, con túnicas negras, que la sujetaban a unas láminas de acero del suelo. La puerta se cerró otra vez. Lo que quedaba de las cajas había vuelto a ser colocado en el camión. En un sitio y otro, por distintos lugares en el claro, los hombres iban y venían, recogiendo el equipo. Colocaban todas estas cosas en el camión.

Ya podía mover el brazo y un poco los dedos de la mano.

—Pero su nave, la pequeña —dije— parecía no acabar de encontrarme.

—Te encontré —afirmo él.

—La luz no consiguió alcanzarme —repliqué.

—¿Crees que fue sólo por equivocación que acabaste en nuestro campamento?

Asentí, sintiéndome desgraciada.

Él se echó a reír.

Le miré llena de espanto.

—La luz —prosiguió—. Siempre corrías para evitarla.

Protesté bajito.

—Fuiste traída aquí —dijo.

Lloré, por tanto sufrimiento.

Se volvió hacia su subordinado.

—¿Has traído el grillete de la señorita Brinton?

El subordinado se lo entregó. Vi que era de acero. Estaba abierto. El cierre parecía un pasador.

Quedé allí de pie, frente a ellos, tal y como había estado hasta entonces, con mis pantalones tostados y mi blusa negra, salvo que ahora llevaba además, un grillete en el tobillo.

—Observa —dijo el hombre corpulento, indicándome la nave negra.

Mientras la observaba, pareció como si las luces empezasen a parpadear en su superficie, y luego como si los pequeños haces de luz se entrecruzasen a través del acero y ante mis propios ojos, comenzó a cambiar de color, volviéndose de un azul grisáceo, salpicado de blanco. En el mismo momento pude ver el primer resplandor de luz que surgía por el este.

—Ésta es una técnica de camuflaje por campos de luz —continuó informándome el hombre corpulento—. Es algo primitiva. El sistema de pantalla de radar que hay en el interior es más sofisticado. Pero la técnica de camuflaje por campos de luz ha reducido considerablemente los avistamientos de nuestra nave. Aparte de eso, por supuesto, hacemos poca cosa más con la nave grande que no sean llegadas y salidas de un punto determinado. La nave pequeña se usa más ampliamente, pero generalmente sólo por la noche, y en áreas aisladas. También se halla equiparada con los camuflajes por campos de luz y cuenta con un sistema de pantalla de radar.

Entendí muy poco de cuanto me dijo.

—¿La desvestimos? —preguntó uno de los subordinados.

—No —contestó él.

Dio un paso y se colocó detrás mío.

—¿Vamos a la nave? —preguntó.

No me moví.

Me volví para mirarle de frente.

—¡Deprisa! —gritó el hombre de la túnica negra, desde el interior de la gran nave

— ¡Amanecerá dentro de dos ehns!

—¿Quién es usted? ¿Qué quiere? —supliqué.

—La curiosidad está reñida con las Kajiras.

Le miré fijamente.

—Podrían azotarte por ello —añadió.

—¡Aprisa! ¡Aprisa! —gritaba el de la túnica negra—. ¡Debemos realizar el enlace!

—Por favor —solicitó el hombre corpulento, señalando la nave con una mano.

Di media vuelta y le precedí hacia la nave como un autómata. Al llegar al pie de la rampa me eché a temblar.

—¡Rápido, Kajira! —dijo, con suavidad.

Ascendí por la rampa de acero. Me di la vuelta. Él estaba de pie, sobre la hierba.

—Según vuestra medida del tiempo —dijo— amanece en este meridiano y esta latitud, en el día de hoy, a las seis y dieciséis.

Vi asomar el sol por el extremo de mi mundo, elevándose y tocándolo. Amanecía en el este. Era el primer amanecer que yo veía. No es que no hubiese pasado nunca una noche entera en vela, lo había hecho incluso muchas veces. Era sencillamente que nunca había contemplado un amanecer.

—Adiós, Kajira —me dijo el hombre.

Extendí mis brazos hacia él y grité. La rampa de acero se separó del suelo y se cerró herméticamente dejándome en el interior de la nave. Una puerta de seguridad se deslizó sobre la rampa y también se cerró herméticamente. Golpeé su superficie con todas mis fuerzas, llorando desesperada.

Unas manos robustas me cogieron por detrás. Era uno de los hombres que vestían túnica negra. Había una diminuta cicatriz de tres puntas sobre su pómulo derecho. Me llevó a rastras, llorando y pataleando, a lo largo de la nave, entre hileras de tubos y placas de metal.

Finalmente me encontré en una zona algo redonda, donde, sujetos a unos raíles de la pared, inclinándose sobre el suelo, había varios cilindros transparentes, quizás de plástico duro. En su interior se hallaban las chicas que viera antes, las que habían sido sacadas del camión.

Uno de los tubos estaba vacío.

Otro hombre, vestido como el primero, desenroscó uno de los extremos del tubo vacío.

Me di cuenta de que había dos pequeñas mangas, una en cada extremo, sujetas al tubo. Llegaban hasta una maquina dispuesta en la pared. Luché desesperadamente, pero los dos hombres, uno cogiendo mis tobillos y el otro sosteniéndome por debajo

de los brazos, me metieron en el tubo a la fuerza. Enroscaron la tapa del cilindro para cerrarlo. Me puse de lado. Empujé con las manos las paredes del tubo. Grité y grité, pataleé contra el cilindro. Los hombres no daban la impresión de prestarme la más mínima atención.

Entonces, empecé a notar que me desvanecía. Resultaba difícil respirar.

Uno de los hombres aplicó una pequeña manga a una diminuta abertura que había sobre mi cabeza.

Levanté los ojos.

Estaba entrando una corriente de oxígeno en el tubo.

Otra manga fue conectada al extremo del cilindro, por encima de mis pies. Percibí un sonido débil, casi inaudible, como si entrase aire.

Podía respirar.

Entonces los dos hombres parecieron abrazarse cuando se sujetaron a unos railes, parte de las repisas sobre las que estaban dispuestos los cilindros. Me sentí repentinamente como si estuviese en un ascensor, y por un momento no pude respirar. Me di cuenta de que estábamos ascendiendo. Por la sensación que noté en el cuerpo, apretado contra el tubo, supuse que debíamos ascender verticalmente o casi. No hubo ninguna sacudida particularmente fuerte y no resultó demasiado desagradable. Fue rápido y escalofriante, pero no doloroso. No oí ningún sonido de motores o máquinas.

Al cabo de aproximadamente un minuto, los dos hombres, cogidos al rail, salieron de la habitación.

La extraña sensación continuó durante algún tiempo. Luego, al cabo de un rato, me sentí lanzada contra uno de los lados del tubo, con bastante fuerza, durante unos minutos. Después, repentinamente, parecía que ninguna fuerza tiraba de mí y, horrorizada, me desplacé hasta el otro lado del tubo. Algo más tarde, una tenue fuerza pareció tirar de mí hacia el lado derecho del tubo. Extrañamente, tuve la impresión de que, más que hacia la derecha, íbamos hacia abajo. Poco después, uno de los hombres que vestían túnica negra, cruzó la habitación. Llevaba unas sandalias con unas placas metálicas en la suela y avanzó lentamente, paso a paso, sobre la superficie de acero. Lo que antes había sido el suelo, ahora parecía una pared a mi izquierda, y aquel hombre se movía extrañamente por la pared.

Fue hasta la máquina en la que desembocaban las mangas que salían de los tubos, y giro un mando pequeño.

Noté de inmediato algo distinto en el aire que me llegaba.

Había otros mandos parecidos, debajo de varios interruptores; sin duda, cada uno era para uno de los contenedores.

Intenté llamar su atención. Grité. Aparentemente no podía oírme. O no le interesaba hacerlo.

Me fijé vagamente en que ahora la fuerza parecía tirar de mi cuerpo de una

manera distinta. También noté que el suelo y el techo estaban donde tenían que estar. Vi, aunque no era totalmente consciente de ello, que el hombre salía de la habitación.

Miré hacia fuera a través del plástico. Apreté las manos contra las paredes transparentes, pesadas y curvas de mi pequeña prisión. La orgullosa Elinor Brinton no había escapado.

Era una prisionera.

Perdí el conocimiento.

5. TRES LUNAS

Me resulta difícil aventurar qué ocurrió.

No sé cuánto tiempo estuve inconsciente.

Sé tan sólo que desperté aturdida, desconcertada, boca abajo, con la cabeza vuelta hacia un lado, sobre la hierba. Clavé los dedos en la tierra. Quería gritar. Pero no me moví. Los acontecimientos de aquella tarde y noche de agosto resonaban en mi mente. Cerré los ojos. Tenía que dormirme otra vez. Tenía que volver a despertarme, entre las blancas sabanas de satén de mi ático. Pero la sensación de la hierba fresca contra mi mejilla me dijo que yo ya no estaba en el apartamento, ni en algún entorno que me resultase familiar.

Apoyándome en las manos, me puse de rodillas.

Lancé una mirada al sol. Por alguna razón no me pareció el mismo. Moví una mano y apreté un pie contra el suelo.

Me dí por vencida llena de espanto.

Sabía perfectamente que ya no estaba en mi mundo, en el mundo que yo conocía. Era otro mundo, un mundo diferente, uno que no conocía, que me resultaba extraño.

Y sin embargo, el aire parecía hermosamente claro y limpio. No podía recordar un aire parecido. La hierba estaba húmeda por el rocío y era rica y verde. Me hallaba en un campo de algo, pero se divisaban unos árboles altos y oscuros, en la lejanía. Cerca de mí, crecía una pequeña flor amarilla. La miré sorprendida. Nunca antes había visto una flor como aquella. En la distancia, algo apartada del bosque, pude ver una espesura amarilla, también de árboles, pero que no eran verdes, sino brillantes y amarillos. Se oía un riachuelo cerca de donde me encontraba. Me sentí asustada.

Di un grito al ver pasar como una centella un pájaro diminuto de color púrpura sobre mi cabeza.

Lejos de mí, cerca de la espesura amarilla, vi moverse con gracia a un pequeño animal amarillento. Quedaba demasiado lejos para poder verlo bien.

Debía ser un venado o una gacela. Desapareció en la espesura. Miré a mi alrededor.

A unos cuantos metros de donde me encontraba vi un montón de metal retorcido, una estructura negra destrozada, medio quemada en la hierba.

Era la nave.

Me di cuenta de que ya no llevaba el grillete en el tobillo izquierdo. Me había librado de él.

Todavía vestía las ropas con las que había sido capturada. Los pantalones de color tostado y la blusa negra. Las sandalias las había perdido corriendo en aquel bosque de la Tierra, mientras intentaba escapar de la nave.

Tuve ganas de marcharme corriendo de allí, y llegar tan lejos como me fuera

posible. Pero no parecía haber señales de vida alrededor de la nave.

Estaba muerta de hambre.

Me arrastré hasta el riachuelo y echada sobre el estómago, sorbí agua y llené mi boca.

Lo que había imaginado que eran pétalos de una pequeña flor bajo la rápida y fría superficie del riachuelo, se separó bruscamente y se convirtió en un montón de diminutos peces amarillos.

Me quede sin habla.

No me apeteció seguir bebiendo.

Sólo deseaba apartarme corriendo de la nave. Aquellos hombres estarían en alguna parte.

Pero la nave parecía silenciosa. Vi algunos pájaros revolotear a su alrededor.

Debía haber comida en el interior.

Despacio, muy asustada, me acerqué a ella, paso a paso.

Finalmente, al llegar a unos veinte metros de distancia, di una vuelta a su alrededor, atemorizada.

Estaba llena de boquetes, los paneles de acero separados y doblados, quemados y abollados.

No había señales de vida.

Me acerqué entonces a la nave, medio enterrada en la hierba. Miré hacia el interior a través de una de las grandes grietas que había en el acero. Parecía que sus bordes se habían fundido y endurecido. En algunos lugares había churretones de acero congelados, como si gruesos regueros de pintura se hubiesen escurrido de un pincel y luego se hubiesen solidificado. El interior estaba oscuro y quemado. En determinados sitios las tuberías habían reventado. Los paneles se habían partido, dejando al descubierto los complejos y negros circuitos que ocultaban. El recio cristal, o el cuarzo, o el plástico, de las puertas estaba perforado en muchos puntos.

Descalza, caminando sobre las planchas de acero que sentía retorcido bajo mis pies, y sin que nada me lo impidiese, penetré en la nave conteniendo la respiración.

Parecía que allí no había nadie.

El interior estaba organizado de una manera un tanto abigarrada, con muy poco espacio entre las hileras de tuberías, conducciones y contadores. En ocasiones estos pequeños huecos estaban cerrados casi completamente por tubos retorcidos y pedazos de cable que surgían de los lados, pero conseguí llegar arrastrándome hasta donde yo quería.

Encontré lo que creí que sería una sala de controles, con dos sillas y un enorme orificio frente a ellas. En esta sala también había sillas en un lado, cuatro de las cuales tenían delante una cantidad enorme de indicadores, interruptores y pulsadores. No fui capaz de encontrar ninguna sala de máquinas. Cualquiera que fuese la fuerza

que propulsase la nave, debía hallarse en la parte de debajo. Quizás tan solo fuese accesible a través del fuselaje de acero del suelo. Seguramente los motores de la nave y sus armas, si las tenía, debían de ser manipulados desde la sala de mandos. Di con la zona en la que se guardaban los gruesos tubos de plástico, en uno de los cuales yo había estado confinada. Todos los tubos habían sido abiertos. Estaban vacíos.

Oí un sonido detrás mío y lancé un grito.

Un animal pequeño y peludo pasó corriendo junto a mí: sus patas resbalaban sobre las placas del suelo de acero. Tenía seis patas. Me apoyé contra un grupo de conducciones para recuperar el aliento.

Regresé a la parte mayor de la nave, y volví a mirar las grandes grietas del acero. No acababa de parecerme del todo posible que las hubiese causado el impacto contra el suelo. Eran cuatro. Una más bien hacia la parte de abajo de la nave. Las dos del lado izquierdo eran más pequeñas. La grieta a través de la cual había entrado era la más grande. En el punto por el que yo había pasado, puesto que el metal se hallaba desgarrado, como pétalos de acero. Medía casi tres metros de alto; era una brecha que, de manera irregular, en la izquierda, se escurría hacia abajo y acababa a pocos centímetros del suelo. Había, por supuesto, muchos otros puntos en la nave en los que se apreciaban daños. En todos los casos se trataba de acero agujereado y retorcido y cosas parecidas. Imaginé que muchos de aquellos destrozos habrían sido causados por el impacto. Miré una vez más las grandes grietas. No me pareció improbable que la nave hubiese sido atacada.

Corrí por ella aterrorizada, intentando hallar comida o armas. Encontré la zona de alojamiento de la tripulación. Allí había dos armarios con cerrojos, y seis literas, tres a un lado, apiladas la una sobre la otra, y tres en el otro. Los armarios habían sido forzados y estaban vacíos. Había sangre en uno de los lados de una de las literas.

Salí corriendo de la estancia.

Encontré la diminuta cocina. En una esquina, inclinado hacia delante, royendo algo, vi un animal del tamaño de un perro pequeño. Alzó el morro y me gruñó, a la vez que el pelo de su cuello y de su lomo se erizaba con un crujido.

Grité.

Parecía dos veces más grande que antes.

Estaba agazapado por encima de un objeto metálico, redondo, parecido a un plato, que estaba abierto.

El animal tenía un aspecto sedoso. Le brillaban los ojos. Era moteado y rojizo. Abrió la boca y gruñó de nuevo. Vi que tenía tres filas de dientes como alfileres. Tenía sólo cuatro patas, no como el animal que había visto antes. Dos dientes en forma de colmillo sobresalían de su mandíbula. Otras dos protuberancias en forma de cuernos salían de su cabeza, justo encima de sus brillantes y malvados ojos negros.

Me sentía como enloquecida por el hambre. Abrí un armario. Solo había unas

tazas.

Lancé un grito histérico y comencé a tirar las tazas, que eran de metal, sobre el animal. Lanzo un rugido y con las tazas golpeando el metal de la pared por detrás suyo, pasó junto a mí como una exhalación. Su sedoso cuerpo golpeó mi pierna en el momento de salir de la cocina. Tenía una cola muy larga, sin pelo, como un látigo.

Cerré la puerta de la cocina llorando.

Abrí todos los armarios, todos los cajones, todas las cajas. Todo lo comestible, al parecer, se lo habían llevado. ¡Tendría que morirme de hambre!

Así que me senté sobre el suelo de acero de la cocina y lloré. Cuando hube llorado bastante, me acerqué al contenedor de metal, que seguía abierto y del que había estado comiendo el sedoso y terrible animal. Conteniendo la respiración, casi vomitando, comí.

Era carne, gruesa y fibrosa, como de buey, pero no era buey.

Con la mano y los dedos escarbé y recogí del plato todas las partículas de comida. No era suficiente. Lo devoré. Me chupé los dedos incluso, intentando aprovechar hasta el último resquicio de jugo.

Cuando me incorporé, me sentía refrescada y más fuerte. Miré a mi alrededor tristemente. Mientras buscaba comida había encontrado algunos utensilios, pero no cuchillos o algo que pudiera usarse como un arma.

De pronto me pareció que había permanecido demasiado tiempo en el interior de la nave. No había encontrado cuerpos, aunque si hallado, en un sitio, en una litera, una mancha de sangre. Si había supervivientes, podían regresar. Me quede aterrorizada. Buscando comida me había olvidado de todo.

Abrí la puerta de la cocina.

Oí un pájaro batir las alas inquieto.

Era un pájaro pequeño, del tamaño de un gorrión, pero parecía un búho pequeño, con unas crestas sobre los ojos. Era de un color violáceo. Me miró intrigado. Estaba posado sobre un tubo partido.

Fijó su mirada en mí durante un momento y luego, con un batir de alas, salió como una flecha de la nave.

También yo salí disparada de allí.

Fuera, todo parecía en calma. Me detuve. El oscuro bosque quedaba detrás de la nave, en la distancia. Los campos se extendían a la derecha. Algo más a la izquierda, a lo lejos, distinguí en los campos la espesura amarilla que viera antes. La posición del sol había variado, y las sombras eran más largas. Pensé que era por la tarde en aquel mundo. No hacía frío. Si ese mundo tenía estaciones, y supuse que las tenía, hubiera dicho que me encontraba en la primavera de su año. Me pregunte cual sería la duración de un año allí.

Mirando más cuidadosamente a mi alrededor, descubrí hierba aplastada, como si

hubiesen dejado cosas allí antes, aquella misma mañana: cajas y objetos por el estilo. En un sitio encontré algunas hebras de cabello de mujer. En otro, había una mancha oscura, rojiza y marrón en la hierba.

¡Tenía que salir de allí!

Me volví hacia el bosque, pero su oscuridad me asustaba.

De pronto, a través del aire límpido, desde muy lejos, surgió un bramido, como de un animal muy grande, que llegaba desde el bosque.

Di media vuelta en sentido al del bosque y comencé a correr campo a través ciegamente, hacia el horizonte, sobre la hierba. No había llegado lejos, cuando me detuve, pues en el cielo y a lo lejos vi moverse un objeto plateado en forma de disco. Volaba rápidamente en mi dirección. Me eché sobre la hierba y me cubrí la cabeza con las manos.

No noté que hubiese ocurrido nada y espere unos segundos antes de levantar la cabeza.

El disco plateado se había posado en el suelo, cerca de los restos medio calcinados de la nave negra.

Ésta lanzó unos destellos rojizos, pero transcurridos unos segundos se desvanecieron.

Entonces se abrieron unas ranuras en la nave plateada de las que salieron unos hombres. Llevaban unos tubos, o unas varas, que quizá fuesen armas de algún tipo. También éstos, como los hombres de la otra nave, vestían túnicas, pero el tejido de éstas era tornasolado y morado. Llevaban las cabezas afeitadas. Algunos se desplegaron alrededor de la nave; otros, portando armas, entraron.

Entonces, horrorizada, vi salir de la nave plateada una criatura dorada, enorme, de seis piernas, que se apoyaba en las cuatro traseras y tenía una posición casi erguida. Sus ojos eran muy grandes y me pareció que también tenía antenas. Sus movimientos eran rápidos, delicados, elegantes, e inclinándose hacia abajo penetró en la otra nave. Algunos de los hombres la siguieron hacia el interior.

En menos de un minuto, la criatura y los hombres salieron de la nave. Junto con los que habían permanecido fuera, regresaron apresuradamente a la suya. Las puertas se cerraron y la nave, casi simultáneamente, se elevó en silencio, a unos treinta metros del suelo. Se colocó sobre los restos de la nave negra. Hubo un rápido fogonazo de color azul y una oleada de aire casi incandescente. Bajé la cabeza. Cuando la levanté, la nave plateada había desaparecido. Y también los restos de la nave negra. Cuando conseguí reunir el valor suficiente, me dirigí al lugar donde habían estado aquellos. La depresión sobre la que se asentaba y la hierba de alrededor, hasta unos diez metros de distancia, estaba calcinada. Pero no pude encontrar nada de la nave, ni un trozo de cuarzo, un pedazo de cable, o una tira de metal.

Desde el distante bosque volví a oír el bramido de algún animal.

Una vez más me volví y eché a correr.

Al llegar al pequeño riachuelo en el que había bebido antes, me metí en el agua.

Me cubría hasta la cintura.

Algo me picó con fuerza en el tobillo. Grité y golpeé el agua a mi alrededor.

Cuando lo hube cruzado volví a correr.

Debí correr, caminar y tropezar durante horas.

Una vez me detuve a descansar. Me eché sobre la hierba para recuperar el aliento. Tenía los ojos cerrados. Oí un rumor. Volví la cabeza y abrí los ojos. Me quedé mirando horripilada. Era como una cepa, tenía zarzillos y hojas. Una cabeza sin ojos, en forma de vaina, se estaba moviendo hacia mí. Se elevaba ligeramente sobre el suelo y se movía de lado a lado. Pude distinguir dentro de la vaina, atados a la parte más alta, dos colmillos, como los de una serpiente venenosa, pero a modo de cuernos. Di un grito y me puse en pie de un salto. Aquella cosa me atacó. Perforó con toda su fuerza el tejido de mis pantalones, alcanzándome la pierna derecha. Retire la pierna tan rápidamente como me fue posible, y desgarré el pantalón para deshacerme del trozo en el que me había picado. Pero volvió a atacarme, una y otra vez, como si pudiese localizarme por mi olor o mi calor; pero ella estaba unida al suelo por sus raíces, y yo quedé finalmente fuera de su alcance. Eché la cabeza hacia atrás y me llevé las manos a las sienes y grité. Oí otro rumor cerca de mí. Miré a mi alrededor, desesperada. Ví otra planta y luego otras dos más. Y otra. Sudando, mirando por donde pasaba, me alejé de allí a toda prisa. Finalmente volví a encontrarme en medio de los campos de nuevo.

Continué andando y corriendo durante horas. Al final comenzó a oscurecer y a hacer frío.

No podía seguir.

Me dejé caer sobre la hierba.

Era una noche oscura y hermosa, y había algo de viento. Algunas nubes blancas surcaban el cielo. Miré hacia las estrellas. Nunca antes me habían parecido tan bonitas, tan brillantes o tan incandescentes en la negrura de la noche. Qué hermoso es este mundo!, dije para mis adentros. ¡Qué hermoso! Echada sobre la espalda contemplé las estrellas y las lunas.

Había tres lunas.

Dormí.

6. ENCUENTRO A TARGO, MERCADER DE ESCLAVAS

Desperté por la mañana, casi al amanecer. Hacía mucho frío. El cielo estaba gris y había humedad. Tenía el cuerpo rígido y dolorido. Me eché a llorar. Me consolé un poco sorbiendo el rocío acumulado en la alta hierba. Tenía la ropa mojada. Me sentí desgraciada. Me encontraba sola. Estaba asustada. Tenía hambre.

Por lo que sabía, tal vez fuera la única persona en aquel mundo. La nave se había estrellado allí, pero quizás aquel no era su mundo. Era cierto que había acudido una segunda nave para destruir la primera, pero aquel mundo podía no ser el suyo tampoco. Y no había visto supervivientes del accidente. Y la segunda nave se había ido.

Me puse en pie.

A mi alrededor no podía ver más que campos de hierba suave, ondulándose y brillando en la tenue luz, a causa del rocío. Campos que parecían interminables, que partían de mí y se extendían en todas direcciones hasta horizontes que podían estar vacíos.

Me sentía sola.

Comencé a andar en medio de la leve bruma que cubría los campos.

Oí el canto de un pájaro, fresco en la mañana. Cerca de donde me hallaba se produjo un leve movimiento entre la hierba que me asustó, y un animal pequeño y peludo con dos enormes colmillos, pasó corriendo.

Seguí mi camino.

Con toda seguridad, me moriría de hambre. No había nada que se pudiera comer. Se me saltaron las lágrimas.

Recuerdo que una vez, mirando hacia el cielo, ví un grupo de pájaros grandes de color blanco y amplias alas. También parecían solitarios allí arriba, en lo alto del cielo gris. Me pregunté si, como yo, tendrían hambre.

Al cabo de unas dos horas llegué a un montículo rocoso. Allí, entre las rocas, encontré un pequeño charco de agua de lluvia. Bebí.

Por allí cerca, para alegría mía, encontré algunas bayas comestibles. Eran buenas y esto me llenó de confianza.

El sol había comenzado a alzarse en el cielo y el aire resultaba más cálido. Llovió una o dos veces, pero no me importó. El aire era limpio y brillante, la hierba verde, el cielo de un azul intenso y lo surcaban bellas nubes blancas.

Cuando el sol llegó a su cenit, encontré más bayas, y esta vez comí hasta hartarme. No muy lejos de allí, sobre otro montículo rocoso, encontré otra pequeña cantidad de agua de lluvia recogida. Era un charco grande y bebí cuanta quise. Y me

lavé la cara.

Después proseguí mi camino.

Ya no me sentía tan asustada, ni tampoco tan disgustada. Me parecía que no era imposible que fuese capaz de vivir en aquel mundo.

Me parecía hermoso.

Me dejé ir y comencé a correr a ratos, notando cómo flotaba mi cabello en el aire, riendo, saltando, girando y volviendo a reír. No me veía nadie. Aquello era algo que no había hecho desde que era una niña pequeña.

Tuve que caminar con más cuidado pues vi a un lado, un grupo de aquellas plantas oscuras con zarcillos, que parecían cenizas. Me hice a un lado y, fascinada, las contemplé, notando cómo emitían aquel zumbido y percibían mi presencia. Algunas de las vainas que contenían las semillas, y en las que se encontraban los colmillos, se alzaron cual cabezas, al sentir mi presencia, al tiempo que se balanceaban suavemente hacia delante y hacia atrás.

Pero ya no las temía. Ya conocía su peligro.

Hacia la mitad de la tarde me senté en la hierba, en la suave pendiente de un valle que quedaba entre dos colinas cubiertas de hierba. Me pregunté qué posibilidades de ser rescatada tenía.

Sonreí. Sabía que este mundo no era el mío. La nave que me había traído aquí, y era consciente de ello a pesar de mi limitado conocimiento de aquellas materias, estaba muy por encima de las capacidades reales de ninguna de las civilizaciones de la Tierra. Y sin embargo quienes me habían capturado eran seguramente humanos, o lo parecían. Como los que tripulaban la nave. Incluso los que habían llegado en la nave plateada, a excepción de la criatura gigantesca y dorada, me habían parecido humanos, o algo muy similar a los humanos.

No hay que temer, me dije a mi misma. Aquí hay comida y agua, había encontrado bayas y sin duda habría otras cosas que podrían comer, frutas y nueces. Reí de lo feliz que me sentía.

Y luego lloré, por lo sola que estaba. Estaba completamente sola.

De pronto, sobresaltada, alcé la cabeza. Volando a través del aire, sin que cupiese el más mínimo error, aunque llegaba desde lejos, distinguí el sonido de un grito, de una voz humana.

Me puse de pie enloquecida y corrí a trompicones, colina arriba.

Llegué a la cima, busqué con los ojos y grité. Moví los brazos y eché a correr hacia abajo por el otro lado, tropezando, gritando y agitando los brazos. Se me saltaron las lágrimas por la alegría.

—¡Paren! —grité—. ¡Paren!

Sólo llevaban una carreta. A su alrededor había unos siete u ocho hombres. No había animales. Delante de la carreta, de pie sobre la hierba, había unas quince o

veinte muchachas, desnudas. Parecía que eran ellas quienes llevaban el arnés. Cerca de ellas se encontraban dos hombres. La carreta parecía tener unos desperfectos, y estaba parcialmente manchada de negro. El toldo que la cubría, de seda amarilla y azul, estaba roto. Cerca de la parte delantera había un hombre bajo y grueso, que llevaba unos ropajes vistosamente listados en seda amarilla y azul. Sorprendidos, se volvieron a mirarme.

Corrí colina abajo, tambaleándome y riendo, hacia ellos.

Dos de los hombres salieron corriendo a mi encuentro. Otros dos, flanqueándoles, subieron hasta la cima de la colina. Pasaron junto a mí sin detenerse.

—Soy Elinor Brinton —les dije a los que habían salido a mi encuentro—. Vivo en Nueva York. Me he perdido.

Uno de ellos sujetó con sus dos manos mi muñeca derecha y rápidamente me condujeron, tirando de mí sin ningún miramiento, hacia el pie de la colina, hacia el grupo que esperaba abajo.

En un momento, con ellos sujetándome aún, me encontré junto a la carreta.

El hombre bajo y grueso, regordete y panzudo, que vestía ropajes de seda y rayas azules y amarillas, apenas me miró. Miraba más ansiosamente a la parte alta de la colina, hasta donde habían subido sus dos hombres que agazapados, observaban cuidadosamente los alrededores desde lo alto. Otros dos hombres se habían separado de la carreta y hacían lo mismo a unos cien metros aproximadamente, en otros puntos. Las muchachas situadas delante de la carreta, y que conducían el arnés, parecían recelosas. El hombre gordo llevaba unos pendientes que eran unos zafiros montados en oro. No llevaba el pelo, negro y largo, bien cuidado. Lo tenía sucio y mal peinado, sujeto en la parte posterior de su cabeza con una cinta de seda azul y amarilla. Calzaba sandalias de color púrpura, adornadas con perlas. Estaban cubiertas por el polvo y faltaban algunas perlas. En sus manos pequeñas y gruesas lucía varios anillos. Tenía las manos y las uñas sucias. Me dio la impresión de que debía de ser bastante meticuloso en sus hábitos personales. Pero en aquellos momentos no lo parecía. Se le veía ojeroso y preocupado. Uno de los hombres, un individuo canoso y de un solo ojo, regresó de su exploración por los campos cercanos. Adiviné que no había encontrado nada. Se dirigió al hombre regordete llamándole Targo.

Targo levantó los ojos hacia lo alto de la colina. Uno de los que estaban allí de pie algo más abajo de la cima, movió los brazos y se encogió de hombros, al tiempo que alzaba sus armas en el aire. No había visto nada.

Targo respiró profundamente, con visible alivio.

Entonces me miró. Yo le dediqué la mejor de mis sonrisas.

—Gracias por rescatarme. Me llamo Elinor Brinton. Vivo en Nueva York, que es una ciudad del planeta Tierra. Deseo regresar allí inmediatamente. Soy rica y le aseguro que, si me lleva allí, será espléndidamente recompensado.

Targo me miro extrañado.

¡Yo pensaba que hablaba inglés!

Regresó otro de los hombres, supongo que para informar que no había encontrado nada. Targo le envió otra vez al mismo sitio, imagino que para que estuviera alerta. Llamó, sin embargo a uno de los hombres que estaban en lo alto de la colina. El otro permaneció vigilando en su puesto.

Yo repetí, algo irritada, pero con paciencia, lo que había dicho ya antes. Hablé clara y lentamente para que le resultase más fácil entender lo que le decía.

Deseaba que aquellos dos hombres soltasen mis muñecas.

Iba a seguir hablándole, para tratar de explicarle mis ideas y mis deseos, pero él dijo algo abruptamente, un poco irritado.

Enrojecí de rabia.

No quería seguir escuchándome.

Tiré de mis muñecas hacia abajo, pero los hombres no me soltaron.

Entonces Targo comenzó a hablarme. Pero yo no entendía nada. Hablaba de una manera tajante, como se le habla a un sirviente. Aquello me irritó.

—No le entiendo —le dije fríamente.

Targo pareció reconsiderar su impaciencia. El tono de mi voz debió de sorprenderle. Me miró cuidadosamente. Me dio la impresión de que sospechaba haberse equivocado en alguna cosa con respecto a mí. Se me acercó. Su voz adquirió un tono conciliador. Me divertí haber ganado aquella pequeña victoria. Targo, por su parte, parecía más amable y amistoso.

¡Iba a tratar a Elinor Brinton como debía!

Pero, claro está, yo seguí sin entenderle.

Había algo en su habla, sin embargo, que me resultaba familiar. No lograba identificar qué era.

Targo parecía negarse a creer que yo no entendiese cuanto me decía.

Siguió hablando muy despacio, palabra por palabra, muy claramente. Por supuesto, sus esfuerzos no pudieron ser recompensados ni lo más mínimo, porque yo no lograba entender ni una palabra de lo que estaba diciendo. Aquello parecía irritarle por alguna razón. Por mi parte, también comencé a impacientarme. Era como si él esperase que todo el mundo pudiera comprender su extraña lengua, tanto si era la suya propia como si no. ¡Qué simplón y provinciano era aquel personaje!

Ni siquiera hablaba inglés.

Siguió tratando de comunicar conmigo, pero sin resultado.

En un determinado momento se volvió hacia uno de sus hombres y pareció hacerle una pregunta. El individuo respondió con una sola palabra, aparentemente una negación.

Aquello me sorprendió. Había oído aquella palabra antes. Cuando el hombre más

bajo, en mi ático, había intentado tocarme, el más corpulento, enfadado y con brusquedad, le había dicho aquella misma palabra. El hombre más bajo se alejó. Era algo que yo recordaba bien.

Me sorprendió entonces lo que resultaba familiar en la forma en que hablaba Targo. Solo había oído una o dos palabras de aquella lengua antes. Mis raptos habían conversado casi enteramente en inglés. Por ello yo había imaginado que tenían, al menos la mayoría, el inglés como lengua materna. Pero recordé el acento del hombre más corpulento, del que los mandaba. Cuando hablaba inglés con aquel acento, evidenciaba que era extranjero. Aquí sin embargo, en otro mundo, yo oía el mismo acento, salvo que ya no era un acento. Aquí era el sonido natural, eran el ritmo y la inflexión propios de lo que parecía ser una lengua con entidad propia, sin duda sofisticada. Estaba asustada. El idioma, a pesar de resultar desconocido para mis oídos, no era desagradable. Era bastante fuerte, pero a su manera parecía ágil y bello. Tenía miedo, pero a la vez me sentía animada. Targo se percató de mi cambio de actitud y redobló sus esfuerzos por comunicarse conmigo. Por supuesto, yo seguí sin comprender.

Me di cuenta de que los hombres no llevaban pistolas ni rifles, o algún tipo de arma pequeña, como la del hombre que me apresó, o como los tubos plateados de los de la nave plateada. En su lugar descubrí, llena de sorpresa y casi divertida, que llevaban pequeñas espadas en los lados. Dos de ellos habían tomado una especie de arcos de sus espaldas, pero tenían una empuñadura, lo que los hacía parecidos a un rifle. Otros cuatro usaban lanza. Las lanzas eran anchas, y sus cabezas eran de bronce y tenían una forma curvada. Parecían pesadas. Yo no hubiese podido arrojar una.

Los hombres, a excepción de Targo, llevaban túnicas y casco. Su aspecto era bastante imponente. La abertura de los cascos me recordó vagamente una Y. Llevaban las espadas envainadas colgadas de su hombro izquierdo. Sus sandalias eran pesadas y las ataban con tiras recias a una cierta altura de sus piernas. Algunos de ellos llevaban junto a las espadas, un cuchillo en un cinturón de piel. También tenían cartucheras en el cinturón.

Me sentí aliviada por el hecho de que este grupo de hombres, aparentemente tan primitivos, no pudiera formar parte del mismo que me había apresado anteriormente, con su sofisticado equipo. Pero, por la misma razón, cabía sospechar que hombres como aquellos no poseyeran unas capacidades técnicas esenciales para realizar vuelos entre mundos. Aquellos hombres, con toda seguridad, no podían, por sí mismos, hacerme regresar a la Tierra.

Sin embargo, había dado con ellos, y tendría que sacar algún provecho de la situación.

Me habían rescatado, y eso era lo importante. Sin duda en aquel mundo había hombres con la capacidad suficiente para realizar vuelos en el espacio y yo haría

averiguaciones y lograría contactar con ellos. Con mi fortuna, podía pagar bien mi transporte a la Tierra. Lo importante en aquellos momentos era que estaba a salvo, que me habían rescatado.

Me fijé en la carreta.

Era bastante grande. Tenía señales en varios sitios, como si hubiese sido golpeada con objetos afilados. En algunos puntos la madera estaba astillada. Me pregunté dónde estarían los animales de carga, seguramente bueyes, que tirarían de ella. Vi además que los tablones, aparte de estar llenos de señales y astillados en algunos sitios, estaban también oscurecidos en otros, como si hubiese habido humo. Por otra parte, mirándolo desde más cerca, pude ver que la pintura de la carreta, que era roja, se había rajado y tenía ampollas. Era bastante evidente que había ardido o que había atravesado una zona en llamas. Como ya he mencionado, la lona que cubría la carreta estaba desgarrada. Además, como podía ver, se había quemado por los bordes y estaba manchada en otra parte, a causa del fuego y la lluvia. Recordé lo recelosos que se habían mostrado los hombres al acercarme a ellos. La manera en que habían examinado la colina y los campos cercanos, como si temiesen que pudiera no estar sola.

Targo iba huyendo.

Les habían atacado.

En la carreta había algunos objetos, algunos cofres y cajas.

Miré a las muchachas situadas junto al arnés.

Eran diecinueve, diez en un lado y nueve en el otro.

No llevaban ropa.

Las miré irritada y sorprendida. Eran increíblemente bellas. Me tenía a mí misma por una mujer fantásticamente bella, quizás una entre cientos. Incluso había hecho de modelo. Pero aquí, para sorpresa mía y muy a mi pesar, vi que por lo menos once de ellas eran incuestionable y claramente más hermosas que yo. En la Tierra, nunca me había encontrado personalmente con otra mujer que yo considerase superior a mí en belleza. Aquí, de manera incomprensible pero clara, había por lo menos once. Me extrañó que pudiese haber tantas congregadas en aquel sitio tan pequeño. Me sentí inferior. Pero me dije a mí misma, soy tan o más inteligente que ellas, rica, sofisticada y con mejor gusto. Seguro que no eran más que unas bárbaras. Sentí lastima por ellas. ¡Las odiaba! ¡Las odiaba! Me miraban de la misma manera en que yo había mirado a otras mujeres, en la Tierra, de forma casual, sin sentirme amenazada. Me miraban tal y como yo había mirado a otras mujeres humildes, sin importancia, que no se tomaban en consideración, que no se consideraban rivales serias, sencillamente como inferiores a mí en belleza. Recordaba haber sido siempre la mujer más guapa en cualquier lugar. ¡Cómo me había divertido notando la admiración de los hombres, la manera en que contenían la respiración, su placer, sus miradas furtivas, la irritación

de otras mujeres! Y estas chicas me miraban por encima del hombro, se atrevían a hacerlo, como yo había hecho con otras. Me miraban con curiosidad, podía verlo, pero lo más importante era que, muy a mi pesar, cuando fijaron sus ojos en mí, de la forma en que las mujeres solemos hacerlo al encontrarnos por primera vez, supe que habían decidido, para su satisfacción, que eran superiores a mí. ¡Superiores a Elinor Brinton! Me había percatado de que si quería contar con ellas, tendría que poseer cualidades que no fuesen la belleza para merecer su atención, como si fuera tan solo una chica sencilla, que tiene que cultivar otras cualidades, que tiene que luchar para resultar agradable, más que una belleza por la que otros se desviven. ¡Aquellas brujas altivas! ¡Yo era superior a todas ellas! ¡Era más guapa! Era más rica. ¡Las odié! ¡Las odié!

Empecé a encontrar a Targo odioso.

Además, me traía sin cuidado que aquellos hombres, uno a cada lado, sujetasen mis muñecas.

Traté de soltarme de ellos, enfadada. No pude hacerlo, por supuesto.

Odiaba a los hombres, y a su fuerza.

El propio Targo había ido mostrándose más y más irritado.

—¡Soltadme! —grité—. ¡Soltadme!

Pero no conseguí librarme de ellos.

Una vez más, Targo intento hablarme, con paciencia, despacio. Me dí cuenta de que se estaba poniendo furioso.

Era un pobre idiota agotador. Lo eran todos. Ninguno parecía entender inglés. Por lo menos en la nave negra, uno de los hombres lo entendía. Le había oído conversar en inglés con el hombre corpulento. Así que seguro que había muchos, muchísimos que lo entendían en aquel mundo.

—No le entiendo —le dije, pronunciando cada palabra con un poco de impertinencia y frialdad. Luego aparté la mirada altivamente. Le había puesto en su lugar.

Él le dijo algo a un subordinado.

Me dejaron desnuda delante de Targo al instante.

Lancé un grito y las muchachas rieron.

—¡Kajira! —gritó uno de los hombres señalando mi muslo.

Ni un sólo centímetro de mi cuerpo pudo evitar sonrojarse.

—¡Kajira! —gritó riéndose Targo.

—¡Kajira! —rieron los demás. Oí como las muchachas reían y aplaudían.

Targo lloraba de tanta risa y sus ojos aun parecían más pequeños en su inflado rostro.

De pronto, se puso serio. Parecía enfadado.

Habló de nuevo, con dureza.

Me echaron sobre el suelo boca abajo. Los dos hombres que habían estado sujetando mis muñecas continuaron haciéndolo, pero separaron mis brazos y los extendieron hacia delante apretándolos sobre la hierba. Otros dos hicieron lo mismo con mis piernas y me sujetaron por los tobillos.

—¡Lana! —gritó Targo.

Otro hombre se dirigía al grupo de muchachas situado frente a la carreta. No conseguí ver qué hizo allí. Pero oí reír a una de las chicas. Al cabo de un momento, había salido de donde se encontraba y se colocó por detrás mío.

De pequeña había sido una niña mimada y malcriada. Las enfermeras y niñeras que me educaron, me habían regañado y con frecuencia, pero nunca me habían pegado. Las hubieran despedido inmediatamente. No recordaba que nunca en mi vida me hubiese pegado alguien.

Y entonces me azotaron.

La chica golpeaba, con su fuerza pequeña pero feroz, una y otra vez, sin cesar, con rencor, salvajemente, tan fuerte como podía, una y otra vez. Yo grité, chillé y lloré, y luché por soltarme. El puñado de tiras de cuero no tenía piedad. No podía respirar. No veía nada a causa de las lágrimas. El martirio era incesante.

—¡Por favor, basta! —grité. Pero ya no pude volver a gritar. No sentía más que la hierba, las lágrimas y el dolor del cuero, que me golpeaba una y otra vez.

Imagino que los latigazos duraron tan solo unos segundos, con seguridad, menos de un minuto.

Targo le dijo algo a la chica, Lana, y la hiriente lluvia de latigazos, cesó.

Los dos hombres que sujetaban mis tobillos los soltaron. Los que sujetaban mis muñecas me incorporaron hasta dejarme de rodillas. Supongo que debí sufrir algún shock. Veía borroso. Oí que las chicas se reían. Devolví sobre la hierba. Los hombres me arrastraron hacia un lado para apartarme de donde había vomitado y otro, cogiéndome por el pelo desde atrás, empujó mi rostro sobre la hierba limpia y, haciéndome girar la cabeza, retiró los restos de suciedad de mi boca y mejilla.

Volvieron a tirar de mí para ponerme de rodillas y situarme frente a Targo, sin soltar mis muñecas.

Levante los ojos hacia él.

Pude ver que sostenía mis ropas en una mano. Casi no las reconocí. Él me miraba también. Vi que en la otra mano llevara colgando el puño de cintas de cuero con el que me habían azotado. Uno de los hombres acompañó a la muchacha hasta el lugar que ocupaba en el grupo. Toda la parte posterior de mi cuerpo, las piernas, los brazos, los hombros, me ardía. No podía apartar los ojos de las cintas de cuero.

Los dos hombres me soltaron.

—Kajira —dijo Targo.

Alzó las cintas.

Me estremecí.

Eché la cabeza sobre el suelo, a sus pies.

Tomé su sandalia entre mis manos y apreté los labios contra su pie, para besárselo.

Oí las risas de las muchachas.

¡No quería que volviesen a golpearme!

Tenía que agradecerle.

Besé de nuevo su pie, temblando y sollozando. ¡Tenía que estar satisfecho de mí, tenía que estarlo!

Pronunció una breve palabra que pareció una orden y recogiendo sus vestiduras, se separó de mí.

Yo seguí sollozando. Alcé la cabeza y miré hacia él.

Los dos hombres que habían estado sujetando mis muñecas me cogieron por detrás. Vi cómo se alejaba Targo. No me atreví a llamarle. Yo ya no le interesaba. Los hombres me arrastraron hasta la carreta.

Vi a la muchacha que me había golpeado, Lana, algunos puestos por delante mío. Me dí cuenta de repente de que llevaba el arnés puesto. Unas tiras de cuero le rodeaban las muñecas y la mantenían en su sitio. Y alrededor de su cuerpo, extendiéndose desde su hombro izquierdo hasta su cadera derecha, una gran banda de cuero la unía al eje de la carreta. Las demás chicas estaban atadas de una forma parecida. Del mismo modo me ataron a mí: correas alrededor de mis muñecas y una gruesa banda de cuero que iba desde mi hombro a mi cadera.

No pude contener el llanto. Apenas podía mantenerme en pie. Me temblaban las piernas y toda la parte de atrás de mi cuerpo me dolía horrorosamente. Las lágrimas se me escurrían por las mejillas y me llegaban hasta los labios.

El hombre comenzó a ajustar la banda sobre mi cuerpo.

Junto a mí, al otro lado, una muchacha bajita de pelo moreno, labios muy rojos y ojos negros brillantes, me sonrió.

—Ute —dijo señalándose a sí misma. Luego me señaló a mí—. ¿La? —preguntó.

Vi que las muchachas que llevaban puesto el arnés, lucían en el muslo izquierdo la misma señal que yo en el mío.

Moví las cintas que rodeaban mis muñecas. No podía soltarme.

—Ute —repitió la muchacha bajita y de ojos oscuros señalándose. Luego volvió a señalarme a mí—. ¿La? —inquirió.

El hombre ciñó la banda a mi cuerpo. Era muy ajustada. Después se alejó. Ya llevaba puesto mi arnés.

—¿La? —insistió la muchacha señalándome con la mano sujeta por una cinta—. ¿La?

—Elinor —susurré.

—El-in-or —repitió ella sonriente. Luego dirigiéndose a las demás y señalándome, les indicó—: El-in-or.

Parecía encantada y feliz.

Por alguna razón, me sentí verdaderamente agradecida de que aquella muchacha bajita y encantadora se sintiese feliz al saber mi nombre.

Muchas de las demás se limitaron a volverse y mirarme, sin demasiado interés. Lana, la que me había azotado, ni se volvió. Su cabello se movía mecido por el viento.

Otra de las chicas, alta y de cabello claro, situada dos puestos por delante mío a mi izquierda, sonrió.

—Inge —dijo señalándose a sí misma.

Sonreí.

Targo había comenzado a gritar órdenes. Miraba a todas partes, con aprensión.

Uno de sus hombres gritó.

Las muchachas se inclinaron hacia delante, tirando de la carreta.

Dos de sus hombres empujaron las ruedas de atrás.

La carreta comenzó a moverse.

Me incliné sobre la banda de cuero, haciendo ver que tiraba. No necesitaban que yo tirase de ella. Lo habían hecho antes sin mí. Hundí mis pies en la hierba, como si fuese debido al esfuerzo. Jadeé un poco, para interpretar mejor mi papel.

Ute, a mi derecha, me dirigió una mirada bastante desagradable. Su pequeño cuerpo hacía esfuerzos contra la tira de cuero.

No me importó.

Grité de dolor y humillación cuando el látigo golpeó mi cuerpo.

Ute rió.

Eché todo mi peso sobre la tira de cuero, sollozando, empujando con todas mis fuerzas.

La carreta se movía.

Al cabo de un minuto, más o menos, vi que Lana también era azotada por el látigo, como lo había sido yo, en la parte más estrecha de la espalda. Gritó por la humillación y el dolor y vi claramente la marca roja que le había quedado. Las demás chicas, yo entre ellas, rieron. Deduje que Lana no era muy popular. ¡Me alegré de que también a ella la castigasen! ¡Era una vaga! ¿Por qué teníamos las demás que tirar por ella? ¿Acaso era mejor que nosotras?

—¡Har-ta! —gritaba Targo—. ¡Har-ta!

—¡Har-ta! —gritaban los hombres a nuestro alrededor.

Las muchachas comenzaron a empujar con más fuerza. Nos estirábamos, para aumentar la velocidad de la carreta. De vez en cuando los propios hombres empujaban las ruedas, también.

Gritamos de dolor cuando dos hombres, situados en los lados, intentaron animarnos con sus fustas.

No podía tirar más fuerte. ¡Y sin embargo nos golpeaban! No me atreví a protestar.

Transportamos la carreta a través de los campos cubiertos de hierba.

Targo caminaba junto a nosotras. Yo había esperado que condujera la carreta o sería transportado en ella, pero no era así. La quería tan ligera como fuese posible, incluso si ello significaba que él, el jefe, tenía que andar.

Temblaba cada vez que el gritaba «¡Har-ta!» porque entonces volvíamos a ser golpeadas.

Sollocé, atada a las correas, bajo la fusta.

Miré a Ute de reojo.

Me miró poco amistosa. No había olvidado que yo había hecho trampa. Miró hacia otro sitio, disgustada.

Yo estaba enfadada, no me importaba. ¿Quién era ella? ¡Una idiota! En un mundo como éste, cada una debía mirar por sí misma. Cada una tenía que cuidarse de sus cosas.

—¡Har-ta! —gritó Targo.

—¡Har-ta! —gritaron los hombres.

Y nosotras gritamos también, aguijoneadas por las fustas. Eché todo mi peso sobre el cuero y hundí mis pies en la hierba.

Rompí a llorar una vez más.

No se me permitiría librarme de aquello.

Siempre me había salido con la mía hasta entonces, tanto con los hombres como con las mujeres. Obtenía más plazo para presentar mis trabajos trimestrales, conseguía un nuevo chai de piel en cuanto quería. Cuando me cansaba de un coche, me daban otro. Siempre conseguía lo que reclamaba, o lo lograba a base de halagos, o ponía cara triste, o ponía mala cara. Siempre lo lograba.

Aquí no podía hacer lo que quería.

Aquí no se me permitía escabullirme. El látigo se encargaría de ello. Si había aquí alguien que pudiese salirse con la suya o halagar a alguien, esas eran las más hermosas, más complacientes que yo. Esperaban de mí, comprendí llena de rabia, que cumpliese mi parte por primera vez.

El látigo restalló otra vez y lloré.

Sollozando, y gritando para mis adentros, empujé contra la recia banda de cuero con todas mis fuerzas.

7. SOY TRANSPORTADA, JUNTO A OTRAS, HACIA EL NORTE

Targo, mi amo, era un mercader de esclavas.

No le costé nada.

Poco antes de convertirme en una de sus chicas, unos dos o tres días antes, había sido atacado por tarnsmanes proscritos, a unos cuatro días de camino desde la ciudad de Ko-ro-ba, que se extiende en la parte superior de las moderadas latitudes del planeta Gor, que es como se llama este mundo. Sufrió el asalto mientras viajaba a través de las colinas y los prados que hay al Este y al norte de Ko-ro-ba, hacia la ciudad de Laura, asentada a orillas del río Laurius, a unos doscientos pasangs hacia el interior desde la costa del mar llamado Thassa. Laura es una pequeña ciudad comercial, puerto fluvial, cuyos edificios son en gran medida de madera y en su mayor parte, almacenes y tabernas. Es una cámara de compensación para muchas mercancías: madera, sal, pescado, piedras, pieles y esclavas. En la desembocadura del Laurius, en el Thassa, se encuentra el puerto franco de Lydius, administrado por los mercaderes, una importante casta goreana. Desde Lydius, las mercancías pueden ser embarcadas para las islas de Thassa, como por ejemplo Teletus, Hulneth y Asperiche, incluso para Cos y Tyros y las ciudades costeras, como Puerto Kar y Helmutsport y, más al sur, Schedi y Bazi. Y desde Lydius, por supuesto, mercancías de muchas clases en bruto, tales como herramientas, metales y tejidos traídos en barcazas, transportados por tharlariones siguiendo el río, llegan hasta Laura, para ser vendidas y distribuidas en el interior. El Laurius es un río tortuoso, largo, suave y lento. No tiene la amplitud ni la corriente que son los terrores del titánico Vosk, más al Sur, bastante más abajo de Ko-ro-ba, aunque mucho más arriba de Ar, que es considerada la mayor ciudad de todo Gor. El Laurius, como el Vosk, corre generalmente en dirección Oeste, aunque el Laurius se inclina más hacia el Suroeste que el gran Vosk.

Teniendo en cuenta la naturaleza de las mercancías usuales encontradas en Laura, en su mayor parte materias primas, podría parecer extraño que Targo se dirigiese a aquella ciudad. No lo era, sin embargo, puesto que era primavera y esa es la gran estación para las batidas de esclavas. En realidad, el otoño anterior, en la feria de Se'Kara, cerca de las Montañas Sardar, había contratado con Haakon de Skjern la entrega de cien bellezas del norte, que serían llevadas desde los pueblos al norte del Laurius y los de la costa hacia arriba, incluso hasta los límites de Torvaldsland. Era para recoger aquella mercancía por lo que se aventuraba Targo a salir hacia Laura. Durante aquella feria ya le había pagado a Haakon a cuenta de su adquisición, cincuenta piezas de oro. El resto de las ciento cincuenta piezas sería abonado a la entrega del encargo. Dos piezas de oro son un precio elevado por una chica sin

refinar, entregada en Laura, pero si la misma chica puede llegar sana y salva al mercado de una gran ciudad, puede llegar a cotizarse en cinco o seis, incluso sin estar adiestrada. Además, al ofrecer dos monedas de oro en Laura, Targo se aseguraba para sí el derecho a ser el primero en elegir entre las mejores adquisiciones de Haakon. Junto con todo esto, Targo había tenido también presente el que ninguna ciudad hubiese sido capturada recientemente y que la casa de Cernus, una de las grandes casas de esclavas, había sido destruida en Ar. El mercado estaría sin duda en alza. Por otra parte, tenía previsto que sus chicas recibiesen alguna instrucción, probablemente en uno de los recintos para esclavas de Ko-ro-ba, antes de llevarlas hacia el Sureste, a la ciudad de Ar. Desgraciadamente para Targo, las chicas de los pueblos no son de casta alta. Por otra parte, aunque mucho menos valoradas, son adquiridas con mucha más facilidad que una mujer libre. Cuando fui apresada por Targo, tan solo tenía una muchacha de casta alta en su cadena: Inge, la chica alta, que pertenecía a la de los escribas. Ute, que iba atada junto a mí, había sido de la de los curtidores. Una esclava por supuesto no tiene casta. Al convertirse en esclava, se la despoja de ella, así como de su nombre. Pertenece a su dueño en todos los aspectos, como un animal. Puede llamarla como desee y hacer con ella lo que le plazca. No parecía descabellado que una de las chicas de pueblo de Targo, después de adiestrada y llevada a Ar, pudiese reportarle de quince a veinte piezas de oro. Su inversión, en algunos aspectos excelente, no estaba sin embargo, exenta de riesgos. No siempre es fácil llevar una chica bonita al mercado de Ar, que es donde tradicionalmente se pagan los precios más altos. No por el hecho de que la muchacha pueda escaparse, pues los mercaderes de esclavos rara vez pierden prisioneras. Es más bien porque puede serle arrebatada a uno. Una esclava es considerada casi como un botín.

Antes de que yo perteneciese a Targo, él había estado recorriendo el trayecto de Ko-ro-ba a Laura. En realidad había estado haciendo una ruta en las proximidades de la ciudad de Ar, comprando y vendiendo chicas en varias ciudades. Había adquirido a Inge, Ute y Lana, a quien yo odiaba, en Ko-ro-ba. Lana era nuestra líder. La temíamos. Era la más fuerte y también la más bella. Sumisa, complaciente y dócil con los hombres, era autoritaria con nosotras. Hacíamos cuanto nos decía, pues de no ser así, nos golpeaba. Tal y como se dice, los amos no se inmiscuyen en las peleas de sus esclavas. Por supuesto que la habrían azotado muy severamente si nos hubiese desfigurado, herido o, de alguna manera, rebajado nuestro valor. Pero, aparte de esto, ella podía tiranizarnos o golpearnos cuanto quisiera. La odiábamos. Aunque por otro lado la envidiábamos. No es que fuese solamente la más hermosa de todas, sino que, además, había sido adiestrada en la casa de Cernus, la gran casa de esclavas de Ar, antes de ser capturada. Lana siempre había de colocarse la última en la cadena que formábamos para exhibirnos, para que así, la mercancía más atractiva se reservase para lo último. Esperábamos que la vendiesen, pero Targo se contenía a la espera de

conseguir un precio altísimo por ella. Sin duda había recibido grandísimas ofertas en más de una ocasión, pero ella no pertenecía a una casta alta. Lana nos trataba al resto como esclavas. Targo y algunos de los guardias, le daban a veces caramelos y golosinas. Mi propio puesto en la cadena de exhibición era el cuarto, al menos al principio. Me enseñaron a arrodillarme de una cierta manera, y a pronunciar una frase determinada cuando me inspeccionasen, al tiempo que debía levantar la cabeza y sonreír. Targo y los guardias me la hicieron repetir infinidad de veces. Más tarde me enteré de que significaba «*Cómprame, amo*». Al poner una muchacha a disposición del público, se coloca un anillo en su tobillo izquierdo. Éste se cierra alrededor del tobillo. Hay también un aro más pequeño, que se proyecta desde el que va sujeto al tobillo, que también se cierra herméticamente. Este segundo anillo puede pasarse por el eslabón de una cadena, permitiendo por lo tanto que las muchachas se coloquen a una determinada distancia las unas de las otras, o puede cerrarse al extremo de la cadena, permitiendo así que esta corra libremente en el interior del anillo sin herir o dañar el tobillo de la muchacha. En nuestra cadena de exhibición, éramos colocadas dejando una distancia entre nosotras unidas a una cadena. Ésta se tensaba hasta quedar rígida y se ataban los extremos, en ocasiones a árboles, en otras a dos gruesos aros de metal que se hundían en la tierra, fuera del alcance de la primera y la última chica respectivamente. De esta forma, no solamente estábamos sujetas, sino que además nos era imposible agruparnos, como las chicas sin experiencia tienden a hacer si no se les impide. En la cadena de exhibición, cabe ser mencionado aunque pueda suponerse, somos expuestas desnudas. Un refrán goreano dice que solo un necio compraría una mujer vestida. Supongo que tiene razón.

Targo había iniciado su marcha con cuarenta chicas y seis carros, diez boskos, y muchos otros bienes. Sus hombres, en esos momentos, eran más de veinte. Cuando llevaban dos días fuera de Ko-ro-ba, y se hallaban cruzando los campos hacia el norte en dirección a Laura, el cielo se oscureció con una bandada de tarnsmanes proscritos. Más de cien. Bajo las órdenes del terrible Rask de Treve, uno de los guerreros más temidos de todo Gor. Afortunadamente para Targo, consiguió acercar su caravana hasta el borde de una amplia espesura de Ka-la-na justo antes de que los tarnsmanes atacasen. Yo había visto varias espesuras como aquellas cuando deambulaba sola por los campos. Targo dividió a sus hombres expertamente. Hizo que unos tomasen todo el oro y bienes que pudiesen. Ordenó que otros soltasen a las muchachas y las condujesen a la espesura. Mandó que otros dejaran libres a los grandes que tiraban de los carros y que los llevasen también entre la maleza y los árboles. Entonces, instantes antes de que los tarnsmanes atacasen, con sus hombres llevando a las muchachas y los boskos, salió disparado hacia la espesura. Los tarnsmanes abandonaron sus monturas y saquearon las carretas, prendiéndoles fuego. Hubo una gran pelea en la espesura. Targo debió de perder unos once hombres y unas veinte de

sus chicas fueron tomadas por los tarnsmanes, pero al poco rato, estos se batieron en retirada. Los tarnsmanes, jinetes de los grandes tarns, llamados Hermanos del Viento, son los señores del cielo, bravos guerreros cuyos campos de batalla son las nubes y el cielo. No son gente del bosque; no se toman la molestia de perseguir y cazar en lugares en los que por la oscuridad de los árboles o por la espesura del follaje, podrían ser sorprendidos de pronto por las acciones de un enemigo invisible.

Rask retiró a sus hombres y, en cuestión de pocos segundos, con las chicas sujetas a sus sillas de montar y los bienes de Targo metidos en sus mochilas, alzaron el vuelo.

Targo reunió a sus hombres y sus posesiones. Antes del asalto, a diecinueve de sus chicas se les habían atado las muñecas delante o detrás del cuerpo, pero alrededor de un arbusto, en el interior de la espesura. Eran las únicas que había conseguido salvar. Lana, Ute e Inge se hallaban, por supuesto, entre estas. Los boskos, por desgracia, o habían quedado sueltos, o se habían soltado y desaparecido por los campos llenos de hierba. Cuando emergió de la espesura solo encontró una carreta utilizable, pero dañada por el fuego y el humo. Había perdido mucho, pero salvado algunas cosas y, lo más importante, había salvado su oro. Aquella noche acampó en el bosquecillo. Por la mañana dispuso un nuevo arnés. Las chicas se miraron las unas a las otras. No sería ahora cuando viajasen con el tobillo sujeto por un anillo a una barra en el interior de un carro, indolentemente. Entonces Targo reemprendió el camino hacia Laura. Unos dos o tres días más tarde, viajando campo a través, encontraron a una joven extranjera, vestida extrañamente, a la que hicieron su esclava.

Tardaron muchos días en llegar a Laura.

Afortunadamente, a los dos días de haber sido agregada a la cadena de Targo, encontramos una caravana de carros de boskos, que viajaban hacia el sureste, hacia Ko-ro-ba desde Laura. Targo vendió a dos chicas y añadiendo un poco de oro, consiguió dos carros y dos grupos de boskos, así como agua y comida. También adquirió algunos artículos para el equipo de las esclavas: una cadena para exhibirlas, cadenas de distintos tipos, brazaletes para esclavas, anillas para los tobillos, argollas para el cuello, cinta para atar, hierros para marcar y látigos. Me animé algo al comprobar que también adquiriría sedas, perfumes, peines, cepillos y cajas de cosméticos. También se hizo con una enorme cantidad de tejido basto. Con él, como pude comprobar más tarde, se hicieron camisks, una sencilla prenda para las esclavas. Cuando están encadenadas en una reta, cogidas a una barra por el tobillo, las muchachas suelen ir desnudas. Cuando los tarnsmanes atacaron y las chicas fueron puestas en libertad, abandonaron las carretas para dirigirse hacia el bosque. Así pues, los camisks se quemaron con muchos de los otros bienes de Targo. Un camisk es un rectángulo de tela, en el que se recorta un agujero para la cabeza, rulante parecido a un poncho. Los bordes normales se doblan y se cosen para evitar que se deshilache.

Siguiendo las instrucciones de Targo, las chicas, sintiéndose felices, cosieron sus propios camisks. He oído que la prenda generalmente llega a las rodillas, pero Targo nos hizo acortar los nuestros, considerándose clemente. El mío no quedó demasiado bien. Nunca había aprendido a coser. A Targo no le satisfizo su longitud y tuve que acortarlo aún más. ¡Pero si no era más largo que el de Lana o los de las otras chicas! Me acordé de la paliza. No quería que volviese a repetirse. Sentía un miedo horroroso por las tiras de cuero. Así que finalmente fui vestida como ellas. Según me han dicho, el camisk se llevaba antiguamente atado con una cadena. Sin embargo los que he visto y los que nos dieron se anudaban con una tira larga y delgada de cuero, usada para atar cosas. Con ella se da una vuelta alrededor del cuerpo, y se vuelve a repetir la operación, y luego se ata cómodamente por encima de la cadera derecha. Cuando Targo me inspeccionó, hizo que me apretase el cinturón, para acentuar más mi figura. Por otra parte, había aprendido por primera vez en mi vida, a estar verdaderamente erguida cuando permanecía de pie. Era abofeteada o recibía una patada en cuanto me olvidaba. Al cabo de poco tiempo, me resultaba natural hacerlo. La cinta de cuero que se anuda como un cinturón, no solamente sirve para sujetar el camisk de las muchachas, sino que también es un recordatorio de su cautiverio. Pueden quitársela en cualquier momento y las muchachas pueden ser atadas con él, azotadas, o pueden atarles las manos y los pies. Me pregunté por qué nos permitía Targo llevar camisks. Creo que seguramente había dos razones. La primera es que, a su manera, es una prenda tremendamente atractiva. Pone al descubierto a la muchacha, pero de forma provocativa. Más aún, la proclama esclava, y casi pide que la mano de un amo lo retire. Los hombres se estremecen al ver una muchacha llevando un camisk. En segundo lugar creo que Targo nos los dio para hacernos aún más sus esclavas. Nosotras queríamos desesperadamente algo con que cubrirnos, aunque solo fuese un camisk. Y aquello era algo que él podía quitarnos si se irritaba, o si no estaba satisfecho con nosotras: con aquello conseguía que estuviésemos impacientes por complacerle. Ninguna quería estar desnuda entre las demás cuando estas iban vestidas, pues entonces aún parecía más esclava que el resto.

Nuestras vidas fueron mucho más fáciles después de que Targo encontrase la caravana de carros.

Los dos carros que Targo había adquirido eran de mercader, con toldos rojos para la lluvia. Las ruedas de atrás eran más grandes que las delanteras. Cada uno era tirado por dos boskos, enormes criaturas de color marrón, y grandes cuernos separados, que habían sido pulidos. Sus pezuñas también habían sido abrillantadas y sus largos pelajes estaban tan cuidados que resplandecían. Una de las carretas iba provista de una barra en la que sujetar los anillos de nuestros tobillos. En la otra se instaló la del carro de Targo, que fue finalmente abandonado y se le prendió fuego sobre la hierba. Las chicas, generalmente, viajan en ese tipo de carro, cinco en cada lado. La carreta

de Lana iba en primer lugar; la mía era la segunda. Cada carro contenía nueve chicas. Targo había vendido dos. Nos habían puesto nuestros aros en los tobillos y estábamos unidas por un breve tramo de cadena. Uno de los aros se cierra alrededor del tobillo de la muchacha, la cadena pasada por la barra y después, se cierra el aro en su segundo tobillo para impedir que se mueva con libertad. Me daba igual. Ni siquiera me importaba que no nos permitiesen llevar puestos nuestros camisks en la carreta. Instantes después de echarme extendida sobre los pulidos tablones del suelo del carro, a pesar del movimiento y de los saltos y el incesante traqueteo, me quedé dormida. Ser librada de la agonía del arnés y de la ser obligada a la fuerza a guiar la carreta, era sencillamente un placer exquisito por sí mismo.

Cuando me desperté muchas horas después, todo mi cuerpo estaba dolorido y rígido.

Nos sacaron del carro y, una vez encadenadas fuera y arrodilladas, nos dieron de comer. En los dos días que llevaba, antes de nuestro encuentro con la caravana, solo habíamos tomado bayas, agua, y pedazos de pequeñas piezas de caza guisadas por los guardas, que nos las echaban a trocitos. En aquellos momentos, de rodillas y encadenadas en círculos, nos pasamos de la una a la otra un bol de sopa caliente. Luego dieron a cada una la sexta parte de un pan redondo y amarillo, que comimos con las manos. Finalmente los guardas dejaron caer delante de cada una, sobre la hierba, un gran cedazo de carne cocida. Estaba muerta de hambre y, quemándome los dedos, lo así y casi ahogándome, metí la mitad en mi boca, tiré con los dientes y las manos, y el jugo se escurrió por las comisuras de mis labios. Creo que pocos de mis amigos habrían reconocido a la sofisticada y delicada Elinor Brinton en aquella esclava goreana, encadenada, arrodillada en el suelo, devorando un pedazo de carne, tirando de él, con la cabeza hacia atrás en éxtasis, alimentándose, y con el jugo de la carne corriéndosele por el rostro. No era más que bosko asado y medio crudo, pero lo devoré. Ninguno de los delicados y deliciosos filet mignon que yo había saboreado en algún restaurante parisino podía compararse con aquel pedazo de bosko humeante, lleno de jugo, que había recogido del suelo, de la hierba de un campo goreano, junto al carro de un mercader de esclavas.

Después de la comida nos llevaron a un riachuelo cercano, donde nos lavamos. Me daba un poco de respeto entrar en el agua, pero a una voz de Targo me zambullí temblando y con los dientes castañeteándome en la helada corriente. Bastaron unos instantes para que me acostumbrase a la temperatura del agua, y no me apetecía salir. Siguiendo lo que hacían las demás, me lavé el pelo y también el cuerpo. Para sorpresa mía, algunas de las muchachas empezaron a jugar, a tirarse agua unas a otras. Se reían. Nadie se fijaba particularmente en mí, excepto que tanto yo como las demás estaba siempre bajo la mirada de los guardas. Me sentía sola. Me acerqué a Ute, pero me dio la espalda. No había olvidado de que yo había intentado no tirar del arnés.

Cuando me lo permitieron, salí del agua y me senté en la hierba, con la barbilla apoyada en las rodillas, sola.

En la orilla, Targo sonrió. Le gustaba ver felices a sus chicas. Supuse que una chica feliz era más fácil de vender. También los guardas parecían de buen humor. Gritaban cosas a las chicas que las hacían chillar y enfurecerse y estas les gritaban cosas a su vez, no muy amables me pareció. Y ellos reían divertidos y se daban palmadas en las rodillas. Una de las chicas echó agua al hombre canoso de un solo ojo y él se tiró al agua. Ante la diversión de todos, le hundió la cabeza en el agua. Cuando ella salió, tosiendo y falta de aire, y él tembloroso y con las ropas completamente empapadas, incluso yo reí. Entonces se les ordenó a las chicas que saliesen del agua, para que se les secase el pelo. Se arrodillaron en círculo, riendo y hablando.

No se fijaron en mí. Me habían olvidado.

Cuando el hombre canoso volvió a la orilla, con ropas secas, las chicas le llamaron, le suplicaron y él finalmente, se colocó en el centro del círculo. Empezó con mucha energía a ofrecerles algún tipo de narración que requería muchos gestos. Debía de ser divertidísima, pues ellas gritaban, alborozadas. Incluso yo reí al verle cojear, moviendo los brazos, con una expresión de horror en el rostro que se transformó después de un gesto desesperado, en una de triunfal éxtasis.

Las muchachas lloraban de risa, y golpeaban su hombro izquierdo con la palma de su mano derecha. Se inclinó ante ellas y muy serio, salió del círculo. Ellas siguieron golpeando sus hombros, satisfechas. Él movió la cabeza halagado, pero no volvió a entrar en el círculo. Vi que Lana miraba en mi dirección. Luego se puso en pie de un salto y se colocó en el centro y entonces llamó a Targo. ¡Oh, con tanta gracia...! Y le tendió las manos. Él sonrió y le dijo algo a uno de sus hombres. Vi enojada que las ropas que yo llevaba puestas al encontrarles eran colocadas en el centro del círculo.

Lana, no sin ciertas dificultades, se las puso.

¡Qué hermosa estaba con mi ropa! ¡La lucía mejor que yo!

Después Targo, protestando, fue conducido hasta allí por las chicas que reían divertidas. Lana comenzó a regañarle vigorosamente. No me interesaba su actuación. Las chicas sin embargo, parecían estar disfrutando. Lana caminaba alrededor de Targo, gesticulando y gritándole. También se dirigía a las demás chicas como si se riese y burlase de ellas. Su voz era tan altiva y desdenosa, tan fría y tan divertida, tan tajante, como la de una emperatriz. Los trataba a todos como si fuesen menos que el polvo que cubría sus pies. Alzaba la cabeza de una manera, elevando su nariz en el aire, y volvía el rostro hacia un lado, como si estuviese aburrida y, al mismo tiempo, hizo un movimiento con todo su cuerpo, pero sobre todo con la mano derecha, como si estuviese llegando al límite de su paciencia y tratase de controlarse. Las muchachas

no podían más. Lana era una excelente actriz. Yo por mi parte, me sentía furiosa.

Entonces, las dos muchachas que habían llevado a Targo hasta el centro del círculo, saltaron sobre Lana y la desnudaron. La echaron sobre la hierba, frente a Targo. Otra muchacha se puso de pie y simuló que golpeaba a Lana, mientras esta se retorció, se quejaba y gemía haciendo ver que sentía el dolor. Finalmente, cuando la soltaron, se arrastró corriendo hacia Targo. Temblorosa, echó la cabeza sobre sus pies, cogió uno de ellos y comenzó a cubrir su sandalia de besos.

Las muchachas disfrutaron de la representación.

Algunas me miraron para ver mi reacción, pero apartaron los ojos.

Targo dio dos palmadas y una vez más, fueron amos y esclavas.

Trajeron una caja con peines y cepillos. Las muchachas se distribuyeron por parejas y comenzaron a peinarse la una a la otra. Varias quisieron peinar y cepillar el cabello de Lana. A mí me dieron un peine.

Tímidamente, me acerque a Ute. Mis ojos se llenaron de lágrimas. Ni siquiera podía hablar su idioma. No podía decirle que sentía no haber tirado del arnés y haber dejado que otras lo hicieran por mí. No podía decirle que me sentía desesperadamente desgraciada, que estaba sola. No podía decirle que quería más que ninguna otra cosa, que fuese mi amiga.

En el agua me había rechazado, dándome la espalda.

Me dirigí a ella, y se volvió a mirarme. Tímidamente, temiendo que fuese a darme la espalda de nuevo, le indiqué que me permitiera peinarle el pelo, si le placía que yo lo hiciera.

Me miró fríamente.

Sollozando me puse de rodillas ante ella, incapaz de hablarle, y coloqué mi cabeza sobre sus pies.

Entonces se arrodilló frente a mí y alzó mi cabeza. También había lágrimas en sus ojos.

—El-in-or —dijo y me besó.

Lloré y a mi vez, la besé.

Después se volvió y aún arrodillada permitió que peinase su cabello. Cuando acabé, tomó el peine e hizo lo mismo conmigo.

Mis preferidas entre las chicas eran Ute e Inge, la de los escribas. Estos dos nombres son, al menos por su sonido, alemanes. Ninguna de ellas, sin embargo, hablaba alemán, idioma del que yo había aprendido unas pocas palabras, o francés, que hablo con bastante fluidez. Las dos eran goreanas por completo. Ninguna de ellas, por supuesto, hablaba inglés. Aparentemente, muchos nombres goreanos tienen su origen en la Tierra.

Casi inmediatamente Ute y también Inge comenzaron a enseñarme goreano.

Se tardaban bastantes días en llegar a las orillas del Laurius.

Encontramos cuatro caravanas más y en cada una, Targo exhibió su cadena de esclavas. Yo era la cuarta en ella. Deseaba que vendiesen a Lana. Y esperaba que no ocurriese eso con Ute o Inge.

En aquellas caravanas había esclavas, que a veces venían a vernos con sus amos. ¡Cuánto les enviaba yo su libertad, sin cadenas, para ir y reír y caminar cuanto quisiesen! ¡Qué bellas estaban con sus breves túnicas de esclavas con una cinta en el hombro izquierdo, sus collares alrededor del cuello, en los brazos de sus amos, mirándonos! ¡Con qué desprecio nos miraban a nosotras, arrodilladas en la hierba, atadas en la cadena, desnudas, sin que nos hubiesen comprado!

Sorprendentemente, no acababa de creermelo la posibilidad de que me comprase alguien. Sin embargo, una vez, después de haber alzado el rostro, dedicado la mejor de mis sonrisas y haber repetido la frase ritual «*Cómprame, Amo*», se me paró el corazón. Aquel hombre no había pasado de largo. Seguía mirándome. Además, descubrí con horror que me observaba con interés. Lo decían sus ojos. Tuve la sensación de venirme abajo. Me quedé lívida. Hubiese querido ponerme en pie y gritar y salir corriendo desesperada, con la cadena a rastras. Pero entonces, no puedo explicarme cómo sucedió, dejó de estar delante mío, e inspeccionó a la siguiente muchacha. Cuando oí su «*Cómprame, Amo*» comencé a estremecerme. También se detuvo delante de otra, la novena de la hilera. Cuando nos hubo visto a todas, regresó y se puso delante mío. Fue como si estuviera hecha de piedra. No podía sostener su mirada. Estaba aterrorizada. Ni siquiera podía repetir «*Cómprame, Amo*». Finalmente, volvió a recorrer la hilera y se detuvo frente a la novena chica. La adquirió. Targo vendió dos muchachas aquella tarde. Vi cómo cambiaba el dinero de mano. Vi cómo la novena muchacha era sacada de la fila. La vi arrodillarse ante su comprador, sentada sobre los talones, la cabeza baja, los brazos extendidos y las muñecas cruzadas, dispuesta a que se las atasen. Era la sumisión de la muchacha a su nuevo dueño. Él le puso brazaletes de esclava, uniéndole las muñecas, y colocó una correa alrededor de su cuello. Vi luego cómo él ataba la correa a una anilla situada a un lado de su carro. Ella quiso tocarle, pero él la apartó de una bofetada. Parecía tímida, pero Feliz. Hacía mucho tiempo que no tenía dueño. Me pregunté cómo sería pertenecerle a un amo. Me estremecí. La muchacha se sentó a la sombra de la carreta hasta que la caravana se puso en marcha y entonces, levantándose, atada a la carreta, comenzó a caminar. Se volvió una vez, alzando sus muñecas esposadas. La saludamos con la mano. Parecía feliz.

Nos detuvimos dos veces en pueblos empalizados, los de simples pastores de boskos. Me gustaban esas paradas, pues allí teníamos leche fresca de bosko, aún caliente, y dispondríamos de un techo sobre nuestras cabezas para la noche, aunque sólo fuera de hierba. Aquellos aldeanos esparcían paja fresca en la cabaña en la que estaríamos encadenadas por la noche. Olía a limpio, y estaba seca. Me encantaba

echarme sobre ella después de la lona desplegada por encima de los duros tablones de las carretas.

Tanto Ute como Inge, tal vez Ute en particular, eran pacientes e infatigables maestras. Me enseñaban goreano prácticamente durante casi todo el día y por supuesto, yo no oía otra cosa en todo el día tampoco. Al poco tiempo me encontré diciendo cosas en goreano sin pensar en ello. Aprendí el idioma como lo aprende un niño, que no cuenta con ningún idioma para comunicarse. Consiguientemente, lo aprendí de forma directa e inmediata, con fluidez, no como una construcción de casos gramaticales y listas interminables de vocabulario, en las que los términos extranjeros tenían siempre al lado su correspondiente significado en inglés. Al no saber inglés ellas mismas, no tenían más remedio que enseñarme una lengua viva, en la que yo estaba inmersa, tan práctica y concreta como una herramienta, tan expresiva y hermosa como las flores y las nubes. No tardé mucho en sorprenderme a mí misma, en una ocasión, pensando en goreano. Y tan sólo unos diez días después de que mis lecciones de goreano hubiesen comenzado, tuve el primer sueño en que se me hablaba goreano inteligible y en el que yo respondía espontáneamente, sin pensar, en la misma lengua. Curiosamente, era un sueño en el que yo había conseguido robar una golosina y echarle las culpas a Lana, y la azotaban por ello. Me pareció un sueño divertido hasta que en él apareció Targo. Venía a por mí y llevaba colgando las tres tiras de cuero de la mano. Me desperté empapada por el sudor, pero a salvo, encadenada en el carro, sobre la lona. Fuera estaba lloviendo y oí el agua golpear sobre el techo que formaba la lona roja extendida sobre nuestras cabezas para protegernos. Escuché la respiración de las otras chicas en la carreta. Me dejé ir de nuevo sobre la lona doblada bajo mi cuerpo y, oyendo la lluvia y el rechinar de la cadena, me quedé dormida otra vez. Al principio, mi gramática no era particularmente buena, pero Inge me ayudó a mejorarla. Al cabo de cierto tiempo podía incluso detectar algunas diferencias regionales en los dialectos de las chicas y los guardas. Mi vocabulario todavía tenía que ser mucho más extenso, pero yo me sentía orgullosa de mí misma. En sólo unos cuantos días, para deleite y sorpresa míos, Había aprendido a hablar un goreano decente, bajo la intensa ayuda de Ute e Inge. Había una razón especial, claro está, por la cual yo me sentía ansiosa por aprender aquel idioma. Deseaba establecer contacto con hombres que pudiesen devolverme a la Tierra. Estaba segura de que podría, con mis recursos de la Tierra, conseguir rápidamente un pasaje de regreso al planeta que había sido mi hogar.

En cierta ocasión comenté, hablando con Inge, que Ute cometía de forma regular ciertos errores gramaticales.

—Sí —dijo Inge, flemáticamente—, es de los curtidores.

En aquel momento me sentí superior a Ute. Yo no cometería esos errores. Yo era Elinor Brinton.

—Yo hablaré goreano como los de casta alta —le anuncié a Inge.

—Pero tú eres una extraña, una bárbara.

La odié en aquel momento.

Me dije a mí misma que Inge, con todas sus pretensiones, todavía sería una esclava encadenada, pendiente de los deseos la voz de su amo, cuando yo, Elinor Brinton, estuviera ya a salvo en la Tierra, una vez más en mi agradable ático. ¡Y Ute, también! ¡La tonta y estúpida pequeña Ute, que ni siquiera era capaz de hablar su lengua correctamente! ¿Qué otra cosa podía hacer aquella insignificante, pequeña y linda joven que ser el juguete de un hombre? ¡Era una esclava por naturaleza! Estaba abocada a vivir para las cadenas. Y también Inge, pues era arrogante. ¡Se quedarían en Gor, poseídas por alguien, mientras yo, Elinor Brinton, rica e inteligente, sana y salva, me reiría en mi casa, a un mundo de distancia! ¡Qué divertido sería!

—¿Por qué ríe El-in-or? —preguntó Ute alzando la vista.

—Elinor —la corregí.

—Elinor —sonrió Ute.

—No es nada.

Oí a uno de los guardas gritar fuera. También oímos, en la distancia, cencerros de bosko.

—¡Una comitiva! —gritó uno de los guardas.

—¡Hay una mujer libre en la comitiva! —gritó otro.

Targo también daba voces.

—¡Las esclavas fuera!

Estaba asustada. Nunca había visto una mujer goreana libre. Un guarda abrió apresuradamente el extremo de la barra en la que se sujetaban los anillos de los tobillos y la levantó. Una por una, los hicimos resbalar por la barra y nos colocamos en la parte de atrás de la carreta, donde habían bajado la puerta. Mis tobillos y los de las demás muchachas estaban todavía unidos, por supuesto, por más o menos un pie de cadena y dos anillas, una en cada tobillo. Cuando dejamos la carreta, se nos puso a todas, una a una, en fila, unidas por una correa formada por tiras como las que usaban para atarnos, cogidas por la garganta. Luego, estirando el cuello para ver algo, nos alineamos junto a la carreta. Las muchachas del otro carro, frente a nosotras, con Lana entre ellas, ya estaban sobre la hierba, mirando.

Vimos una gran carreta, algo apaisada, tirada por cuatro enormes boskos negros, bellamente adornados.

Sobre el carro, bajo un dosel de seda plisada, en una silla curul, iba sentada una mujer.

La carreta estaba flanqueada por tal vez unos cuarenta guerreros, que llevaban lanzas, veinte a cada lado.

Oímos los cencerros de los boskos, sobre sus arneses, con bastante claridad. La

comitiva pasaría muy cerca de nosotras. Targo había salido a medio camino para recibirla.

—Arrodillaos —dijo uno de los guardas. Obedecemos, colocándonos como en las cadenas de exhibición.

Una esclava goreana siempre se arrodilla en presencia de un hombre o una mujer libres, a menos que sea excusada de hacerlo. Yo había incluso aprendido a arrodillarme cuando se me dirigía un guarda y, por supuesto, cuando se me acercaba Targo, mi amo. Una esclava goreana siempre se dirige a los hombres libres como Amo o Señor, o a toda mujer libre como Señora.

Ví cómo se acercaba la carreta.

La mujer iba sentada en la silla curul, llena de dignidad, y envuelta en sedas multicolores. Sus vestidos podían haber costado más de lo que podíamos valer dos o tres de nosotras juntas. Además, llevaba un velo.

—¿Acaso te atreves a mirar a una mujer libre? —preguntó un guarda.

No solo me atrevía, sino que deseaba hacerlo. Pero obligada por su pie, incliné la cabeza a medida que el carro avanzaba, como hicieron las otras chicas.

La carreta y la comitiva se detuvieron a tan solo unos cuantos metros de donde nos hallábamos nosotras.

No me atreví a levantar la cabeza.

De pronto me dí cuenta de que yo no era como ella. Por primera vez en mi vida comprendí, arrodillada en la hierba de un campo goreano, las contundentes y devastadoras realidades de las instituciones sociales. Comprendí cómo en la Tierra mi posición y la abundancia de que disfrutaba habían creado un aura en torno a mí, que hacía que las gentes de categoría inferior me respetasen y se apartasen cuando yo quería pasar, que les hacía tratarme con deferencia, apresurarse a complacerme y temer no poder conseguirlo. Con qué naturalidad me había comportado de modo distinto al de ellos, mejor, mucho más arrogantemente... ¡Yo era mejor! ¡Era su superior! Pero en aquellos momentos yo no me encontraba ya en mi mundo.

—Levanta la cabeza, niña —dijo una voz de mujer.

Así lo hice.

No era mayor que yo, estoy segura, pero se dirigía a mí como si yo fuese una niña.

El pie del guarda me golpeo de nuevo.

—¡Cómprame, Señora! —dije mecánicamente.

—Una extranjera —sonrió la mujer—. Qué gracia...

—La recogí en el campo —intervino Targo. Le preocupaba que mi presencia en su cadena pudiese ser tomada como evidencia de su poco criterio. Deseaba asegurarle a la mujer que me había adquirido a cambio de nada, que no habría invertido para comprar una chica de tan poca calidad para su cadena.

Miré a los ojos de la mujer. Me miraba directamente por encima del velo y sus ojos parecían divertidos. Daba la impresión de ser muy bella. ¡Qué espléndida y delicada! No podía soportar más la presión de su mirada.

—Puedes bajar la cabeza, muchacha —dijo, no sin amabilidad.

Agradecida dirigí la cabeza de nuevo hacia el suelo.

Estaba enfurecida por mi comportamiento, por cómo me sentía, pero al mismo tiempo no podía evitar aquellas reacciones en mí.

Ella tenía un aspecto esplendoroso, era magnífica. Yo no era nada. Las otras chicas tenían también las cabezas inclinadas hacia la hierba y estaban arrodilladas delante de la mujer libre. Ellas, como yo, no eran más que esclavas, estaban desnudas, tenían los tobillos encadenados, sus gargantas estaban unidas por la misma correa y estaban marcadas: no eran nada ante una mujer libre.

Me eché a llorar. Yo era una esclava.

Se oyó el tintineo de los cencerros de los boskos y el restallar de los látigos. Targo retrocedió, inclinándose ostentosamente, y la carreta paso lentamente frente a nosotras, comenzando a moverse. Los pies de la escolta de guardas pasaron a menos de dos metros de donde estábamos.

Cuando la carreta y la comitiva hubieron acabado de pasar por delante nuestro, Targo se irguió. Tenía una extraña expresión en el rostro. Estaba contento por algo.

—A las carretas —dijo.

—¡A las carretas! —gritaron los guardas.

Volvimos a los carros.

—¿Quién era? —preguntó el guarda canoso.

—Rena de Lydius —dijo Targo— de la Casta de los Constructores.

Una vez más me encontré como las otras chicas, encadenada en nuestra carreta, avanzando lentamente por los campos, camino de Laura.

Aquella noche nos detuvimos temprano junto a una corriente para acampar. A última hora de la tarde las muchachas, vigiladas por los guardas, realizan algunas tareas. Atienden a los boskos, limpian las carretas, van a buscar agua y preparan el fuego. A veces también se les permite cocinar. Ute y yo, atadas juntas por la garganta, pero aparte de eso con libertad de movimientos, vestidas con nuestros camisks como las demás, salimos con dos cubos para recoger bayas, acompañadas por un guarda. No había muchas bayas y no resultaba fácil llenar nuestros cubos. Robé unas cuantas del cubo de Ute y conseguí así llenar el mío primero. Se suponía que no podíamos comerlas y no creo que Ute hiciese lo contrario, pero yo me metía unas cuantas en la boca en cuanto el guarda no miraba. Si una tenía cuidado de que el jugo se mantuviese dentro de la boca, no quedaban manchas delatadoras en los labios o las mejillas. Ute era una tonta encantadora.

Cuando regresamos al campamento, casi había anochecido.

Me sorprendió ver brillando cerca de nuestra carreta, una pequeña hoguera circundada por piedras. De ella sobresalían los mangos de dos hierros.

Después de alimentarnos, se nos permitió sentarnos cerca de las carretas. Llevábamos los camisks puestos. Lo único que nos impedía movernos libremente, era una larga tira que nos mantenía a todas juntas, a intervalos de un metro. Estaba atada al tobillo izquierdo de cada una de nosotras.

Por alguna razón las muchachas no hablaban demasiado.

De pronto, los guardas se pusieron en pie de un salto y tomaron sus lanzas.

Dos hombres salieron de la oscuridad. Eran guerreros. Entre ellos, con el rostro descubierto, había una mujer que andaba dando tumbos. Sus brazos extendidos sobre sus resplandecientes vestidos estaban atados a sus costados por una ancha tira de cuero. La arrojaron a los pies de Targo. Todas las chicas nos arremolinamos a su alrededor, pero los guardas nos hicieron retroceder con sus lanzas. La mujer intentó ponerse de rodillas, pero no le permitieron levantarse. Sus ojos tenían una mirada enloquecida. Movi6 la cabeza para decir que no. Entonces Targo alarg6 cuarenta y cinco piezas de oro, que tom6 una a una del saco de piel que llevaba sujeto al cinto, a aquel de los dos hombres que parecía el jefe. Las muchachas gritaron sorprendidas. Era un precio fantástico. ¡Y ni siquiera la había tasado! Comprendimos entonces que aquella muchacha había sido contratada con antelación. Los dos hombres tomaron el oro de Targo y se retiraron hacia la oscuridad.

—Fuiste tonta al contratar mercenarios para que te guardasen —dijo Targo.

—¡Por favor! —gritó ella.

Entonces la reconocí. Era la mujer de la comitiva.

Me sentí complacida.

—¡Por favor! —sollozó la mujer. Tuve que admitir para mis adentros que era hermosa.

—Tienes un admirador —le dijo Targo—, un capitán de Tyros que se fijó en ti el otoño pasado. Me ha encargado que te compre privadamente en Ar, para ser llevada a sus jardines de placer en Tyros. Pagará cien monedas de oro.

Varias de las chicas dejaron escapar exclamaciones de admiración.

—¿Quién? —preguntó la cautiva, con voz lastimera.

—Lo sabrás cuando seas vendida a él —dijo Targo—. La curiosidad está reñida con la Kajira. Podrías ser golpeada por ello.

La mujer, terriblemente desconcertada, sacudió la cabeza.

—¡Piensa! —urgió Targo— ¿Fuiste cruel con alguien? ¿Ofendiste a alguien? ¿Le negaste a alguien la cortesía que le era debida?

La mujer pareció aterrorizada.

—¡Desnudadla! —ordenó Targo.

—¡No, no! —lloró ella.

La liberaron de la tira de cuero con que la habían atado y cortaron sus vestidos para quitárselos.

La ataron fuertemente a la enorme rueda trasera de nuestro carro. En particular, su muslo derecho fue asegurado con varias tiras de cuero. Yo misma llevaba la marca en el muslo izquierdo.

Vi como la marcaban.

Gritó terriblemente, echando la cabeza hacia atrás. Luego se puso a llorar con la mejilla apretada fuertemente contra la llanta.

Todas nos arremolinamos en torno a ella.

—¡Levanta la cabeza, niña! —le dije.

Levantó la cabeza y me miró, con los ojos brillantes. Estaba desnuda. ¡Yo llevaba un camisk! Llena de rabia. La golpeé en el rostro.

—¡Esclava! —grité—. ¡Esclava! —la golpeé de nuevo.

Uno de los guardas me apartó. Ute fue hacia la muchacha y le rodeó los hombros con sus brazos para consolarla. Yo estaba furiosa.

—A las carretas —dijo Targo.

—¡A las carretas! —repitieron los guardas.

Nos quitaron la correa de los tobillos y pronto volvimos a estar encadenadas en las carretas.

La nueva chica fue colocada en nuestra carreta, cerca de la parte delantera. La ataron de pies y manos y le reforzaron la protección del costado para que no pudiera hacerse nada en la marca. También le pusieron una caperuza de esclava, con una mordaza, para que sus llores y gritos no molestasen a ninguna de nosotras.

Me sorprendió ver que los guardas habían enganchado los boskos y a la luz de las tres lunas, volvimos a ponernos lentamente en marcha a través de los campos.

Targo no quería permanecer demasiado tiempo en aquel sitio.

—Mañana —le oí decir— llegaremos a Laura.

8. LO QUE OCURRIO AL NORTE DE LAURA

Llegamos a las orillas del Laurius poco después de que amaneciera, la mañana siguiente.

Había niebla y hacía frío. Tanto las otras chicas como yo, excepto la nueva recién marcada, que estaba encapuchada y amordazada, con el costado atado, nos arrastramos entre las capas de lona sobre las que viajábamos en la carreta. Junto con otras chicas alzamos la lona de un lado de los cuatro que cubría y espiamos lo que había fuera, en la niebla de las primeras horas del día.

Nos llegó el olor a peces del río.

A través de la niebla podíamos ver hombres moverse por entre unas bajas cabañas de madera. Algunos de ellos debían ser pescadores, que iban de regreso con una primera captura y que seguramente habían espiado la superficie del río con antorchas y tridentes durante la noche. Otros, con redes, caminaban en dirección al agua. Pudimos ver grupos de peces atados a palos colgando a los lados. Había también algunas carretas que circulaban en nuestra misma dirección. Vi algunos hombres que llevaban carga, sacos y haces de leña atados con cuerdas. En el umbral de la puerta de una de las pequeñas chozas de madera vi una esclava. Llevaba una breve túnica marrón y se nos quedó mirando. Donde ésta se abría, a la altura de su garganta, distinguí el brillo de un collar de acero.

De pronto, el mango de una lanza golpeó la lona por donde estábamos mirando y la dejamos caer de inmediato.

Miré a mi alrededor a las otras muchachas. Ya estaban despiertas y parecían emocionadas. Laura sería mi primera ciudad goreana. ¿Habría allí alguien que me enviase a casa? ¡Qué frustrada me sentía, encadenada en la carreta! Incluso la abertura trasera del carro había sido atada. La lona estaba húmeda y algo sucia por el rocío y la niebla y un poco de lluvia temprana. Quería chillar y gritar mi nombre y pedir ayuda. Pero apreté los puños y no lo hice.

En aquel momento la carreta comenzó a inclinarse hacia delante y supe que descendíamos por la río. Noté igualmente, que las ruedas resbalaban en el barro y reconocí el sonido del pesado freno al ser lanzado hacia delante y el del pie del conductor del carro al posarse sobre la llanta de la rueda delantera izquierda. Luego, poco a poco, tirando y soltando el freno, consiguió que la carreta, dando saltos, resbalase y se deslizase hacia abajo y hacia delante. Finalmente noté piedras bajo las ruedas y la carreta se niveló de nuevo.

Permanecimos allí durante unos minutos y luego oímos a Targo regatear con el dueño de una gabarra por nuestros pasajes hasta el otro lado del río.

La carreta rodó hacia delante, sobre un muelle de madera, los boscos bramaron. El olor de los peces y del río era muy fuerte. El aire era frío, húmedo y fresco.

—Esclavas fuera —oímos.

Alzaron el trozo de lona de la parte posterior y la puerta de madera cayó hacia abajo.

El guarda canoso y de un solo ojo abrió la barra, alzándola.

—Esclavas fuera —dijo.

Mientras nos deslizábamos hacia la parte de atrás de la carreta nos quitaron las anillas de los tobillos. Entonces, desnudas y sin cadenas, nos agruparon junto al borde del río, sobre el muelle de madera. Tenía frío. Vi un repentino movimiento en las aguas del río. Algo, con un movimiento rápido de su gran aleta dorsal, había saltado como una flecha desde las aguas de debajo del muelle para meterse en la corriente del Laurius. Vi el resplandor de una aleta dorsal negra y triangular.

Grité.

Lana miró también y lo señaló con el dedo.

—¡Un tiburón de río! —gritó, excitada.

Varias de las muchachas miraron en aquella dirección, mientras la aleta cortaba las aguas y desaparecía en la niebla de la superficie.

Me aparté del borde y me coloqué entre Inge y Ute, que me rodeó con sus brazos.

Una gabarra amplia y de lados más bien bajos comenzó a moverse hacia el muelle. Tenía dos grandes remos que gobernaban dos hombres. Tiraban de ella dos gigantescos palmípedos, dos tharlariones de río. Aquellos eran los primeros tharlariones que veía. Me dieron miedo. Tenían escamas, eran inmensos y sus cuellos eran muy largos. Sin embargo, parecía que en el agua, a pesar de su enorme tamaño, se movían delicadamente. Uno de ellos hundió la cabeza bajo la superficie y, momentos más tarde, la volvió a sacar, goteando y abriendo y cerrando los ojos, con un pez plateado moviéndose en la pequeña mandíbula de dientes triangulares. Se tragó el pez, y volvió su pequeña cabeza para mirarnos, esta vez sin parpadear. Estaban unidos a la amplia gabarra por un arnés. Los controlaba un gabarrero instalado en una especie de cesto de cuero que era parte del arnés, suspendido entre ambos animales. Iba provisto de un largo bastón que usaba a modo de látigo. En ocasiones también les gritaba órdenes, mezcladas con floridas blasfemias y ellos respondían a sus gritos lentamente, no sin delicadeza. La gabarra crujió al rozar con el muelle.

El precio del transporte de una persona libre a través del Laurius era un tarsko de plata. El coste del transporte de un animal, sin embargo, era sólo de un discotarn de cobre. Me enteré, sorprendida, de que eso es lo que iba a costar yo. Targo tuvo que pagar veintiún discotarns de cobre por mí y las demás chicas, la nueva y los cuatro boskos. Había vendido cuatro muchachas antes de llegar a las orillas del Laurius. Los boskos fueron desenganchados de las carretas y atados en la parte delantera de la gabarra. También allí delante había una jaula de esclavas y dos guardas, con los

mangos de sus lanzas, nos condujeron sobre la gabarra hasta su interior. Detrás nuestro uno de los gabarreros cerró de un golpe la pesada puerta de hierro y corrió el cerrojo, también de hierro pesado. Me volví para mirar. Cerró de golpe una cadena de seguridad. Estábamos enjauladas.

Me cogí a los barrotes y miré al otro lado del río, hacia Laura. Oí cómo, detrás mío, las dos carretas entraban rodando luego eran aseguradas en sus sitios con cadenas. Las colocaron sobre grandes círculos de madera, que podían rotar. De esta manera, la carreta podía entrar de frente en la gabarra, y al hacer girar la plataforma se la podía sacar de la misma. La niebla había comenzado a levantarse y la superficie del río, ancho de movimientos lentos, brillaba aquí y allá, por zonas. A unos metros a mi derecha un pez salió del agua y volvió a desaparecer, dejando detrás suyo una serie de círculos relucientes. Oí los gritos de dos gaviotas sobre mi cabeza.

El gabarrero, que estaba en la canasta de piel, gritó y azotó a los dos tharlariones en el cuello con el bastón que utilizaban como látigo.

Había otras gabarras en el río, unas navegando a lo largo. Otras lo hacían en dirección a Laura y otras salían de allí. Estas últimas usaban tan sólo la corriente. Las que se aproximaban eran tiradas por tharlariones de tierra, arrastrándose por largas carreteras a los lados del río. El tharlarión de tierra puede nadar y tirar de una gabarra para cruzar o recorrer el río, pero no es tan eficiente como el gran tharlarión de río. Ambas orillas son usadas para llegar hasta Laura, aunque en general se prefiere la más al norte. Los tharlariones sin arnés, que regresan a Lydius siguiendo el curso del Laurius, suelen preferir la ruta de la orilla sur, que no es tan usada por los tharlariones a remolque como la del norte.

En esas gabarras que se movían río arriba, pude ver muchos embalajes y muchas cajas que seguramente contenían productos como metal, herramientas y tejidos. Corriente abajo pude ver otras barcazas que movían otras mercancías de la parte interior del río. Llevaban barriles de pescado, tablones, barriles de sal, gran cantidad de piedras y paquetes de pieles. En algunas distinguí jaulas para esclavos vacías, que no eran diferentes de aquella en la que yo me encontraba. Vi tan sólo una jaula de esclavos circulando río abajo. En su interior había unos cuatro o cinco esclavos desnudos. Parecían abatidos, apretujados allí dentro. Extrañamente, les habían afeitado una ancha franja de pelo de la cabeza. Lana vio esto y lanzó un grito y les llamó desde el otro lado del agua. Los hombres ni tan siquiera nos miraron, y su barcaza siguió moviéndose lentamente hacia Laura.

Miré a Ute.

—Eso significa que son hombres que fueron capturados por mujeres —dijo ella—. Mira —prosiguió, señalando hacia las colinas y los bosques al norte de Laura—. Aquéllos son los grandes bosques. Nadie sabe hasta dónde se extienden. Por el este, y por el norte llegan hasta Torvaldsland. En ellos están las gentes del bosque, pero

también muchas bandas de proscritos, algunas de mujeres y otras de hombres.

—¿Mujeres? —pregunté.

—Algunos las llaman las muchachas del bosque —dijo Ute—. Otros las llaman las mujeres pantera, puesto que se visten con los dientes y las pieles de las panteras del bosque, a las que dan muerte con sus lanzas y sus arcos.

La miré.

—Viven en los bosques sin hombres —explicó—, conservando a los que capturan, y luego los venden cuando se cansan de ellos. Les afeitan la cabeza de esa manera para humillarles. Y esa es también la manera en que los venden, para que todo el mundo sepa que fueron esclavos de mujeres, que luego los vendieron.

—¿Quiénes son esas mujeres? —pregunté—. ¿De dónde son?

—Algunas de ellas fueron sin duda esclavas antes. Otras fueron mujeres libres. Tal vez no les interesaban las uniones, las parejas elegidas para ellas por sus padres. Tal vez no estaban de acuerdo con las normas establecidas en sus ciudades para las mujeres libres. ¿Quién sabe? En muchas ciudades una mujer libre no puede ni siquiera salir de casa sin el permiso del hombre que la custodia o de algún hombre miembro de su familia. En muchas ciudades, una esclava tiene más libertad para ir o venir y para ser feliz que una mujer libre.

Miré fuera de la jaula, a través de los barrotes. Alcancé a distinguir, con bastante claridad, los edificios de madera de Laura. El agua humedecía los lomos de los dos tharlariones que tiraban de la gabarra y los hacía brillar.

—No estés tan triste y deprimida El-in-or —dijo Ute—. Cuando lleves un collar y tengas un amo, te sentirás más feliz.

La miré con rabia.

—Yo nunca llevaré un collar ni seré la esclava de nadie —siseé.

Ute sonrió.

—Quieres un collar y un amo— insistió.

¡Pobre Ute! ¡Qué estúpida! ¡Yo sería libre! ¡Regresaría a la Tierra! ¡Volvería a ser rica y poderosa! ¡Tendría sirvientes! ¡Tendría otro Maserati!

Intenté contenerme.

—¿Has sido feliz alguna vez con un amo? —le pregunté áridamente.

—¡Oh sí! —dijo Ute feliz. Le brillaron los ojos.

Fijé mi mirada en ella, molesta.

—¿Qué ocurrió? —le pregunté.

Ella bajó la cabeza.

—Traté de doblegarle a mi voluntad —respondió— Me vendió.

Miré hacia otro sitio, a través de los barrotes. La niebla había desaparecido. El sol de la mañana brillaba sobre las aguas del río.

—En cada mujer —dijo Ute—, hay una Compañera Libre y una esclava. La

Compañera Libre busca a su compañero, y la esclava busca a su dueño.

—Eso es absurdo —respondí yo.

—¿Acaso no eres una mujer?

—Por supuesto que sí.

—Entonces, ¿qué tipo de hombre podría poseerte a ti?

—¡Ningún hombre podría hacerlo! —le contesté.

—En tus sueños, ¿qué tipo de hombre es el que te toca, te rapta, el que te lleva a su fortaleza, el que te obliga a cumplir sus órdenes?

Recordé cómo, fuera del ático, mientras corría hacia el garaje, me había mirado un hombre y no había apartado los ojos de mí; y cómo, a pesar de ir corriendo, marcada, asustada y desvalida, me había sentido, por primera vez en mi vida, vulnerable y radicalmente mujer. Me acordé también de cómo, en el bungalow, al examinar la marca en mi muslo, con el collar puesto alrededor del cuello, me había sentido brevemente sin poderlo remediar, poseída, cautiva, propiedad de otros. Pensé también en la breve fantasía que había recorrido mi mente y en la que me había imaginado a mí misma, marcada como estaba, desnuda, y en los brazos de un bárbaro. Me había estremecido, asustada. Nunca antes había tenido yo aquel sentimiento. Recordé que había sentido curiosidad por saber cómo serían las caricias de un hombre. ¿Quizás las de un amo? No podía librar mi mente de la breve sensación que había tenido. Había vuelto a acudir a mi pensamiento de vez en cuando, particularmente por la noche en la carreta. Una vez me hizo sentirme tan sola e inquieta, que se me saltaron las lágrimas. Había oído llorar a otras chicas en la carreta en dos ocasiones. Una de las veces oí a Ute.

—Yo no tengo sueños de esos —le dije.

—¡Oh!

—El-in-or es un pez de sangre fría —intervino rápidamente Lana.

Quise fulminarla con la mirada, pero se me llenaron los ojos de lágrimas.

—No —dijo Ute— El-in-or sencillamente duerme.

Lana devolvió la mirada, desde el otro extremo de la jaula.

—El-in-or quiere un amo —dijo.

—¡No! —grité, llorando —¡No! ¡No!

Las muchachas, excepto Ute, pero incluyendo a Inge, se pusieron a reír y a gritar, haciéndome burla e imitándome, y repitieron a coro:

—¡El-in-or quiere un amo! ¡El-in-or quiere un amo!

—¡No! —grité, y les di la espalda, a la vez que apoyaba el rostro contra los barrotes.

Ute me rodeó con sus brazos.

—No hagáis llorar a El-in-or —dijo reprendiendo a las demás.

Las odiaba a todas, incluso a Ute. No eran más que esclavas, ¡eso es lo que eran!

—¡Mirad! —gritó Inge, señalando hacia arriba.

Muy a lo lejos, a través del cielo, y al este de Laura siguiendo la línea del bosque, se acercaba un grupo de tarnsmanes. Quizás fueran unos cuarenta, montados sobre los grandes y feroces pájaros ensillados de Gor. Los hombres parecían pequeños a lomos de aquellos enormes animales. Llevaban lanzas y cascos. Sus escudos colgaban del lado derecho de las sillas.

Las muchachas, aterrorizadas, se apretaron contra los barrotes de la jaula, dando gritos y señalándolos.

Estaban muy lejos, pero incluso a distancia me sentí asustada. Me pregunté qué clase de hombres serían aquellos que podían dominar semejantes monstruos alados. Estaba aterrorizada. Me eché hacia atrás y me estremecí.

Targo apareció sobre la gabarra y, protegiéndose los ojos del temprano sol de la mañana, miró hacia arriba. Se dirigió al guarda tuerto que se hallaba detrás de él, en pie.

—Es Haakon de Skjern —le dijo.

El guarda asintió.

Targo parecía satisfecho.

Los tarnsmanes habían hecho aterrizar sus enormes pájaros en algún lugar detrás de Laura.

—El campamento de Haakon está fuera de Laura, hacia el norte —comentó Targo.

A continuación, Targo y el guarda tuerto regresaron hacia la popa de la embarcación, donde dos de los gabarreros manejaban los grandes remos. La tripulación estaba formada por seis hombres. El responsable de los tharlariones, los dos timoneles, el capitán y dos gabarreros más, que se ocupaban de la embarcación y realizaban las operaciones de amarre y desembarque. Uno de ellos era el que había reforzado la cerradura de la jaula en la que nos hallábamos.

Habíamos cubierto ya más de dos tercios de la distancia que separaba las dos orillas del amplio río.

Podíamos ver la piedra, y las maderas y los barriles de pescado y sal almacenados sobre los muelles de la orilla. Detrás de éstos había unas largas rampas de madera que llevaban a los almacenes. Éstos parecían contruidos con maderas lisas pesadas, barnizadas y teñidas. Muchos eran de color rojizo. Casi todos tenían techos con unos listones de madera pintados de negro. Muchos estaban ornamentados, particularmente por encima de las grandes puertas de doble hoja, con esculturas y tallas en la madera, pintadas de muchos colores. A través de las grandes puertas pude ver muchos espacios en el centro, y varios pisos a los que también se accedía por rampas. Parecían contener muchas mercancías. Vi también varios hombres que se movían por sus alrededores, en su interior y por las rampas, así como en los muelles. Se estaban

cargando y descargando diversas gabarras. A excepción de los pueblos, Laura era la única civilización de aquella región. Lydius, el puerto franco en la desembocadura del Laurius, se encontraba a más de doscientos pasangs corriente abajo. La chica nueva había sido Rena de Lydius, de los Constructores, una de las cinco castas altas de Gor. Seguía atada en la carreta. Yo suponía que Targo la mantendría encapuchada y amordazada allí, en Laura, puesto que era posible que alguien la reconociese. Sonreí para mis adentros. No se escaparía de Targo. Luego, golpeé los barrotes con rabia.

Los tharlariones empezaron a girar lentamente en el amplio río y, bajo el bastón y los gritos del hombre que los dirigía, comenzaron a acercar la gabarra a su espigón. Los timoneles, con sus grandes remos, gritando y lanzando imprecaciones movieron la embarcación hacia sus amarres. Hubo una ligera sacudida cuando las pesadas amarras, húmedas y enrolladas en la parte de atrás de la embarcación, golpearon el muelle. Los otros dos tripulantes, de pie en cubierta, lanzaron unas pesadas y anudadas cuerdas por encima de unos puntos de amarre de hierro, sujetos en el muelle. Luego saltaron sobre éste y con cuerdas más pequeñas, que ataron a los mismos puntos de amarre, empezaron a ayudar a que la gabarra se aproximase al muelle. No hay ningún tipo de escalerilla en la parte de atrás de las gabarras y la altura de su cubierta iguala la del muelle. Una vez las cuerdas se han asegurado, las carretas pueden rodar directamente sobre el muelle.

Un hombre desató las cuerdas que unían los aros de los hocicos de los boskos con las anillas para estos animales que había instaladas en la cubierta. Los hizo retroceder hacia la popa de la gabarra y colocarse sobre el muelle. Los grandes círculos de madera sobre las que se habían montado las carretas comenzaron a girar, y así éstas quedaron de cara al muelle. Los boskos, que resoplaban, rugían y daban golpes con sus pezuñas sobre los tablones de madera, fueron guiados hacia atrás, hacia el arnés. Los dos miembros de la tripulación estaban desenganchando la carreta.

Algunos hombres se acercaron hasta el muelle para vernos desembarcar. Otros se detuvieron durante un rato, para mirarnos.

Los hombres llevaban túnicas de trabajo, de un tejido burdo. Parecían fuertes.

Había un penetrante olor a pescado y sal en el aire.

Hay muy poco mercado en la sencilla Laura para los exquisitos productos de Gor. Rara vez pueden encontrarse allí rollos de cable de oro Toriano, cubos de plata entrelazados de rharna, rubíes esculpidos cual ardientes panteras de Schendi, nuez moscada y especias, nardos y pimientas de las tierras al Este de Bazi, brocados florales, perfumes de Tyros, los vinos escaros, las maravillosas y vistosas sedas de Ar. La vida, incluso según los criterios goreanos, es primitiva en la región del Laurius y más al norte, hacia los grandes bosques y a lo largo de la costa, hacia arriba, hacia el Torvaldsland.

Y sin embargo, no me cabía la menor duda de que aquellos hombres fuertes y de

grandes manos de Laura, de aspecto rústico con sus túnicas de trabajo, que se habían detenido para mirarnos, valorarían el cuerpo de una esclava, si era vital y demostraba que apreciaba sus caricias.

—¡Tal, Kajiras! —gritó uno de los hombres, moviendo los brazos.

Ute se apretó contra los barrotes y le devolvió el saludo. Los hombres gritaron complacidos.

—No le sonrías a ninguno —advirtió Lana—. No sería bueno ser vendida en Laura.

—Me da igual dónde me vendan —dijo Ute.

—Ocupas un lugar alto en la cadena —le dijo Inge a Ute—. Targo no te venderá hasta que llegue a Ar —luego Inge me miró con franqueza—. Quizás te venda a ti —me dijo—. Eres una bárbara sin entrenar.

Odié a Inge.

Pero temía que tuviese razón. De pronto comencé a tener miedo de ser vendida en aquel puerto de río para pasar el resto de mis días como esclava de un pescador o un leñador, cocinando y atendiendo su cabaña. ¡Vaya un destino para Elinor Brinton! ¡No podían venderme allí! ¡No podían!

Uno de los gabarreros vino hasta nosotras y, con una llave, abrió el cerrojo que aseguraba la puerta de nuestra jaula de esclavas. Con un rechinar se abrió de par en par.

Nuestros propios guardas estaban detrás de él.

—Esclavas fuera —dijo uno de ellos—. En fila.

Vimos que los boskos ya llevaban el arnés.

Cuando salimos de la jaula, una a una, nos dieron nuestros camisks y nos colocaron una correa alrededor del cuello, que era una larga tira de fibra de la usada para atar. La fibra se enrollaba al cuello de cada muchacha, se ataba, y luego pasaba al de la siguiente. Teníamos las manos y los pies libres. ¿A dónde podía uno correr en Laura? ¿Hacia dónde podía uno correr, fuera cual fuera el lugar?

Dejamos la gabarra descalzas y pasamos al muelle caminando junto al lado izquierdo de las carretas.

Distinguí una larga rampa de madera que salía del muelle y se extendía hasta una larga calle de madera que serpenteaba por entre los numerosos almacenes. Nosotras, sujetas de esa manera, seguimos la mencionada calle. Me gustaba el olor de Laura, los frescos campos delante de los bosques, incluso el olor del río y la madera. Nos llegó olor a tarsko asado desde algún sitio. Tanto nosotras como las carretas pasamos entre trineos de madera, con ruedas de cuero, sobre los que había bloques de granito, de los yacimientos al Este de Laura; y entre barriles y contenedores de pescado y sal; y entre balas de pieles de eslín y de pantera, procedentes de los bosques cercanos. Alargué la mano y toqué alguna de las pieles de eslín al pasar. No tenían un tacto

desagradable. Había hombres que se acercaban al borde de la calle para vernos pasar. Tuve la impresión de que éramos una buena mercancía. Caminé muy erguida, sin mirarlos. Uno de ellos alargó la mano y tomó mi pierna, justo detrás de la rodilla. Grité alarmada al tiempo que saltaba para alejarme de él. Los hombres rieron. Un guarda se colocó entre nosotros con su lanza.

—Cómprala —le indicó, no muy amablemente.

El hombre se inclinó haciendo una profunda reverencia en tono de burla para disculparse. Los demás se rieron y nosotras continuamos nuestro camino. Seguí notando su mano en mi pierna durante unos segundos. Por alguna razón, me sentía satisfecha. ¡Ninguno había alargado la mano para tocar a Lana!

El olor del tarsko asado se hacía más intenso y, para alegría nuestra, las carretas giraron y entraron en uno de los grandes almacenes. El suelo era suave. En cuanto entramos cerraron las puertas. Entonces, de rodillas, comimos tarsko asado y pan, y bebimos leche caliente de bosko.

Me di cuenta de que Targo estaba de pie delante mío.

—¿Por qué te ha tocado el hombre del muelle? —preguntó. Yo bajé la cabeza.

—No lo sé, amo —respondí.

El guarda tuerto se colocó junto a Targo.

—Ahora anda mejor que antes —le indicó.

—¿Crees que podría ser hermosa? —le preguntó Targo.

Aquella me pareció una extraña pregunta. Ciertamente una chica es hermosa o no lo es.

—Podría —dijo el guarda—. Está más bella desde que la tenemos.

Aquello me gustó, pero no lo comprendí.

—Es difícil para una muchacha de seda blanca ser hermosa —remarcó Targo.

—Sí, pero hay un buen mercado para las de seda blanca.

Yo no conseguía entender nada. Miré de nuevo a Targo.

—Ponla sexta en la cadena.

Bajé los ojos, sonrojada por lo que en el fondo era un halago. Cuando volví a alzar la cabeza, Targo y el guarda estaban en algún otro sitio. Comencé a masticar mi tarsko y mi pan. Miré de reojo a las que hasta entonces habían sido quinta y sexta en la cadena, y que ahora eran tercera y cuarta. No parecían muy satisfechas.

—Bárbara —dijo la que era sexta.

—Quinta —le respondí yo.

Pero afortunadamente para mí, Targo no exhibió su cadena en Laura. Quería precios más elevados.

Después de comer proseguimos nuestro camino, subiendo por las calles de madera, unidas por el cuello, junto a las carretas. En cierto momento pasamos junto a una taberna de raga. Dentro, adornada con joyas y cascabeles, que por lo demás era la

única ropa que llevaba, vi a una muchacha bailando en un cuadrado de arena entre las mesas. Bailaba despacio, exquisitamente, siguiendo la música de instrumentos primitivos. Me quedé paralizada. Nunca había visto una mujer tan sensual. Sobre el mediodía llegamos a un recinto para esclavas al norte de Laura. Existen varios de éstos. Targo había reservado sitio en uno de los recintos, junto a otros. El nuestro compartía una pared de barrotes con otro, el de Haakon de Skjern, para quien Targo había viajado hasta el norte para negociar. Los recintos están formados por dormitorios sin ventanas, hechos con troncos y tienen suelos de piedra sobre los que se esparce paja; el dormitorio se abre con una pequeña puerta, de un metro de alto, y da al patio de ejercicio. Este patio es como una gran jaula. Sus paredes son barrotes y también lo es el techo. Los del techo a veces se sujetan al patio por montantes de hierro. Había llovido hacía poco en Laura y el patio estaba embarrado, pero lo encontré más agradable que el mal ventilado dormitorio. No se nos permitía llevar nuestros camisks en el recinto, tal vez quizás a causa del barro del patio.

En el recinto adyacente al nuestro se apretujaban unas doscientas cincuenta o trescientas muchachas de los pueblos. Algunas de ellas lloraban mucho, aunque a mí no me importaba demasiado. Pero me alegré de que por la noche los guardas usasen sus látigos para mantenerlas calladas. De esa manera podíamos dormir todas un poco. Estaban desnudas y eran esclavas, pero cada mañana, se trenzaban la una a la otra sus largos cabellos rubios. Aquello parecía importante para ellas, y se les permitía hacerlo, por alguna razón. Las otras chicas de Targo, de las cuales yo formaba parte, llevaban todas el pelo largo, suelto y peinado liso. Yo esperaba que mi cabello creciese deprisa. Lana era la que tenía el pelo más largo de todas nosotras. Le llegaba por debajo de la cintura. A veces me daban ganas de cogerla por el pelo y sacudirla hasta que tuviese que implorar piedad. Muchas de las muchachas de los pueblos aún no habían sido marcadas. Ni llevaban collares. Generalmente tenían los ojos azules, aunque algunas los tenían grises. Eran muchachas capturadas por los hombres de Haakon de Skjern en los pueblos al norte del Laurius y de los pueblos costeros, incluso de una zona tan al norte como la frontera con el Torvaldsland. Muchas no parecían demasiado preocupadas por su esclavitud. Supuse que la vida en un pueblo tenía que ser dura para una muchacha. Targo podría elegir libremente cien de estas jóvenes. Había pagado un depósito de cincuenta discotarns, y durante nuestra primera mañana en el recinto, le había visto pagar ciento cincuenta más al enorme, barbudo y ceñudo Haakon de Skjern. También había visto cómo Targo, sin prisa, con sus ojos expertos y sus manos rápidas y delicadas, examinaba a las mujeres. Ellas intentaban apartarse de él. Cuando lo hacían eran sujetadas por dos guardas. Me di cuenta de que las muchachas que respondían así eran seleccionadas invariablemente, incluso dejando atrás a otras atadas junto a ellas que eran más hermosas. A Targo le costó más de dos días acabar de decidirse. Cuando elegía a alguien, la muchacha era

enviada a nuestro recinto. Ellas no se mezclaban con nosotras, sino que, con sus acentos norteños, se reservaban para sí mismas. Se dedicó un día entero a calentar hierros y marcarlas. Al margen de todo esto, he de decir que no fueron tampoco días agradables para la nueva chica, Rena de Lydius. Se la mantenía en el dormitorio, con las muñecas atadas detrás de la espalda y el cuello encadenado a una pesada argolla instalada en la pared. Además, excepto cuando comía, se la mantenía amordazada y con la caperuza puesta. Ella solía sentarse contra la pared, con las rodillas encogidas y la cabeza gacha, de manera que la capucha y la mordaza le ocultaban el rostro. Se me asignó la tarea de alimentarla. La primera vez que le retiré la mordaza y la capucha me suplicó que la ayudase a escapar o que les contase a otros su situación. ¡Qué tonta era! A mí podían azotarme por algo como aquello, quizás me empalasen. Le respondí «*Calla, esclava*» y le volví a poner la mordaza y la caperuza. No la alimenté para que aprendiese la lección. Aquella mañana me comí su ración e hice lo mismo por la noche. A la mañana siguiente, cuando la solté, tenía los ojos llenos de lágrimas, pero no intentó hablarme. Le di de comer en silencio, poniéndole la comida en la boca y diciéndole que comiera rápido, y le hice beber un trago de agua de la bolsa de piel. Luego volví a atarla. Ella había pertenecido a una casta alta. La odiaba. Estaba decidida a tratarla como lo que era: una esclava.

Más allá del recinto de Haakon de Skjern se veía el de sus tarns, donde, sujetos por una pata, los grandes pájaros batían sus alas, lanzaban las cabezas hacia atrás y chillaban. A veces lograban soltarse y golpeaban a sus cuidadores con sus grandes picos amarillentos. El aire producido por sus potentes alas, que formaba huracanes de polvo y pequeñas piedras, podía levantar a un hombre del suelo. Aquellos picos poderosos y aquellas garras de fuerza imponente, podían partir a un hombre en dos con la misma facilidad con que partían los muslos de bosko con que se alimentaban. Incluso separada de ellos como estaba, por tres paredes de barrotes, la pared del recinto de Haakon y la de nuestro recinto en común, aquellos pájaros me tenían aterrada. Me alegré de ver que las bellezas del norte de Haakon se alejaban cuanto podían de aquel lado de su recinto. A veces, cuando alguno de los enormes pájaros gritaba, varias de ellas lo hacían también y salían corriendo hacia nuestros barrotes o se refugiaban en el dormitorio. No sé por qué razón las mujeres temen tanto a los tarns, pero lo cierto es que es así. Aunque muchos hombres los temen también. Se dice que el tarn sabe quién es un tarnsman y quién no. Y si se le acerca uno que no lo es, puede despedazarle. No es sorprendente que los hombres no se acerquen a estas bestias. Yo había visto cuidadores de tarns, pero a excepción de Haakon de Skjern, no había visto tarnsmanes. Eran hombres salvajes de la Casta de los Guerreros, que pasaban mucho de su tiempo en las tabernas de Laura, bebiendo, peleando y jugando, mientras las esclavas, excitadas y con los ojos brillantes, les servían y les rozaban, para hacerse notar y que les ordenasen ir a las alcobas. No era de extrañar, pues, que

algunos hombres, incluso guerreros, odiasen y envidiasen a los arrogantes y regios tarnsmanes, ricos una noche y pobres la siguiente, siempre en la cresta de la aventura, de la guerra y del placer, llevando su orgullo y su hombría en el andar, en el acero de su costado y en la manera de mirar.

Pero Haakon era un tarnsman y me asustaba. Era feo y no parecía de fiar. Targo estaba nervioso en sus tratos con él.

Permanecimos seis días enteros en el recinto. Cinco de esos días, por la mañana, fui llevada junto a otras cuatro muchachas a Laura, atada a ellas, para traer provisiones al recinto. Nos acompañaban dos guardas. Pero curiosamente, al llegar a un determinado edificio, uno de los guardas me separaba de las demás y juntos, el guarda y yo, entrábamos en el edificio, mientras los otros proseguían su camino hacia el mercado. Al regresar llamaban a la puerta, momento en el que mi guarda y yo salíamos de allí. Entonces me unían a las demás otra vez, se redistribuían los bultos, yo tomaba mi parte y, llevando mi carga como una esclava, sobre la cabeza con la ayuda de una mano, regresaba junto a las demás bajo vigilancia. Las dos últimas veces, ante mis repetidas súplicas, me permitieron llevar una jarra de vino sobre la cabeza. Ute me había enseñado a andar sin derramarlo. A mí me divertía ver que los hombres me contemplaban. Pronto pude llevar vino tan bien como cualquier otra de las chicas, incluso Ute.

El edificio en el que me detuve aquellos días era la casa de un médico. Me llevaron por un pasillo hasta una habitación en la que se recibía a las esclavas. Me quitaron el camisk. El primer día, el médico, un hombre tranquilo que llevaba las ropas verdes propias de su casta, me examinó concienzudamente. Los instrumentos que usaba, las pruebas a las que me sometió y las muestras que tomó, no eran diferentes de las de la Tierra. Me llamó poderosamente la atención el hecho de que aquella habitación, por más primitiva que fuese, estaba iluminada por lo que en goreano se llama una lámpara de energía, una invención de los Constructores. No pude ver ni cables, ni pilas. Sin embargo, el lugar estaba lleno de una luz suave y blanca que el médico podía regular haciendo rotar la base de la bombilla. Además, algunos de los instrumentos que formaban su equipo distaban mucho de ser primitivos. Por ejemplo, había una pequeña máquina con indicadores y diminutas repisas sobre las que colocaban las muestras de sangre y orina, tejido o cabello. Con un bolígrafo anotaba las lecturas de la máquina. En la pantalla, colocadas sobre la máquina, vi claramente aumentado algo que me recordó una imagen visualizada en un microscopio. Él estudiaba brevemente la imagen y luego hacía más anotaciones. El guarda me había prohibido terminantemente hablar con el médico, como no fuese para contestar sus preguntas, algo que debía de hacer con prontitud y rigor, sin importarme su naturaleza. Aunque el médico era amable, noté que me trataba y consideraba como un animal. Cuando no estaba examinándome, permanecía

abandonada en un lado de la habitación, donde me arrodillaba sola, sobre los tablones, hasta que me necesitaba de nuevo. Hablaban de mí como si yo no estuviera presente.

Cuando terminó, mezcló varios polvos de diferentes tipos en tres o cuatro frascos, añadiéndoles agua. Se me ordenó beberlos. El último fue realmente nauseabundo.

—Necesita los Sueros Estabilizadores —dijo el médico.

El guarda asintió con un gesto de cabeza.

—Hay que administrarlos en cuatro veces —añadió.

Señaló con la cabeza una plataforma pesada situada en diagonal en una de las esquinas de la habitación. El guarda me ató y me echó, boca abajo sobre ella, y ató mis manos por encima de mi cabeza, muy separadas, con tiras de cuero. Hizo lo mismo con mis tobillos. El médico estaba ocupado con fluidos y una jeringuilla frente a un estante, en una parte de la estancia donde había varios viales.

Grité. El pinchazo fue doloroso. Lo clavó por debajo de mi cintura, sobre la cadera izquierda.

Me dejaron sujeta sobre la mesa durante unos segundos y luego el médico regresó para darle un vistazo al pinchazo. Al parecer, no había habido ninguna reacción inusual.

Me soltaron.

—Vístete —me dijo el médico.

Agradecí poder ponerme el camisk y lo sujeté fuertemente a la altura de mi cintura, con un doble cordel de la fibra usada para atar.

Yo quería y necesitaba hablar con el médico desesperadamente. En su casa, en aquella habitación, había visto instrumentos que me hablaban de una tecnología avanzada, completamente diferente de lo que había encontrado hasta el momento en lo que me parecía un mundo primitivo, hermoso y rudo. El guarda apretó el mango de su lanza contra mi espalda, y me sacó de la habitación. Miré hacia el médico por encima del hombro. Él me miró sorprendido.

Fuera, las otras cuatro chicas y el guarda estaban esperando. Me ataron, me dieron parte de la carga y juntos, regresamos todos al recinto de Targo.

Me pareció ver un hombre pequeño, vestido de negro, que nos vigilaba, pero no estaba segura.

Volvimos, de manera parecida, a casa del médico los siguientes cuatro días. El primer día él se había limitado a examinarme, darme algunos medicamentos de poca importancia y leves consecuencias, y la primera dosis de la Serie de Estabilización. El segundo, tercer y cuarto días recibí las dosis que concluían la Serie. El quinto día, el médico tomó más muestras.

—Los sueros están haciendo efecto —le dijo al guarda.

—Bien —respondió éste.

El segundo día, después de la dosis, intenté hablar con él, a pesar del guarda, para rogarle que me diese información.

El guarda no me azotó, pero me abofeteó dos veces, haciendo que se me llenase la boca de sangre. Luego me amordazó.

Más tarde, una vez fuera, el guarda me miró, divertido.

Yo me quedé de pie frente a él, con la cabeza baja, amordazada.

—¿Quieres llevar la mordaza hasta el recinto? —me preguntó.

Sacudí la cabeza con fuerza. No, si la llevaba puesta al llegar Targo preguntaría con toda seguridad acerca de ella y no cabía la menor duda de que me haría azotar. Le había visto, una o dos veces, obligar a una chica a pedirle a un guarda que la azotase. Entonces, la muchacha era colgada por las muñecas. En estos casos el guarda no utiliza el manojo de tiras de cuero con el que Lana, sólo con su fuerza de mujer, me había golpeado, sino el látigo goreano de cinco tiras, pero empleado con la terrible fuerza de un hombre. No me apetecía en absoluto sentirlo. Me mostraría sumisa, dispuesta a obedecer y a ser complaciente con todo. ¡No! Moví fuertemente la cabeza, ¡no!

—¿Me suplicarás que te perdone? —preguntó el guarda medio en broma, medio torturándome.

Asentí vigorosamente. Sí. Es duro ser esclava. Los hombres se ríen de ti, eres objeto de sus burlas, pero pueden cambiar en un instante y su mirada puede volverse muy dura. Has de tener cuidado con lo que dices y lo que haces. Es la ley del más fuerte y son ellos los que utilizan el látigo. Así que me arrodillé ante él vi agaché la cabeza, hasta ponerla a sus pies. Luego, tal y como había visto hacer a Lana en una ocasión, tomé cuidadosamente su pierna entre mis manos y apoyé la mejilla contra ella.

—De acuerdo —dijo él.

Soltó la mordaza. Lo miré agradecida, y puse mis manos en sus caderas como había visto hacer a Lana.

De pronto me tomó por los brazos y me alzó hasta quedar a la altura de sus ojos.

Comprendí repentinamente, llena de espanto, que iba a ser violada.

—¡Hey! —dijo una voz, la del otro guarda—. Es hora de volver al recinto.

Me soltó de mala gana y, vacilante, se apartó.

—¡Es seda blanca! —dijo el otro guarda, riendo escandalosamente.

Las otras chicas, atadas las unas a las otras, también reían.

Mi guarda sin embargo, soltando una carcajada, me sujetó como si yo hubiese sido una niña mala, me colocó sobre sus rodillas. Entonces, me azotó enérgicamente con la palma de la mano, hasta que grité y le pedí perdón entre sollozos.

No puedo explicar lo feliz que me sentí al volver a estar atada de nuevo y llevando una carga.

Las chicas, incluso Ute, reían.

Yo me sentía incómoda, humillada.

—Es una belleza, ¿verdad? —dijo el guarda que había intervenido.

—Está aprendiendo los trucos de las esclavas —repuso mi guarda, sonriendo y respirando pesadamente.

El otro me miró.

—Ponte más erguida —me dijo. Así lo hice—. Sí, es una chica preciosa. No me importaría poseerla.

Emprendí mi camino de regreso al recinto, orgullosa, con la deliberada e insolente gracia de las esclavas. Sabía entonces que los hombres me deseaban a mí, a aquel animal que acarreaba su carga, a Elinor Brinton.

Por supuesto, no volví a intentar hablar con el médico.

El cuarto día recibí la última dosis de la Serie de Estabilización. El quinto, el médico, que ya había tomado sus muestras para analizarlas, determinó que los sueros estaban resultando eficaces.

Cuando abandoné su casa el quinto día, le oí hablar con el guarda.

—Un espécimen excelente —le dijo.

Es cierto que nunca antes en mi vida me había sentido tan sana y tan fuerte como entonces, ni me había parecido el aire tan claro y puro, el cielo tan azul, las nubes tan limpias y blancas. Repentinamente me di cuenta de que era feliz. Aunque descalza, aunque sujeta por la garganta, aunque marcada, aunque vistiendo un simple camisk, aunque rebajada a esclava, a merced de los hombres, me sentía acaso por primera vez en mi vida vital y animadamente feliz. Me di cuenta de que pensaba en los hombres más a menudo. Sabía entonces que ellos me encontraban atractiva. Y, sorprendentemente, también yo comencé a encontrarles a ellos más atractivos, profunda y sensualmente atractivos, incluso excitantes. El uno ladeaba la cabeza de una cierta manera; el otro tenía una risa bonita, fuerte y franca; uno tenía las piernas robustas; otro poseía unos brazos largos y bien formados y unas manos fuertes o un torso y una cabeza hermosos. Reparé en que quería mirarles, estar cerca de ellos, como por casualidad, tocarles como si no me diese cuenta, tal vez rozarles al pasar. En ocasiones me descubrían espiándoles y yo, respondiendo a su sonrisa, miraba al suelo deprisa, tímidamente. A veces me sentía satisfecha cuando entre las otras chicas, me arrojaban a mí su cuero o sus sandalias para que las limpiase. Y así lo hacía yo, a la perfección. No me negaba a lavar sus ropas en el riachuelo cerca del campamento. Me gustaba tenerlas entre las manos, notar el recio tejido que se había empapado del dulce sudor de su fuerza. Una vez, Ute me pilló sosteniendo la túnica del guarda que me había acompañado al médico contra mi mejilla y los ojos cerrados. Se echó a reír con todas sus fuerzas y se puso de pie en las rocas planas que había en el agua, mientras me señalaba. Las otras muchachas me miraron también, riéndose y

dándose palmadas sobre las rodillas.

—¡El-in-or quiere un amo! —gritó Ute— ¡El-in-or quiere un amo!

La perseguí hasta la corriente echándole agua y ella se escapó tropezando por entre las piedras, para finalmente volver sobre sus pasos y llegarse de nuevo a la orilla del agua. Ute las demás se quedaron de pie allí, riendo y señalándome. Yo seguía en medio del riachuelo, con el agua hasta la rodilla.

—¡El-in-or quiere un amo! —gritaron riéndose.

Sin moverme de donde estaba, alcé los puños, furiosa.

—¡Sí! —grité—. ¡Quiero un amo!

Después, todavía enfadada, regresé a mi colada y lo mismo hicieron las demás. Pero sentí que había cambiado algo. Las oía charlar alegremente juntas, mientras golpeaban y aclaraban los trozos de tela bajo el sol, al borde de aquella rápida corriente. Y yo, Elinor Brinton, estaba trabajando con ellas. ¿Qué había de diferente? Yo llevaba puesto mi camisk, sujeto con fibra de la usada para atar, nada más. Estaba arrodillada como ellas. Trabajaba como ellas. Allí no había ni ático, ni Maserati, ni opulencia, ni edificios enormes, ni ruidos de coches, ni estampidos de aviones, ni nubes de gases asfixiantes. Tan sólo las risas de las chicas, el borboteo de la corriente, el trabajo, el cielo azul, y las nubes blancas, el viento y la hierba ondulándose, aire puro y, en alguna parte, la llamada de un gim de cuernos diminutos, el pequeño pájaro morado parecido a un búho.

Dejé de trabajar un momento y respiré profundamente. Ya no me sentía enfadada. Noté la fibra de atar apretada contra mi cuerpo. Me desperecé. Sentí que todo mi cuerpo se rebelaba contra el burdo tejido del camisk. Me pregunté qué hombre me lo quitaría.

—¡Sí! ¡Sí! —grité—. ¡Soy una mujer! ¡Quiero un amo! ¡Quiero un amo!

—Vuelve a tu trabajo —me dijo el guarda.

Ute, al tiempo que golpeaba la ropa sobre la roca y la aclaraba en el agua fría, se puso a cantar.

De manera harto interesante, por primera vez en mi vida, me di cuenta de que no me disgustaba ser una mujer. Estaba satisfecha y fascinada de que ellos fuesen hombres. Es agradable ser una mujer en Gor, incluso siendo esclava, con tales hombres.

Aquella tarde, Targo me llamó aparte.

—Esclava —yo, asustada, sin saber qué podía haber hecho, corrí hacia él, me arrodillé a sus pies y bajé la cabeza. Comencé a temblar— Levanta tu cabeza.

Cumplí sus deseos.

—La próxima vez que se forme la cadena de exhibición —me dijo—, tú serás la undécima.

No daba crédito a mis oídos.

—Gracias, amo —susurré.

En aquellos momentos había dieciséis chicas en la cadena, pues Targo había vendido cuatro antes de llegar a Laura. Las cien muchachas de los pueblos no estaban incluidas en la cadena de exhibición. Iban a ser vendidas en Ar.

—Ahora estás en la parte alta de la cadena.

Bajé la cabeza.

—Casi eres hermosa —añadió.

Cuando levanté la cabeza, él se había ido. Me sentía dichosa.

Corrí a la puerta de barrotes del recinto y el guarda la abrió para dejarme pasar. Luego volvió a cerrarla con llave.

No me hizo quitar el camisk antes de entrar. Se nos permitía llevarlos dentro del recinto. Incluso las chicas de los pueblos habían cortado y cosido camisks para ellas. Los llevaban alegremente. Era la primera prenda que les estaba permitido ponerse desde que fueron apresadas por los hombres de Haakon de Skjern. A decir verdad, no acabo de entender por qué nos permitían estar vestidas en el recinto. Podía ser, por supuesto, porque el tiempo había cambiado y en el recinto ya no había barro, pero no lo creo. Creo más bien que era porque Targo se sentía, sencillamente, bastante contento de nosotras. Sus chicas más antiguas, entre las que me encontraba, eran género muy bueno. Su chica nueva, la que fuera Rena de Lydius, podría darle un beneficio neto de cincuenta y cinco monedas de oro si conseguía entregarla en el mercado de Ar al capitán de Tyres. Y sus cien chicas de pueblo, compradas a dos monedas de oro cada una, podían ayudarle a hacerse rico, si las llevaba antes de la Fiesta del Amor. Targo estaba de buen humor.

Corrí a contarles a Ute y a Inge que ahora era la undécima. Nos abrazamos y nos besamos.

Lana ocupaba, por supuesto, un lugar alto en la cadena, el dieciséis. Inge era decimoquinta y Ute la número catorce.

No es que resulte sólo prestigioso estar en la parte alta de la cadena, sino que además, por supuesto, también aumentas rápidamente la cotización de la esclava y en consecuencia hay más posibilidades de que el futuro amo disponga de una buena posición. Me paseé frente a Inge y Ute con aire afectado y bromeando.

—No me importa —les dije con tono arrogante— si mi amo prefiere que lleve vestidos de seda...

Y nosotras, que sólo llevábamos nuestros camisks, nos echamos a reír.

—Esperemos —dijo Inge— que no te adquiriera el dueño de una taberna de paga.

La miré irritada.

—Pueden permitirse comprar las mejores chicas —prosiguió—, pagando más que muchos amos particulares.

Tragué saliva.

—De todas las muchachas vendidas aquí, sin embargo —observó Inge—, muy pocas son adquiridas para tabernas.

La miré agradecida.

—Quizá seas adquirida para sirviente o para trabajar en una torre —concluyó Inge.

—No —dije perezosamente—, creo que me adquirirán para ser una esclava de placer.

Ute aplaudió llena de contento.

—Pero no has recibido instrucción —resaltó Inge.

—Puedo aprender —apostillé.

—He oído que todas recibiremos instrucción en los recintos de Ko-ro-ba —dijo Ute.

Yo también lo había oído.

—Sin duda me entrenaré estupendamente.

—¡Qué diferente estás de cuando te encontramos!

—El-in-or, ¿crees que, aun siendo de la casta de los escribas, podría darle placer a un hombre? —preguntó Inge.

—Quítate el camisk y te lo diré con más seguridad.

Se echó a reír.

—¿Y yo, qué? —dijo con tono lastimero Ute.

Nos reímos de ella. Ninguna de nosotras tenía la menor duda de que Ute sería un tesoro para cualquier hombre.

—Estarás magnífica —le dije.

—Sí —dijo Inge afectuosamente—, ¡magnífica!

—Pero ¿qué pasaría —se lamentó Ute—, si fuésemos todas compradas por el mismo amo?

Me eché hacia delante con aire amenazador.

—¡Os sacaría los ojos! —les grité.

Nos reímos, nos abrazamos y nos besamos de nuevo.

Aquella tarde, algo después, hubo un poco de diversión en el recinto. Un saltimbanqui, con un sombrero puntiagudo y una pluma en el extremo, vistiendo ropas disparatadas y tirando de un extraño animal, llegó al campamento. Por un disco-tarn de cobre se ofreció a dar una representación. Todas le suplicamos a Targo, incluso las muchachas de los pueblos, que le permitiera hacerlo así. Para alegría nuestra, Targo accedió y el saltimbanqui creó un espacio cerca de los barrotes del lado más alejado del recinto, a cierta distancia de la pared que había en común con el lugar de Haakon de Skjern. Tanto nosotras como las cien muchachas del pueblo, encantadas, nos apretamos contra los barrotes para mirar. Vagamente, el pequeño saltimbanqui, con sus raras vestimentas y su cara pintada, me resultaba familiar, pero

creí que no podía ser él. ¡Qué absurdo sería! Bailó y saltó y cantó tontas canciones, delante de los barrotes. Era un hombre menudo, delgado y ágil. Tenía unos ojos y unas manos rápidos. Nos contó historias divertidas y chistes. También hizo juegos de magia, con trozos de seda y pañuelos, y malabarismos con unas anillas de colores que llevaba sujetas a su cinturón. Luego metió las manos por entre los barrotes y simuló que encontraba monedas en el cabello de las muchachas. Del mío, para mi satisfacción, hizo como que sacaba un tarsko de plata. Las muchachas gritaron de envidia. Fue la moneda más cara que encontró. Me sonrojé de gozo. Lana no parecía muy complacida. Me reí. Todas reímos y aplaudimos satisfechas. Mientras tanto, su bestia dormía, o parecía dormida detrás de él, enroscada sobre la hierba y con un guarda sujetando su cadena.

Entonces el saltimbanqui, con una reverencia, se volvió hacia el animal y, tomando la cadena de manos del guarda, se irguió a él, hablándole un tanto abrupta y autoritariamente:

—¡Despierta, Dormilón! ¡Ponte de pie!

Poco a poco la bestia se alzó sobre sus patas traseras, levantó las delanteras y abrió la boca.

Era una cosa increíblemente horrible, de grandes ojos y peluda. Tenía unas orejas puntiagudas y anchas. Debía de medir unos tres metros de alto. Pesaría unos trescientos kilos. Tenía un hocico ancho en el que brillaba la piel de sus orificios nasales. Su boca era enorme, lo suficientemente grande como para albergar la cabeza de un hombre y estaba cercada por dos hileras de fuertes colmillos. En lugar de caninos, tenía cuatro colmillos más grandes, largos y curvados, para agarrar mejor. Los dos superiores sobresalían junto a la mandíbula cuando tenía la boca cerrada. Su lengua era larga y oscura. Las patas delanteras eran más largas que las traseras; le había visto moverse arrastrando las patas de atrás, y sobre los nudillos de las delanteras, pero luego me di cuenta de que lo que yo había mirado por patas delanteras no se parecía ni a unos brazos o unas piernas. En realidad, tenían seis dedos, algunos unidos, casi como tentáculos, que acababan en unas protuberancias que parecían garras y que habían sido despuntadas y limadas. No tenía garras en sus patas de atrás o pies, que eran retráctiles, como demostró el saltimbanqui con las ásperas órdenes que le dio al animal. Las patas traseras o pies, al igual que las delanteras, o manos, si se pueden usar estos términos, también tenían seis dedos, múltiplemente unidos. Eran anchos y abiertos. Las garras, como pude ver cuando se nos mostraron, siguiendo la orden del saltimbanqui, eran curvadas y afiladas. No estaba segura de si podía calificar aquello de animal de cuatro patas, con unas patas traseras inusualmente prensiles, o como algo más humano, con dos brazos y dos piernas, con manos. No tenía cola.

Quizás lo más horripilante fuesen los ojos. Eran grandes y de pupilas negras. Por

un momento tuve la impresión de que se habían fijado en mí y me miraban, pero no como un animal ve, sino como algo que pudiera ver sin ser un animal. Luego volvieron a ser unos simples ojos que vagaban vacíos. Los de la bestia de un saltimbanqui.

Aparté aquella sensación incómoda de mi mente.

Con las otras muchachas aplaudí, golpeándome el hombro izquierdo al estilo goreano mientras el saltimbanqui le hacía realizar diferentes ejercicios.

Ahora se encontraba echado sobre su grupa, y agitaba las patas en el aire. Luego rodaba sobre sí mismo una y otra vez o bien lloriqueaba suplicando lastimosamente.

Con cierta frecuencia, el saltimbanqui tomaba pequeños trozos de carne de bosko de uno de sus grandes bolsillos y se los daba al animal si había hecho algo bien. En algún momento le riñó o no le dio la carne, y la bestia agachaba la cabeza y miraba hacia otro lado como un niño cuando lo regañan. Entonces el saltimbanqui le daba su trozo de carne. Los guardas disfrutaron tanto de la actuación como las chicas. Vi que incluso Targo reía, sujetándose el vientre por encima de sus ropas azules y amarillas de mercader de esclavas. En ocasiones, el saltimbanqui entregaba trozos de carne a las muchachas para que se los diesen al animal. Lana fue la que más lo solicitó y por tanto, la que más trozos dio a la bestia. Me dirigió una mirada de triunfo. Yo sólo le eché un trozo de carne y lo hice todo lo aprisa que pude. La bestia me daba miedo. Lana no parecía asustada en absoluto. El trozo de carne desapareció en aquel orificio enorme y lleno de colmillos, y los ojos redondos parpadearon adormilados y satisfechos. Las muchachas rieron. Y yo volví a sentir que aquellos ojos me miraban. Me llevé la mano delante de la boca, aterrorizada. Pero luego vi que vagaban estúpidamente, que no eran más que los de una bestia. Me dije lo tonta que había sido, y poco después estaba riendo como las demás chicas otra vez.

Al final de la actuación el saltimbanqui se inclinó con una gran reverencia ante nosotras y trazó un arco a modo de saludo con su sombrero. ¡Como si hubiésemos sido mujeres libres! ¡Qué contentas estábamos! Saltamos de alegría, aplaudimos satisfechas, golpeamos nuestros hombros, gritamos, alargamos las manos fuera de los barrotes y, para sorpresa nuestra, a pesar de que no éramos más que esclavas, se acercó a los barrotes y besó y tocó nuestras manos. Después, se apartó y nos saludó con la mano.

Comprendimos, algo entristecidas, que la representación había terminado.

Dio un paso atrás.

Se hizo un silencio.

La bestia, entonces, se alzó sobre sus patas traseras, adormilada, y nos miró. De pronto, lanzó un horrible alarido y saltó sobre los barrotes, tendió sus tentáculos hacia nosotras y abrió su enorme boca llena de colmillos y de hileras de dientes, gruñendo y siseando. Golpeó los barrotes, alargó sus extremidades por entre ellos e intentó

morderlos; su cadena resonó contra los barrotes y sus garras trataron de atraparnos. Nosotras nos echamos hacia atrás, aterrorizadas y gritando, intentando salir de allí lo antes posible, pero obstaculizándonos unas a otras, cayendo en un confuso montón. Luego nos dimos cuenta de que los guardas y Targo estaban riéndose. Lo sabían, estaban avisados. Aquello también había formado parte de la representación, pero no puede decirse que fuera de nuestro agrado. ¡Qué cómicas debimos de resultarles a los guardas, a Targo y al saltimbanqui, caídas en aquel ridículo montón, chillando, atropellándonos, histéricas, aterrorizadas, desvalidas e indefensas! El monstruo estaba sentado tranquilamente junto al saltimbanqui, lamiendo sus patas, medio dormido, con una mirada vacía y errante, parpadeando. Los guardas aún se reían. Targo seguía sonriendo. Cuerpo a cuerpo, la maraña de esclavas se liberó. Creo que nos sentimos todas humilladas e incómodas, por lo tontas que habíamos sido, por lo precipitado y desgraciado de nuestra huida. Algunas de nosotras nos quedamos junto a la pequeña puerta de madera del dormitorio, dispuestas a meternos dentro corriendo si hacía falta.

Otras se hallaban cerca de los barrotes, pero a algunos pasos de distancia de ellos. Enfadada, pero todavía asustada, estiré mi camisk como si fuese un vestido. Miré a los guardas que aún se reían. No eran más que bestias, ¡todos ellos! Supongo que se sentían muy fuertes y valientes, con sus espadas y sus lanzas, y si la fiera atacaba no tenían más que ponerse en pie y matarla. Entonces me sonrojé. Todo mi cuerpo se tiñó de carmín. Habíamos salido corriendo y gritando como niños. ¡Habíamos corrido como mujeres! ¡Éramos mujeres! Todavía sentía miedo de la fiera, aun separada de ella por los barrotes. ¿Qué esperaban? Me traía sin cuidado su lección. Pero nunca la he olvidado. La aprendimos bien. ¡Nosotras éramos diferentes! Recordé una ocasión en que un guarda me dio su lanza y pesaba tanto que yo no pude arrojarla a más de unos pocos metros de distancia. Entonces él la cogió y la clavó en un bloque de madera, con la cabeza hundida profundamente, a más de treinta metros de distancia. Me envió a buscársela y a duras penas conseguí liberarla de la madera. En la Tierra no había pensado demasiado acerca de la fuerza de los hombres. La fuerza no me había parecido importante, sino más bien algo irrelevante. Pero comprendí que en Gor era algo importante, muy importante. Y que nosotras éramos más débiles que ellos, muchísimo más, y que en aquel mundo ellos elegían y nosotras les pertenecíamos. Recordé también que aquella noche limpié su cuero y sus sandalias como una esclava, arrodillada junto a él, que conversaba con otros hombres. Cuando acabé, permanecí de rodillas a su lado, esperándole. Al acabar, se levantó y, sin darme las gracias, se puso el cuero y las sandalias; luego me indicó con un gesto que debía precederle hasta el recinto. Tomó la llave de la puerta de barrotes y la abrió. En el umbral me volví para mirarle.

—Yo también soy un ser humano —le dije.

Él sonrió.

—No —afirmó—. Eres una Kajira.

Luego me hizo girar y, dándome una palmada de propietario, me lanzó dentro. A continuación cerró con llave.

Me apreté contra los barrotes, tendiendo las manos hacia fuera, tratando de tocarle.

Él se acercó de nuevo y me cogió las manos.

—¿Cuándo me usarás? —le pregunté.

—Eres seda blanca —respondió él y, dando media vuelta, se alejó. Me cogí con fuerza a los barrotes, apreté la mejilla contra ellos y lloré.

Ute y algunas de las chicas estaban riéndose de sí mismas y de nosotras en general. Nos habían gastado una buena broma con la carga del animal. Una buena moraleja para la actuación del saltimbanqui. No podía reír, pero al menos, sonreí. Las hachas estaban diciéndole adiós con la mano y él, sonriéndonos e inclinándose, agradeció nuestra atención y, luego, con su enorme y extraño animal sujeto de la cadena, se dio la vuelta y se marchó.

¡Qué preciosa y encantadora era Ute!

Al poco rato estábamos todas riendo con ella. Algunas comenzaron a cantar. Mi buen talante retornó a mí. Reté a una carrera a Inge por el recinto y la gané. Otras comenzaron a jugar a perseguirse y a diversos juegos. Incluso algunas de las chicas del norte se unieron a nosotras. Teníamos una pelota de tela hecha con retales y riéndonos, comenzamos a lanzarla al aire. Otras se sentaron en círculo y contaban historias. Unas cuantas se acomodaron unas frente a otras y con las manos y un trozo de cordel, se pusieron a jugar a un complicado juego. Probé el juego del cordel, pero no se me dio bien. Solía confundirme y hacerme un lío al intentar reproducir con las manos los complicados modelos, que me parecían preciosos. Las demás chicas se rieron de mi torpeza. Las nortañas, por cierto, tenían una gran habilidad para este juego. Podían derrotarnos a todas.

—Hay que practicar mucho —dijo Ute.

—No hay muchas más cosas que hacer en los pueblos —comentó Lana, que se negaba a jugar.

Vi llegar una carreta cargada con jarras de paga al recinto. Fue recibida con gritos de júbilo por los guardas. Aquélla era noche de celebraciones. Al día siguiente dejaríamos el campamento y comenzaríamos el viaje por tierra hacia el otro lado del río y hacia el sudeste, a Ko-ro-ba, y desde allí hasta Ar.

Las carretas de Targo, que ahora eran dieciséis, se hallaban diseminadas formando, en grupos de dos o tres, pequeños campamentos aislados para los guardas. Además de los nueve guardas que ya estaban con él cuando me capturó, tenía otros dieciocho hombres más. Los había reclutado en Laura, eran hombres de confianza

cuya lealtad le había sido garantizada, y no simples mercenarios. Targo, a su manera, podía ser un jugador, pero no era tonto.

Ute vino a mi encuentro, feliz, y me cogió por el brazo.

—Esta noche —rió—, cuando sirvan la comida, tú y yo y Lana no iremos a la fila.

—¿Por qué no? —pregunté desanimada.

En la Tierra yo había sido una persona muy exigente para la comida. Allí en Gor, sin embargo, había desarrollado un apetito excelente. No me satisfacía nada la perspectiva de perder una comida. ¿Qué había hecho yo?

Ute señaló a través de los barrotes a uno de los grupos de carretas, donde cinco guardas acampaban.

—Le han pedido a Targo que nos permita servirles —añadió.

Me sonrojé de placer. Me gustaba estar fuera del recinto, y disfrutaba estando cerca de los hombres. Nunca había servido a un grupo tan pequeño e íntimo. Además, conocía a los guardas pues llevaban con Targo desde que me capturaron. Me gustaban.

Aquella tarde, cuando comenzó a oscurecer, Uta, Lana y yo no fuimos a la cola de la comida. Sin embargo le dieron a una chica una cacerola para que yo alimentase a la nueva, encadenada en el dormitorio. Tomé la comida y un pellejo con agua y entré en el oscuro aposento de madera.

Cuando hubo acabado, Rena me miró.

—¿Puedo hablar? —preguntó.

Vi que la caperuza, la mordaza y el estar atada le habían enseñado lo que era ser una esclava.

—Sí —respondí.

—Gracias —añadió.

La besé, y luego volví a amordazarla y colocarle la caperuza.

Cuando salí fuera, colgué el pellejo de agua en su gancho, fuera de la puerta del dormitorio, y le di la cacerola a la chica que me la había entregado. Tenía servicio de cocina aquella noche. Era una de las muchachas de los pueblos. La cocina era un cobertizo abierto, pero techado, adosado al dormitorio, fuera de los barrotes. Estaba reuniendo cacerolas fuera del recinto. Luego se le permitió pasar a la cocina donde, junto a otras norteñas, se pondría a fregarlas, con los brazos metidos en agua caliente hasta los codos en unos cubos de madera. Targo no había sometido a sus antiguas chicas a trabajos de cocina, lo cual nos alegraba. Sin duda era algo más apropiado para las rubias del norte.

Me arrodillé con Ute y Lana en la parte de la puerta que permitía la salida de la jaula en la que nos hallábamos confinadas.

Sentía hambre y la noche había empezado a caer.

—¿Cuándo comemos? —le pregunté a Ute.

—Después de los amos —dijo ella, refiriéndose a los guardas— si les complacemos.

—¿Si les complacemos? —pregunté.

—A mí siempre me dan comida —comentó Lana.

—No temas —dijo Ute, riéndose de mí— tú eres seda blanca...

Bajé los ojos.

—Les gustarás —me dijo Ute, dándome ánimos—. Les gustaremos todas. ¿Por qué crees que nos han pedido?

—Quizás hubiéramos tenido que comer aquí —dije yo.

—¿Y ser azotadas? —preguntó Lana.

—No —contesté, confusa.

—Una esclava hambrienta suele servir mejor —dijo Ute. Luego se rió de mí—. No tengas miedo. Si les gustas, te echarán comida.

Me sentía contrariada. A Elinor Brinton, de Park Avenue, la Tierra, no le importaba que le echasen la comida como a un animal, mientras complaciese a sus amos.

—¡Chicas! —gritó una voz.

Nos pusimos en pie de un salto. Me sonrojé de placer. ¡Nuestros guardas habían venido a buscarnos!

Abrieron la puerta con la llave.

—¡Salid!

Corrimos hacia fuera y nos arrodillamos en la hierba. ¡Qué agradable resultaba no encontrarse detrás de los barrotes de la jaula para las esclavas!

Tres guardas habían venido a buscarnos. Los conocía, y a los otros dos con quienes acampaban. Se encontraba entre mis favoritos. Me sentía excitada. A veces, antes de quedarme dormida o incluso en mis sueños, me había imaginado en sus brazos. Podía imaginarme el placer de sentirse abandonada en sus fuertes brazos, pero aparte de eso yo tenía poca idea de los cambios que ellos podrían producir en mi cuerpo. Sólo la vaga sensación instintiva, arraigada profundamente en mi femineidad, de los fantásticos placeres a los que una esclava puede ser sometida por su amos. Placeres a través de los que él la domina completa y totalmente, haciéndola total e irremisiblemente suya. Nada más que una esclava rendida y sometida.

Los hombres estaban de buen humor.

Uno de ellos señaló hacia un punto algo lejano en la hierba, a la hoguera que había entre las carretas brillando en la oscuridad, lejos del recinto.

Se quitaron los cinturones de sus espadas, sosteniendo éstas y sus vainas en la mano izquierda y los cinturones en la derecha.

—¡No! —rió Ute—. ¡No!

—¡Corred! —gritó el guarda.

Ute y Lana saltaron sobre sus pies y salieron corriendo en dirección a la hoguera. Yo fui más lenta que ellas. Y de pronto sentí el golpe, el fiero azote de un cinturón de espada. Lancé un grito de dolor y me puse en pie de inmediato. Corrí dando tumbos hasta llegar al fuego. Ellos eran más rápidos que nosotras, por supuesto. Ute, Lana y yo corrimos, riendo y tropezando descalzas, gritando en son de protesta y a veces de dolor, a través de la oscuridad por la hierba hacia la hoguera.

Ute fue la primera en llegar, riendo, y cayó sobre sus manos y sus rodillas. Puso la cabeza sobre la hierba, mientras sus cabellos caían sobre la sandalia de uno de los dos guardas que esperaban allí.

—¡Suplico poder serviros, amos! —dijo sin aliento, riendo.

Lana llegó apenas un instante después y también cayó sobre sus manos y rodillas, con la cabeza agachada.

—¡Suplico poder serviros, amos! —exclamó.

Me golpearon una vez más y entonces, al igual que Ute y Lana, caí sobre manos y rodillas, con la cabeza inclinada hacia abajo, tocando la hierba.

—¡Su-suplico poder serviros, amos! —grité.

—¡Entonces, servid! —gritó uno de los hombres que estaban junto al fuego, aquel que tenía la sandalia enterrada en el pelo de Ute.

De pronto, recibimos tres azotes más fuertes y, gritando, protestando, suplicando que nos dejaran, riendo, nos pusimos en pie para ocuparnos de ellos.

Las tres nos arrodillamos en una línea, frente a los jugadores. Teníamos las manos atadas detrás de la espalda.

Los hombres, apostando, nos arrojaban pedazos de carne.

Nosotras los cogíamos a luz del fuego. Recogerlo suponía dos puntos. Si se caía un trozo era punto para quien lo atrapara. Se le cayó un trozo a Ute y nos lo disputamos Lana y yo. Cada una tiraba de un extremo, rodando y desgarrándolo. Intenté ponerme otra vez de rodillas, inclinando la cabeza hacia un lado.

—¡Mío! —grité, tragando la carne, casi ahogándome y riendo.

—¡Mío! —gritó Lana, engullendo la otra mitad de la carne.

—¡Punto para cada una! —adjudicó uno de los guardas.

Estábamos excitadas y queríamos jugar más.

—Estamos cansados —dijo uno de los guardas. Vimos cómo se intercambiaban discotarns de cobre.

Elinor Brinton lo había hecho bien para su amo. Él estaba contento con ella. Se sintió llena de placer cuando él chasqueó los dedos para que se acercase.

Ella se puso en pie y corrió hacia él, que le acarició la cabeza y le soltó las manos.

—Tráeme paga.

—Sí, amo.

Me dirigí a la carreta a coger una gran bota de paga, que había sido llenada con una de las jarras.

Lana y Ute también fueron a la carreta a buscar otras botas enviadas por sus guardas.

Regresé enseguida al lado del fuego con la pesada bota de paga colgando de su correa, pasada por mi hombro izquierdo; Ute y Lana, con las suyas, me seguían.

Me resultaba agradable sentir la hierba bajo mis pies descalzos. Notaba el tejido burdo de mi camisk sobre el cuerpo al moverme, el leve tirón de la correa sobre mi hombro, el pesado suave balanceo de la bota que, siguiendo el ritmo de mis pasos, rozaba mi costado.

Por detrás del fuego, a lo lejos, como un margen irregular, como un límite oscuro, suave y quebrado que ocultaba las rutilantes estrellas de Gor, pude distinguir la elevada y erguida oscuridad de los bosques del norte. Lejos, pude oír el grito de un eslín que cazaba. Me estremecí.

Luego oí las risas de los hombres, y regresé hacia la hoguera.

—Dejad que Lana baile —suplico Lana.

El guarda me alargó un pedazo de carne y lo cogí con los dientes. Me arrodillé en el suelo junto a él. Alcé y apreté la bota de paga guiando la corriente de líquido hacia el interior de su boca. Mordí la carne, desde el exterior carbonizado, hasta el interior rojo, caliente, jugoso y medio crudo.

El guarda me señaló con un gesto de la mano que ya había tenido suficiente. Dejé la bota en la hierba, a un lado.

Cerré los ojos, recorrí con la lengua el interior de mi boca, así como mis dientes y mis labios, saboreando el gusto y el jugo de la carne quemada por fuera, caliente y medio cruda.

Abrí los ojos.

El fuego era muy hermoso, y las sombras que proyectaban sobre la lona de las carretas.

Ute cantaba bajito.

—Quiero bailar —dijo Lana. Estaba echada junto a uno de los guardas, apoyando la cabeza en su cintura y dándole golpecitos en el cuerpo, a través del tejido de la túnica—. Quiero bailar.

—Tal vez —le dijo él dándole ánimos.

Tomé la mano del guarda junto al que estaba arrodillada y la coloqué en mi cintura, haciendo pasar sus dedos por debajo del doble nudo de fibra que ceñía mi camisk, para que así pudiese sujetarme.

Su puño apretó el nudo repentinamente, y casi cortó mi respiración, a la vez que me atraía hacia sí.

Nos miramos el uno al otro.

—¿Qué vas a hacer conmigo, amo? —le pregunté.

Él rió.

—Pequeño eslín de seda... —contestó. Apartó la mano del nudo que ceñía mi camisk y echó un gran pedazo de pan amarillo de Sa-Tarna en mis manos—. Come.

Mirándole y sin dejar de sonreírle, sosteniendo el pan con las dos manos, comencé a comer.

—Eres un eslín —sonrió él.

—Sí, amo.

—Targo me arrancaría la piel de los huesos —musitó.

—Sí, amo —sonreí.

—Sólo es seda blanca —dijo Lana— Lana es seda roja. Deja que Lana te complazca.

—Lana —le dije con rabia— no complacería ni a un urt.

Ella lanzó un grito de rabia mientras Ute y los hombres se reían, y saltó hacia mí. El guarda por encima del que pasó la cogió por el tobillo y la hizo caer a poca distancia de mí, llorando de rabia. El tiró de ella hacia atrás, la puso en pie y la sujetó mientras daba patadas y chillaba.

Otro de los guardas, riendo, tiró del doble nudo que sujetaba el camisk de Lana y se lo quitó. Luego le arrancó la prenda. Entonces el que la sujetaba la tiró sobre la hierba a sus pies. Ella levantó los ojos para mirarlos, asustada. ¿La azotarían?

—Si tienes tanta energía —dijo el guarda que le había arrancado el camisk—, puedes bailar para nosotros.

Lana les miró con los ojos brillantes por la satisfacción.

—Sí —gritó—, dejad que Lana baile —luego me lanzó una mirada llena de odio—. Ahora veremos quién puede complacer a los hombres.

Otro de los guardas había ido a una de las carretas y cuando regresó pude oír el tintineo de los cascabeles de esclava.

Lana se colocó en pie junto al fuego, orgullosamente, con la cabeza echada hacia atrás y los brazos caídos, mientras le ataban las tiras dobles de cascabeles a las muñecas y los tobillos.

Mientras tanto, la botella de Ka-la-na pasó de mano en mano otra vez. Un guarda la sostuvo para que Lana pudiera beber y luego nos la pasó a Ute y a mí. Sobraba un poco y se la devolví al guarda, quien la volvió a ofrecer a Lana. Ella, con un estruendoso tintineo de cascabeles, echó la cabeza hacia atrás y vació la botella.

La arrojó a un lado y bajó la cabeza; la volvió a levantar y la dejó caer hacia atrás, sacudiéndola adelante y atrás mientras su cabello volaba; finalmente, dio un golpe en el suelo con la pierna derecha.

Ute y los hombres comenzaron a cantar y dar palmadas, uno de ellos golpeaba el cuero de su escudo. Me pareció notar un movimiento en la oscuridad, por detrás de

las carretas. Lana se detuvo un momento, con las manos alzadas por encima de su cabeza.

—¿Quién es hermosa? —preguntó—. ¿Quién complace a los hombres?

—¡Lana! —grité, a pesar mío—. ¡Lana es hermosa! ¡Lana complace a los hombres!

No podía contenerme. Me sentía paralizada, cautivada. No hubiera imaginado que alguien de mi propio sexo pudiera ser capaz de tanta belleza. Lana resultaba increíblemente bella.

Casi no podía hablar de lo excitada que me encontraba.

Entonces, sacudiendo rápidamente los cascabeles, se puso a bailar de nuevo a la luz del fuego, frente a los hombres.

De repente advertí que el puño del guarda junto al que estaba arrodillada se apretaba sobre la fibra que ataba mi camisk.

Sentí un movimiento furtivo, hacia un lado.

—¿Amo? —pregunté.

Él no estaba mirando a Lana. Echado sobre su espalda, miraba hacia arriba, hacia mí.

Me llegaba el sonido de los cascabeles, la canción de Ute y los hombres, sus palmadas, que marcaban el ritmo sobre el cuero de los escudos.

—Bésame —dijo el hombre.

—Soy seda blanca —susurré.

—Bésame.

Me incliné sobre él, como una kajira goreana obedeciendo a su amo. Mi cabello cayó sobre su cabeza. Mis labios, delicadamente, obedeciendo, se acercaron a él. Temblé.

Con los labios entreabiertos me detuve a menos de un centímetro de él.

¡No! Algo en mí gritaba ¡no! ¡Yo soy Elinor Brinton! ¡No soy una esclava! ¡No soy una esclava!

Traté de apartarme, pero sus manos sujetaron mis brazos y me detuvieron.

Luché, aterrorizada, intentando soltarme.

Pero él me sujetaba, era su prisionera.

Parecía confundido por mi resistencia, mi terror. Pero entonces, también, me sentí desvalida y furiosa. Los odiaba. Odiaba a todos los hombres y su fuerza. Nos explotaban, nos dominaban, nos forzaban a servirles y a doblegarnos ante su voluntad. ¡Eran crueles con nosotras! ¡No tenían en cuenta que éramos seres humanos! Y mezclados con mi enojo y mi terror, se encontraban los temores instintivos de una muchacha que era seda blanca, que temía ser hecha mujer. Y, tal vez, todavía estuviesen más mezclados la furia y el terror, la frustración, de la mimada Elinor Brinton, la joven rica de la Tierra, que repudiaba el papel que le había

sido asignado en aquel mundo bárbaro, sin que ella hubiera hecho nada por merecerlo. ¡Yo soy Elinor Brinton, grité para mí! ¡Ella no es una esclava! ¡Ella no obedece a ningún hombre! ¡Es libre! ¡Libre!

—No me toques —le dije entre dientes.

Él me dio la vuelta, fácilmente, y me colocó de espaldas sobre la hierba.

—¡Te odio! ¡Te odio! —sollocé.

Vi cómo la ira asomaba a sus ojos. Me sujetó con fuerza, luego, consternada, comprendí que me miraba de otra manera. Algo que incluso una esclava seda blanca adivinaría. Aquel moreno me usaría simplemente y luego me ignoraría. Lo había irritado. Protesté. Aquel hombre iba a usarme con paciencia y con cuidado; con delicadeza y minuciosidad, y con maestría hasta que yo me rindiese, bajo sus condiciones, no las mías, hasta que yo, orgullosa, enfadada y libre, quedase reducida a una esclava entregada.

Traté de soltarme. Oí los cascabeles de Lana, las canciones de Ute y los hombres y sus palmadas, los golpes sobre el cuero de los escudos, que marcaban el ritmo de la danza.

Su enorme cabeza se inclinó sobre mi garganta. Yo volví la mía hacia un lado, llorando.

De pronto hubo una confusión de cuerpos a nuestro alrededor Y el sonido de golpes. Lana empezó a gritar, pero su grito fue sofocado. Ute también gritó, pero de igual forma su grito cesó bruscamente. Los hombres trataron de ponerse en pie, gritando enfadados. Se oyeron golpes, golpes fuertes que surgían desde la oscuridad. El hombre que me sujetaba trató de incorporarse, chillando, cuando algo grande y pesado le golpeó un lado de la cabeza. Cayó sobre la hierba. Quise saltar sobre mis pies para salir corriendo, pero dos cuerpos, los de dos muchachas, se abalanzaron sobre mí. Otra chica pasó un lazo alrededor de mi garganta y lo retorció, con lo que casi me estrangula. Cuando intenté abrir la boca para tomar un poco de aire, una joven me metió dentro un trozo de tela. Me amordazaron. En ese momento, la presión sobre mi garganta disminuyó un poco y, con fibra de atar, me sujetaron las manos detrás de la espalda. Me habían echado sobre la hierba boca abajo. Después de atarme, tiraron del lazo que me rodeaba la garganta hacia atrás, casi estrangulándome, para ponerme de pie.

—Avivad el fuego —dijo la líder de las muchachas, una joven alta y rubia. Tenía un aspecto muy llamativo. Llevaba una lanza ligera, y estaba cubierta de pieles. En sus brazos y alrededor de su cuello había adornos bárbaros de oro.

Otra de las chicas echó más leña al fuego.

Miré a mi alrededor.

Había unas muchachas arrodilladas detrás de los guardas, maniatándolos.

Luego se incorporaron.

Vi que Lana y Ute ya habían sido atadas y amordazadas.

—¿Tomamos a los hombres como esclavos? —preguntó una de las chicas.

—No —respondió la alta y rubia.

La que había hecho la pregunta, señaló hacia Ute y Lana.

—¿Qué hacemos con ellas?

—Ya las habéis visto —dijo la joven alta y rubia—. Dejadlas aquí. Son Kajiras.

Mi corazón dio un salto. Aquéllas eran muchachas del bosque, a veces también llamadas mujeres pantera, que vivían salvajemente y en libertad en los bosques del norte. Mujeres proscritas, que en ocasiones tomaban a hombres como esclavos, cuando les parecía bien hacerlo.

¡Sin duda me habían visto resistirme, luchar! ¡Yo no era una kajira! ¡Sin duda querían que me uniera a ellas! ¡Podría ser libre! Quizás de alguna manera ellas pudieran ayudarme a regresar a la Tierra. En ese caso, me liberarían, ¡sería libre!

Pero yo seguía de pie en la hierba, amordazada, con las manos atadas en la espalda, y un lazo alrededor de mi cuello, sujeto por una de las chicas.

No parecía que fuese libre.

—Llevad a los hombres cerca del fuego —dijo la chica alta.

—Sí, Verna —respondió una de las muchachas.

Unidas en parejas, las chicas llevaron a los hombres de nuevo junto a la hoguera. Éstos también habían sido amordazados. Sólo uno de ellos había recuperado el conocimiento. Una de las muchachas vestidas con pieles se arrodilló ante él, le sujetó el pelo con la mano y le colocó la punta de un cuchillo junto a la garganta.

Algunas de las muchachas lanzaron sus palos. Miraron a los hombres, con las manos apoyadas en las caderas, riendo.

La muchacha alta llamada Verna, ágil como las propias panteras del bosque, con cuyas pieles se cubría, con sus adornos dorados y su lanza, se encaminó hacia donde estaba Lana tirada sobre la hierba, de lado, atada y amordazada. Ayudándose de su lanza, la hizo girar para que quedase boca arriba. Lana miró hacia ella atemorizada. La lanza de Verna estaba sobre su garganta.

—Bailabas bien.

Lana se puso a temblar.

Verna la miró con satisfacción y soltó la lanza. Le dio una patada salvaje en el costado.

—¡Kajira! —masculló.

Lana gimió de dolor.

La muchacha alta se dirigió a Ute e hizo lo mismo, repitiendo «*Kajira*».

Ute no dijo nada, pero vi asomar lágrimas en sus ojos, por encima de la mordaza.

—Colocad a los hombres como si estuviesen sentados alrededor del fuego —ordenó Verna.

Sus muchachas, unas quince, obedecieron. Para ello utilizaron un pesado baúl y el eje de una carreta.

Desde lejos daría la impresión de que estaban sentados alrededor del fuego.

Verna se me acercó.

Me daba miedo. Parecía alta y fuerte. Había una arrogancia felina en aquella belleza bárbara. Parecía espléndida y orgullosa en las pieles cortas que llevaba y sus adornos de oro. Puso la punta de su lanza debajo de mi barbilla y alzó mi cabeza.

—¿Qué hacemos con las esclavas? —preguntó una de las chicas.

Verna se dio la vuelta para mirar a Lana y Ute. Señaló a Ute.

—Quitadle el camisk a ésa —dijo. Luego añadió—: Atadlas a los pies de sus amos.

Volví a notar la punta de la lanza de Verna bajo mi barbilla, forzándome a alzar la cabeza.

Me observó durante bastante tiempo.

—Kajira —dijo finalmente.

Lo negué sacudiendo con fuerza la cabeza. ¡No! ¡no!

Algunas de las chicas estaban revolviendo las carretas buscando comida, monedas, bebida, tejidos, cuchillos o cualquier otra cosa que quisieran llevarse con ellas.

Los hombres estaban conscientes y se revolvían, pero no podían hacer nada.

Desde lejos no parecería sino que estaban sentados alrededor de la hoguera, de celebración, con dos Kajiras a sus pies.

Miré hacia las otras hogueras, los otros grupos de carretas diseminadas por la llanura. De una de ellas llegaba el sonido de una canción.

Los hombres tiraban de sus ataduras.

Pensé que no los descubrirían hasta la mañana siguiente.

—Desnudadla —dijo Verna a una de las chicas. Moví la cabeza. ¡No! Me quitaron el camisk. Allí, de pie, yo no era más que una esclava maniatada, entre ellas.

—Quemad el camisk y la cuerda con que lo ataba —ordenó Verna.

Vi como arrojaban la prenda y el nudo a las llamas. No podrían ser usados para que los esclaves adiestrados en encontrar esclavas pudiesen olerlos y seguir mi rastro.

—Poned más leña en el fuego —ordenó Verna.

Las muchachas arrojaron más leña a la hoguera.

Entonces Verna se alejó de mí y se colocó frente a los hombres.

Qué hermosa era, y orgullosa, y salvaje, con aquellas breves pieles y los adornos de oro. Tenía una bonita figura y se comportó de manera arrogante frente a ellos, desafiándoles con su belleza y su lanza.

—Soy Verna —les dijo—, una Mujer Pantera de los Altos Bosques. Esclavizo a los hombres cuando me place. Cuando me canso de ellos, los vendo. Os hemos

capturado. Si quisiéramos, os llevaríamos a los bosques y os enseñaríamos lo que significa ser un esclavo —mientras hablaba, les pinchaba con la lanza y más de una mancha de sangre salió sobre el tejido de sus túnicas—. ¡Hombres! —rió satisfecha, y les dio la espalda.

Les vi revolverse, pero no podían soltarse. Habían sido atados por Mujeres Pantera.

Luego Verna se colocó frente a mí. Me observó y estuvo mirándome, como lo hubiera hecho un mercader de esclavos.

—Kajira —dijo con tono de desprecio.

Yo volví a negarlo con la cabeza. ¡No!

Sin mirar atrás salió del campamento, con la lanza en la mano, hacia los oscuros bosques que se distinguían en la lejanía.

Sus muchachas la siguieron, dejando el fuego y los hombres atados y a Ute y Lana, a quienes habían sujetado a los pies de los guardas.

El lazo que habían colocado alrededor de mi garganta resbaló, se estrechó y, casi estrangulada, tropezando, desnuda y amordazada, con las manos atadas detrás, a mi espalda, tiraron de mí hacia la oscuridad del bosque.

9. LA CABAÑA

Me daba verdadero pánico entrar en el bosque, pero no tenía elección.

El lazo es un buen artilugio para controlar a una esclava atada. Tenía que seguirlas. No podía ofrecer la menor resistencia sin estrangularme.

Las muchachas se movían rápidamente, en fila india, entre la maleza y los árboles bajos del límite del bosque. Yo sentía las hojas y las ramitas bajo mis pies. Sólo se detuvieron el tiempo suficiente para apartar algunas ramas y tomar las lanzas ligeras y los arcos y flechas que habían escondido allí. Cada muchacha llevaba también, en su cintura, un cuchillo de eslín enfundado.

Verna, hermosa y espléndida, encabezaba la marcha, con un arco y un carcaj con flechas en la espalda y la lanza en la mano. A veces se detenía para escuchar o alzar la cabeza, como si analizase el aire, pero luego reemprendía la marcha. Maniatada como estaba y sin la protección de las pieles, no podía defender mi cuerpo del azote de las ramas. Si me detenía por el dolor, o un golpe o por haber tropezado, el lazo implacable, cerrándose en mi cuello, me obligaba a seguir hacia delante.

Finalmente, quizás al cabo de una hora de sufrir esta tortura, Verna alzó la mano y las muchachas se detuvieron.

—Descansaremos aquí —dijo.

Había resultado difícil abrirse camino a través de la espesura y los matorrales. Alcanzar los altos árboles del bosque, los grandes árboles Tur, quizás nos costaría más de una hora de marcha.

—Arrodíllate —ordenó la muchacha que sostenía la cuerda de mi lazo.

Obedecí, respirando pesadamente.

—¡Como una esclava de placer! —gritó.

Amordazada, moví la cabeza. ¡No!

—¡Cortad ramas y azotadla! —dijo Verna.

Negué de nuevo con la cabeza, suplicando con los ojos, histéricamente, ¡no! ¡No!

Me arrodillé tal y como me habían ordenado.

Se rieron.

La muchacha que sostenía la cuerda de mi lazo la echó por encima de mi espalda.

Yo tiré del cordel que unía mis muñecas.

Ella ató mis tobillos cruelmente, usando para ello el extremo del lazo, tensando la cuerda entre la garganta y los tobillos. Así la cabeza me quedó forzosamente inclinada hacia atrás. A duras penas podía respirar.

Una de ellas se subió a un árbol cercano. En un momento, a la luz de la luna, arrojó unas calabazas de agua y tiras de carne.

Sentadas con las piernas cruzadas sobre las hojas, las jóvenes se pasaron las calabazas y comenzaron a masticar la carne.

Cuando hubieron comido y bebido, se sentaron en un semicírculo frente a mí.

—Soltad sus tobillos —dijo Verna.

La muchacha obedeció. Esto alivió la tensión del lazo.

Mi cabeza cayó hacia delante.

Cuando la alcé, Verna estaba de pie frente a mí y blandía un cuchillo que colocó junto a mi rostro.

—Márcala —dijo la que había llevado mi lazo.

Miré a Verna llena de terror.

—¿Tienes miedo de dejar de ser tan bonita? —preguntó—. De que no les gustes a los hombres?

Cerré los ojos.

Sentí cómo se movía la hoja entre mi mejilla y la mordaza, dejando esta última suelta. Casi me desmayé. Conseguí sacarme lo que habían metido dentro de mi boca empujando con la lengua. Por poco devolví.

Verna había vuelto a poner su cuchillo en la funda.

Cuando pude mirarla, hablé con tanta naturalidad como me fue posible:

—Tengo hambre y sed.

—Tus amos te dieron de comer —dijo Verna.

—¡Pues claro que la alimentaron! —gritó una de las chicas—. ¡La alimentaron con las manos, como las bestias! —la muchacha se rió ruidosamente, con desprecio—. Incluso saltó y se arrastró para coger la carne con los dientes.

—Debes de gustarles mucho a los hombres —dijo Verna.

—Yo no soy una esclava —dije.

—Llevas la marca de un hombre.

Me sonrojé. Era cierto.

—Incluso bebió el vino Ka-la-na —dijo con sorna otra.

—Eres una esclava afortunada —comentó Verna.

No respondí. Estaba furiosa.

—Dicen —prosiguió Verna—, que el Ka-la-na convierte a cualquier mujer en esclava, aunque sólo sea por una hora —me miró—. ¿Es eso cierto?

No dije nada. Recordé avergonzada cómo había provocado mi propia violación como esclava, al poner la mano de mi guarda sobre mi cintura, y cómo me había arrodillado para besarle, con mi cabello cayendo por encima de su cabeza.

Sabía que le había provocado, y que luego me había resistido.

—¡Me he resistido! —grité.

Las chicas se rieron.

—Gracias por salvarme —les dije.

Volvieron a reírse.

—Yo no soy una esclava —repetí.

—Llevabas puesto un camisk —dijo una de las muchachas—. Estabas en la jaula de las jóvenes. ¡Servías como una esclava!

—Querías que ellos te tocasen —gritó otra.

—Conocemos los movimientos del cuerpo de una esclava —dijo otra más—, y tu cuerpo te traiciona. ¡Eres una esclava!

—¡Quieres pertenecerle a un hombre! —exclamó Verna.

—¡No! ¡No! ¡No! —sollocé—. ¡No soy una esclava! ¡No lo soy!

Guardamos silencio, tanto ellas como yo.

—Visteis que me resistí, que luché —insistí.

—Lo hiciste muy bien —dijo Verna.

—Quiero unirme a vosotras —afirmé.

Hubo un silencio.

—No aceptamos esclavas entre las mujeres del bosque —dijo Verna con orgullo.

—¡No soy una esclava!

Verna me miró.

—Cuéntanos, ¿cuántas somos? —me preguntó.

—Quince —contesté.

—Mi banda está formada por quince. Ese me parece a mí un número razonable para protegernos, para alimentarnos, para ocultarnos en el bosque. Algunos grupos son más pequeños, otros más grandes, pero el mío, tal y como yo quiero, está formado por quince.

No dije nada.

—¿Te gustaría ser una de nosotras?

—¡Sí! ¡Sí!

—¡Soltadla!

Retiraron el lazo que oprimía mi garganta y soltaron mis muñecas.

—Ponte en pie.

Obedecí, y lo mismo hicieron las demás muchachas. Me quedé de pie, frotándome las muñecas.

Las jóvenes soltaron las lanzas y descargaron sus arcos y flechas de sus hombros.

La luz de las tres lunas se filtraba por entre los árboles, salpicando el claro.

Verna sacó el cuchillo de eslín de su cinturón. Me lo alargó.

Me quedé allí, sujetándolo.

Las muchachas parecían preparadas, algunas incluso estaban como agazapadas. Todas habían desenfundado sus cuchillos.

—¿El lugar de cuál de ellas tomarás? —preguntó Verna.

—No entiendo —dije.

—Una de ellas, o yo misma. Lucharás con una a muerte.

Sacudí la cabeza. No.

—Lucharé contigo, si lo deseas —dijo Verna—, sin mi cuchillo.

—No —susurré.

—¡Lucha conmigo, kajira! —siseó la muchacha que había sostenido el lazo. Tenía el cuchillo preparado.

—¡Conmigo! —exclamó otra.

—¡Conmigo! —se oyó a otra más.

—¿El sitio de quién piensas coger? —preguntó Verna.

Una de las muchachas lanzó un grito y se me acercó. El cuchillo brilló en su mano.

Grité y tiré el arma lejos de mí, y caí de rodillas, con la cabeza entre las manos.

—¡No, no! —grité.

—Atadla —dijo Verna.

Noté que me colocaban las manos de nuevo en la espalda. La muchacha que había llevado el lazo las ató de nuevo, sin piedad, y volví a sentir la fuerza de aquella correa alrededor de mi cuello.

—Hemos descansado —dijo Verna—. Prosigamos nuestro camino.

Me miró. Limpió la suciedad y las hojas adheridas a su cuchillo sobre la piel de sus ropas y luego lo guardó en su funda. Colgó de nuevo sobre sus hombros su arco y su carcaj y tomó de nuevo su ligera lanza. Las demás se armaron de modo parecido, y se prepararon para partir. Algunas recogieron las calabazas para el agua y la carne que había sobrado de su comida.

Verna se me acercó.

Me arrodillé.

—¿Qué eres tú? —preguntó.

—Una Kajira, ama —susurré.

Alcé los ojos para mirarla.

—¿Puedo hablar? —pregunté.

—Sí.

Yo sabía que no era como aquellas otras mujeres. No era como ellas.

—¿Por qué he sido capturada?

Verna se me quedó mirando durante un largo rato. Finalmente, habló.

—Hay un hombre.

La miré desvalida.

—Te ha comprado.

Las muchachas, conducidas por Verna, comenzaron a abrirse camino en la oscuridad del bosque.

Volvieron a cerrar la argolla de cuero y metal alrededor de mi garganta; tomé una bocanada de aire, angustiada, con las manos atadas en la espalda, sin que se me permitiera vestirme, y caminé detrás de la cuerda, no como ellas, las orgullosas

mujeres de los bosques, sino tan sólo como lo que podía ser entre ellas, una Kajira.

Seguimos caminando alrededor de una hora más. En una ocasión, Verna alzó su mano y nos detuvimos. Guardamos silencio.

—Un eslín.

Las chicas miraron a su alrededor. Ella había olido el animal, en algún sitio.

Una de ellas dijo: «Sí».

La mayoría miraron simplemente alrededor con las lanzas preparadas. Deduje que eran pocas las que podían oler el animal. Yo no podía. El viento soplaba suavemente desde mi derecha.

Al cabo de un rato, la muchacha que había dicho «Sí», dijo: «*Se ha ido*». Miró a Verna.

Ella asintió.

Proseguimos nuestro camino.

Yo no había notado nada, y tenía la impresión de que muchas de ellas tampoco.

Mientras continuábamos el viaje, vimos las tres lunas encima nuestro.

Las muchachas parecían inquietas, de mal humor, irritables. Vi a más de una mirando las lunas. Alguien dijo:

—Verna...

—Silencio —respondió ésta.

La fila continuó su camino entre los árboles y la maleza, abriéndose camino a través de la oscuridad y las ramas.

—Hemos visto hombres —dijo una de ellas con insistencia.

—Callaos.

—Deberíamos de haber tomado esclavos —dijo otra, contrariada.

—No.

—El círculo —dijo otra—. ¡Tenemos que ir al círculo!

Verna se detuvo y se dio la vuelta.

—Nos viene de camino —dijo otra.

—Por favor, Verna.

Verna las miró.

—Muy bien —dijo—, nos detendremos en el círculo.

Las muchachas se relajaron visiblemente.

Algo contrariada, Verna les dio la espalda y nos pusimos nuevamente en marcha.

Yo no entendía nada de todo aquello.

Me sentía desgraciada y no pude evitar echarme a llorar cuando una rama me golpeó en el vientre. Con un grito de rabia, la que llevaba el lazo con tanta maestría giró la muñeca y me lanzó contra el suelo. Pisó la cuerda a unos centímetros de mi cuello, sujetándome y ahogándome sobre la tierra. Con el extremo que colgaba suelto, me azotó cinco veces en la espalda.

—¡Silencio, Kajira! —siseó amenazante.

A continuación me puso de pie otra vez y continuamos nuestro viaje. Las ramas volvieron a golpearme, pero no grité. Me sangraban los pies y las piernas; tenía el cuerpo completamente azotado y lleno de arañazos. Yo no era nada comparada con aquellas mujeres orgullosas, libres, peligrosas; aquellas mujeres pantera independientes, espléndidas, nada miedosas, llenas de recursos y de una fiereza felina. Eran ligeras, hermosas y arrogantes, como Verna. Iban armadas y podían protegerse a sí mismas, y no necesitaban a los hombres. Podían hacer de ellos esclavos si lo deseaban, y venderlos más tarde, si ya no les gustaban o simplemente se habían cansado de ellos. Y podían luchar con cuchillos y conocían los caminos y los árboles del bosque en toda su extensión. No le temían a nada y no necesitaban de nada.

Eran tan diferentes de mí misma...

Parecían ser de un sexo, o una educación, diferente y superior al mío propio.

Y entre ellas yo no podía sentirme nada más que una Kajira, alguien que sólo sirve para dejarse encerrar y a quien hay que gobernar, y de quien podían reírse por no ser más que un insulto para la belleza y la magnificencia de su sexo.

—¡Date prisa, Kajira! —me exigió la que tiraba de mi correa.

—Sí, ama —susurré.

Se echó a reír.

Me arrastraban por el bosque durante la noche; no llevaban más que una esclava atada. Verna me había dicho que un hombre me había comprado. Sería entregada por mujeres, pero como un ser más débil, tan sólo un producto, alguien que, en aquel mundo tosco, no podía aspirar más que a ser una mercancía a merced de un amo.

Me eché a llorar.

Al cabo de lo que calculé una hora llegamos, casi abruptamente, a un claro en los altos árboles Tur, de los bosques del norte.

Era tan hermoso que cortaba la respiración.

Las muchachas se detuvieron.

Miré a mi alrededor. Los bosques de las zonas templadas del norte de Gor son países en sí mismos, y cubren cientos de miles de áreas de pasangs cuadrados. Contienen grandes números de variadas especies de árboles, y diferentes porciones de bosques pueden ser muy distintas entre sí. El árbol más típico y famoso de estos bosques es el Tur, alto y rojizo, algunas de cuyas variedades crecen hasta alcanzar casi setenta metros de altura. No se sabe qué extensión alcanzan estos bosques. No parece imposible que rodeen las superficies de tierra de este planeta. Comienzan cerca de las orillas del mar de Thassa, al oeste. Se desconoce hasta dónde se extienden por el este. Aunque se sabe a ciencia cierta que van más allá de las montañas Thentis, que son las cordilleras más al norte.

Así que nos encontrábamos en un claro entre los enormes árboles Tur. Pude distinguir ramas que se extendían ampliamente a unos sesenta metros, aproximadamente, sobre nuestras cabezas. Los troncos de los árboles parecían estar desprovistos de ramas que, muy arriba, estallaban en una capa entrelazada de follaje que casi borraba el cielo por completo. Podía entrever las tres lunas en lo alto. El suelo del bosque estaba casi desnudo. Entre los árboles había poco más que una alfombra de hojas.

Dos de las muchachas miraban hacia arriba, hacia las lunas. Sus bocas estaban entreabiertas y tenían los puños apretados. Parecía haber sufrimiento en sus miradas.

—Verna.

—Silencio.

No nos habíamos detenido allí por pura casualidad.

Una de ellas comenzó a sollozar.

—Está bien —dijo Verna—, id al círculo.

La muchacha dio la vuelta y cruzó corriendo la alfombra de hojas.

—¡Yo, Verna! —gritó otra.

—¡Al círculo! —respondió Verna algo enfadada.

La muchacha también dio la vuelta y salió corriendo en la misma dirección que la anterior.

Una a una, fue dándoles permiso a todas con los ojos y cada una salía corriendo ligera, impaciente, a través de los árboles.

Por último, se me acercó, y tomó la correa de manos de la muchacha que la sostenía.

—Ve al círculo —le dijo.

Diligente, sin decir palabra, corrió tras las otras.

Verna miró en su dirección.

Nos quedamos solas, ella vistiendo sus pieles, y yo desnuda; ella libre, y yo sujeta, con mi correa en su mano.

Me miró, durante unos instantes, a la luz de la luna.

Me molestaba su mirada. Bajé la cabeza.

—Sí. Seguro que les gustabas a los hombres. Eres una pequeña kajira preciosa.

No me sentía capaz de levantar la cabeza.

—Te desprecio —dijo.

No contesté.

—¿Eres una esclava dócil?

—Sí, ama —susurré—. Soy dócil.

Entonces, para sorpresa mía, abrió la correa que rodeaba mi garganta y soltó mis muñecas.

Me miró y yo no me sentí capaz de sostener su mirada.

—Sigue a las otras. Llegarás a un claro. En el borde verás un poste. Espera allí para ser atada.

—Sí, ama.

Verna se echó a reír, y se quedó detrás de mí. Aunque no la veía, podía imaginar sus pieles y sus adornos dorados y sentir cómo me miraba, con sus armas y su lanza.

Cada paso era una tortura.

—¡Más derecha! —gritó, desde varios metros más atrás.

Estiré mi cuerpo y, con lágrimas en los ojos, anduve entre los árboles, a la luz de la luna.

Al cabo de unos cien metros llegué al borde de un claro. Debía de medir de veinticuatro a treinta metros de diámetro, y estaba rodeado por los grandes troncos de los árboles Tur. El suelo del claro era de hermosa hierba espesa de varios centímetros de altura, suave y bella. Miré hacia arriba. Brillando en el cielo oscuro lleno de estrellas de Gor, enormes, dominantes, tan cerca que parecía que se pudiesen tocar, surgieron las tres lunas.

Las muchachas permanecían en el borde del círculo. No hablaban. Estaban respirando profundamente. Parecían intranquilas. Algunas tenían los ojos cerrados y los puños apretados. Sus armas habían quedado olvidadas.

Vi, a un lado del claro, el poste.

Debía medir unos dos metros de alto. Era robusto y estaba firmemente sujeto al suelo. En su parte posterior había dos grandes anillas de metal, una a medio metro del suelo, la otra a casi un metro. Era un poste tosco, hecho con la corteza. En la parte de delante, cerca del extremo superior, cortada en la corteza con un cuchillo de eslín, se hallaba la representación de unas pulseras de esclava abiertas. Era el poste de los esclavos.

Fui hasta él y me coloqué delante.

—Arrodíllate —ordenó Verna.

Obedecí.

Volvió a colocar la correa de piel y metal en mi garganta. Luego pasó la cuerda por la anilla, la que se encontraba a un metro de alto, detrás del poste; pasó otra vez la cuerda por delante y la enrolló, de izquierda a derecha, sobre mi cuello para acabar pasándola por la anilla de nuevo, tensándola cuanto pudo. Me había atado al poste por el cuello. Luego pasó el extremo que quedaba libre por la anilla inferior, a continuación por mi vientre, y otra vez por la misma anilla, manteniéndola tensa, sujetándome por la cintura al poste. Con lo que todavía quedaba de la cuerda, tensándola, ató mis tobillos juntos por detrás del poste. Estaba atada, a excepción mis manos, que quedaban libres.

Verna tomó el trozo del cordel que sujetara mis muñecas y que ahora colgaba de sus pieles.

—Pon las manos sobre tu cabeza —ordenó.

Así lo hice.

Ató el cordel firmemente alrededor de mi muñeca izquierda, lo llevó hasta la parte de atrás del poste, lo pasó por la anilla superior y, luego, tirando hacia atrás mi muñeca derecha, la ató también, sujetándome así al poste.

Me arrodillé, completamente atada.

—Eres una esclava dócil —dijo Verna con sorna.

—¡Verna! —llamó una de las muchachas.

—¡Muy bien! —repuso irritada—. ¡Muy bien!

La primera muchacha que saltó al centro del círculo fue precisamente la que había sostenido mi cuerda.

Sus cabellos eran rubios. Tenía la cabeza agachada y la sacudía. Luego la echó hacia atrás murmurando, y alzó los brazos hacia las lunas de Gor. Las demás hicieron lo mismo, como respondiéndole, gimiendo y lamentándose, abriendo y cerrando los puños.

La primera muchacha comenzó a retorcerse, pisando con fuerza el suelo del círculo.

Después se le unió otra, y otra más; luego otra y otra.

Dando patadas sobre el suelo, girando, gritando, gimiendo, alzando los puños hacia las lunas, se pusieron a danzar.

Finalmente no quedaba ninguna que no se hubiese colocado en el interior de aquel círculo infernal, excepto Verna, que permanecía arrogante y soberbia, armada y desdeñosa, y Elinor Brinton, una esclava completamente atada.

La primera muchacha, echando la cabeza hacia atrás para quedar mirando a las lunas, lanzó un grito y desgarró las pieles que la cubrían. Quedó desnuda hasta la cintura, retorciéndose.

Entonces me fijé por primera vez: en el centro del círculo había cuatro pesadas estacas, clavadas en la hierba. Formaban un cuadrado pequeño pero amplio. Me estremecí. Tenían unas muescas, para que las ataduras no pudiesen escurrirse o salirse de ellas.

La primera muchacha comenzó a bailar frente al cuadrado.

Miré hacia el cielo. Sobre el fondo oscuro del firmamento, las lunas parecían enormes y muy brillantes.

Otra muchacha, gritando, rasgó sus pieles hasta la cintura y alzando los puños, gimiendo y retorciéndose, se acercó al cuadrado. ¡Luego otra y otra más!

Yo ni siquiera miraba a Verna, por lo horrorizada que estaba ante aquel espectáculo tan bárbaro. No creía que pudiera haber mujeres así.

Y entonces la primera se arrancó las pieles que la cubrían y bailó llevando puestos únicamente sus adornos de oro. Lo hizo bajo las enormes y salvajes lunas, sobre la

hierba del círculo, delante del cuadrado.

No podía dar crédito a lo que veían mis ojos. Me estremecí; aquellas mujeres me daban miedo.

En aquel momento, para asombro mío, Verna lanzó un grito angustiado, un grito salvaje, como un lamento, lleno de desesperación. Tiró las armas que portaba, rasgó sus propias pieles y se dirigió hacia el círculo a grandes pasos. Allí giró, alzó sus brazos y gritó como todas las demás. No es que fuese una más entre ellas, ¡era la primera, la número uno! Bailaba salvajemente, vestida tan sólo con sus adornos y su belleza, hacia las lunas. Gritaba y se arañaba. A veces mordía a otra o la golpeaba, si se atrevía a acercarse más al cuadrado que ella. Retorciéndose, enrabiadas, pero temerosas, brillándoles los ojos, danzando, las demás caían ante ella.

Luego, echando la cabeza hacia atrás, gritó, blandiendo sus apretados puños hacia las lunas.

Finalmente, sin fuerzas, se lanzó sobre la hierba en el interior del cuadrado, golpeándolo, mordiéndolo y desgarrándolo; después se echó sobre la espalda y, con los puños apretados, se retorció bajo la luz de las lunas.

Una a una, las demás muchachas hicieron lo mismo. Se lanzaron sobre la hierba, rodaron sobre ella gimiendo, algunas incluso en los límites del cuadrado, para acabar echándose sobre sus espaldas, unas con los ojos cerrados, gritando, otras con los ojos abiertos, puestas en las lunas salvajes; unas desgarraban la hierba con las manos; otras golpeaban lastimeramente la tierra con sus pequeños puños, llorando y retorciéndose, sin poder controlar sus cuerpos, desvalidas.

Me encontré tirando de mis ataduras, llena de un inexplicable dolor, de soledad y deseo. Tiré de la cuerda que ataba mis muñecas tan cruelmente hacia atrás; sentía mi garganta oprimida contra las cuerdas que la apretaban, casi ahogándome; mis tobillos se movían el uno contra el otro, inutilizados dentro de su confinamiento de cuerdas. Levanté los ojos hacia las lunas. Grité de angustia. Yo también quería ser libre, bailar, gritar, alzar mis puños hacia ellas, echarme sobre aquella hierba viva, fibrosa, que notaba, retorcerme con aquellas mujeres, hermanas mías, en el frenesí de su necesidad.

¡No! grité para mis adentros, ¡no, no! ¡Elinor Brinton! ¡Pertenezco a la Tierra! ¡No, no!

—¡Kajiras! —les grité—. ¡Kajiras! ¡Esclavas! ¡Esclavas!

No había miedo en mi voz, sino casi un triunfo histórico.

Ahora me sabía mejor que ellas. ¡Era superior! ¡Estaba por encima suyo! Aunque me habían atado y marcado, yo era mil veces mejor que ellas. ¡Yo era Elinor Brinton! Por más que estuviese desnuda, por más que estuviese atada a un poste de esclavos, yo era mucho mejor, de linaje más noble. Ellas no eran más que esclavas.

—¡Kajiras! ¡Kajiras! ¡Esclavas! ¡Esclavas!

No me prestaban atención.

Yo les chillaba histéricamente y luego me callé. Me dolían los brazos y las piernas, sobre todo los brazos, atados tan cruelmente hacia atrás, pero no me sentía particularmente molesta. Las lunas seguían en el oscuro cielo, brillando con sus estrellas. Las muchachas estaban aún echadas en silencio sobre la hierba, algunas retorciéndose ligeramente y con los ojos cerrados, otras echadas boca abajo, con la cara pegada a la hierba, el brillo de las lágrimas sobre sus mejillas. Hacía más frío y noté que me había quedado helada, pero me daba igual. En aquellos momentos, aunque atada y desnuda, me sentía muy satisfecha de mí misma. Había recuperado mi propia estima. Me sabía superior a aquellas mujeres, a aquellas cosas tan despreciables.

Por fin, una a una, se levantaron de la hierba, volvieron a ponerse sus pieles y tomaron de nuevo sus armas.

Luego, con Verna a la cabeza, se acercaron a mí.

Me arrodillé junto al poste, muy erguida.

—Me ha dado la impresión —dije— que vuestros cuerpos se movían como podían haberlo hecho los de unas esclavas.

Mi cabeza giró hacia el otro lado cuando Verna, con toda su fuerza, me abofeteó.

Luego se me quedó mirando.

—Somos mujeres —dijo.

Mis ojos estaban llenos de lágrimas. Noté el sabor de la sangre en mi boca, allí donde el labio se me había pellizcado con los dientes debido al golpe. Pero no lloré. Sonreí y luego aparté la vista hacia otro lado.

—Matémosla —dijo la que había sostenido mi correa antes y que fuera la primera en entrar en el círculo de la danza.

—No —dijo Verna—. Traed a la esclava.

—Soy libre —le dije.

Verna salió de la zona donde se encontraba el círculo.

Las otras la siguieron, a excepción de la rubia que había sostenido mi correa. Soltó mis manos y, después, las volvió a atar, pero no detrás del poste, sino detrás de mi cuerpo, cruelmente. No me quejé. A continuación soltó la tira de mis tobillos, dejándolos libres, y, haciendo dar la vuelta a la correa alrededor del poste y pasándola por las dos anillas, me separó de él. Tirando con fuerza de la anilla que me rodeaba la garganta, me puso de pie. La miré y sonreí. Ella no dijo nada, pero se dio la vuelta enfadada y me alejó del poste, siguiendo a Verna y su grupo.

Verna levantó una mano de pronto.

—Un eslín —susurró.

Todas miraron a su alrededor.

Sentí miedo. Me pregunté si sería el mismo animal que habían detectado antes.

Las muchachas también parecían asustadas. Deseé que no fuese el mismo. Si lo era, nos había estado siguiendo. Por supuesto hay muchos eslines en los bosques.

Las muchachas siguieron tensas durante algún tiempo sin apenas respirar.

—¿Sigue todavía ahí? —preguntó una de ellas.

—Sí —dijo Verna. Señaló hacia un punto situado algo por delante del grupo hacia su derecha—. Está ahí —dijo. Yo no podía ver más que la oscuridad de los árboles y las sombras.

Seguimos quietas durante algún tiempo más.

Luego, Verna dijo:

—Se ha ido.

Las muchachas se miraron unas a otras. Era obvio que andaban de otra manera. Respiré hondo y me estremecí. Miré de nuevo hacia la oscuridad, los árboles y las sombras que quedaban a mi derecha. Pero sentí la opresión del collar en mi garganta, ahogándome, y seguí corriendo a la muchacha que tiraba de mí.

Al cabo de más o menos una hora, nos encontramos en un claro del bosque. Allí había una pequeña cabaña, con una sola puerta y ventana. En el interior había una luz.

Me llevaron hasta la puerta de la casa.

—De rodillas —dijo Verna.

Obedecí.

Sentí miedo. Sabía que aquella debía ser la casa del hombre que me había adquirido.

Una bolsa de cuero colgaba de la puerta.

No se percibía ningún sonido en el interior de la casa.

Verna cogió la bolsa y se arrodilló en el suelo con las demás a su alrededor. Contenía puntas de flechas de acero. Las contó a la luz de las lunas. Había cien.

Verna les dio seis a cada una y se quedó diez para ella. Las pusieron en las cartucheras que llevaban en los cinturones.

La miré sacudiendo la cabeza, pues no podía dar crédito a lo que había visto. ¿Sería aquél y sólo aquél mi precio? ¿Era posible que me hubieran comprado por sólo las puntas de cien flechas?

—Levántate, esclava.

Me puse en pie y Verna retiró de mi garganta la odiosa argolla.

La miré.

—Soy libre —le dije.

—Matémosla —urgió la muchacha rubia.

—Muy bien —dijo Verna.

—¡No! —grité—. ¡No! ¡Por favor!

—Matadla —dijo Verna.

Perdí el control de mí misma y caí de rodillas frente a ella.

—¡Por favor, no me matéis! ¡Por favor! ¡Por favor! —me puse a temblar y a llorar. Apreté la cabeza contra su pie—. ¡Por favor! —supliqué—. ¡Por favor! ¡Por favor! ¡Por favor! ¡Por favor!

—¿Qué eres? —preguntó Verna.

—Una esclava —grité—. ¡Una esclava!

—¿Suplicas por tu vida?

—Sí. ¡Sí, sí!

—¿A quién le pides por tu vida?

—Una esclava le implora a su ama —lloré.

—¿Son sólo las esclavas las que suplican así por su vida?

—¡Sí! —chillé—. ¡Sí!

—Entonces tú eres una esclava —concluyó Verna.

—¡Sí!

—Entonces, ¿te reconoces a ti misma como una esclava?

—Sí ¡Sí! ¡Reconozco que soy una esclava! ¡Soy una esclava! ¡Soy una esclava!

—Dejadla vivir —dijo Verna.

Casi me desplomé. Dos de las muchachas me pusieron en pie. No me valía por mí misma.

Mis ojos se encontraron con los de Verna.

—Esclava —dijo con sorna.

—Sí, ama —musité, y bajé los ojos. No podía sostener su mirada, la de una mujer libre.

—¿Eres una esclava dócil?

—Sí, ama —respondí, deprisa, asustada—. Soy una esclava dócil.

—Esclava dócil —dijo socarronamente.

—Sí, ama.

Las muchachas rieron.

—Al otro lado de esa puerta —dijo Verna señalándola con la cabeza— está tu amo.

Me puse delante de la puerta, desnuda, con las muñecas atadas a la espalda.

De pronto, de manera impensable, me volví y la miré.

—Cien puntas de flecha —dije enfadada— no son suficiente.

Yo misma estaba sorprendida de haber dicho semejante cosa, y aún más por cómo lo había dicho. A buen seguro que no había sido Elinor Brinton quien lo había hecho. Era el comentario de una esclava. Pero lo había dicho Elinor Brinton. Llena de espanto descubrí que era una esclava insignificante.

—Eso es todo lo que vales para él —dijo Verna.

Tiré de la cuerda que oprimía mis muñecas.

Ella me miró como lo habría hecho un hombre. El sentirme escrutada me llenó de rabia.

—Yo misma —comentó Verna—, no hubiera pagado más.

Las muchachas rieron.

Moví la cabeza de lado a lado, llena de rabia; era una esclava humillada. Mi acción parecía incontrolable y me odié por ello.

—La chica es de la opinión —dijo la rubia que había sostenido mi correa— de que debería haber alcanzado un precio más alto.

—¡Valgo más! —exclamé con mala cara.

—Cállate —dijo Verna.

—Sí, ama —contesté, asustada, bajando la cabeza.

Entonces pensé que sería una esclava inteligente. Era muy lista. Sabía, sin duda, tramar planes y adular y salirme con la mía. Sabía sonreír con gracia, y lo haría para conseguir mis objetivos. Me sentí insignificante y astuta, pero justificadamente orgullosa de mí. ¿Acaso no era una esclava? Sabía que podía emplear a la perfección las estratagemas de una esclava para que mi vida fuese más agradable y fácil.

¡Pero sólo cien puntas de flecha! ¡No era suficiente!

La puerta de la cabaña se abrió de par en par.

Repentinamente aterrorizada, me encontré frente a la abertura.

—Entra, esclava —dijo Verna.

—Sí, ama —susurré.

Sentí la punta de su lanza en mi espalda.

Me empujaba hacia delante. Dando un traspié me encontré en la habitación al tiempo que gritaba angustiada.

La puerta se cerró detrás de mí y oí caer dos vigas cerrándola.

Miré a mi alrededor y luego eché la cabeza hacia atrás sin poder reprimir un grito de terror incontrolable.

10. LO QUE SUCEDIÓ EN LA CABAÑA

Aquella cosa peluda de grandes ojos parpadeó al mirarme.

—No tengas miedo —dijo una voz.

El animal estaba sujeto a la pared con un collar recio y claveteado atado a una pesada cadena.

Me quedé en pie con la espalda apoyada en la pared opuesta, encogiéndome aterrorizada. Noté las vigas rugosas en mi espalda. Tenía la cabeza levantada y echada algo atrás, los ojos muy abiertos. También sentía las maderas apretadas contra las puntas de mis dedos, puesto que aún llevaba las manos atadas a la espalda. No podía respirar.

La bestia me miró y bostezó. Vi las dos hileras de colmillos blancos. Luego, con aire adormilado, comenzó a mordisquear la piel de su pata derecha para asearla.

Me fijé que la cadena era corta, y ni tan siquiera llegaría al centro de la habitación.

—No tengas miedo —repitió la voz.

Conseguí inhalar algo de aire, aunque con dificultad.

Al otro lado de la habitación, de espaldas a mí, inclinado sobre un recipiente con agua y con una toalla alrededor del cuello, había un hombre no muy alto. Se volvió para mirarme. Su rostro todavía era el rostro pintado del payaso, pero se había quitado aquellas ropas tontas y el gorro con las borlas. Llevaba una túnica goreana de las que se llevan en casa. Era áspera y marrón, con polainas, como las que usan a veces los leñadores que trabajan entre la maleza.

—Buenas noches —me dijo.

Su voz parecía diferente ahora, ya no era la voz del cómico saltimbanqui. Al mismo tiempo, me resultaba familiar, pero no conseguía recordar si, o dónde, la había oído antes. Sólo sabía que estaba terriblemente asustada.

Se volvió de nuevo hacia el recipiente con agua y comenzó a limpiar la pintura de su cara.

Yo no podía apartar los ojos de la bestia.

Me miró, con aquel aire adormilado, y siguió mordisqueándose la pata.

Parecía increíblemente grande, incluso más ahora en el interior de la pequeña cabaña, que anteriormente fuera del recinto de Targo. Era como un montón de pelo reluciente y somnoliento, con vida y cientos de toneladas de peso. Sus ojos eran grandes, negros y redondos; tenía un hocico amplio en el que destacaba la piel reluciente de los dos orificios de su nariz. Me estremecí al verle la boca y los colmillos, los dos de arriba sobresaliendo hacia abajo a ambos lados de la mandíbula. Tenía los labios húmedos por la saliva de su lengua, larga y oscura, que juntamente con los dientes estaba usando para limpiar el pelo de su pata derecha. El impacto de

aquellas mandíbulas podía, con un leve esfuerzo, desgarrar el hombro de una persona.

Me puse a temblar, aterrorizada, con la espalda pegada a las rugosas vigas.

—Buenas noches, señorita Brinton —dijo el hombre. Había hablado en inglés.

—¡Usted! —grité.

—¡Hola preciosa!

—¡Usted!

Era el hombre más bajo, uno de los que me había capturado y apresado primero en mi propia cama, en el ático. Había sido él quien había introducido la jeringuilla en mi costado derecho, en mi espalda, entre la cintura y la cadera, para drogarme. Había sido él quien me había tocado de aquella manera tan íntima, el que había sido apartado de mí por el hombre más corpulento. Era el que había cogido mis cerillas y mis cigarrillos, el que se había inclinado sobre mí y echado el humo en mi rostro, mientras yo estaba desnuda, atada y amordazada delante suyo.

—Eres una verdadera preciosidad —dijo.

Yo no podía hablar.

—¡Kajira! —exclamó en goreano. Todos los músculos de mi cuerpo se tensaron al oírle.

De pronto hizo sonar sus dedos, y, con el típico gesto rápido de un amo goreano, señaló un punto en el sucio suelo, delante de él, casi al tiempo que giraba la mano y, extendiendo su pulgar y su índice, señalaba hacia abajo.

Corrí hacia él y me arrodillé delante suyo, con las rodillas sobre aquella suciedad, en la posición de una esclava de placer, con la cabeza agachada, temblando.

—Es interesante —reflexionó— el efecto de la esclavitud en una mujer.

—Sí, amo —susurré.

—La orgullosa y arrogante señorita Brinton —señaló hablando en inglés.

—No, amo —musité yo, en inglés.

—¿Acaso no eres Elinor Brinton?

—Sí.

—¿Y ella qué es?

—Sólo una esclava goreana.

—Nunca pensé que pudiera tenerte a mis pies.

—No, amo.

Fue hacia un lado de mi habitación y tomó un pequeño banco que colocó frente a mí. Se sentó en él y, durante algún tiempo, me miró. No me moví.

Luego se levantó y fue de nuevo a un lado de la estancia, donde había unos troncos cortados. Tomó uno y lo puso en el fuego que había en uno de los lados, en un hogar poco profundo y bordeado por piedras. Se produjo una lluvia de chispas. El humo fue finalmente hacia arriba, encontrando la salida rudamente realizada.

Estaba tensa, atemorizada. No me moví. Volvió y se sentó de nuevo frente a mí.

—Levántate.

Me puse de pie inmediatamente.

—Date la vuelta.

Así lo hice.

Me sorprendió que soltase mis muñecas. Tenía las manos entumecidas y a duras penas podía mover los dedos. Me quedé frente a él un buen rato.

—Da un paso atrás.

Aterrorizada, pues aquel movimiento me llevaba hacia la fiera, obedecí temblando.

—¡Ataca! —le gritó en goreano al animal.

La bestia se lanzó hacia delante a por mí, abriendo y cerrando la boca, estirando sus grandes brazos, peludos y negros.

Chillé histéricamente y me encontré en la esquina de la habitación, arrodillada, arañando con las uñas las vigas de las paredes, llorando, gritando y llorando.

—No tengas miedo —dijo él.

Yo grité y grité.

—No tengas miedo.

—¿Qué quiere de mí? —le pregunté a gritos—. ¿Qué quiere de mí? —lloraba desconsoladamente, estremeciéndome por el llanto y el miedo—. ¿Qué quiere usted de mí? ¿Qué quiere usted de mí?

—Los goreanos son muy primitivos. Han puesto en peligro tu modestia —su voz era solícita, amable, preocupada y parecía disculparse.

Me volví hacia él, insensible.

Estaba de pie cerca del banco. Sostenía en sus brazos un vestido de seda roja largo, con un cuello alto bordado a la altura de la garganta simulando un collar.

—Por favor —invitó.

Me acerqué sin saber muy bien lo que hacía y me di la vuelta.

Sostuvo el vestido, como podía haberlo hecho un acompañante. Me ayudó a ponérmelo.

—Es mío —susurré. Recordaba el vestido.

—Era tuyo.

Era cierto. Yo no podía poseer nada, sino al contrario: Yo era la poseída.

Abroché el cinturón del vestido.

—Estás preciosa —comentó.

Abroché también el collar bordado alrededor de mi garganta.

Le miré, sintiéndome yo misma de nuevo.

—Sí —dijo él—. Está usted muy bonita, señorita Brinton.

Se dirigió de nuevo hacia una parte de la cabaña y acercó una pequeña mesa y otro banco, también pequeño. Hizo ademán de que me sentase con él a la mesa. Me

ayudó a hacerlo.

Me senté allí y le observé mientras echaba otro leño al fuego. Volvió a haber otra lluvia de chispas y el humo subió en busca del hueco de la ventilación.

La bestia estaba cómodamente enroscada en su sitio, sobre paja. Tenía los ojos cerrados, pero no parecía dormida. De vez en cuando se movía, o bostezaba, o cambiaba de postura.

—¿Un cigarrillo? —preguntó el hombre.

Le miré.

—Sí —murmuré.

Sacó dos cigarrillos de una caja plana y dorada. Eran de la marca que yo fumaba. El mismo encendió el cigarrillo que era para mí, y luego el suyo. Tiró la cerilla al fuego.

Jugueteé con el cigarrillo. Me temblaba la mano.

—¿Estás nerviosa?

—¡Devuélvame a la Tierra!

—¿No te preguntas por qué fuiste traída a este mundo?

—¡Por favor! —supliqué.

Se me quedó mirando.

—¡Le pagaré lo que sea!

—¿Dinero? —preguntó.

—¡Sí! ¡Sí!

—El dinero no tiene importancia.

Le miré angustiada.

—Fúmate el cigarrillo —me dijo.

Aspiré el humo.

—¿Te sorprendiste la mañana que despertaste y te encontraste marcada? —inquirió.

—Sí —susurré. Y sin quererlo, mi mano tocó la marca de mi muslo, bajo el vestido.

—¿Quizá tienes curiosidad por saber cómo fue hecho?

—Sí.

—El aparato no es más grande que esto —dijo, indicando la caja de cerillas, pequeña y plana—. Una manecilla, que contiene la sustancia que calienta, se ajusta a la parte de atrás de la superficie que marca. Se enciende y se apaga, algo muy parecido a un simple flash.

Me sonrió.

—Genera un calor que cauteriza la carne en cinco segundos.

—No sentí nada.

—Estabas completamente anestesiada.

—¡Oh! —exclamé.

—Personalmente pienso que una muchacha debería estar plenamente consciente cuando se la está marcando —añadió.

Miré hacia el suelo.

—El impacto psicológico es más satisfactorio —concluyó.

No supe qué decir.

—Se te aplicó salvia en la herida. Cicatrizó rápida y limpiamente. Te fuiste a la cama siendo una mujer libre —me miró sin amabilidad—. Y te levantaste siendo una kajira.

—¿Y el collar?

—Estabas echada inconsciente delante del espejo. Volvimos a entrar en tu apartamento a través de la terraza. No es difícil ponerle un collar a una muchacha.

Recordé que me habían quitado el collar en aquel lugar llamado Punto P, antes de que la nave negra hubiese partido de la Tierra, a través de los cielos de aquel amanecer de agosto.

El hombre que me lo quitó dijo que sin duda llevaría otro.

Apagué el cigarrillo, contrariada, sobre la mesa, rompiéndolo, desgarrándolo.

Sabía que podían ponerme un collar, en cuanto a un hombre le apeteciese hacerlo.

—¿Puede darme otro cigarrillo? —pregunté.

—Por supuesto —dijo y, solícito, cuando me incliné hacia delante, lo encendió.

—¿Trae a menudo mujeres a este mundo para ser esclavas? —pregunté.

—Sí, y a veces hombres, también, si nos interesa.

Me sentía irritada.

—¿Por qué me trajeron a este mundo? —le pregunté.

—Traemos a muchas mujeres a este mundo porque son hermosas, y nos complace hacerlas esclavas.

Le miré.

—También, por supuesto —añadió—, tienen un valor. Pueden ser distribuidas o vendidas, según nos place, para lograr nuestros fines o incrementar nuestros ingresos.

—¿Me trajeron aquí como una de esas muchachas?

—Tal vez te interese saber que fuiste marcada para la abducción a los diecisiete años. Durante los siguientes cinco años te observamos cuidadosamente y vimos cómo te convertías en una joven mimada, rica, muy inteligente y arrogante, exactamente del tipo que, bajo un látigo y con un collar, se convierte en la esclava más exquisita.

Aparté el cigarrillo furiosa.

—¿Así que me trajeron a Gor simplemente para ser una esclava?

—Digamos —me indicó cuidadosamente— que hubieras sido traída a Gor como esclava igualmente.

—¿Igualmente?

—Sí.

—No comprendo.

—Te perdimos brevemente —dijo. Se le nublaron los ojos—. La nave se estrelló —me explicó.

—Ya.

—Después del accidente —prosiguió—, detectamos la proximidad de una nave enemiga. Abandonamos la nuestra y nos separamos, corriendo, con nuestro cargamento.

—Pero, ¿acaso yo no formaba parte de su... su cargamento?

Frunció el ceño. Me di perfecta cuenta de que escogía las palabras con sumo cuidado.

—Tenemos enemigos. Nosotros no deseábamos que cayeses en sus manos. Temíamos que nos persiguiesen. Te quitamos tu anillo de identificación y te escondimos en la hierba, a alguna distancia de la nave. Luego salimos corriendo con las otras muchachas, con idea de reunirnos más tarde, si era posible, y regresar a por ti. Sin embargo, no hubo persecución. Aparentemente, el enemigo se contentó con destruir la nave. Cuando regresamos había poco más que un cráter. Y tú, claro está, habías desaparecido.

—¿Cómo me encontró?

—Al ser una mujer sin protección en Gor, sobre todo al ser bella, no tenía muchas dudas de que el primer hombre que te encontrase te haría su esclava.

Miré al suelo, irritada.

—Me fui a Laura —prosiguió—. Es la ciudad más grande de la zona. Supuse que serías puesta a la venta allí.

—¿Y pensaba comprarme?

—Sí. Así de sencillo —sonrió—. Pero desgraciadamente para nosotros te habían capturado mercaderes de esclavas, que deseaban llevarte hacia el sur para lograr un precio mejor. Por lo tanto, recurrimos a las mujeres pantera, Verna y su grupo, para adquirirte —sonrió de nuevo—. Lo que, casualmente, resultó mucho más barato.

Le miré llena de rabia.

—Sólo costaste cien puntas de flecha.

Moví la cabeza de derecha a izquierda llena de indignación.

—Te molesta, ¿verdad? —preguntó.

—No.

—Solamente podría molestarle a una muchacha con una predisposición natural a ser una esclava —argumentó él.

Miré hacia el suelo, negando con la cabeza, llena de rabie. Yo no era una esclava. ¡Yo no era una esclava!

—¿Cómo supo que me encontraba en el recinto de Targo?

—Sin duda hubiese investigado y habría dado contigo. Pero antes de tener ocasión de hacerlo, te vi en Laura. Estabas encadenada por la garganta, y transportabas provisiones junto a otras esclavas.

Bajé los ojos, contrariada.

—Llevas el vino maravillosamente— comentó.

Recordé entonces que una vez, en Laura, había visto a un hombre vestido de negro. Pensé que quizás estaría vigilándonos. Pero no estuve segura. Ahora comprendí que había sido él.

—Y, así pues, dio conmigo —dije.

—Confirmé tu identidad en el recinto, durante la actuación del saltimbanqui, y, por supuesto, vigilé toda la zona y planeé, en efecto, la incursión de las mujeres pantera.

—Tuvo suerte de que yo no estuviese metida en la jaula para las esclavas aquella noche —le dije con arrogancia.

Sonrió.

—Había hablado con Targo y los guardas —me explicó— y sabía de la celebración que se planeaba para aquella noche. Además, había hablado incluso con los guardas y habíamos bromeado acerca de su elección para aquella velada. Sabía incluso en qué carreta servirías.

—Es usted concienzudo.

—Tiene uno que serlo.

—Y ahora que me tiene aquí, ¿qué va a hacer conmigo?

—En cierto sentido, fue auténtica buena suerte que cayeras en manos de un mercader de esclavas.

—¿Sí? —inquirí.

—Sí —afirmó—. Seguramente aún no has servido por completo como una esclava.

Le miré con recelo.

—Sin duda te parecerá una experiencia interesante servir, no como una mujer libre, sino como una esclava, por completo, a un amo que exigirá tener derecho a ejercer sus prerrogativas más sobre su propiedad.

—Por favor.

—Pocas mujeres terrícolas gozan de ese exquisito placer.

—Por favor —le rogué—. No me hable así.

—Fúmate el cigarrillo —dijo él, amablemente.

Aspiré el aroma del tabaco.

—¿No has sentido nunca curiosidad por saber qué se debe sentir al ser forzada a entregarse por completo a un amo?

—Odio a los hombres —le dije.

—Estupendo —exclamó.

Le miré indignada.

—Tal vez te interese saber que serás una esclava de placer fantástica para cualquier amo.

—¡Odio a los hombres!

—Excelente.

—¿Qué quiere usted de mí? —insistí.

De repente la bestia hizo un ruido. Fue un rugido, un gruñido. Me erguí y me di la vuelta.

El animal había levantado la cabeza. Alzó sus orejas blancas y puntiagudas. Estaba escuchando.

Tanto el hombre como yo miramos a la bestia. Yo, asustada. Él alerta, cauteloso.

Los ojos del hombre parecían buscar los del animal y la bestia parecía mirarle. Luego el animal gruñó, enseñando los dientes, y miró hacia otro lado, con las orejas todavía levantadas. Volvió a gruñir.

—Hay un eslín fuera —dijo el hombre.

Me puse a temblar.

—Cuando me traían hacia aquí —le dije—, el grupo detectó dos veces el olor de un eslín.

El hombre me miró.

—Os estaba siguiendo.

—A lo mejor eran dos eslines diferentes —susurré.

—A lo mejor.

El animal se agazapó sobre la paja, abriendo y cerrando los orificios de su nariz, con los ojos negros brillando y las orejas levantadas.

—Está cerca —dijo el hombre. Me miró—. En ocasiones un eslín puede perseguir una presa durante cuatro pasangs, antes de decidirse, olfateando, acercándose, retirándose, para finalmente, cuando ha tenido bastante, atacar desde la oscuridad.

La bestia gruñó amenazadoramente.

Me espanté al oír un resoplido que venía desde el otro lado de la puerta, luego un gemido y un arañar la misma. Se me erizó el cabello de la nuca.

—La puerta está atrancada —dijo el hombre—. Aquí dentro estamos a salvo.

Miré a las vigas, cruzadas encima de la ventana. Era pequeña, apenas medio metro de diámetro.

—El eslín estaba probablemente siguiendo al grupo —dijo él—. El rastro le ha traído hasta aquí.

—¿Por qué no sigue a las mujeres pantera?

—Podría haberlo hecho, pero no ha sido así —contestó. Señaló luego a la bestia con la cabeza—. Seguramente quizás también huele a la bestia. Los eslines sienten

curiosidad en ocasiones y muchas veces les molesta la presencia de otros animales en lo que ellos han decidido considerar su territorio.

Se oyó un aullido de enfado al otro lado de la puerta, que fue contestado por un profundo rugido por parte de la bestia sujeta a la pared por el collar y la cadena.

—¿Por qué no se va? —pregunté.

—Tal vez huela a la bestia. O quizá huela a comida aquí dentro.

—¿Comida?

—Tú y yo.

Me tembló tanto la mano que el cigarrillo desprendió un montón de ceniza.

—Estamos a salvo aquí —insistió él.

—¿No tiene armas, armas potentes, con las que pudiera matarle?

El hombre sonrió.

—No es muy sensato llevar armas potentes en la superficie de Gor —me dijo.

No le comprendí.

Ya no oía al eslín.

Apagué el cigarrillo sobre la mesa y le miré, fríamente.

—No me trajeron a Gor —le pregunté— para ser una simple esclava, para ser entregada o vendida a un amo, ¿verdad?

—Ya te he dicho que a los diecisiete años fuiste seleccionada para la abducción. Fuera como fuese, hubieras sido traída a Gor como una esclava.

—Pero en mi caso —le presioné— había condiciones adicionales, ¿no es así?

—Sí.

Me eché un poco hacia atrás. Me sentía despierta y fría. Ellos necesitaban algo de mí. Ahora podría negociar. Tendría una oportunidad para arreglar mi regreso a la Tierra. Tenía que ser inteligente.

—¿Le apetecería hablar de negocios conmigo? —le pregunté.

—¿Quieres otro cigarrillo?

Me lo dio y yo lo tomé. Cerró la pequeña pitillera dorada plana y encendió una pequeña cerilla. Me incliné hacia delante y él hizo lo mismo para encenderlo. La llama de la cerilla estaba a menos de un centímetro del cigarrillo. Él me miró.

—¿Estás preparada para negociar? —me preguntó.

Le sonreí.

—Quizás —le dije.

Acercó la cerilla al cigarrillo y yo me incliné para encenderlo.

La cerilla se cayó.

Le miré sorprendida.

De pronto, con furia, con toda su fuerza, me abofeteó de tal manera que me tiró, literalmente, del banco y me lanzó contra la pared.

Al instante se encontraba sobre mí y me arrancó el vestido. Entonces, con

insolencia, brutalmente, me puso boca abajo sobre toda la porquería. Se arrodilló por encima de mi cuerpo sentí que mis manos eran lanzadas hacia atrás, hacia mi espalda. Con la misma fibra para atar que me había quitado antes ató mis manos ferozmente. Luego se puso en pie de un salto y me dio una patada en el costado. Aterrorizada, dolorida, me deslicé sobre el costado mirando hacia él llena de espanto. Se agachó para cogerme del pelo y del brazo izquierdo y me echó sobre la bestia.

—¡Come! —le gritó.

Me puse a chillar al verme lanzada a las enormes mandíbulas, llenas de colmillos.

Tiró de mí hacia atrás, cruelmente, y me puso de rodillas. Vi cómo me rozaban aquellas mandíbulas, los dientes se echaran sobre mí y en una ocasión arañaron mi cuerpo, justo en el momento en que fui apartada del perímetro de la cadena de la bestia. El animal tiró de ella y del collar tratando de alcanzarme.

Luego, lleno de rabia, el hombre me echó hacia atrás. Tiró de mí, llevándome de lado hasta el otro extremo de la estancia sobre la porquería del suelo.

—¡No comas! —le gritó a la bestia.

Entonces, tomó un gran pedazo de carne de bosco que colgaba de un gancho y se lo echó al animal.

Comenzó a tirar de ella y a desgarrarla con sus colmillos y sus patas. Pensé que podía haber sido mi cuerpo.

El hombre se me acercó.

Estaba echada sobre mi costado, encima de la porquería, desnuda y maniatada, y le miré llena de horror. En la mano llevaba un látigo alzado.

—Me habías dicho que eras libre —dijo.

—¡No! ¡No! —grité—. ¡Soy una esclava! ¡Una esclava!

—¡Cien puntas de lanza son demasiado para una esclava semejante!

Muerta de miedo, conseguí colocarme de rodillas y agaché la cabeza hasta ponerla a sus pies.

—¡Besa mis pies! —ordenó—. ¡Esclava!

Obedecí.

—La orgullosa señorita Brinton —dijo.

Yo temblaba a sus pies.

—¿Estás preparada para negociar? —preguntó.

Puse mi frente sobre sus pies, sobre las tiras de sus sandalias, mientras mis cabellos caían a los lados.

—Mándame cuanto quieras —supliqué.

Se apartó de mí. Alcé la cabeza. Le vi tomar el vestido rojo de seda y arrojarlo al fuego.

Me miró, y bajé los ojos.

—Ordéneme lo que quieras, amo —le imploré.

—Tenemos la intención de entrenarte como esclava, para Ofrecer exquisitos placeres a tu amo. Y luego te colocaremos en una casa determinada.

—¿Sí, amo?

—Y en esa casa, envenenarás a tu amo.

Le miré llena de espanto.

De pronto se oyó un chillido impresionante y el estallido de maderas. La cabeza de un eslín, con los ojos relucientes, enseñando sus dientes como agujas, asomó a través de la pequeña ventana después de romperla y haber logrado que las vigas quedasen caídas a un lado. Dando gruñidos, comenzó a mover los hombros como un gato a través de la abertura.

La bestia, que estaba junto a la pared, enloqueció.

El hombre, terriblemente desconcertado, gritó de miedo, apartándose de la ventana.

Yo estaba de pie apoyada contra la pared, chillando.

La enorme y ancha cabeza del eslín, de forma triangular, con aquellos ojos entreabiertos que, acostumbrados a la oscuridad de la noche, no se adaptaban a la repentina luz del fuego, se echó algo más hacia el interior de la habitación; aparecieron también sus hombros y, a continuación, su pata derecha.

La bestia bramaba furiosa, poniéndose en pie.

El hombre, como si hubiese recuperado el sentido después del grito de la bestia, tomó el látigo y corrió hacia la ventana, golpeando al eslín, intentando hacerle retroceder. Pero, tal y como pude ver llena de espanto, el eslín no podía retirarse. Tenía ya dos patas en la ventana y un tercio de su cuerpo. Gritaba y resoplaba lleno de rabia a cada golpe de látigo. Finalmente lo atrapó con los dientes y lo rompió, arrancándoselo al hombre. Salté, chillé, y me apreté contra la pared. Entonces, el hombre tomó un pedazo de madera ardiéndole cerca del fuego y golpeó al eslín. La madera se partió sobre su cuello. Otra garra y otra pierna aparecieron en la ventana. Un eslín tiene seis patas. Es largo, sinuoso; se parece a una lagartija, pero tienen el pelo largo y es un mamífero. Cuando ataca frenéticamente es uno de los animales más peligrosos de Gor. Desesperado, el hombre se inclinó sobre el fuego y tomó una madera de la hoguera, ardiendo, y la arrojó sobre el eslín. Este gritó de dolor, pues había quedado ciego de un ojo. Después, tomó la madera con los dientes y la destrozó. Apareció una pata más en la ventana, y casi la mitad del cuerpo del animal hizo acto de presencia en la habitación. El hombre gritó aterrorizado y corrió hacia la puerta. Tiró las maderas que la bloqueaban para abrirla. La bestia lanzó un rugido en su dirección y él se volvió, aterrorizado. Grité. No lo entendía, era casi como si La bestia le hubiese ordenado quedarse.

El eslín, resoplando, con un ojo cegado por el madero y el otro brillando, enloquecido por el dolor, comenzó a moverse rápido y a retorcerse en la abertura.

Entonces, horrorizada, me fijé en la bestia. Levantó sus enormes patas hasta su garganta. Desabrochó el collar claveteado y lo apartó.

Luego, con un grito de rabia, se acercó hasta el eslín. Los dos animales se enzarzaron en un combate. El eslín acabó de entrar por la ventana, moviéndose con dificultad, mordiendo y arañando. La bestia lo cogió por la garganta, mientras sus grandes mandíbulas le mordían y aplastaban las vértebras. Ambos animales rodaron por la pequeña cabaña, retorciéndose, chillando, resoplando, derribando los bancos y la mesa. Después, con un horripilante crujido de hueso y carne y piel, las mandíbulas de la bestia mordieron la parte de atrás del cuello del eslín. Allí se quedó, sujetándole con sus patas mientras de su boca caían pelos y sangre. El cuerpo del eslín se retorció convulsivamente. La bestia se volvió a mirarnos.

—Está muerto —exclamó el hombre—. Déjalo en el suelo.

La bestia le miró sin entender, y yo sentí un miedo repentino. También el hombre parecía atemorizado.

Luego la bestia echó la cabeza para atrás y lanzó un impresionante grito antes de comenzar a devorar el cuerpo del otro animal.

—¡No, no! —gritó el hombre—. ¡No te lo comas! ¡No te lo comas!

La bestia alzó la cabeza, medio enterrada en el cuerpo del eslín con trozos de carne colgándole de las mandíbulas.

—¡No te lo comas!

Yo estaba aterrorizada.

La bestia comía enloquecida. Tuve la impresión de que no podía ser controlada. Seguramente el hombre, que sabía más que yo de aquellas cosas, estaba también muerto de espanto.

—¡Déjalo!

La bestia le miró, con los ojos brillantes y la cara manchada de sangre.

—¡Obedece a tu amo! ¡Obedece a tu amo! —le grité.

La bestia me miró. Nunca olvidaré el horror que sentí.

—Yo soy el amo —gritó.

El hombre dio un grito y salió corriendo de la cabaña. Yo, ignorada por la bestia que seguía comiendo, me acerqué lentamente a la puerta y luego, oyendo cómo se alimentaba el animal a mis espaldas, huí desnuda y atada hacia la oscuridad.

11. SORON DE AR

Me arrodillé en la plataforma de madera que estaba a poca altura, mientras uno de los curtidores acercaba una larga aguja a mi rostro.

—¡Mirad! —dijo Targo a las demás muchachas—. ¡El-in-or es valiente!

Muchas de ellas gemían.

Cerré los ojos. No usaron ningún tipo de anestesia, puesto que yo era una esclava, pero no fue particularmente doloroso.

El curtidor se alejó hacia el otro extremo de la plataforma.

Tenía los ojos llenos de lágrimas, pues me escocían.

Sentí el segundo dolor, agudo, seguido de una desagradable sensación de calor.

El curtidor se levantó.

Habían agujereado mis orejas.

Las muchachas, arrodilladas en hilera, chillaban, gemían y se estremecían. Había guardas situados a ambos lados de la fila.

—¡Ved lo valiente que es El-in-or! —insistió Targo.

El curtidor limpió el poco de sangre con un trozo de tela.

Luego colocó dos diminutas varillas de acero, cuyos extremos juntó en cada una de las heridas. Antes de unir los extremos, añadió unos pequeñísimos discos de acero a cada una de las varillas, para que así éstas no se saliesen de las heridas. Tanto los discos como las varillas se retirarían al cabo de cuatro días.

—La siguiente —dijo.

Ninguna de las muchachas se movió.

Abandoné la plataforma.

Ute, mordiéndose el labio y con lágrimas en los ojos, se decidió.

—Yo seré la siguiente —dijo.

Las demás muchachas respiraron y se estremecieron.

Ute se arrodilló en la plataforma.

Me quedé a un lado. Sin darme cuenta, acerqué la mano a mi oreja derecha.

—No toques tu oreja, esclava —exclamó el curtidor.

—No, amo.

—¡Ponte junto a la pared, El-in-or! —dijo Targo.

—Sí, amo —contesté, y me dirigí al otro extremo de la amplia sala para las esclavas en los recintos públicos de Ko-ro-ba.

—Yo también soy de los trabajadores del cuero —le dijo Ute al curtidor que sostenía la aguja.

—¡No! —respondió él—. Sólo eres una esclava.

—Sí, amo —dijo Ute.

La vi arrodillarse, muy derecha, sobre la madera, y contemplé cómo perforaba la

aguja su lóbulo derecho. No gritó. Tal vez quería mostrar valor delante de alguien que era de su casta.

Rena de Lydius, lanzando su ropa al suelo, se arrodilló frente a Targo. Alzó las manos hacia él.

—Me capturaste por un contrato —dijo ella—. ¡Me tomaste para otro! ¡No puedes hacerme esto a mí! ¡A mi amo seguro que le disgustaría! ¡No me hagas algo tan cruel a mí! ¡Mi amo no lo querría!

—Tu amo me dio instrucciones para que llegases a él con los orificios en las orejas, como las esclavas.

—¡No! —lloró ella—. ¡No!

Un guarda arrastró a la desconcertada Rena de Lydius, una esclava, hasta el lugar que debía ocupar en la fila.

Fue Inge la que se arrodilló frente a Targo a continuación.

—Yo soy de los Escribas, de casta alta. ¡No permitas que me hagan esto a mí!

—Tus orejas serán perforadas —dijo Targo.

Ella se echó a llorar y fue llevada a rastras hasta su lugar en la fila.

Lana se acercó a Targo.

Se arrodilló frente a él, insinuante, y agachó la cabeza.

—Por favor, amo —dijo en tono mimoso—. Deja que se lo hagan a las demás muchachas si así lo deseas, pero no a Lana. A Lana no le gustaría. Lana se pondría triste. Lana estaría contenta si el amo no consintiese que se lo hicieran a ella.

Me apoyé en la pared, llena de rabia.

—Te agujerearán las orejas —le respondió él.

Sonreí.

—¡Pero eso bajará mi precio! —gritó Lana.

—No lo creo.

A Ute le habían perforado ya su oreja izquierda y la derecha, y le habían colocado las diminutas varillas y discos de acero.

Hacía esfuerzos por no llorar. Se acercó y se quedó junto a mí.

Me miró.

—¡Qué valiente eres, El-in-or! —me dijo.

No contesté. Estaba mirando a Lana y a Targo.

—¡Por favor! —sollozaba Lana, verdaderamente asustada y preocupada, temiendo que Targo no cediese a sus súplicas—. ¡Por favor!

—Agujerearán tus orejas.

—¡No! —gritó Lana, aterrorizada, llorando—. ¡Por favor!

—Llevaos a esta esclava.

Sonreí mientras se llevaban a Lana a rastras, llorando, y el guarda la dejaba en su sitio en la fila.

Rena de Lydius salió de la plataforma, con las varillas colocadas en sus heridas. Casi no podía andar. Un guarda, sosteniéndola por el brazo, medio la trajo hasta la pared, donde la dejó. Ella cayó de rodillas, cubrió su rostro con las manos, y lloró.

—Soy una esclava —decía—, soy una esclava.

Inge, aterrorizada, fue arrojada sobre la plataforma de madera.

No sentí el menor impulso de consolar a Rena de Lydius. Era una tonta. Como lo eran igualmente Ute, Inge y las demás.

Me pareció curioso que las muchachas se resistieran tanto a tener agujeros en las orejas. ¡Qué tontería! Nunca me había hecho agujerear las orejas en la Tierra, aunque había contemplado esa posibilidad. Seguramente lo habría hecho, sin embargo. Muchísimas de las muchachas y mujeres que yo conocía en la Tierra tenían agujeros en las orejas. ¿Cómo, si no, podían lucir los mejores pendientes?

Inge gimió, más por la humillación que por el dolor, cuando la aguja le perforó el lóbulo derecho.

—Cállate, esclava —dijo el curtidor.

Inge intentó ahogar sus sollozos.

El agujerear las orejas de las mujeres, sólo de esclavas por supuesto, era una costumbre de la distante Turia, famosa por su riqueza y sus nueve puertas enormes. Se hallaba en las llanuras del sur de Gor, muy por debajo del ecuador, el centro de un intrincado sistema de rutas comerciales. Hacía unos dos o tres años que había caído en manos de los bárbaros guerreros nómadas, y muchos de sus ciudadanos, al escapar de la ciudad, habían huido al norte. Trajeron consigo algunos productos, técnicas y costumbres. Se podía reconocer fácilmente a un turiano, por ejemplo, porque insistía en celebrar el Año Nuevo en el solsticio de verano. También porque tomaban vinos muy dulces, acaramelados, que ya podían conseguirse en muchas ciudades. El collar turiano era algo diferente, también; era más amplio y de acero, de manera que permitía que un hombre pudiera tomarlo con el puño y asir a la esclava por la garganta. Comenzaba a verse en algunas ciudades. El hecho de agujerear las orejas de las esclavas para que pudiesen colocarse pendientes era otra costumbre turiana. Se había conocido en Gor antes, pero sólo cuando los turianos huyeron de su ciudad se convirtió en una práctica más generalizada.

Echaron a Inge a la fuerza contra la pared, mientras ella sollozaba. Llevaba en las orejas los diminutos círculos de metal. Trató de estirárselos y el guarda se lo impidió enfadado, la abofeteó y, con un trozo de fibra para atar, le sujetó las manos detrás del cuerpo.

¡Qué tonta era Inge!

Se arrodilló contra la pared, con la mejilla apoyada contra los tablones de madera, mojándolos con sus lágrimas, mientras todo su cuerpo se convulsionaba con sus sollozos.

Ute se había arrodillado junto a Rena de Lydius, que parecía incontrolable. La rodeaba con sus brazos tratando de consolarla.

Ute miró hacia arriba, hacia mí.

—Eres tan valiente, El-in-or —me dijo.

—Eres tonta —le dije.

Lana dio contra la pared y se arrodilló allí, ocultando el rostro entre sus manos.

Yo había oído decir que Turia no había sido destruida. En realidad me habían dicho que volvía a ser, lo mismo que antes, la ciudad soberana de las llanuras del sur, y que había recuperado mucha de su riqueza a través de intercambios y del comercio. Me daba la impresión de que había sido una suerte para la economía de Gor, en particular para el sur, el que la ciudad no hubiera sido destruida. Muchas de las pieles, cuernos y cuero que llegaban hasta el norte, procedían de Turia, y se habían obtenido a través de los Pueblos del Carro de las áridas llanuras del sur, y muchos de los productos manufacturados y de valor que conseguían llegar hasta el sur e incluso hasta los Pueblos del Carro, se producían o pasaban por Turia. Quizá los Tuchuks, uno de los feroces Pueblos del Carro y sus conquistadores, la habían conservado por aquellas razones. Sin embargo, todavía era peligroso conducir caravanas hasta Turia. Por las razones que fueran, Turia, aunque conquistada en una ocasión, había sido conservada.

—Odio a los Turianos —exclamó Rena de Lydius—. ¡Los odio!

—Cállate, esclava —le dije.

—No la regañes, El-in-or —me riñó Ute—. Está triste.

Aparté la vista. Me sentía enfadada. La última chica salió corriendo de la plataforma de madera con sus orejas agujereadas y vino hacia nosotras, para acurrucarse contra la pared, llorando.

Pensé que, al menos, tendríamos una buena comida. La comida era mejor en los recintos privados donde nos adiestraban, que en los públicos, áreas de los mismos que se alquilaban a mercaderes de esclavos que estaban de paso y en las que se les hospedaba para pasar la noche. En los recintos públicos se albergaba tanto a esclavos propiedad de alguien como a los que pertenecen a una caravana de esclavos que pasa por la ciudad. Un amo de la ciudad, que tenga que ausentarse temporalmente de ella, puede alquilar espacio en los recintos públicos para instalar a sus esclavos allí. Muchos amos, sin embargo, si tenían que dejar allí a sus esclavas, preferían hacerlo en los privados, donde la comida y las condiciones son mejores. Otra razón que podía tener un amo para hospedar a una esclava en los recintos privados, por supuesto, era la de que, además, mientras la esclava se albergaba allí, podía recibir más instrucción, para que él, a su regreso, encontrase a su esclava capaz de complacerle más deliciosamente.

En realidad, incluso si un amo no sale de la ciudad, no resulta inusual que envíe a

una muchacha a los recintos privados, para que aumente su valor para él o para otros si un día fuese vendida. Por otra parte, a las muchachas no les importa ser internadas. La vida en los recintos se hace pesada. Al salir de ellos una muchacha suele estar ansiosa casi siempre por complacer a su amo, para que no la haga volver y recibir más instrucción.

Nos adiestraban durante el día, generalmente en instalaciones privadas, bajo la tutela de esclavas del placer, pero por la tarde nos devolvían a las largas hileras de jaulas en los recintos públicos. Estas jaulas tienen unos barrotes muy fuertes y las barras se hallan colocadas de una manera irritantemente ancha, pero nosotras no podemos deslizarnos a través de ellas. Las jaulas son lo bastante fuertes como para contener hombres, lo que sin duda hacen a veces. Suelen esparcir paja sobre la plancha de metal que hace de suelo. Hay cuatro muchachas por jaula. Yo compartía la mía con Ute, Inge y Lana. Se suponía que debíamos ocuparnos de la limpieza de nuestra propia jaula, pero Lana y yo dejamos que Inge y Ute realizasen esta tarea. Nosotras valíamos más que para hacer eso.

No es que me importase demasiado la comida que nos daban en los boles de madera, estofado y pan, de los recintos públicos, pero estaba hambrienta y dispuesta a comerme incluso eso, y con entusiasmo. En los recintos privados la comida que nos daban era mejor: carne magra, verduras y frutas, y, si nuestro grupo había entrenado aceptablemente, después de la comida de la noche nos daban, antes de devolvernos a los recintos públicos encapuchadas, golosinas y pasteles o, a veces, un trago de vino Ka-la-na. En una ocasión, Inge se dejó llevar por el abatimiento durante el adiestramiento y se echó a llorar; como consecuencia de ello, aquel día nos dejaron sin nuestra ración de golosinas. Al llegar a nuestra jaula, en los recintos públicos, Lana y yo la golpeamos, sin dejar que Ute interviniese.

—El-in-or —gritó Targo.

Supuse que ya me habría llamado antes y yo no le había oído.

Corrí hacia él y me arrodillé.

—A la plataforma —dijo.

Levanté los ojos hacia él.

—¿Por qué? —pregunté.

Me miró.

Rápidamente me puse en pie y corrí hacia la plataforma de madera y me arrodillé sobre ella. No entendía qué podía haber ocurrido. El curtidor no había abandonado la habitación y rebuscaba en su bolsa de cuero.

—Inclina la cabeza hacia atrás —dijo.

Le miré llena de un miedo repentino. Llevaba en la mano algo que parecía un par de tenacillas, sólo que las tenazas eran mucho más finas, y dobladas de tal manera que casi se tocaban la una a la otra y entre sus puntas quedaba una distancia inferior

al ancho de un alfiler.

—¿Qué es eso? —pregunté.

—Un punzón —dijo Targo.

—Echa la cabeza hacia atrás —dijo el curtidor.

—No —susurré—. ¿Qué vas a hacer?

—No tengas miedo, El-in-or —dijo Ute—. No es nada.

Me hubiese gustado que se hubiese quedado callada.

—¿Qué vas a hacer?

—Quizás un día tu amo desee que lleves un anillo en la nariz —explicó Targo—.

De esta manera, estarás preparada.

—¡No! —grité—. ¡No, no!

Las demás muchachas alzaron sus cabezas, abandonando su desgracia por un momento, sorprendidas, para mirarme.

—¡No! —lloré—. ¡Por favor! ¡Por favor!

—Echa la cabeza hacia atrás —repitió el curtidor, enfadado visiblemente.

Targo me miró, sorprendido. Parecía verdaderamente decepcionado.

—¡Pero si tú eres valiente! —dijo—. ¡Tú eres la valiente!

Pero sin poderlo evitar, me vine abajo, horripilada, histérica.

—¡No! —grité.

Intenté marcharme de la plataforma, pero el curtidor me sujetó.

—Que la aten —ordenó Targo.

—¡No, amo! —imploré—. ¡Por favor!

Pero ya habían atado mis tobillos. Otro guarda echó mis manos hacia atrás y mis muñecas fueron atadas juntas.

—¡No! —grité—. ¡No!

Dos guardas me sujetaron por los brazos sobre la plataforma. Otro puso su brazo izquierdo alrededor de mi garganta, desde detrás mío, y su mano derecha sobre mi cabello, tirando mi cabeza hacia atrás y sujetándola con firmeza.

Yo no podía gritar. El brazo firme del guarda me oprimía, impidiéndolo.

—No te muevas —ordenó el curtidor.

Sentí cómo metía la punta de las tenazas del punzón dentro de los orificios de mi nariz, distendiéndolos. Hubo un pequeño y agudo clic. Se me llenaron los ojos de lágrimas. Sentí un dolor muy agudo que duró un instante y luego una prolongada sensación de picor y quemazón.

Todo se volvió negro, pero no llegué a desmayarme, pues los guardas me sujetaron firmemente.

Cuando abrí los ojos, cegados por las lágrimas, vi al curtidor acercarse con un diminuto aro de acero, parcialmente abierto y un par de tenazas.

Mientras me sujetaban, insertó el anillo en mi nariz. Fue doloroso. Luego, con las

tenazas lo cerró, y le dio la vuelta para que así la abertura, donde se juntaban los extremos, quedase oculta dentro, junto al septo.

Comencé a llorar por el dolor, por sentirme desgraciada y por la humillación.

Los guardas me soltaron. Uno de ellos desató mis tobillos.

—Amordazadla —dijo Targo.

Así lo hicieron. Pero no desataron mis muñecas, temiendo que quizás tirase del anillo. Posiblemente lo hubiera hecho.

Un guarda, no demasiado contento de mí, me arrastró a trompicones. Me echó, medio tambaleándome, entre las demás muchachas. Di contra la pared y me deslicé por ella, quedando de rodillas. No podía creer que fuera cierto lo que me habían hecho. Por un momento todo pareció volverse negro de nuevo. Me estremecí, sin poder dejar de mover la cabeza de derecha a izquierda, negando lo sucedido, mientras me resbalaban las lágrimas por las mejillas y me apoyaba en la pared.

—¡La siguiente!

Ute, que me miraba sorprendida, como las demás muchachas, se levantó y fue, obediente hasta la plataforma.

Cuando regresó, también ella llevaba un diminuto anillo de acero en la nariz. Tenía los ojos llenos de lágrimas.

—Escuece —le dijo a Inge.

Miré a Ute con compasión. ¿Es que acaso no veía lo que me habían hecho a mí? ¡A mí!

Ute se acercó y me tomó por los hombros, y yo lloré apoyada en ella, sin poderme controlar.

—No llores, El-in-or —dijo.

Apreté mi cabeza contra su hombro.

Ella puso su mano sobre mi cabeza.

—No lo entiendo, El-in-or —dijo—. No te importa la cosa más terrible. Te comportas valientemente. Y sin embargo gritas por un anillo de nariz, diminuto. No es como que a una le agujereen las orejas.

—El-in-or es una cobarde —dijo Rena de Lydius.

—¡La siguiente! —llamó el curtidor.

Rena se puso de pie y se dirigió a la plataforma.

—Que a una le agujereen las orejas es mucho más terrible —dijo Ute—. Los anillos en la nariz no son nada. Incluso son bonitos. En el sur, hasta las mujeres libres de los Pueblos del Carro llevan anillos en la nariz —Me abrazó un poco más fuerte—. Incluso las mujeres libres del sur —insistió—, las mujeres libres de los Pueblos del Carro, llevan esos anillos —me besó—. Además, puedes quitártelo sin que nadie note nunca que lo has llevado. No se ve.

Luego los ojos de Ute se nublaron, llenos de lágrimas. Miré a los diminutos aros

que mantenían abiertas las heridas de sus orejas.

—Pero sólo las esclavas —dijo ella— llevan agujeros en las orejas. ¿Cómo puedo esperar ser algún día una Compañera Libre? —lloró—. ¿Qué hombre querría una mujer con las orejas agujereadas de una esclava? Y si no llevo un velo, cualquiera podría mirarme y reírse y burlarse de mí, al ver que me habían agujereado mis orejas, ¡como las de una esclava!

Moví la cabeza, y la apreté de nuevo contra su hombro. No entendía nada. Sabía tan sólo que yo, Elinor Brinton, llevaba entonces un pequeño anillo de acero en la nariz.

Inge fue la siguiente en subir a la plataforma, con las manos todavía atadas a la espalda, para que no tocara los diminutos aros de sus orejas. Se sometió a que le pusieran el anillo con encanto.

La siguió Lana. Cuando regresó, echó la cabeza hacia atrás, y puso sus manos detrás de su cabello.

—¿Hace bonito? —preguntó.

—Sería más bonito si fuera de oro —dijo Rena de Lydius.

—Por supuesto.

—Pero es bonito —le dijo Inge—. Eres tan guapa, Lana.

Lana sonrió.

Inge la miró tímidamente.

—¿Estoy guapa? —preguntó.

—Sí —aseguró Lana—, el anillo es bonito... y tú también lo eres.

Yo no levanté la cabeza del hombro de Ute. No quería que me mirase nadie.

Las muchachas acudieron a la plataforma una después de otra.

Más tarde nos dieron de comer. A Inge y a mí nos soltaron las manos, y me quitaron la mordaza.

Nos arrodillamos en un círculo y comimos el estofado y el pan que había en los boles. No nos daban utensilios. Nuestros dedos servían para coger carne y pan, y el jugo que bebíamos. Las muchachas charlaban, y la mayoría parecía haber olvidado la penosa experiencia de aquella mañana. Si no lo habían olvidado, era muy poco lo que podían hacer. Por otra parte, sabían que con los orificios de las orejas podían tener un precio más elevado y, de este modo, quizá sus futuros amos tuvieran una mejor posición económica. Algunos mercaderes de esclavas más puritanos, escandalizados por la idea de los orificios en las orejas, se negaban a hacérselo a sus muchachas, pero Targo, sin duda por el oro que ello implicaba, había insistido en que nos los hicieran. Parece ser que muchos hombres goreanos encuentran extremadamente provocativos los orificios en las orejas. Los artesanos de la casta de los Trabajadores del Metal, hombres especializados en trabajar la plata y el oro, estaban inmersos en la tarea de crear nuevas formas de joyas para esclavas. Se decía que hacía un año, en Ar,

Marlenus, Ubar de la Ciudad, causó verdadera sensación en un banquete que ofreció a sus altos oficiales al presentarles una esclava bailarina quien, aunque no se hallaba entre las que formaban parte de sus jardines de placer privados o de sus compartimentos, lució unos pendientes por orden suya. En aquellos momentos, sin embargo, más de un año después, no era raro ver a alguna esclava llevando, y de manera insolente, este tipo de joya, incluso en público.

Personalmente, no tenía nada en contra de los pendientes. En realidad, si encontraba un par, o unos pares atractivos, estaba seguro de poder lucirlos con ventaja, para complacer a algún amo, para quizás conseguir lo que yo quisiera, o acaso poder dominarlo. Si podía ganarme su afecto, le tendría a mi merced con toda seguridad, ¿no? Estaba dispuesta a dedicar a ello todos mis esfuerzos y, cuando lo lograra, ofrecer, o negarme a ofrecer, mis favores, o el fervor de mis favores, controlarle y, aunque llevaba un collar, ¡poseerle! ¿Por qué otra cosa podía luchar una mujer en Gor? ¡No es tan fuerte como un hombre! Está a su merced. Toda su cultura entera la pone a sus pies. Pues bien: yo era lo suficientemente bella, lo suficientemente inteligente como para luchar y, con seguridad, ¡ganar! Yo era una esclava de verdad, y lo sabía, pero mi amo tendría que aprender que una esclava puede ser un enemigo peligroso. Le conquistaría. Eso pensaba yo. Todo lo que se me pasó por alto fue el hombre goreano, quien ya sea por cultura o por transmisión genética, no es como el hombre típico de la Tierra. Él, a diferencia del hombre de la Tierra, pero no de todos, es dueño y señor de mujeres por naturaleza. Sé que hubo un tiempo en mi vida en que no hubiera entendido esto o cómo podía ser. Hubo un tiempo en mi vida en que con toda seguridad no hubiera creído algo como esto, en que lo hubiera encontrado irracional, absurdo, incomprensible, falso. Pero en aquel entonces aún no me habían traído a este mundo en el que me encuentro. En aquel entonces yo no había estado en los brazos de un hombre goreano.

—Come —me urgió Ute.

Casi no había tocado el estofado del bol de madera.

—Llevaremos los anillos en la nariz —dijo Ute— hasta que acabe nuestra preparación. Luego, cuando nos marchemos de Ko -ro-ba, nos los quitarán.

—¿Dónde lo has oído? —pregunté. A veces hay rumores que se propagan por los recintos y las jaulas de las esclavas.

—Oí cómo Targo se lo decía a uno de los guardas —me contestó en un susurro, mientras miraba a su alrededor.

—Estupendo —contesté. Metí la mano en el bol. No había necesidad de que nadie supiese nunca que a Elinor Brinton, de Park Avenue, le habían puesto una vez un anillo en la nariz.

Más animada, me uní a Ute en la comida. Más tarde, después de ser encapuchadas y acompañadas hasta nuestros recintos privados en Ko-ro-ba, me empleé a fondo en

la sesión de adiestramiento.

Afortunadamente había escuchado el consejo de Ute y había comido, pues el trabajo fue difícil. Quizá Targo deseara que apartásemos de nuestras mentes los acontecimientos de por la mañana. Por la noche, en los recintos privados, nos dieron de comer y nuestro grupo estuvo entre los que recibieron dulces después de la comida.

Me sentía satisfecha con mi comportamiento y mis logros en general.

En ocasiones me sentía irritada por la instructora, una esclava como nosotras, cuando me alababa.

—¡Mirad! —les decía a las otras chicas—. ¡Así es cómo se hace! ¡Así es cómo se mueve el cuerpo de una esclava!

Pero yo quería aprender, para así usar mis cualidades y tener más posibilidades de éxito en Gor. De la misma manera que un guerrero se aplica en el conocimiento de las armas, así me aplicaba yo en el conocimiento de las artes de la esclava, que es lo que yo era. Mi cuerpo ganó en forma y belleza debido seguramente a las comidas y al ejercicio. Aprendí cosas que nunca hubiera imaginado. Nuestra preparación, puesto que se limitaba solamente a unas pocas semanas, no incluía muchos de los elementos que normalmente integran una preparación completa. Seguí sin saber nada de cocina goreana, ni de cómo lavar las prendas de vestir. Tampoco aprendí nada de instrumentos musicales. Ignoraba todo lo tocante al arreglo de las pequeñas alfombras, adornos y flores, cosas que cualquier muchacha goreana, esclava o no, sabe. Pero me enseñaron a bailar, y a dar placer, y a ponerme en pie, y a moverme, y a sentarme, y a darme la vuelta, y alzar la cabeza y bajarla, a arrodillarme, y a estar de pie. Me resultaba interesante, aunque no siempre fuese de mi completo agrado, constatar que la preparación empezaba a dar resultados. El mismo día que nos colocaron los anillos en la nariz, a media tarde, salí a hacer algunos recados para Targo en los recintos.

Al pasar junto a un guarda, de la misma manera que una muchacha pasa junto a un hombre, me estiró del brazo y me retuvo, casi haciéndome tropezar y atrayéndome hacia sí.

—Estás aprendiendo a moverte, esclava —dijo. Me asusté.

Pero de pronto, se me pasó el miedo. Tiré levemente de su brazo como con temor, y como si no pudiese conseguir que me soltase. Y, en realidad, por supuesto, no hubiese podido hacerlo, aunque lo hubiese intentado más en serio. Él, al ser un hombre, era lo suficientemente fuerte, y yo lo sabía, como para hacerme lo que le apeteciese. ¡Cuánto me molestaba la fuerza de los hombres! Le miré tímidamente.

—Quizás, amo —susurré con los labios entreabiertos, sonriendo levemente, mientras mantenía los tobillos juntos y apartaba el cuerpo ligeramente de él, aunque mis hombros apuntaban hacia su cuerpo.

—Eres un eslín —me dijo.

Sonrió.

Tomó el anillo de mi nariz entre su pulgar y el índice y lo levantó. Me puse de puntillas sintiendo un dolor horroroso.

—Eres una esclava muy linda.

—Soy seda blanca —susurré, ahora sí verdaderamente atemorizada.

Soltó el anillo y me abrazó.

—¿Y eso qué importa?

Me separé de él, di la vuelta, tropecé y me golpeé con la pared de las jaulas, y salí disparada pasillo abajo. Mucho me temo que no huí como una esclava modelo... Corrí con torpeza, aterrorizada, como cualquier muchacha de la Tierra hubiese huido de un hombre goreano.

Le oí reírse detrás mío, y me detuve. Había estado divirtiéndose conmigo.

Me di la vuelta y le miré irritada.

Dio una palmada y avanzó un paso hacia mí, y yo volví a darle la espalda y salí huyendo a trompicones, oyéndole reírse en la entrada a mis espaldas.

Pero al cabo de un momento o dos, había recuperado la compostura.

Al llegar a la jaula me sentía más que satisfecha de mí misma. Había atraído al guarda. Me había deseado. Por supuesto, no me habría hecho suya, por temor a la cólera de Targo, pero no me cabía la menor duda de su deseo. Me estremecí. De no haber sido por Targo, me habría poseído con toda seguridad, sobre el suelo de cemento, ante los barrotes. Y, sin embargo, en conjunto, me sentía satisfecha. Me sabía deseable. Era una esclava excitante. Estaba orgullosa. Me sentía muy complacida.

Ute e Inge nos pidieron a Lana y a mí que las ayudásemos a limpiar la jaula aquella noche pero nos negamos, como de costumbre. Aquél era un trabajo para muchachas de menos categoría. Lana y yo éramos más valiosas que ellas, o eso pensábamos. Hubiéramos podido obligar a Lana a colaborar, pero entonces yo también hubiera tenido que hacerlo. Me di cuenta de que si me unía a Lana, aunque ella no me importase, no podían forzarnos a trabajar. Ya que Ute e Inge insistían en limpiar la jaula, esta desagradable tarea recaía por lo tanto sobre ellas regularmente. A mí me gustaba que la jaula estuviese limpia. Lo que ocurría es que, la verdad, no me apetecía limpiarla. Aquella noche, Lana y yo pensamos que eran tontas y nos fuimos a dormir sobre la paja.

Me sentía satisfecha y excitada. Toqué el anillo de mi nariz. Me molestaba. Supuse que a la mañana siguiente aún tendría más razón para encontrarlo molesto. Me adormilé. Me sentía feliz por saberme deseable y también porque aquel odiado anillo de mi nariz desaparecería antes de marcharnos de Ko-ro-ba. Me di la vuelta al tiempo que cerré los ojos. Ko-ro-ba, pensé en Ko-ro-ba. Iba quedándome dormida.

Habíamos llegado a la ciudad a primeras horas de la mañana y Targo nos había permitido salir de las carretas y verla. La ciudad, con el sol reflejándose sobre sus muros y sus torres, era muy hermosa. Volví a darme la vuelta, cerrando los ojos. Pero había poca belleza en los recintos en que los hallábamos, con sus pesados bloques de piedra y sus barrotes, la paja y los olores. Finalmente me quedé dormida, contenta de ser atractiva y olvidándome incluso del anillo que llevaba en la nariz. Al quedarme dormida pensé que Ute e Inge estarían ocupadas limpiando la jaula.

—¡Despertad, esclavas!

Sentí un intenso dolor en la nariz, insoportable. Me desperté de golpe. Oí gritar a Lana de dolor. Giré la cabeza y sentí una nueva punzada de dolor.

—Mantened las manos a los lados del cuerpo —ordenó Ute.

Lana y yo habíamos sido unidas por los anillos de la nariz. Lo habían hecho mientras dormíamos. Habían pasado una correa a través de los dos anillos y luego la habían anudado. La doble correa anudada que nos mantenía atadas no medía ni medio metro de largo. Lana y yo quedábamos de frente la una a la otra. El pequeño puño de Ute también se hallaba sujeto a la correa.

Lana trató de alargar la mano para alcanzar la correa y Ute la retorció. Lana gritó de dolor. También yo grité, pues la misma ligadura me ataba a mi igualmente. Así, pues, Lana, con lágrimas en los ojos, bajó las manos y las dejó a ambos lados de su cuerpo, obediente. Yo también. No nos atrevíamos a movernos.

—¡Ute! —protesté yo.

Ella retorció la correa y chillé por el sufrimiento.

—Cállate, esclava —dijo Ute, en un tono no del todo desagradable.

Me callé y lo mismo Lana.

Ute nos hizo ponernos en pie y lloramos del dolor. Nuestras manos, nuestros puños apretados, seguían a ambos lados de nuestro cuerpo.

—Poned las manos detrás de la espalda —recomendó Ute. Lana y yo nos miramos.

Ute retorció la correa. Gritamos e hicimos lo que se nos había ordenado. Inge se acercó entonces con dos pequeñas correas, seguramente conseguidas gracias a algún guarda.

Sentí que ataba mis muñecas y a continuación las de Lana fueron igualmente atadas.

—De rodillas, esclavas —dijo Ute.

Lana y yo nos miramos llenas de rabia. Sentimos el enorme tirón en la correa y las dos, gritando, nos arrodillamos ante Ute e Inge.

—Hay que limpiar la jaula —dijo Ute, sin que su puño soltase la correa ni por un momento—. Podéis llamar al guarda para que os traiga cepillos y agua, y paja fresca.

—¡Nunca! —dijo Lana.

Ute tiró de la correa otra vez.

—Yo le llamaré —dije—. ¡Por favor! ¡Por favor!

—¿Cuál de las dos empezará primero a trabajar? —preguntó Ute.

Lana me miró.

—Que empiece El-in-or —dijo.

—Que empiece Lana —repuse yo.

—Empezará El-in-or —dijo Ute.

El guarda trajo paja fresca, agua en un pellejo y un pesado cepillo.

Me desataron las manos y me puse a cuatro patas. Comencé a recoger la paja maloliente y sucia.

—¡Ten cuidado! —gritó Lana. A mí también me había dolido.

Lana continuaba estando maniatada y seguíamos unidas por los anillos de la nariz. Sólo alcanzaba a trabajar muy torpemente.

Limpié media jaula, saqué la paja usada y limpié las placas del suelo. Ute me obligó a emplearme a fondo. Tuve que barrer mi sección de la jaula dos veces. Me dolían las rodillas. Finalmente mi mitad de suelo quedó limpia y esparcí paja fresca por encima. Entonces volvieron a atarme y soltaron a Lana. Comenzó a trabajar, limpiando la otra mitad de la jaula. Yo seguí de rodillas, con las manos atadas a la espalda y el anillo de la nariz unido al de Lana por la correa. La acompañé, haciendo su mismo recorrido por la estancia, tal y como ella había hecho antes conmigo. Por fin acabó. A ella también la obligaron a limpiar su parte de la jaula dos veces. Luego volvieron a atarle las muñecas. Ute nos llevó entonces a los barrotes de la parte delantera y, desanudando la correa, la pasó por dos de ellas antes de volver a atarla por encima de uno de los travesaños, a un metro de distancia de las láminas metálicas del suelo.

—Ute —supliqué—, por favor, suéltanos.

—Por favor —gimió Lana.

Nos lamentamos, pero seguimos atadas.

Por el otro lado de los barrotes, esclavas y guardas pasaban dirigiéndose al lugar en el que recibirían la comida de la mañana. Se reían de nosotras. Era del dominio público que habíamos intentado librarnos de la limpieza de la jaula. Me sentía humillada. Incluso Lana, en aquellos momentos, no parecía tan arrogante e inteligente, arrodillada y atada a las barras, ante todos los que pasaban, por el anillo de la nariz.

Cuando corrieron el cerrojo de la jaula, Ute e Inge se fueron a desayunar. Lana y yo nos quedamos allí.

Cuando regresaron, Lana y yo ya habíamos tenido bastante con todo aquello.

—Lana trabajará —prometió.

—Si no es así —amenazó Ute— la próxima vez las cosas no serán tan fáciles para

ti.

Lana asintió. Era fuerte, pero sabía que en una jaula de esclavas se está a merced de las compañeras. Ute e Inge habían demostrado su poder.

—¿Y tú, El-in-or? —inquirió Ute, amablemente.

¡Odiaba a Ute!

—El-in-or trabajará, también.

—Muy bien —dijo. Luego nos besó a Lana y a mí—. Y ahora soltaremos a estas esclavas —le dijo a Inge. Inge y ella nos liberaron.

—Es la hora de ir a los recintos privados para la sesión de prácticas de la mañana —dijo un guarda al pasar.

Lana y yo nos pusimos en pie y miramos a Ute y a Inge. No volveríamos a dejar de hacer nuestro trabajo.

Los días se sucedían en Ko-ro-ba. Cuatro días después de que nos hiciesen los orificios en las orejas, el metalista regresó a los recintos y retiró los delgadísimos hilos de metal de los que colgaban los diminutos discos que llevábamos en las orejas. En su lugar quedaron las diminutas, casi invisibles marcas en los lóbulos, listos para llevar cualquier tipo de joya que un amo quisiera ver en ellos. Los anillos de la nariz no iban a ser retirados hasta el día antes de nuestra marcha de los recintos.

Un día seguía a otro, y un turno de comida a otro, y así también se sucedían las tandas de ejercicios y los períodos de entrenamiento. Los días se parecían mucho unos a otros. Excepto por el hecho de que aumentaba la duración de las clases y la dificultad de lo que hacíamos aumentaba. Me di cuenta de que tenía que utilizar los cinco sentidos y recurrir a toda mi inteligencia para hacerme con las sutilmente intrincadas habilidades de una esclava. La que era nuestra instructora se enfadaba conmigo y con las demás, cuando no hacíamos las cosas bien. Me daba perfecta cuenta de los cambios y la mejora en las demás muchachas. Estábamos aprendiendo. Íbamos aumentando nuestras habilidades. ¡Incluso Inge! La observaba, en la arena donde entrenábamos, danzando al son de unos tambores ocultos, desnuda, llevando tan sólo unas pulseras de esclava y un collar de danza. Entonces no parecía una joven estudiosa, de vestidos azules, miembro de la casta de los escribas. Era sencillamente una esclava desnuda que danzaba; una esclava excitante, que se contorsionaba en la arena, mientras su cuerpo se estremecía con el latido un tambor. Ute, por supuesto, era increíble, algo magnífico. Sin duda ninguna se pagaría por ella un precio muy elevado. Pero pensé que yo podría superarlo. También me resultaba interesante, y casi sorprendente, ver el fervor y la habilidad empleados en el aprendizaje por la refinada Rena de Lydius. Sabía que ya había sido comprada, pero ignoraba quién pudiera ser su amo. Puesto que habían agujereado sus orejas, estaba aterrorizada pensando que quizás no fuera capaz de complacerle. Así que practicaba con un ardor digno de compasión. Había sido una mujer libre y ahora era una esclava. Su futura suerte, su

futuro bienestar dependía ahora enteramente de su capacidad para gustarle a quienes pudieran capturarla u obtenerla, a quienes fueran a poseerla. He de comentar, incidentalmente, que Lana y yo éramos, a juicio de las demás y por indicación de nuestra instructora, las mejores esclavas de nuestro grupo. Por más que yo lo intentase, nunca conseguía superarla. Pero aunque yo no era tan buena como Lana no tenía motivos para avergonzarme de mis progresos en las artes de las esclavas. Era casi perfecta. Pagarían por mí un precio muy elevado. Me sentía orgullosa. Quizás como reconocimiento a mis habilidades, Lana comenzó a tenerme más confianza y, a pesar de que la odiaba, me hice amiga suya. Pasábamos más tiempo juntas y hablábamos menos con la estúpida o la delgaducha Inge. Lana y yo éramos las mejores. ¡Las mejores!

Me sentía muy satisfecha.

De manera inconsciente, día a día, mi cuerpo comenzó a revelarme de forma clara como una esclava. Yo ni me daba cuenta. Hay docenas de sutiles movimientos, cosas pequeñas, casi imposibles de reconocer, pero de los que una se apercibe, casi sin pensar, en los movimientos de una esclava, cosas que, de forma acumulativa, distinguen, y de manera ostensible, sus movimientos de los de una mujer libre.

Yo había dejado de moverme como una mujer libre, una hermosa mujer libre de la Tierra. Me movía ahora, y de forma natural, como lo que era, desinhibida y sin vergüenza, insultante, felina, insolente, como una esclava goreana.

Un día, cuando me puse de pie en la jaula y eché a andar sobre la paja, Inge, que estaba arrodillada cerca, dijo, inesperadamente: «*Eres una esclava, El-in-or*». Me acerqué a ella y la abofeteé. Con lágrimas en los ojos me gritó: «*¡Esclava!*». La cogí por el pelo y le di una patada. Entonces, arañándonos y jurando, comenzamos a luchar y rodamos sobre la paja. Lana se reía. Ute intentaba separarnos.

—Todas somos esclavas —decía—, ¡no os peleéis!

De pronto pareció como si la parte superior de mi cabeza fuese a desgarrarse y oír gritar a Inge de dolor.

Un guarda había entrado en la jaula y nos había separado, inclinándonos hacia delante, mientras nos sostenía por el pelo.

A partir de aquel momento, Inge y yo no movimos ni un solo músculo.

De repente, me dio miedo la posibilidad de ser azotada. Estaba atemorizada ante la perspectiva de sentir el verdadero látigo goreano de cinco tiras, usado con toda la fuerza de un hombre. Yo era demasiado sensible al dolor. Las otras chicas, más corrientes, podían ser azotadas, pero yo no. Me dolería demasiado. Ellos no podían entender lo que yo sentiría, todo lo que me dolería.

—¡Ella ha empezado! —grité.

—¡Ella me ha abofeteado! —gritó Inge.

También ella tenía miedo. Pero seguro que no lo hubiera sufrido tan cruelmente

como yo, pues era más vulgar que yo, menos sensible, menos delicada. Ute abrió la boca como para decir algo.

—¡No me azotes! —lloré—. ¡Ella lo empezó todo! ¡Ella me pegó primero!

—¡Mentirosa! —gritó Inge.

—¡Embustera!

Ute me miraba enfadada y Lana seguía riéndose.

—El guarda estaba fuera —dijo Lana—. ¡Lo ha visto todo!

En aquel momento, sujeta por el pelo e inclinada hacia delante, tuve la impresión de que mi corazón iba a detenerse. Era una esclava a quien habían pillado en una mentira. Me puse a temblar.

Pero ni Inge ni yo fuimos azotadas.

El guarda sonrió.

No le había sorprendido, al contrario que a Ute, que yo fuese una esclava mentirosa. Por lo visto, muy a pesar mío, él no había esperado otra cosa. En aquel momento comprendí qué impresión se tenía de mí en los recintos.

Estaba enfadada.

Nos ataron las manos detrás de la espalda. El guarda, tirando de mi pelo, me arrastró hasta un lado de la jaula. Me colocó allí de pie, de cara al interior, tomó mi cabello y lo ató a uno de los travesaños de la jaula, por encima de mi cabeza. Luego tomó a Inge y la llevó hasta el extremo opuesto de la jaula, la colocó en pie contra la pared, de cara a mí, y ató su cabello de idéntico modo al mío. Hizo un gesto de dolor.

Luego el guarda salió de la jaula y cerró la puerta con llave tras de sí.

—Que durmáis bien, esclavas —dijo.

Lana se dio la vuelta ampliamente sobre la paja.

—Buenas noches, amo —exclamó.

Luego él miró a Ute, que estaba echada sobre la paja.

—Buenas noches, amo —musitó.

El asintió con la cabeza. Luego me miró a mí.

—Buenas noches, amo —contesté.

Cuando miró a Inge, ella respondió de igual modo.

A continuación, se alejó.

A la mañana siguiente, cuando el guarda soltó nuestro cabello, Inge y yo nos desplomamos sobre las placas de acero del suelo que cubrían la jaula. En medio del sufrimiento casi no nos dimos cuenta de que había soltado también nuestras muñecas. Me quedé echada sobre la paja, con la cara apretada contra ella, sintiendo la rigidez del acero debajo.

Luego, al cabo de un rato, me arrastré hasta Inge.

—Lo siento, Inge.

Me miró duramente. Ella también estaba dolorida, después del sufrimiento de

toda la noche.

—Perdóname, Inge.

Inge apartó su mirada.

—El-in-or está arrepentida, Inge —dijo Ute.

Me sentí agradecida hacia Ute.

Inge ni siquiera me miró.

—El-in-or fue débil —insistió Ute—. Tenía miedo.

—El-in-or es una embustera —dijo Inge. Luego me miró directamente, con odio —. El-in-or es una esclava.

—Todas somos esclavas —añadió Ute.

Inge colocó la cabeza sobre sus rodillas.

Se me llenaron los ojos de lágrimas. Ute me rodeó con sus brazos.

—No llores, El-in-or —me dijo.

Me aparté de Ute, un poco abruptamente, enfadada. Ute se retiró a su parte de la jaula.

Lo que había dicho Inge era cierto. Yo era una esclava.

Me di la vuelta sobre la paja y me quedé boca arriba, mirando al techo, también cubierto de placas de acero, con lo que era como si el suelo de la jaula nos envolviese.

Oí aproximarse las sandalias del guarda, fuera, en el pasillo que precedía a la zona de las jaulas. Me puse de pie de un salto y me apreté contra los barrotes.

—Amo —llamé.

Él se detuvo.

Saqué la mano entre los barrotes, hacia él. Tomó una golosina de su bolsa, y la sostuvo, fuera de mi alcance.

Me estiré cuanto pude para alcanzarla. Entonces, me la tendió.

—Gracias, amo —Me puse la golosina en la boca.

Había reconocido los pasos del guarda. Pocos de ellos llevaban golosinas. Me sentía orgullosa de mí misma. No creía que Inge hubiera conseguido que él le diese una.

—Te perdono El-in-or —dijo Inge. Su voz parecía desvalida.

No contesté, pues temía que quisiera probar el dulce, que fuese un truco suyo.

Noté que Lana se acercaba. Tendió la mano.

—Dámelo —dijo.

—Es mío —repuse.

—Soy la primera de la jaula.

Era más fuerte que yo.

Le di el dulce y ella se lo metió en la boca.

Entonces, me arrastré hasta Inge.

—¿Me perdonas de verdad? — le pregunté.

—Sí.

Me alejé de ella, y me eché boca abajo sobre la paja.

Lo que había dicho Inge era verdad. Yo era una esclava.

Me di la vuelta y me coloqué boca arriba, mirando hacia el techo de nuevo.

Mis pensamientos regresaron a aquella terrible noche, cuando salí huyendo de la cabaña hacia la oscuridad, y dejé a la bestia alimentándose del cuerpo destruido y ensangrentado del eslín.

Me estremecí.

Aquella noche salí corriendo enloquecida, a través de los oscuros bosques, tropezando, cayendo, rodando por el suelo, levantándome y volviendo a correr. A veces corría entre los grandes árboles Tur, sobre la alfombra de hojas que había entre ellos, otras me abría camino a través de arbustos, o entre salvajes laberintos de maleza y vides, iluminados por las lunas. Incluso me encontré, en un determinado momento, al pasar entre un grupo de árboles Tur, en el círculo en el que las muchachas pantera habían danzado. Vi el poste de los esclavos a un lado, en el que había estado atada. El círculo estaba desierto. Salí huyendo de nuevo. En ocasiones me detenía y escuchaba por si me seguía alguien, pero no se oía nada. El hombre, asustado por la bestia, que se había lanzado a comer con auténtico frenesí, también había salido corriendo. Lo que verdaderamente me preocupaba era que fuese la propia bestia quien pudiera estar siguiéndome. Pero estaba segura de que estaría ocupada durante algún tiempo. Ni siquiera estaba segura de que se hubiese dado cuenta de que yo había escapado. Esperaba que comiese hasta hartarse y que luego se quedase dormida. Una vez tropecé con un eslín y casi caigo sobre él mientras estaba inclinado sobre un tabuk muerto. El tabuk es una criatura de aspecto parecido al antílope, delgado, gracioso y de un solo cuerno, que vive en las espesuras y los bosques. El eslín alzó sus mandíbulas, largas y triangulares, y gruñó. Vi reflejarse la luz de las tres lunas en sus tres hileras de dientes blancos, afilados como agujas. Grité, di media vuelta y salí corriendo. El eslín siguió con su presa. Me parecía que podía estar corriendo en círculo. Soplaban vientos del norte, que traían lluvia y humedad, y que habían cubierto el lado de los altos árboles con capas verticales de moho. Sirviéndome de esta pista, continué generalmente corriendo en dirección al sur. Esperaba poder llegar a algún riachuelo, para poder seguirlo hasta el Laurius. Mientras corría en la oscuridad, vi de pronto, a unos cincuenta o sesenta metros, cuatro pares de ojos que brillaban, un grupo de panteras del bosque. Hice como que no las veía y, con el corazón latiéndome a cien por hora, giré hacia un lado, para seguir caminando entre los árboles. Sabía que a aquella hora de la noche debían de estar cazando. Nuestras miradas no se habían encontrado. Tenía la extraña sensación de que me habían visto y de que sabían que yo las había visto. Pero nuestras miradas

no se habían cruzado explícitamente. La pantera del bosque es una fiera orgullosa, pero al mismo tiempo no le importa ser distraída mientras caza. No nos habíamos enfrentado. Sólo esperaba no ser lo que estaban cazando. No lo era. Dieron la vuelta hacia un lado, en la oscuridad y siguieron su camino. Casi me desvanecí. Me sentía tan indefensa. Tiré de mis muñecas, atadas, pero estaban bien aseguradas a mi espalda.

Entonces noté con gran alegría que me había caído una gota de agua encima, y luego otra. Y luego, bruscamente, tal y como son las tormentas en el norte de Gor, las frías lluvias, como un manto helado, comenzaron a caer. En medio del bosque, desnuda, atada, bajo la lluvia glacial, eché la cabeza hacia atrás y comencé a reír. Me sentí extremadamente feliz. ¡La lluvia borraría mi rastro! ¡Conseguiría escapar de la bestia! Ni un eslín, el cazador más perfecto de Gor, podría seguir mi rastro después de semejante chaparrón. Reí y reí, y luego, agachándome, me escondí entre unos arbustos, tratando de protegerme de la lluvia.

Al cabo de unas dos horas, la lluvia cesó y salí de entre los arbustos para proseguir mi camino hacia el sur.

Ya no temía que me persiguiesen, pero era mucho más consciente que antes de mi difícil situación en el bosque.

Intenté librarme de los cordeles que ataban mis muñecas, frotándolos contra el tronco de un árbol caído, pero no conseguí ni aflojarlos ni desatarlos. La fibra goreana que se usa para atar no está hecha para que se suelte fácilmente de las muñecas de las esclavas. Al cabo de una hora estaban tan fuertemente atadas como al principio.

Decidí que sería mejor seguir andando.

Me sentía desvalida, vulnerable. Era como un animal, sin manos, con la desventaja de que yo no contaba con ningún tipo de camuflaje que me protegiese, sino tan sólo la suavidad de mi carne, y yo no tenía unos sentidos tan desarrollados como el olfato y el oído de aquellos animales para alertarme, ni tampoco su agilidad, o su velocidad para huir. Lo tenía todo para ser una presa fácil.

Tiré de mis muñecas, sin resultado. Salí corriendo hacia el sur.

Me detuve en unos arbustos y mordisqueé unas bayas.

Luego, algo después del mediodía, fui a parar a una pequeña corriente de agua, que no podía ser sino un pequeño afluente del Laurius.

Me eché sobre las piedras de su orilla y bebí el agua fresca, calmando mi sed.

Después me puse en pie y me metí en el riachuelo; noté la frialdad del agua en mis tobillos y caminé corriente abajo. Hice esto pensando en no dejar un rastro detrás mío, algo de olor en una rama, una gota de sudor en una hoja.

Seguí la corriente a lo largo de un ahn, deteniéndome a veces para alzar la cabeza hacia ramas que sobresalían y así morder los frutos que colgaban.

Luego la corriente se unió a otra más grande, y yo seguí por aquélla durante un tiempo. No me cabía la menor duda de que esta corriente se uniría, a su vez, al Laurius.

Mientras caminaba por el agua, atada, me pregunté a mí misma si debía seguir hasta el Laurius y luego hasta Laura. Allí podría comer. Allí volverían a esclavizarme. Me pregunté si en vez de eso no debería buscar una cabaña en el bosque en la que pudiera haber una esclava que me desatase y me diese comida. Seguramente ella no querría que yo viese a su amo, pues yo era hermosa. Pero sentí miedo, porque la muchacha bien podía asesinarme o venderme secretamente a los cazadores, o entregarme a las mujeres pantera, quienes me convertirían en su esclava o me venderían. ¡Podían incluso devolverme a aquel hombre y aquella bestia de la cabaña, a cambio de más puntas de flecha!

No sabía qué hacer. Me sentía desgraciada.

Además, al recordar que había sido vendida por tan sólo cien puntas de flechas me sentí inexplicablemente irritada. No había duda de que yo valía mucho más. Tal y como se vendían las esclavas, yo valía un buen precio. ¡Por mí tenían que haber pagado piezas de oro! ¡No puntas de flechas!

Estaba tan inmersa en mi enfado que no me di cuenta de que había un hombre de pie detrás de unos arbustos junto a la orilla del río.

De pronto un lazo de cuero cayó alrededor de mi cuello. Me quedé paralizada, pero conseguí volverme. El lazo estaba muy tenso. Me habían capturado.

Tiró de mí para atraerme hacia él.

Me arrastró desde el borde del riachuelo, por donde yo iba caminando. Sentí las piedras de la orilla bajo mis pies, y la hierba, y luego, no sé si por hambre o agotamiento, o miedo, todo se volvió negro y me desmayé.

Recuperé el conocimiento algo más tarde. Un hombre me llevaba en brazos. Me había puesto su camisa. Era más larga que la túnica común de una esclava. Había subido las mangas. Era agradable. Ya no tenía las manos cruelmente atadas a la espalda. Me había pasado una tira alrededor del vientre y la había atado a mi espalda. Tenía las manos sujetas delante por pulseras de esclavas. La fibra para atar, colocada en su centro, había sido atada alrededor de las pulseras, para así mantener mis manos cercanas a mi vientre. Los extremos sueltos de fibra de atar habían sido unidos en mi espalda, para que así yo no alcanzase el nudo. Las pulseras no me apretaban, pero no podía hacer pasar las manos por ellas. No me importaba.

—Te has despertado, El-in-or.

Era uno de los guardas de Targo, el que me había llevado al médico.

—Sí, amo —respondí.

—Creíamos que te habíamos perdido.

—Fui apresada por mujeres pantera —le dije—. Me vendieron a un hombre.

Había una bestia. Él salió corriendo, y yo huí.

—Estás despierta —dijo—. Puedes andar.

Sentada en la hierba, dolorida, disgustada, levanté el rostro hacia él.

—No, no puedo andar. No puedo ni tenerme en pie.

Volvió hacia arriba la parte de atrás de la camisa y la metió por dentro de la fibra de atar. Se alejó en busca de una vara.

Cuando regresó yo estaba de pie.

—Bien —dijo. Bajó la camisa y tiró la vara.

Me hizo caminar delante suyo.

—Targo ya ha salido de Laura —me dijo—. Nos reuniremos con él al otro lado del río, en el campamento en el que pasarán la noche.

Seguimos andando.

—Si hubieses salido de Laura con Targo —comentó— habrías visto a Marlenus de Ar.

Había oído hablar antes del gran Ubar.

—¿En Laura?

—En ocasiones viene al norte, con varios cientos de tarnsmanes, por la caza en los bosques.

—¿Qué caza?

—Eslines, panteras, mujeres.

—¡Oh!

—Caza durante una semana o dos —explicó el guarda—, y luego regresa a Ar. Los deberes de un Ubar son muchos y agobiantes, y Marlenus está siempre ansioso por venir a cazar. Cuando acaba, envía sus capturas de regreso en una caravana.

—¿Va detrás de algo en particular? —le pregunté.

—Sí; Verna, una proscrita.

Me detuve.

—No te des la vuelta —me advirtió.

Me puse furiosa. Yo lo conocía, y sabía que le gustaba, pero él era quien me había capturado. No me había dado permiso para mirarle de frente. Me había vestido con su camisa, pero yo tiré con rabia de mis muñecas, atadas contra mi vientre con fibra de atar.

—Fueron Verna y su grupo quienes me capturaron —le dije.

—Dicen que es bella. ¿Es verdad?

—Pregúntales a los hombres del campamento, a los que capturó y ató, cuando se me llevó.

Noté que su puño tomaba mi cabello y tiraba de mi cabeza hacia atrás.

—Sí —le dije—, es bella. Es muy bella.

Me soltó.

—Marlenus la capturará y la enviará en una jaula a Ar —dijo.

—¿Sí? —pregunté maliciosamente.

—Sí, y en sus jardines de placer, ella comerá de su mano.

Incliné la cabeza hacia atrás.

—Parece que piensas que cualquier mujer puede ser domesticada.

—Sí —repuso. Noté sus manos sobre mis hombros.

No me disgustaba que Marlenus estuviese cazando a Verna y a sus chicas. Esperaba que la capturase, que las capturase a todas, las desnudase, las marcase con el hierro candente, encerrase sus cuellos en collares de esclavas, las hiciese azotar, y las convirtiese en esclavas.

—Cualquier mujer —repitió el guarda.

—Soy seda blanca —susurré. Hice fuerza contra sus manos, y me soltó. Apresuré el paso.

Seguí andando delante de él, con su camisa puesta y las manos unidas delante de mi cuerpo.

—Detente —dijo. Obedecí.

Se acercó por detrás y alzó la camisa ligeramente, por encima de la fibra de atar que rodeaba mi cintura. Quería ver mis piernas algo más.

—Continúa —me empujó hacia delante otra vez con la planta del pie. Di un traspié y seguí andando—. Más erguida.

De vez en cuando mientras andábamos, me daba comida que extraía de su bolsa y ponía en mi boca.

A última hora de la tarde, descansamos aproximadamente un ahn. Luego, cuando me lo indicó, me puse en pie, y proseguimos nuestro viaje hacia Laura. Yo le precedía, como antes. Notaba con claridad cómo me observaba. No podía volverme a mirar, por supuesto, pero era consciente de que él contemplaba cada movimiento de mi cuerpo.

—Me gustará ver cómo te entrenas para ser esclava de placer en Ko-ro-ba.

—Me encuentras atractiva, ¿verdad? —le pregunté. Luego me arrepentí de haberlo hecho.

—Tienes unas posibilidades interesantes como esclava. Siento curiosidad por probarte.

Caminé algo más aprisa.

—Tenemos que darnos prisa —le dije—. ¡Hemos de reunirnos con los demás!

—¡Seda blanca! ¡Eres un eslín! —dijo él—. ¡Espera a ser una seda roja y verás!

Apresuré mis pasos.

Aquella noche, después de cruzar el Laurius en una barcaza cargada de madera, hallamos el campamento de Targo. Me sentí feliz. Ute e Inge estaban allí, y las demás muchachas que yo conocía. Hasta Lana. Targo estaba contento de que hubiese podido

regresar a su cadena. Luego, desnuda dentro de la carreta echada sobre la lona, con los tobillos atados a la barra tobillera, y después de haber comido, dormí profundamente, con felicidad.

Unos cuatro días antes de que saliésemos de Ko-ro-ba hacia Ar, la noticia se extendió como una nube de tarns por los recintos de las esclavas.

—¡Verna, la mujer proscrita! ¡Ha sido capturada por Marlenus de Ar!

Corrí hacia los barrotes de la jaula, emocionada. Lloré de alegría. ¡Cómo odiaba a aquella mujer y a su grupo!

—Pobre Verna —dijo Ute.

Inge guardó silencio.

—¡Que la hagan esclava! —dije yo—. ¡Como nosotras! —Me volví para mirarlas, sentadas sobre la paja, y apoyé la espalda contra los barrotes—. ¡Que la hagan esclava como a nosotras!

Ute e Inge me miraron.

Di media vuelta, apretando con fuerza los barrotes, llena de un sentimiento de triunfo, de una victoria vengativa. ¡Que la obligaran a arrodillarse frente a los hombres y temer el látigo!

—Pobre Verna —repitió Ute.

—Marlenus la domará —le dije—. En sus jardines de placer comerá de su mano.

—Espero que la empalen —dijo Lana.

Yo no quería aquello. Pero deseaba que le pusieran collar, sedas y cascabeles ¡Que conociera lo que era ser esclava! ¡Cuánto odiaba a la orgullosa Verna! ¡Cuánto me satisfacía que ella, como yo, hubiese sido apresada por hombres!

Miré a mi alrededor en la jaula, sonrojada, furiosa. Sacudí los barrotes. Pataleé sobre el acero de debajo de la paja con los talones. Chillé de rabia y cogí paja y la esparcí por la jaula. ¡Yo también había sido capturada y tenía que ser una esclava!

—Por favor, El-in-or —gritó Ute—. No te comportes así.

Grité de dolor y corrí hasta el otro extremo, echándome sobre la pared negra, golpeándola, para finalmente dejarme caer de rodillas junto a ella y, llena de rabia y frustración, llorando y gritando, golpeé las placas de acero del suelo.

—Llora, El-in-or —dijo Ute—. Llora.

Me quedé echada sobre la paja, desnuda. Era una esclava indefensa, propiedad de los hombres, que tenía que hacer lo que ellos le decían, y lloré y lloré.

Mencionaré otras dos noticias que aquellos días se filtraron desde el mundo exterior de risas hasta nuestros recintos cubiertos de paja y rodeados de barrotes.

Haakon de Skjern, a quien Targo había adquirido las cien bellezas del norte que por aquel entonces estaban concluyendo su instrucción, estaba en Ko-ro-ba.

Este hecho, no sé por qué razón, provocó que Targo estuviese algo intranquilo.

La otra noticia tenía que ver con los temerarios asaltos llevados a cabo por Rask

de Treve.

Toda Ko-ro-ba parecía indignada.

Cuatro caravanas habían caído presas de los feroces y rápidos tarnsmanes de Treve. Y sus hombres habían quemado docenas de campos, destruyendo la cosecha de Sa-Tarna. El humo de dos de estos campos había sido visible incluso desde los altos muros de la propia Ko-ro-ba.

Los tarnsmanes de Ko-ro-ba volaban a todas horas, a mediodía, a primera hora de la mañana, al atardecer, incluso cuando las hogueras de las almenaras se encendían sobre los elevados muros de la ciudad, salían patrullas regulares e irregulares, pero nunca encontraron a la evasiva banda de merodeadores del terrible Rask de Treve.

Le di mentalmente vueltas a todo aquello.

Tenía motivos para conocer aquel nombre, Rask de Treve. Targo y otros aún tenían más motivos. Había sido Rask de Treve quien había asaltado la caravana de esclavas de Targo tiempo atrás, en los campos al noroeste de Ko-ro-ba, cuando se dirigía a Laura y antes de que una muchacha extranjera que deambulaba por los campos y vestía extrañas ropas fuese capturada. Se llamaba El-in-or. En realidad, fue por culpa de Rask de Treve por lo que Targo, que se convirtió en el dueño de aquella El-in-or, perdió la mayoría de sus mujeres y carretas y todos sus boskos. Por su culpa El-in-or, junto a las demás muchachas, tuvo que llevar el arnés y tirar de la carreta, la única que quedaba, como un animal de carga, estimulada por el látigo.

Se sabía poco de Rask de Treve.

En realidad se conocía poco incluso de la ciudad de Treve. Se extendía en algún punto de los elevados y amplios terrenos de la cadena de las Voltai, y quizás fuese tanto una fortaleza, un nido de tarnsmanes proscritos, como una ciudad. Se decía que era sólo accesible a lomos de un tarn. Se decía también que ninguna mujer podía llegar hasta la ciudad, a menos que fuese encapuchada y desnuda, a menos que fuese una esclava, atada a la silla de un tarn. La verdad era que incluso los mercaderes y embajadores sólo podían acceder a la ciudad si eran guiados hasta ella y eso siempre que hubieran sido maniatados y encapuchados, como si nadie que no fuera de Treve pudiera acercarse, a excepción de las esclavas y quienes fueran hechos prisioneros. La localización de la ciudad, se comentaba, sólo era conocida por ella misma. Incluso las esclavas que se llevaban a Treve, obedientes entre las áridas murallas de la ciudad, al mirar hacia arriba, hacia el cielo, no sabían dónde se hallaba la ciudad en la que servían. Y aunque las hicieran salir de las murallas para algún recado, sólo podían ver a su alrededor los escarpados y salvajes terraplenes de color escarlata de la cordillera de las Voltai, que se extendían en una súbita caída hasta el valle, muchos pasangs más abajo. Sabían tan sólo que eran esclavas en aquel sitio pero no sabrían dónde se encontraban. Contaban que ninguna mujer había podido escapar de Treve.

Y poco más parecía saberse de Rask de Treve que de su remota ciudad.

Comentaban que era joven, audaz y despiadado, que era poderoso, brutal y temerario, que era una persona ingeniosa, brillante y evasiva, un maestro de los disfraces y los subterfugios. Contaban que una mujer podía no saber cuándo se hallaba en presencia de Rask de Treve, mientras éste la examinaba con aire indiferente, para ver si sería o no adquirida por él más tarde.

Decían que era un hombre feroz de pelo largo, un tarnsman, un guerrero.

Decían que era una de las primeras espadas de Gor.

Decían, también, que era increíblemente atractivo y despiadado con las mujeres.

Los hombres temían su espada y las mujeres el acero de sus collares de esclava.

Al parecer, las mujeres tenían verdaderos motivos para temer a Rask de Treve. Comentaban que era insaciable con respecto a ellas. Explicaban que cuando usaba a una mujer, la marcaba con su nombre, como si ella, una vez usada, sin importar a quién pudiera ser luego entregada o vendida, sólo pudiera en verdad pertenecerle a él. Contaban igualmente que usaba a una mujer solamente una vez, porque aseguraba que al haberla utilizado la había vaciado, la había agotado, había extraído de ella cuanto ésta podía ofrecer y que, por lo tanto, ya no podía tener nada más de interés para él. Decían que ningún otro hombre en Gor podía humillar o despreciar tanto a una mujer como Rask de Treve. Y sin embargo, había pocas mujeres en Gor, lo que enfurecía a sus propios hombres, o guardianes, que no estuviesen deseando ser usadas, marcadas y despreciadas por Rask de Treve, aquel guerrero audaz, joven y despiadado, con tal de conocer lo que era pertenecerle.

Rask de Treve, decían, nunca había adquirido una mujer. Capturaba y tomaba a la fuerza aquellas que le gustaban. Como muchos guerreros goreanos prefería mujeres libres, para así disfrutar la deliciosa agonía de su presa, mientras él la reducía a una esclava sometida. Por otra parte, si a él le parecía bien, contaba que podía tomar una esclava y hacer de ella más que una esclava.

Nuestra preparación siguió.

En una ocasión tuvimos una visita en los recintos; era un visitante alto, parcialmente encapuchado, que vestía unas ropas de seda azules y amarillas, las de los mercaderes de esclavas. Llevaba sobre el ojo izquierdo una tira de cuero, que le rodeaba la cabeza. Targo le estaba enseñando nuestra sección en el recinto.

—Éste es Soron, de Ar —dijo Targo, deteniéndose frente a nuestra jaula. Luego añadió—: El-in-or.

Sentí algo de miedo. No quería que me vendiesen hasta llegar a Ar. Deseaba ser vendida en la Casa Curul de Subastas. Era allí donde se reunían los compradores más ricos de Gor. Tenía la ilusión de convertirme en la favorita de un amo acomodado, y residir en una de las altas torres de Ar, la ciudad más grande y lujosa de Gor, y tener sedas y joyas con las que adornarme, y no tener que trabajar, salvo, quizás, para complacer a mi amo o a los invitados a los que, si a él le apetecía, podía ofrecerme

para una velada.

—¡El-in-or! —gritó Targo.

Me acerqué a las barras, y me arrodillé ante ellas.

—Cómprame, amo —dije.

—¿Acaso esta muchacha no sabe cómo presentarse? —preguntó el hombre.

Targo estaba enfadado.

—Otra vez —gritó.

Yo tenía miedo. Me puse en pie, y volví al fondo de la jaula. Luego regresé hasta los barrotes, esta vez convertida en una esclava, haciéndolo de la manera en que una esclava se aproxima sabiendo que un amo la está observando. Sonreí ligeramente, con insolencia, y volví a arrodillarme ante él. Sentí las placas de acero bajo la paja. Bajé los ojos y los clavé en sus sandalias, que eran negras, de cuero pulido, con tiras anchas, y entonces, aún sonriendo, algo burlonamente, levanté la cabeza. Le miré.

—Cómprame, amo —susurré.

—No —dijo él.

Me puse de pie, contrariada. No necesitaba haber sido tan brusco. Yo había intentado presentarme bien. ¡Y lo había hecho! Pero él no había demostrado tampoco el más mínimo interés. Sentí la humillación de la esclava rechazada.

—Cómprame, amo —dijo Inge, que se encontraba ahora junto a los barrotes, a indicación de Targo.

No me gustó la manera en que dijo su frase. Me pareció que quería compararse conmigo y mi fracaso. ¿Acaso creía que era superior a mí? Además, me sentía furiosa por la manera en que se había aproximado a los barrotes. Lo había hecho tan sinuosamente... ¿O es que ya no era de los escribas? ¿Podía ser ella, la delgaducha Inge, más atractiva que yo?

El hombre la miró, satisfecho, y la ayudó a levantarse, haciéndolo en la forma en que un amo sujeta un producto muy femenino, de alta calidad.

—¿Eras verdaderamente de la casta de los Escribas? —preguntó él.

—Sí —dijo Inge, sorprendida.

—El refinamiento de tu acento sugería que lo fueses.

—Gracias, amo —dijo Inge, bajando la cabeza.

—Es un producto excelente —dijo aquel hombre—. Tiene la inteligencia y la educación de los escribas, y sin embargo está claro que es una esclava exquisita y bien entrenada.

Inge no alzó la cabeza.

—Debería ser vendida a un escriba —sugirió el hombre.

Targo tendió sus manos y sonrió.

—A quienquiera que pague más oro por ella —dijo.

—Puedes regresar a tu sitio —dijo el hombre.

Con la misma agilidad y belleza que un gato, Inge se puso de pie y regresó al fondo de la jaula, colocándose sobre la paja. La odiaba.

—Cómprame, amo —dijo Ute, acercándose a su vez.

—Es una belleza —dijo el hombre.

Ute, aunque era una esclava, se sonrojó por el halago. Bajó la cabeza. ¡Qué hermosa estaba con sus colores y su sonrisa! ¡La odié con todas mis fuerzas!

—Me llamo Lana —dijo Lana adelantándose y arrodillándose frente a los barrotes.

—No he preguntado el nombre a ninguna esclava —dijo aquel hombre.

Lana le miró sorprendida.

—Regresa a tu sitio, esclava —dijo él.

Enfadada, Lana hizo lo que se le ordenaba.

—Puedes acercarte de nuevo —concedió él.

Obedeció. Se arrodilló sinuosamente frente a él, insinuante, y le miró.

—Cómprame, amo.

—Regresa a tu sitio, esclava —dijo el hombre. Luego se volvió para hablar con Targo. Lana volvió a levantarse, furiosa, herida, y regresó a la parte del fondo de la jaula. Miró a su alrededor, pero ni Ute, ni Inge, ni yo misma cruzamos una mirada con ella. Miré en otra dirección y sonreí.

El hombre y Targo iban a pasar a la siguiente jaula.

Miré hacia fuera, a través de los barrotes. El hombre se había vuelto y me miraba. Giré la cabeza y, contrariada, miré hacia otra parte. Sin embargo, al cabo de un momento no pude resistir el impulso y volví a mirar, para comprobar si él seguía mirándome. Así era. Mi corazón se detuvo. Me sentí aterrorizada. Al final se dio la vuelta y siguió caminando con Targo para detenerse frente a la siguiente jaula. Oí a una muchacha moverse acercándose a los barrotes. La oí decir la frase ritual. Me di la vuelta, incómoda. Miré la jaula. Era muy fuerte. No podía escapar de allí. Me sentí indefensa.

Aquella noche, durante nuestra cena, conseguí robarle un pastel a Ute. Ni tan siquiera se dio cuenta de que alguien lo había cogido de su cesto.

Nuestra preparación en los recintos de Ko-ro-ba empezó a acercarse a su fin.

Nuestros cuerpos, magníficamente entrenados, incluso los de Inge y Ute, eran ahora sin ninguna duda los de esclavas. Habíamos inculcado a nuestros cuerpos los misterios de unos movimientos de los que, incluso nosotras, no éramos conscientes en su mayor parte, sutiles muestras de apetito, de pasión y de obediencia al tacto de un hombre, movimientos que excitaban los feroces celos y el odio de las mujeres libres, en particular de aquellas que eran ignorantes y que temían, seguramente con razón, que sus hombres las abandonasen para lanzarse a la caza y captura de algo más apetecible. Haciendo un inciso diré que muchas esclavas temen a las mujeres libres

en gran medida. Algunos de estos movimientos son tan obvios como el giro de una cadera, estando de pie; la extensión parcial de una pierna al reclinarse o la posición de las puntas de los dedos de los pies. Pero muchos son aún más sutiles, pequeños; son movimientos casi desapercibidos, que sin embargo, en su conjunto, marcan el cuerpo femenino con un algo increíblemente sensual; cosas como la manera de mirar, la manera de girar la cabeza, cosas sutiles como la prácticamente invisible y repentina flexión del diafragma, el leve movimiento de miedo de los hombros, que evidencia que, en aquel momento, la muchacha puede ser una presa fácil. He de decir que también aprendíamos nuestras responsabilidades para con ciertas señales. Por ejemplo, el hecho de girar una palma abierta hacia un hombre, aunque fuera de manera imperceptible, nos colocaba en una situación provocativa e incómoda. Hacía que nos sintiéramos vulnerables. No me gustaba hacerlo. Y, por supuesto, llegamos a entender los movimientos de los hombres y a leer su interés y su deseo. No es ningún secreto que la esclava goreana que ha sido entrenada se anticipa a los estados de ánimo de su amo, y que él apenas si tiene que hablarle a ella de deseo. Ella sabe cuándo no es deseada y cuándo él la desea, y en ese caso ella sabe hacerle llegar una respuesta y va hacia él. Reí para mis adentros. Los hombres pagan más por esclavas que han sido entrenadas. Algunos no alcanzan a comprender del todo el tipo de preparación que recibe una esclava. Casi todos piensan en términos generales y creen que a una esclava se le pueden haber enseñado danzas de varios sitios, las artes amorosas y la manera en que se practican en diferentes ciudades. Con mucha frecuencia ignoran que a ella se le ha enseñado a leer sus deseos, como a un animal, en su propio cuerpo, y a servirlos con prontitud, sutilmente y con fervor. La esclava entrenada bien vale lo que cuesta. Yo tenía pensado usar mi preparación para esclavizar a mi amo. No tenía la menor duda de que podía hacerlo. Tendría una vida fácil. Incluso si un collar se cerrase alrededor de mi cuello para dar testimonio de mi condición, ¡sería yo el amo!

Durante aquellos días, dado que nuestra preparación llegaba a su final, me olvidé tanto de Haakon de Skjern como de Rask de Treve. Se decía que finalmente había sido posible alejar a Rask de Treve de los alrededores de Ko-ro-ba y de las iras de sus gentes. Algunos de los tarnsmanes de Ko-ro-ba se jactaban de haberle conducido fuera de las tierras del estado, pero otros, como supe por los guardas, simplemente se mantenían en silencio. Fuera como fuese, parecía que Rask de Treve y su banda de jinetes habían salido de las tierras de las Torres de la Mañana. Los campos de Sa-Tarna maduraban en medio de su belleza amarilla y las caravanas circulaban con seguridad. Los cielos permanecían limpios del tronar y los gritos de los tarns de Treve, y de los gritos de guerra de sus guerreros portadores de lanzas. Según se contaba, se hallaba ahora en otras latitudes buscando más oro y otras mujeres. Al parecer, Haakon de Skjern seguía en Ko-ro-ba. Skjern es una isla en Thassa, muy

distante de Ko-ro-ba. Se hallaba al oeste de la desértica y montañosa Torvaldsland, notablemente por encima de la amplia franja verde de los bosques del norte. Los nombres de Skjern rara vez se aventuraban tan al sur, o tan tierra adentro como Ko-ro-ba. Haakon, con sus tarnsmanes, parecía haber llegado a la ciudad en son de paz. Pagaron su entrada en ella asegurando necesitar provisiones para sus próximos negocios. Sus armas, dado que eran un gran grupo de guerreros procedentes de un estado lejano, fueron retenidas en la gran puerta, para serles devueltas en el momento de su partida. Siguiendo las normas de la ciudad, las vainas de las espadas de Haakon de Skjern y sus hombres estarían vacías. ¿Qué se podía temer de un Haakon de Skjern que llevaba una vaina vacía? Yo no acertaba a entender el malestar de Targo y de algunos de sus hombres. Haakon había realizado negocios con ellos y quizá deseara hacerlo de nuevo. A lo mejor ni tan siquiera sabía que estábamos en Ko-ro-ba. Además, corrían rumores de que él permanecería en Ko-ro-ba bastantes días más que nosotros, y que entonces volaría hacia el norte, para regresar a Laura. Por otra parte, en Ko-ro-ba Targo había adquirido varias muchachas y guardas nuevos, y su caravana, que se dirigiría hacia el sudeste, sería una caravana importante, una que no podría ser puesta en peligro fácilmente por cuarenta o cincuenta tarnsmanes. Al mismo tiempo, no parecía haber nada alarmante en la forma en que Haakon pasaba el tiempo en Ko-ro-ba. Parecía verdaderamente que estuviese encargándose de conseguir provisiones, y sus hombres, en sus ratos libres, jugaban y bebían en las tabernas y las posadas de la ciudad, haciendo amistad con hombres aquí y allí, otros tarnsmanes procedentes de otras ciudades y que también se hallaban dentro de los muros de la ciudad por coincidencia. No había nada que temer en Haakon de Skjern y sus hombres.

—Salid —dijo el guarda girando la llave dentro del pesado cerrojo y haciendo balancearse hacia atrás la puerta de la jaula.

Al cabo de unos minutos me encontraba arrodillada, desnuda, sobre la plataforma de madera de la amplia estancia en los recintos públicos de Ko-ro-ba, llena de alegría. En aquella ocasión no hube de ser atada de pies y manos ni ser sujeta por los guardas.

Eché la cabeza hacia atrás y el curtidor alargó la mano hacia mi rostro.

El instrumento que blandía era como un par de largos alicates. Insertó la punta en el aro de acero y luego, con las dos manos, tirando de los extremos de los alicates hacia afuera, abrió el instrumento despacio, con cuidado y separó los extremos del anillo. A continuación, con los dedos, lo retiró de la nariz, dejándolo caer sobre la plataforma.

Corrí dichosa desde la plataforma hasta la pared. Palpé mi rostro y reí. ¡Ya no llevaba puesto aquel odiado anillo!

—El-in-or —dijo Targo.

Me arrodillé inmediatamente.

—Eres muy bonita cuando estás contenta.

Me sonrojé y bajé los ojos.

—Gracias, amo —susurré.

Ute llegó hasta la pared. También estaba libre del anillo. Quería que me abrazase y me besase. ¡Me sentía tan contenta!

—Ute, estoy muy contenta.

—Me alegro —contestó, y se dio media vuelta.

Me sentí herida. Cuando Inge llegó hasta donde me hallaba, junto a la pared, la miré. Era mi amiga.

—Inge, ¡estoy contenta!

Pero también ella me dio la espalda y fue a arrodillarse junto a Ute.

Me sentí sola, terriblemente sola.

Cuando Lana llegó a la pared, me acerqué a ella, tímidamente. Alargué la mano para tocarla.

—Quiero ser tu amiga —le dije.

—Pues entérate de cuándo salimos para Ar.

—Podrían azotarme —susurré.

—No. Le gustas a Targo. No te hará azotar.

—Por favor, Lana.

Ella miró hacia otra parte.

—Lo intentaré —musité.

Me acerqué hasta Targo, temblando, y me arrodillé frente a él, a sus pies, con la cabeza agachada, tocando el suelo.

—¿Tiene permiso la esclava para hablar? —pregunté.

—Sí.

Pero yo no podía articular palabra de lo asustada que estaba.

—Habla.

—¿Cuándo —pregunté en un susurro, aterrorizada—, cuándo saldremos para Ar, amo?

Se produjo un silencio.

—La curiosidad está reñida con las kajiras —replicó en un tono poco amistoso.

Comencé a llorar.

Crucé las muñecas y tendí los brazos hacia delante, agachando aún más la cabeza, hasta tocar el suelo. Dejé toda mi espalda a su alcance. Ésa es la postura de sumisión de una esclava que va a ser castigada. Se le llama Arrodillarse para el Látigo. Mi cuerpo temblaba visiblemente a sus pies. Me quedé esperando a que llamase a un guarda, para que trajese el látigo.

—El-in-or —dijo Targo.

Miré hacia él.

—Se dará de comer a las esclavas antes del amanecer. Y luego, saldremos de Ko-ro-ba hacia Ar.

—Gracias, amo.

Él sonrió, dejándome ir.

Me puse en pie de un salto y fui corriendo junto a Lana.

—Saldremos mañana al amanecer.

Alargué la mano para tocar su brazo y ella me permitió hacerlo.

—Quiero ser tu amiga —le dije.

—De acuerdo.

—Soy tu amiga —decidí yo—. ¿Y tú? ¿Eres mi amiga?

—Sí, soy tu amiga.

—Eres la única amiga que tengo —le dije. Me sentía muy sola.

—Es verdad —dijo Lana.

Qué triste resultaba el no tener más que una amiga. Pero al menos tenía una, alguien a quien le gustaba, alguien con quien podía hablar, alguien en quien confiar y a quien hacerle confidencias.

—Esta noche —dijo Lana— si te dan un pastel, tienes que dármelo a mí.

—¿Por qué?

—Porque somos amigas.

—No quiero hacerlo.

—Si realmente deseas ser mi amiga, tendrás que complacerme.

No respondí.

—Muy bien —dijo, mirando en otra dirección.

—Por favor, Lana.

No me miró.

—Te daré el pastel —le dije.

Aquella noche me costó mucho dormirme. Ute, Inge y Lana dormían profundamente. Yo yacía echada sobre la paja, despierta. Miraba las placas de acero que había sobre mí y en las que se reflejaba el brillo de una antorcha colgada en el exterior de la jaula, sobre un soporte sujeto a la pared del otro lado del pasillo.

No disfruté de la comida de la noche. Lana, efectivamente, tomó de mi plato el pastelillo que yo le había prometido.

Y cuando intenté robar el de Rena de Lydius, sin que ella me viese, la mano de Ute se cerró sobre mi muñeca. Su mirada de reproche se fijó sobre mí. Solté el pastel. Y Ute y yo seguimos comiendo de nuestros platos. ¡Aquella noche me había quedado sin pastelillo! Estaba enfadada.

Odiaba a Ute, que era vanidosa, fea y estúpida.

Y también a Inge, porque era delgaducha, poco agraciada y también estúpida.

Y odiaba a Lana, aunque era mi amiga. En realidad no la consideraba muy amiga mía.

Esperaba ser vendida por un precio mucho más alto que el de todas ellas. ¡Aquello sería una buena lección!

Me puse de rodillas en la celda y miré mi sombra sobre la pared negra, proyectada por la antorcha del otro lado del pasillo. Me sabía hermosa. Me pregunté qué pagaría un hombre por poseerme. Me pregunté cuánto ofrecerían por mí en Ar, cuando me colocasen desnuda frente a los compradores.

La imagen de Verna, la muchacha proscrita, cruzó por mi mente. ¡Me había capturado y me había vendido por cien puntas de flecha!

Quizá Marlenus, el hombre que la había capturado, tuviese pensado subastarla en Ar... ¡Quizás la vendiese por cien puntas de flecha!

¡Pero por mí pagarían oro, mucho oro!

Miré, a mi alrededor, los cuerpos sobre la paja. Eran esclavas, eran cuerpos de esclavas. Las odiaba ¡Quería librarme de ellas! Yo no necesitaba amigas. Como mejor me encontraba era sin ellas.

Recordé a Verna y a las muchachas pantera, bailando en el círculo. Me acordé de ellas, de cuando no pudiendo contenerse más, se echaron sobre la hierba, retorciéndose de deseo no satisfecho, incluso la orgullosa y arrogante Verna.

Eran todas débiles.

Yo era dura y fuerte. Era Elinor Brinton. Una esclava, una esclava de verdad y yo lo sabía, pero no era débil. Era dura y fuerte. Estaba dispuesta a esclavizar a algún hombre y explotarlo. Yo lo conquistaría.

En aquel momento, satisfecha conmigo misma, comencé a quedarme dormida. Por alguna razón, mis pensamientos retrocedieron en el tiempo hasta el momento en que Soron de Ar, el mercader de esclavas, recorrió los recintos acompañado por Targo.

—Cómprame, amo —le había dicho yo obligada por las circunstancias.

—No —fue su respuesta.

Me retorcí sobre la paja, contrariada. Luego me quedé quieta, mirando las planchas de acero del techo.

No había adquirido ninguna muchacha.

Aquel hecho me parecía extraño, aunque no era lo que me molestaba mientras seguía echada allí.

Lo peor era lo ofendida que me había sentido.

A mí tan sólo me había respondido un seco «No».

Creo que de entre todos los hombres, en aquellos momentos, al que más odiaba era a Soron de Ar. Su manera de observarme, mientras yo estaba desnuda, indefensa, tras los barrotes, sobre la paja de la jaula de esclavas, para que él me mirase si le

apetecía hacerlo. ¡Cuánto le odiaba! ¡Cuánto odiaba a los hombres! Y sobre todo, ¡cuánto odiaba a Soron de Ar!

Me quedé dormida.

Tuve un sueño extraño, y di muchas vueltas y hablé, echada sobre la paja. Soñé que había escapado, y que estaba libre. Andaba y corría sobre la alta hierba de un campo goreano. ¡Qué feliz me hallaba al estar libre!

Y, de pronto me volví, y por detrás mío, a unos metros de distancia, de pie, en silencio, alto, vistiendo sus ropas azules y amarillas de mercader de esclavas, todavía parcialmente cubierto con una caperuza y la cinta de cuero sobre el ojo, descubrí a Soron de Ar.

Huí corriendo.

Pero entonces pareció que se hallaba delante mío. Di la vuelta y corrí de nuevo hacia donde había estado antes y luego hacia la izquierda y luego hacia la derecha, pero cada vez, cuando creía que había huido, descubría su alta figura de pie sobre la hierba.

Estaba desnuda.

Corrí y corrí.

Y luego me volví una vez más.

De nuevo él estaba allí, a unos metros de distancia, en silencio y de pie. Estábamos solos en medio de las altas hierbas del campo.

—Cómprame, amo —le dije, pero no me arrodillé.

—No —repuso él.

—¡Cómprame! —supliqué—. ¡Cómprame!

—No.

Entonces vi en su mano, dobladas, varias tiras delgadas de cuero trenzado.

Grité y eché a correr. Las tiras de cuero cayeron sobre mí repentinamente y me sujetaron con fuerza, apretando mis brazos a ambos lados de mi cuerpo.

Grité.

—Cállate —gritó Lana, sacudiéndome sobre la paja—, cállate.

Me desperté gritando. Entonces vi a Lana, la paja, la antorcha colgada al otro lado de los barrotes, en la pared frente a la jaula. Ute se había puesto de rodillas y se apoyaba con las manos en el suelo. Inge estaba medio echada, recostada sobre un hombro. Las dos me miraban. Luego ambas volvieron a echarse, adormiladas sobre la paja.

Busqué la mano de Lana, aterrorizada.

—Lana —supliqué.

—Duérmete —dijo ella, y se echó sobre la paja.

Me arrastré hasta Ute.

—Ute —supliqué—, por favor Ute, abrázame.

—Duérmete.

—¡Por favor! ¡Por favor!

Me dio un beso y pasó uno de sus brazos alrededor de mis hombros. Apreté la cabeza contra su hombro.

—¡Oh, Ute! —lloré.

—Sólo es un sueño. Vamos a sentarnos un rato, y luego volveremos a acostarnos.

Poco después nos acostamos, la una junto a la otra y, cogida de su mano, besándosela, me quedé dormida.

12. RECOJO BAYAS

¡Qué agradable era estar fuera de la carreta!

De pie en la hierba, a pleno sol, me desperecé y reí.

Llevaba puesto mi camisk nuevo y me sentía muy satisfecha.

Me lo había cosido en la carreta, el primer día que pasamos fuera de Ko-ro-ba. Mi viejo camisk había ardido en una hoguera cerca del campamento de Targo, hacía tiempo.

Era un día de principios de verano, el segundo día de En'Var. En la cronología de Ar, la ciudad a la que nos dirigíamos, estábamos en el año 10.121.

Notaba la hierba que rozaba mis piernas, el sol sobre mi rostro, mis brazos, mis piernas, y la tierra cálida, llena de raíces nuevas, bajo mis pies.

Levanté el rostro hacia el cielo y cerré los ojos, dejando que su calidez y su luz bañasen mi rostro y mis párpados.

Sentí el tirón de una correa en la garganta y abrí los ojos. Ute y yo estábamos unidas por una larga correa de cuero que iba de su cuello al mío. Estábamos recogiendo bayas.

Ute me daba la espalda y el guarda también. Él, adormilado, estaba apoyado en su lanza. Nos hallábamos aproximadamente a un pasang de la caravana. Con ponerme de puntillas sobre la hierba en la poco elevada colina en la que estábamos recogiendo bayas, podía ver la forma cuadrada de la parte de arriba de las carretas, con sus toldos azules y amarillos.

Hacía nueve días que habíamos salido de Ko-ro-ba.

Pasarían semanas antes de que pudiéramos llegar a Ar, donde seríamos vendidas.

Me sentía especialmente feliz con el día de verano y aquellas brisas. Subrepticamente, cogiendo bayas aquí y allí, me acerqué más a Ute.

Ni ella ni el guarda estaban de cara a mí.

Metí la mano rápidamente en su cubo de cuero y cogí puñado de bayas que puse en el mío. Ni ella ni el guarda se dieron cuenta. Ambos eran estúpidos.

Puse una de las bayas en mi boca, teniendo cuidado de que los jugos no dejaran mancha en mis labios o en mi rostro

Qué inteligente era yo...

¡Qué agradable resultaba tener el hedor de los recintos tan lejos!

Me agaché para frotar mis tobillos y luego estiré mis piernas. Me dolían por haber pasado demasiado tiempo dentro de la carreta. Por otra parte, tenía el cuerpo entero dolorido, pues tan sólo unos pliegues de toldo se interponen entre los cuerpos de las esclavas y las tablas que forman el fondo de los carros. Pero en aquellos momentos estaba fuera y, de no haber sido porque me encontraba unida a Ute, podía moverme con entera libertad.

Recordé la mañana en que dejamos Ko-ro-ba.

Nos habían despertado en las celdas mucho antes del amanecer. Se nos había obligado a cada una a comer un buen bol del caldo que nos daban a las esclavas. No volveríamos a comer hasta la noche. En el patio, iluminadas con antorchas, nos obligaron a cepillarnos hasta hacer desaparecer el hedor de los recintos. Luego nos permitieron subir a las carretas. Nos sentamos en el interior de éstas, cinco a cada lado, de manera aquí nuestros pies quedaban en el centro. Entonces cerraron la barra central de seguridad de cada carreta. A continuación subió al carro un guarda con diez juegos de cadenas y anillos para los tobillos sobre el hombro. Comenzando por la parte delantera de la carreta y acabando con la posterior, muchacha a muchacha, nos ató a la barra. Luego salió de la carreta y alzó la puerta trasera, corriendo los cerrojos y asegurándola. Entonces bajaron el toldo y lo ataron. Nos encontramos solas con nosotras mismas, en la oscuridad, encadenadas en la carreta.

—¡Hi! —gritó nuestro conductor, y notamos el traqueteo al ponernos en marcha.

Éramos mercancías con destino a Ar.

La caravana, carreta a carreta, emprendió el camino lentamente hacia la calle de Ko-ro-ba de la Puerta del Campo, que la puerta más al sur de la ciudad.

Pero no conseguimos movernos tan rápidamente como era muestra intención. Las calles, incluso a aquellas horas, estaban llenas de gente. Nos dimos cuenta de que había un ambiente festivo.

—¿Qué ocurre? —le pregunté a Inge.

—No lo sé.

Oímos a los conductores jurar y gritarle a la gente, pero no avanzábamos nada.

En realidad, también las otras carretas, las de los mercaderes y las de los campesinos, estaban bloqueadas en las calles.

Paso a paso, fuimos avanzando hacia la Calle de la Puerta del Campo y, finalmente, llegamos a ella.

Dentro de la carreta, con los toldos bajados, encadenadas, oíamos a la multitud.

Para entonces ya había luz natural y comenzaba a filtrarse a través del toldo. Podíamos vernos las unas a las otras con toda claridad.

Las muchachas estaban nerviosas.

A lo lejos oímos una música de trompetas, tambores y platillos. Nos miramos unas a otras apenas capaces de contenernos.

—Ponte a un lado y detén la carreta —dijo una voz desde fuera, con autoridad.

Nos hicimos a un lado de la amplia avenida.

Se oía mucho griterío.

—¡Es la captura de Marlenus! —gritó un hombre.

Mi corazón se detuvo.

Me di la vuelta arrodillada y retorciendo la cadena de mi tobillo, y empujé con los

dedos el borde del toldo.

Las trompetas, los tambores y los platillos se oían bastante cerca. Levanté un trozo del toldo y espié a través del hueco.

Un cazador mayor, a lomos de un tharlarión monstruoso, sosteniendo una vara sobre la que se había colocado un penacho de pelo de pantera, encabezaba la comitiva. Sobre su cabeza, cubriéndole parcialmente el rostro, llevaba una caperuza confeccionada con la piel de la cabeza de una pantera del bosque. Alrededor de su cuello había varios collares hechos con garras. Cruzado sobre la espalda llevaba un carcaj con flechas. Un arco sin cuerda estaba atado a su silla. Se cubría con pieles, en su mayor parte de eslín y de panteras del bosque.

Detrás suyo iban los músicos, con sus trompetas, platillos y tambores. También ellos iban vestidos con pieles y llevaban puestas las cabezas de las panteras del bosque.

A continuación, situadas sobre carros tirados por pequeños tharlariónes astados, había unas jaulas y trofeos de caza. En algunas de las jaulas, hechas con gruesas ramas peladas y entrecruzadas, había algunos ejemplares de eslín del bosque, que gruñían y enseñaban los dientes amenazadoramente. En otras podían verse las temibles panteras de los bosques del norte. De los mástiles en los que estaban los trofeos de caza colgaban las pieles y las cabezas de muchas bestias, en su mayoría panteras y eslínes. En una jaula, alzando su poderosa cabeza de una manera inquieta, enroscada, se hallaba una enorme hith con cuernos, la serpiente más temida de Gor. Vivía sólo en algunas áreas de los bosques. Por lo que se veía, la cacería de Marlenus había sido muy variada. De tanto en tanto, entre las carretas, atados, vestidos con cortos faldones de lana, y con pesadas bandas de hierro claveteado alrededor del cuello, vigilados por cazadores, había esclavos, proscritos capturados por Marlenus y sus cazadores en el bosque. Tenían el pelo largo y de color negro. Algunos llevaban pesados cestos con frutas y nueces sobre los hombros o calabazas; otros llevaban cestos de mimbre con flores o pájaros del bosque de bellos colores, atados con cordel a sus muñecas. Las demás muchachas observaban excitadas, y todas ellas se habían colocado en la misma parte de la carreta que yo, amontonadas y alzando el toldo para así ver mejor.

—¿No os parecen atractivos los esclavos? —preguntó una de ellas.

—¡No tienes vergüenza! —la increpé yo.

—¡Quizás te cubran con una capucha y te apareen con uno de ellos! —me replicó.

La golpeé. Me sentía furiosa. No se me había ocurrido, pero lo que había dicho era cierto. Si le parecía bien a mi amo, podía, por supuesto, ser apareada, con la misma facilidad que un bosko o un eslín doméstico.

—¡Mirad a los cazadores! —suspiró Lana, con los ojos brillantes y los labios entreabiertos.

Justo en aquel mismo instante, uno de los cazadores encapuchados, un tipo grande y moreno, miró en nuestra dirección y sonrió al vernos a todas asomadas, espiando.

—Ojalá me cazase un hombre como ése —dijo Lana.

—Y a mí... —dijo Rena excitada.

Pasaban más carretas, más cazadores y esclavos. Qué orgullosos y satisfechos parecían los cazadores con sus animales y esclavos. Con qué grandeza caminaban. Qué valientes parecían, con aquellas pieles, tocados con las cabezas de panteras de los bosques y sus lanzas de caza. No llevaban ninguna carga. Precedían o dirigían a los que sí las llevaban, esclavos vestidos con unos faldones y adornados con collares, hombres de categoría inferior. Qué erguidos andaban los cazadores, qué espaldas más anchas tenían, qué directas eran sus miradas y qué altas sus cabezas, qué anchas, sus manos y amables sus miradas... ¡Eran amos! ¡Habían hecho esclavos incluso a hombres! ¿Qué podía ser una simple mujer en sus manos? Los detestaba. ¡Los detestaba!

—Ute —dijo Inge—, ¿Te gustaría un amo como éstos?

—Soy una esclava —dijo Ute—. Intentaría servirle bien.

—¿Qué piensas tú, El-in-or?

—Los detesto —le contesté.

—Tú servirás a uno de éstos bien. Él se encargaría de ello.

No contesté.

Inge seguía mirando hacia fuera a través de la ranura que quedaba entre el toldo y la madera.

—Quiero ser poseída —dijo—, quiero ser poseída.

—Eres de los escribas —le susurré.

Me miró.

—Soy una esclava. Y también lo eres tú. Esclava.

La golpeé, pero ella me cogió del pelo y tiró de él hasta que mi cabeza llegó a la lona que cubría el suelo. Yo no podía alcanzar el suyo ni librar mi cabello de sus puños. Estaba indefensa y tuve que soportar lo que me hizo.

—¿Quién es la más esclava de la carreta? —retó Inge.

Yo sollocé, tratando de librarme de sus puños.

—¿Quién es la más esclava de la carreta? —repitió Inge enfadada. Me retorció el pelo y lo hizo con tanta fuerza que me hizo volver la cabeza. Yo estaba echada entre las otras muchachas, encadenada. Inge estaba de rodillas—. ¿Quién es la más esclava de la carreta? —insistió, mientras retorcía una y otra vez mi cabello.

—El-in-or —susurré—. ¡El-in-or!

—Oigamos todas quién es la más esclava de la carreta —dijo Inge.

—¡El-in-or! —grité yo, llorando por el dolor—. ¡El-in-or!

Cuando me soltó me separé de ella cuanto pude. No quería luchar con ella. La miré. Vi el triunfo en sus ojos. Cada uno de los músculos de su cuerpo parecía estar vivo. Supe entonces que ella llevaba esperando mucho tiempo para tener una ocasión como aquella. Sólo le faltaba un pretexto para luchar conmigo.

No podría volver a abusar de Inge.

—¡Lucha conmigo! —retó.

—No. No.

Me creía más fuerte que Inge, pero acababa de darme cuenta de que no lo era. Yo la había golpeado, pues creía que podía hacerlo impunemente. Pero entonces ella había demostrado ser superior a mí de una manera repentina, cruel y decisiva. La miré. Aquellos ojos brillantes, aquel cuerpo lleno de energía, aquella impaciencia por luchar... Bajé los ojos y la cabeza. Los días en que yo había despreciado y abusado de Inge tocaban a su fin. Me di cuenta de pronto de que tenía miedo de ella. Había creído siempre que estaba en superioridad de condiciones a la hora de luchar y que podría derrotarla si llegaba la ocasión, pero acababa de comprender que era Inge quien vencería si aceptaba su reto. Deseé que, al menos, ella no abusase de mí, ni me mortificase. Casi inmediatamente noté el cambio de liderazgo en la carreta, entre las muchachas. Yo ya no estaba colocada tan en lo alto como antes e Inge se había situado por encima mío. Advertí que miraban a Inge con un nuevo respeto y que, a partir de ese momento, yo, que había sido quien menospreciaba y atacaba, apenas si obtendría algo de respeto de todas ellas.

Aquello me enfureció.

Entonces oímos más música fuera, como si se acercasen más músicos hacia el final del desfile.

Una de las muchachas que estaban sentadas en el lado de la carreta se escurrió entre Ute y yo.

—Sal de aquí —le dije, al tiempo que le daba un golpe.

—Cállate —respondió ella.

—¡Mirad! —gritó Ute.

Se oyó, fuera, el restallar de un látigo.

La multitud lanzó un gran grito.

Me apreté más contra la abertura, para mirar hacia fuera. Estaban pasando más carretas con eslines y panteras, cazadores y esclavos.

Entonces volví a oír el golpe del látigo.

La gente volvió a gritar.

—¡Mirad! —gritó Inge.

Entonces lo vi.

Estaba pasando una carreta flanqueada por cazadores y esclavos, que llevaban sus cargas de fruta, flores, canastos y nueces. Sobre ella se habían instalado unos postes

para sujetar los trofeos de caza. Estaba formado por varias ramas peladas dispuestas de manera que se entrecruzaban y se ataban en esos puntos. Eran como los anteriores, de los que se habían colgado pieles de eslín y de pantera. Pero, atada a los postes para los trofeos, sola en lo alto de aquella carreta, había una persona. Era una muchacha. Le habían atado las muñecas a la espalda, la habían desnudado, dejándole tan sólo algunas pieles alrededor del cuello, y atado su pelo a una de las ramas para así mantenerla en su sitio y habían dejado sus armas, rotas, a sus pies. Era una mujer pantera. La reconocí. Se trataba de una de las muchachas del grupo de Verna.

Grité de alegría.

Fue la primera de cinco carretas. En cada una de ellas, dispuestas de idéntica manera había una muchacha pantera, cada una más bella que la anterior.

Los hombres gritaban. Las mujeres lanzaban improperios y gritaban su odio por las mujeres pantera. Los niños también chillaban y les lanzaban guijarros. Había esclavas entre la multitud que se abrían paso hasta las carretas para golpearlas con palos o para escupirles. Aquella gente odiaba a las mujeres pantera. Yo también deseaba golpearlas y escupirles. De vez en cuando los guardas hacían restallar el látigo aterrorizando a las esclavas, que conocían bien aquel sonido, para apartarlas de las carretas y así poder avanzar, pero ellas se reunían de nuevo y se apretujaban alrededor de la siguiente carreta, para acabar siendo apartadas del mismo modo. Finalmente se quedaron fuera del alcance del látigo, pero escupían hacia las carretas y gritaban su odio por las mujeres pantera.

—Las esclavas son tan crueles —dijo Ute.

—¡Mirad! —gritó Inge.

Volvimos a oír el restallar de látigos, pero esta vez las tiras de cuero dieron sobre la espalda de unas muchachas.

—¡Mirad! —gritó Lana complacida.

Vimos llegar a un cazador que llevaba en la mano cinco tiras largas de cuero, arrastrando detrás suyo a cinco muchachas pantera. Llevaban las muñecas atadas delante de sus cuerpos. La misma correa que ataba fuertemente sus muñecas, era la que quedaba sujeta en el puño del cazador. Al igual que las muchachas que iban sobre las carretas con el pelo sujeto a las ramas, éstas estaban desnudas y habían atado las pieles con las que habitualmente se cubrían a sus cuellos.

Tras ellas iba otro cazador con un látigo. En ocasiones las azotaba para que anduviesen más aprisa.

Vi caer el látigo sobre la espalda de la chica rubia, la que sostuvo mi correa en el bosque, la que había sido tan cruel conmigo. La oí llorar y la vi tropezar y casi caer hacia delante, sufriendo, maniatada. Me reí.

Detrás de este primer grupo de cinco esclavas llegaba otro, con su correspondiente cazador arrastrando a sus bellas cautivas, y otro que las azotaba de

vez en cuando.

Me sentí muy complacida. ¡Toda la banda de Verna había sido capturada!

Luego se produjo un gran chillido, y me eché aún más hacia delante en la carreta para conseguir ver alguna cosa.

De pronto, la multitud quedó en silencio.

Se acercaba una carreta. Podía oír el sonido de sus ruedas sobre las piedras aunque no la veía.

Era Verna.

¡La bella y bárbara Verna!

No le habían quitado nada a excepción de las armas. Todavía llevaba puestas sus cortas pieles, y sobre los brazos y alrededor del cuello adornos dorados.

Pero iba en una jaula.

Su jaula, montada sobre la carreta, no era de ramas, sino de acero. Era de forma circular, la parte inferior era plana y la superior algo abovedada. No mediría más de un metro de un diámetro.

Llevaba las manos esposadas a la espalda y de ellas salía una cadena que llegaba hasta una pesada argolla colocada en el suelo de la jaula.

Llevaba el cabello suelto.

La habían maniatado tan fuertemente como a un hombre. Aquello me molestó. ¡Deberían haberle colocado brazaletes de esclava, como a cualquier otra mujer!

¡Qué bella y arrogante parecía!

¡Cuánto la odiaba!

Me di cuenta de que la parte de arriba de su jaula contaba con un enorme aro, para que así, si se deseaba, pudiera ser colgada de la rama de un árbol o ser suspendida de algunos barrotes y todo el mundo pudiese verla. Sin duda, Marlenus había dado orden de que Verna fuese exhibida en varios pueblos y ciudades en el camino hacia Ar, para que así la pieza más valiosa cobrada por él en la cacería, la bella cautiva sobradamente conocida en Gor como una proscrita, contribuyese a engrandecer y prestigiar su nombre y su fama. Supuse que no harían de ella una esclava hasta que llegasen a Ar. Imaginé que allí sería convertida en esclava públicamente, y quizás a manos del propio Marlenus.

Las esclavas se arremolinaban alrededor de la jaula, golpeándola con sus palos y varas, escupiendo y jurando. Verna aguantaba todo aquello dando la impresión de que había decidido ignorarlas. Pero su actitud enfurecía más a las esclavas y redoblaron sus esfuerzos. Verna se tambaleó por el dolor, pues su cuerpo se iba cubriendo con cortes y golpes, pero no bajó ni un segundo la cabeza ni tampoco se dignó a hablar o a reconocer de ninguna manera a sus enemigas.

Entonces hubo como un murmullo de indignación en la multitud y, llena de rabia, vi que unos hombres comenzaban a subir a la carreta, pero para apartar a las esclavas

que martirizaban a Verna. También los cazadores se acercaron a la jaula, enfadados, dando latigazos a su alrededor. Las esclavas gritaron y huyeron. Los hombres las cogieron y les quitaron los palos y las varas y luego las arrojaron sobre las piedras, a sus pies, donde ellas se encogieron ante las sandalias de los hombres libres, que les ordenaron que se alejasen. Las muchachas se pusieron en pie y llorando, aterrorizadas, se fueron corriendo, como esclavas humilladas y escarmentadas.

Yo estaba enfadada. Me hubiese gustado tener un palo o una vara. ¡Cómo hubiese pegado a Verna! ¡No me daba ningún miedo! ¡Le habría pegado bien, como se merecía!

Su carreta comenzó a alejarse, movida por los pequeños tharlariones con cuernos. El mango de una lanza golpeó la madera de la carreta, cerca de donde yo espiaba. Nos retiramos, asustadas. Alguien bajó el toldo. Volvimos a estar solas dentro de la carreta, encerradas.

—De ahora en adelante —dijo Inge—, El-in-or se dirigirá a todas las de esta carreta con el tratamiento de Señora.

La miré, llena de odio.

—No —le dijo Ute a Inge.

—Sí —dijo Inge.

—Eso es ser cruel con ella.

—Trataremos a El-in-or exactamente como se merece.

Las demás muchachas, excepto Ute y Lana, que quizás temía que la tratase como a mí, estuvieron de acuerdo.

—Te trataremos exactamente como te mereces, ¿verdad? —preguntó Inge, mirándome.

No le respondí.

—¿No es así, El-in-or?

Me mordí el labio.

—¿No es así?

—Sí —respondí en un susurro.

—Sí, ¿qué?

—Sí... Señora.

Las demás muchachas, incluso Lana, rieron.

—Mueve los pies —dijo la muchacha sentada frente a mí.

Miré a Inge. Su mirada tenía una expresión dura.

—Sí, Señora —respondí. Moví mis tobillos encadenados. Odiaba a Inge, a Lana, a Ute, ¡a todas ellas!

Notamos que la carreta se movía de nuevo, continuando su camino hacia la Puerta del Campo. Volvíamos a ser bienes, esclavas, que serían vendidas en Ar.

Pero a mí me habían obligado a reconocer que era la más esclava de la carreta,

¡yo era más esclava que ella! Me sentía furiosa.

Ute siguió recogiendo bayas. Ni ella ni el guarda me miraban, así que robé algunas más de su cubo para el mío. Introduje dos en mi boca con todo cuidado de que no se notase.

Durante los últimos años, los mercaderes habían acordado construir a lo largo de ciertas rutas comerciales, entre Ar y Ko-ro-ba y entre Tor y Ar, unos recintos protegidos con empalizadas. No los hay a lo largo de toda la ruta, por desgracia, pero en principio, fueron contruidos para que la separación entre unos y otros fuera de un día de marcha de caravana. En la práctica, muchas veces hay que acampar al aire libre. De todas maneras, estos recintos, cuando se encuentran, son recibidos con alegría no sólo por los mercaderes normales y los de esclavas, sino por cualquier persona que se halle realizando un viaje. Varias ciudades, a través de su propia Casta de Mercaderes, ceden terrenos para la construcción de estos recintos y, con lo que obtienen por su alquiler, pueden mantener una guarnición generalmente formada por hombres de sus propias ciudades. Estos locales se rigen por las leyes del Comercio, que se revisan se aprueban y se promulgan cada año en la Feria de las Sardar. Las paredes son dobles, la muralla interior es más alta y todo el recinto está cubierto con cable para tarn. Estos fuertes no se diferencian mucho de los fuertes fronterizos normales más que por su tamaño y en muchas ocasiones las ciudades los mantienen en la periferia de sus propiedades. En los fuertes fronterizos, sin embargo, hay pocas provisiones y poco espacio para alojar los bienes de los mercaderes, y sus carretas. Normalmente hay sitio para sus guarniciones y sus esclavas. Pensé que no me gustaría ser una esclava en un lejano puesto de frontera. Yo quería residir en una ciudad lujosa, en la que se pudiesen comprar muchas cosas, con sitios importantes y placeres. Quería llevar mi collar en la propia gran Ar.

A los cinco días de salir de Ko-ro-ba nos detuvimos en una de estas Fortalezas para Mercaderes.

En su interior se permite en ocasiones a las muchachas andar con libertad. No pueden escaparse y ello les gusta.

Targo nos lo permitió, durante un tiempo determinado y divididas en grupos. Los grupos los formaban las muchachas que ocupaban una determinada carreta. Lo hicimos por turnos. Recuerdo cómo corrí en el interior de la fortaleza...

De pronto me detuve.

—¡Lana! ¡Lana! —grité.

—¿Qué pasa?

—¡Mira!

Junto a uno de los largos muros de la fortaleza, al otro lado de donde nos hallábamos nosotros, se encontraba el campamento de los cazadores de Marlenus. Habían salido de Ko-ro-ba después, pero habían viajado más rápidamente.

Tanto Lana como yo y algunas muchachas más corrimos hacia las jaulas para ver los eslines y las panteras y los trofeos de caza. Lana se rió ante las jaulas de los esclavos.

Fuimos juntas, con otras muchachas, a provocarles.

Nos acercábamos a las jaulas y cuando ellos alargaban las manos para cogernos, dábamos un salto hacia atrás.

—¡Compradme! —les dije riendo.

—¡Compradme! ¡Compradme! —repitieron las demás, también riendo.

Uno de los hombres tendió la mano hacia Lana.

—Déjame tocarte —suplicó.

Ella le miró con desprecio.

—No permito que me toquen esclavos —le respondió. Y se rió burlonamente—. Le perteneceré a un hombre libre, no a un esclavo.

Luego se alejó de él, como una esclava, provocándole.

Él sacudió los barrotes con rabia.

Las quince muchachas de Verna estaban encerradas en pequeñas jaulas de metal. Estaban agachadas, acurrucadas y desnudas. Les tiramos porquería y les escupimos.

Me alegró particularmente poder molestar a la que me había tenido sujeta con una correa en el bosque. Encontré un palo y me dediqué a hostigarla con él por entre las barras. Ella intentaba librarse de los golpes como un animal; quiso atrapar el palo y coger mi brazo, pero yo era más rápida.

La golpeé una y otra vez, le tiré porquería y me reí.

—¡Mira! —dijo Lana.

Abandoné a la muchacha rubia y me coloqué frente a la jaula de Verna.

Los cazadores estaban a su alrededor, pero ni Lana ni yo les temíamos demasiado. Tampoco estaban particularmente interesados en lo que hacíamos, lo cual nos animó.

—Saludos, Verna —le dije.

Ya no llevaba las esposas puestas, pero estaba atada al interior de la jaula, la cual estaba ahora suspendida de unos mástiles, como si fuese un gran trofeo.

Me hubiese gustado poder mirarla por encima del hombro, pero ella era una mujer más alta que yo y, además, la jaula colgaba a cierta distancia del suelo.

—¿Te acuerdas de mí? —le pregunté.

Me miró sin decir nada.

—Fui yo la que en Ko-ro-ba gritó la primera para que las esclavas te pegasen. Aquella paliza me la debes a mí.

Su rostro no expresaba nada.

Metí el palo entre los barrotes de su jaula y volqué el recipiente para el agua que había en el interior. El agua corrió por el suelo y un poco se escurrió hacia fuera.

Di la vuelta a la jaula. No podía mirarnos a Lana y a mí a la vez.

No se volvió para vigilarme. Cuando llegué a la parte de atrás, metí la mano en el interior y le robé la comida.

Verna seguía mirándonos, pero sin moverse.

De pronto la golpeé con el bastón, y ella retrocedió, pero no gritó.

Lana le tiró porquería encima.

Entonces así la jaula y la hice girar sobre su cadena. Ésta se retorció y la jaula giró. Lana y yo, riéndonos, la hicimos girar adelante y atrás, y cuando me era posible golpeaba a Verna a través de los barrotes. La golpeábamos y le escupíamos, y le echábamos porquería.

Luego dejamos la jaula quieta. Verna tenía los ojos cerrados. Estaba cogida a las barras y tragó saliva.

Al cabo de unos minutos abrió los ojos.

Seguimos metiéndonos con ella durante unos minutos más, escupiendo, dando golpes e insultándola. Ella no respondió.

Luego oímos que uno de los guardas de Targo nos llamaba. Era hora de regresar a la carreta, para que otro grupo de esclavas pudiera salir a disfrutar la libertad en el recinto.

Le di a Verna otro golpe con el palo.

—¿No puedes decir nada? —le grité. Estaba furiosa porque no había gritado, ni había protestado o llorado implorando piedad.

El guarda volvió a llamarnos.

—Corre —dijo Lana—, o nos azotarán.

Le di a Verna un último golpe, un empujón seco sobre el hombro, con el palo.

—¿No puedes decir nada? —le chillé.

—Tienes agujeros en las orejas —dijo ella.

Grité de rabia, y me volví. Tiré el palo y corrí hacia la carreta.

Eché otra baya en el cubo.

—Ute —dije—. Habla con Inge. Dile que no sea cruel conmigo.

—¿Por qué no hablas con ella tú misma? —preguntó.

—No le caigo bien. Me pegaría.

Ute se encogió de hombros.

—Tú le gustas —insistí—. Habla con ella por mí. Pídele que no me haga llamar a las demás Señora. No quiero hacerlo. ¡Sólo son esclavas!

—Todas lo somos.

—Por favor.

—Está bien. Se lo pediré.

Se dio media vuelta y siguió recogiendo bayas. Pronto sería la hora de la comida de la tarde.

Miré a mi alrededor para ver si el guarda estaba mirando. Pero no.

Mi cubo estaba tan sólo medio lleno.

Ute llevaba el cubo tras ella y recogía bayas a un metro de distancia de donde yo me hallaba. Me daba la espalda. En el fondo, era una pobre tonta. Puse un dedo bajo la amplia tira de cuero que rodeaba mi garganta y nos unía. Luego me acerqué a ella y tomé dos puñados de bayas de su cubo y las puse en el mío.

Me quedé unas cuantas para ponérmelas en la boca.

Entonces, cuando estaba poniéndome las bayas en la boca, me pareció oír algo. También Ute y el guarda lo oyeron al mismo tiempo. Di un grito y, enfadada, comencé a correr hacia las carretas.

Ute los vio antes que yo, a lo lejos.

—¡Mira! —dijo—. ¡Tarns!

A lo lejos, en formación de V, se acercaban tarnsmanes.

—¡Salteadores! —gritó Ute—. ¡Deben ser más de cien!

Me quedé paralizada. Lo más incomprensible era que nuestro guarda nos había abandonado. Había regresado corriendo hacia las carretas. ¡Estábamos solas!

—¡Al suelo! —gritó ella, y me cogió de los brazos para que me pusiese de rodillas sobre la hierba.

Les vimos atacar la caravana a oleadas, alzar el vuelo y volver a atacar hasta descargar todas sus saetas.

Los de la caravana soltaron a los boskos y provocaron su estampida. No se hizo ningún esfuerzo por colocar las carretas en un solo perímetro defensivo. Tal idea tiene poco sentido cuando el enemigo puede atacar desde arriba. Los hombres se esforzaban en colocarlas en un denso cuadrado defensivo empujando y tirando de ellas con sus propios cuerpos. Dejaron algo de espacio. De esta manera, podían ocultarse debajo de ellas, puesto que los suelos les proporcionaban alguna protección. Los espacios entre las carretas permitían a los defensores poder disparar sus ballestas hacia los atacantes, al tiempo que ayudaban a prevenir que el fuego, en caso de producirse, se esparciese de carreta a carreta. En muchas todavía había muchachas encadenadas que gritaban. Los hombres rasgaron el toldo azul y amarillo, para que las muchachas pudieran ser vistas.

—¡Soltadlas! —gritaba Ute, como si alguien pudiese oírla—. ¡Soltadlas!

Pero no serían soltadas, a menos de que las cosas se pusieran muy mal para la caravana, en cuyo caso sí las dejarían ir, como habían hecho con los boskos.

Mientras tanto, sus cuerpos servían para proteger parcialmente los de los defensores situados debajo y entre las carretas.

Los salteadores querían a las muchachas; en realidad, aquél era el motivo de su ataque.

Por lo tanto, a menos que desearan destruir los preciados bienes que anhelaban, su ataque tenía que ser muy comedido y cuidadosamente calculado.

Entonces se produjo una lluvia de saetas ardientes. Las puntas de las flechas llevaban trozos de tela prendidos con brea.

Las carretas se incendiaron.

Vi a varios defensores desencadenando a las muchachas que gritaban. El cabello de una de ellas estaba ardiendo.

Las muchachas se apretujaron bajo las carretas, muchas de las cuales ardían.

Un defensor obligó a la muchacha cuyo cabello ardía a revolcarse en la porquería para apagar el fuego. Dos chicas cruzaron la hierba corriendo para alejarse de las carretas.

Los tarnsmanes descendieron, saltaron de sus pájaros al este del cuadrado formado por las carretas y, con las espadas desenvainadas, corrieron por entre las carretas que ardían.

El sonido del acero de las espadas llegó débilmente hasta la colina en que nos encontrábamos Ute y yo.

—¡Suéltame! —gritó Ute.

Las cintas que llevábamos alrededor del cuello eran bastante anchas, como lo era también la que nos unía. Pero la que llevábamos alrededor del cuello estaba perforada en dos sitios por los que el guarda había hecho pasar varias veces algunas vueltas de fibra para atar y la había anudado.

Mis dedos lucharon con el nudo inútilmente. Me sentí desesperada. No podía soltarlo. Ute me apartó y comenzó a morder la tira de cuero desesperadamente, sosteniéndola con las manos.

Me eché a llorar.

No todos los tarnsmanes habían desmontado. Algunos seguían sentados sobre sus monturas, aunque los pájaros estaban ahora sobre la hierba.

Uno de ellos, que estaba sentado sobre su pájaro, se quitó el casco, secó el sudor de su frente y se lo volvió a poner. Era su jefe. Le reconocí perfectamente, incluso desde lejos.

—¡Es Haakon! —grité—. ¡Es Haakon de Skjern!

—¡Pues claro que es Haakon de Skjern! —dijo Ute, que seguía mordiéndola la tira de cuero y desgarrándola con los dedos.

Haakon se puso de pie sobre los estribos de su tarn y agitó la espada hacia las carretas. Desmontaron más guerreros que corrieron entre las carretas.

Sus hombres eran considerablemente superiores en número a los de Targo.

Repentinamente, de debajo de los carros salieron docenas de muchachas corriendo en todas direcciones.

—Ha hecho salir a las chicas —chilló Ute furiosa. Tiró de la correa. No había podido romperla con los dientes. Me miró enloquecida—. No nos han visto. Tenemos que escapar.

Sacudí la cabeza negativamente. Tenía miedo. ¿Qué haría? ¿A dónde iría?

—¡Vendrás conmigo o te mato! —gritó.

—¡Voy contigo! ¡Voy contigo!

Vi regresar a los tarnsmanes para subirse de nuevo a sus pájaros. No les interesaban, o no lo suficiente, las carretas o las provisiones. Podía interesarles el oro de Targo, pero para obtenerlo tendrían que arriesgar unos cuantos hombres. Mientras, el verdadero tesoro se les estaba escapando.

Targo, un hombre racional y un brillante mercader de esclavas, había decidido conservar su propia vida y la de sus hombres, y la seguridad de su oro, haciendo huir a las esclavas.

Es una medida desesperada, que un mercader de esclavas no toma alegremente. Aquello evidenciaba que Targo había reconocido la seriedad de su situación y el margen por el que su enemigo le superaba en número y el probable resultado de seguir con todo aquello.

—¡Ven, El-in-or! —gritó Ute—. ¡Ven!

Tiró con las dos manos de la correa que nos mantenía unidas y la seguí dando tumbos.

Nos volvimos en una ocasión.

Vimos tarnsmanes que volaban persiguiendo a muchachas que corrían. Con frecuencia un tarn tomaba a una entre sus garras y alzaba el vuelo. Entonces el tarnsman le hacía regresar a tierra, saltaba de su silla, obligaba al animal a soltar a la histérica muchacha, a la que ataba las muñecas y sujetaba en una argolla de su silla, para luego remontar el vuelo de nuevo y cazar otra. Un hombre llevaba cuatro muchachas atadas a su silla. Otros tenían distintas tácticas. Hacían volar al tarn bajo y a corta distancia de la muchacha que iba corriendo. En un determinado momento, el batir de alas del tarn la golpeaba y la hacía caer rodando sobre la hierba. Antes de que ella pudiera ponerse en pie, el tarnsman se hallaba encima suyo, atándola. Otros las golpeaban con el mango de sus lanzas y las hacían caer para así poder atarlas. Otros ni siquiera se dignaban desmontar. Cazaban a lazo a las fugitivas, utilizando para ello delgadas tiras de cuero trenzado que son conocidas por todos los tarnsmanes. Ni se preocupaban de atar a sus prisioneras. Las colocaban sobre la silla, sin detener el vuelo, las desvestían y entonces sí, las ataban y aseguraban a la argolla de su silla.

Vi a Rena de Lydius correr, desesperada, para alejarse de las carretas. Llevaba su camisk puesto.

Un tarnsman dirigió su tarn tras ella, que corrió con todas sus fuerzas.

El amplio lazo de cuero trenzado cayó rápidamente sobre su cuerpo. El tarn pasó por delante suyo a sólo unos centímetros de su cabeza. La cuerda se tensó. Gritó. Fue alzada en el aire, gritando, y colocada sobre la silla. La vi cogerse al tarnsman, aterrorizada. Con un pequeño cuchillo, él cortó la fibra de atar que era el cinturón del

camisk. Guardó entonces el cuchillo y le quitó la prenda del todo. Le hizo gestos a Rena para que se echara boca arriba sobre la silla delante suyo, cruzando las muñecas y las piernas. Ella, aterrorizada, le obedeció al instante y él la ató.

Grité.

La tira que rodeaba mi cuello y me unía a Ute tiró de mí y caí.

—¡Rápido! —gritaba Ute—. ¡Rápido!

Conseguí ponerme en pie y, siguiéndola, corrí cuanto pude.

13. ME ATRAPAN CON UN LAZO

Me quedé de pie en medio de la rápida corriente, con el agua más o menos a la altura de las rodillas. Había atado mi camisk alrededor de mi cintura con la fibra de atar.

Dejé las manos quietas y observé detenidamente la forma plateada que giraba en las claras aguas.

Nadó cerca de la valla de pequeñas ramas que Ute había formado en el fondo de la corriente y dio media vuelta como si estuviese sorprendido.

Hundí las manos para atraparlo. Llegué a tocarlo. Se produjo una enorme agitación en las aguas y retiré las manos con un grito de enfado. Salpicándome y revolviendo algunos guijarros, la forma escurridiza se me escapó.

Me erguí de nuevo.

No le resultaría fácil huir de mí.

Me quedé de pie dentro de la estructura de ramas hechas por Ute. Tenía dos partes. La primera, situada a unos pies corriente arriba, tenía forma de V, estaba abierta por abajo y apuntaba corriente abajo. Formaba un túnel de ramas, de manera que cualquier pez de tamaño mediano o pequeño podía entrar dentro con facilidad, pero no podría encontrar tan fácilmente la abertura para volver a salir. La segunda parte de la estructura era una sencilla valla de ramas de forma curva y constituía la pared corriente abajo de la trampa.

Ute estaba cazando. También había puesto trampas y para ello había usado los trozos de fibra para atar que, a través de las perforaciones, había mantenido alrededor de nuestros cuellos las correas de cuero.

Volví a perseguir el cuerpo plateado para llevarlo hasta la trampa.

Nos sorprendía el haber podido escapar. Al estar alejadas de las carretas habíamos tenido la suerte de poder huir sin ser descubiertas.

Estuvimos corriendo durante más o menos un ahn y por fin, sin aliento ni fuerzas, apenas pudiendo movernos, alcanzamos el borde de una amplia espesura de Ka-la-na.

En aquel bosquecillo, todavía atadas la una a la otra por la garganta, nos dejamos caer sobre la hierba.

—Ute —le susurré—, ¡tengo miedo!, ¡tengo miedo!

—¿No lo entiendes? —me dijo bajito, con los ojos llenos de alegría—. ¡Estamos libres! ¡Libres!

—¿Pero qué haremos ahora?

Se arrastró hacia mí y comenzó a trabajar, con sus dedos menudos, en el nudo que ataba el collar a mi garganta.

—Necesitaremos esta fibra de atar —dijo.

Al cabo de un rato, consiguió deshacer el nudo.

—Ahora, deshaz el mío.

Lo volví a intentar. No podía aflojarlo.

—Trae un palo pequeño —dijo.

Así lo hice.

Mordió y masticó el extremo del palito, afilando su punta. Luego, me lo alargó.

Con aquella herramienta conseguí aflojar el nudo al cabo de un tiempo y quité la correa que rodeaba su garganta. Recogió la pesada tira de cuero y la colgó de su hombro. Añadió los dos pedazos de fibra de atar al cinturón de su camisk que también era de la misma fibra. Luego se puso en pie.

—Sígueme —dijo—. Tenemos que adentrarnos más en la espesura.

—No puedo moverme. Estoy demasiado cansada.

Ute me miró.

—Si deseas marcharte ahora —expliqué—, debes proseguir sin mí.

—Muy bien. Adiós, El-in-or —dio media vuelta y se puso a andar.

—¡Ute! —grité.

No se volvió.

Me puse en pie de un salto y eché a correr tras ella.

—¡Ute! —sollocé—. ¡Ute, llévame contigo!

Mis manos se posaron sobre el cuerpo plateado que estaba en el agua delante mío.

Hice otro intento por atraparlo. En esta ocasión lo cogí, pero se retorció, tenía unos cuernos y ásperas escamas. No se estaba quieto. No pude retenerlo. ¡Tenía un tacto de lo más terrible! Con un golpe seco de cola, se soltó y salió a toda velocidad corriente abajo, pero entonces, dado que la barrera de pequeñas ramas le obstaculizaban el paso, dio la vuelta y, bajo el agua, sin moverse, se quedó frente a mí.

Me fui apartando hacia la entrada de la V que apuntaba corriente abajo.

Podría mantenerlo dentro de la trampa. Ute regresaría al cabo de unos momentos.

Llevábamos libres cinco días. Nos habíamos quedado en espesuras de Ka-la-na durante el día y cruzado los campos durante la noche. Ute iba en dirección sur. Rarir, el pequeño pueblo en el que nació, se encontraba al sur del Vosk y cerca de las orillas de Thassa.

—¿Por qué deseas ir hasta allí? —le pregunté.

La habían robado de aquel pueblo cuando era una niña. Sus padres habían sido asesinados el año anterior por larls errantes. Ute pertenecía a la casta de los curtidores.

—No me entusiasma —dijo—. Pero ¿dónde se puede ir? En mi propio pueblo no me harán esclava.

A veces, por la noche, Ute murmuraba el nombre de Barus, a quien había amado.

A los doce años, Ute fue adquirida por un curtidor de Teletus. Él y su compañera

se ocuparon de ella y la liberaron. La adoptaron como hija suya y se preocuparon de que recibiera una buena instrucción sobre el trabajo de los curtidores, la casta que era la suya por derecho de nacimiento.

Al cumplir los diecinueve años, comparecieron miembros de la Casta de los Iniciados

Habían decidido que la joven iniciase su viaje a las Sardar que, de acuerdo con las enseñanzas de los Iniciados, viene impuesto por los Reyes Sacerdotes sobre cada goreano antes de cumplir los veinticinco años.

Si una ciudad no se preocupa de que sus jóvenes realicen el viaje, entonces, de acuerdo con tales enseñanzas, pueden caer desgracias sobre la ciudad. Es una de las obligaciones de los Iniciados el mantener registros y determinar que cualquier joven capaz lleve a cabo el viaje y quede libre de la obligación para con los Reyes Sacerdotes.

—Iré —manifestó Ute.

Por otra parte, ella sabía que algún día antes de que cumplierse los veinticinco años, tendría que emprender aquel viaje. Los Mercaderes de Teletus que controlaban la ciudad iban a pedírselo, temerosos de los posibles efectos que el descontento de los Reyes Sacerdotes pudiera acarrearles en sus negocios. Si ella no emprendía el viaje se vería alejada del dominio de su jurisdicción, más allá de la protección de los soldados. Generalmente, para un goreano este tipo de exilio es equivalente a la esclavitud o la muerte. Para una muchacha tan hermosa como Ute, habría significado, sin ninguna duda, una rápida reducción al apresamiento, a las cadenas y al collar.

Estuvo de acuerdo en participar con el grupo que estaba siendo organizado entonces por los Iniciados.

Ute llegó, de hecho, a las Montañas Sardar.

Pero las vio desnuda y atada con cadenas de esclava.

Su nave cayó en manos de los mercaderes negros de Schen-di. Tanto ella como las demás, fueron vendidas a comerciantes, que se encontraron con los mercaderes de esclavas en una cala secreta para comprarles su captura. Luego las transportaron por tierra, en carretas de esclavas, hasta las Sardar, donde fueron vendidas en la gran Feria de primavera de En'Kara. Cuando la vendieron, pudo ver por encima de la empalizada los picos de las Sardar.

Durante cuatro años, Ute, que entonces era una belleza, pasó de un amo a otro y de ciudad en ciudad.

Luego fue llevada por uno de sus amos, junto con el resto de sus esclavas, a las Sardar de nuevo, para ser vendida otra vez, y así intentar rehacerse de las deudas que el hombre tenía como resultado de la pérdida de una caravana de carros de sal.

Allí la adquirió Barus, de los Curtidores.

Ute había tenido muchos amos, pero en sus sueños sólo mencionaba el nombre de

Barus.

Se enamoró perdidamente de él, pero intentó doblegarle a su voluntad en una ocasión, como ella me había explicado.

Desesperada, vio como él la vendía.

—¿Por qué no quieres regresar a Teletus? —le pregunté.

—Oh —dijo sin darle importancia—, no soy capaz de cruzar el Thassa a nado. Ni creo tampoco que me resultase fácil conseguir un pasaje. ¿Y no crees que el capitán me haría su esclava? Además, quizá mis padres adoptivos ya ni siquiera vivan en la isla.

Aquello parecía posible, pues la población de una isla de intercambio como Teletus tiende a ser algo más móvil que la de una ciudad establecida con una tradición de cien años o más.

—Pero —insistí—, quizá pudieras conseguir llegar hasta allí de alguna manera, y a lo mejor tus padres adoptivos todavía viven en Teletus.

Si tenía que seguir a Ute, prefería, sin ninguna duda, ir a una isla de intercambio antes que a un tosco pueblecito al sur del Vosk.

—¡Ellos se portaron bien conmigo! —gritó—. ¿Cómo crees que puedo regresar y avergonzarles? ¿Podría presentarme ante ellos, como hija suya, con las orejas agujereadas? Me esconderé en Rarir.

Parecía una decisión irrevocable.

Di una patada a las piedras del riachuelo, desde donde estaba, frente a la entrada a la trampa.

La criatura plateada comenzó a moverse hacia la abertura. Me daba un poco de miedo. En un determinado momento, sus ásperas escamas rozaron la parte delantera de mi pierna, por encima del tobillo. Grité. Cerré los ojos, apreté los dientes y los puños, con todo el cuerpo contraído. Cuando me atreví a abrir los ojos otra vez, la criatura había vuelto a colocarse en la valla de ramas más alejada. Estaba quieta y me miraba.

Suspiré aliviada. No se había escapado.

De no haber sido por Ute, no creo que hubiese sobrevivido.

Me había enseñado lo que podía comerse y lo que no. Fue ella quien me explicó cómo se construía una trampa en el agua. Y quien me demostró cómo hacer trampas con fibra de atar, doblando pequeñas ramas y haciendo gatillos con junquillos.

Me enseñó también cómo podía hacerse, con fibra, un trozo de leña y un gatillo formado con una ramita, una trampa lo bastante grande como para cazar un tabuk, aunque en realidad nunca la utilizamos. Podía haber llamado la atención de un cazador. Las trampas más pequeñas podían pasar desapercibidas más fácilmente. Por otra parte hubiera sido difícil para Ute y para mí colocar el tronco en aquella trampa, y además, sin un cuchillo y deseando movernos aprisa, la caza del tabuk habría

resultado demasiado pesada para nosotras. También me enseñó a hacer cobijos de varios tipos y a usar un pequeño bastón de forma redondeada para derribar pájaros y animales pequeños. Me enseñó a buscar comida allí donde a mí no se me hubiese ocurrido nunca. Yo extraía las raíces que ella me indicaba. Pero no me gustaba tanto recoger los pequeños anfibios que ella capturaba con las manos o los insectos grandes y gordos que sacaba del interior de troncos o de debajo de algunas rocas.

—Esto puede comerse —decía.

Yo, sin embargo, me conformaba con nueces, frutas y raíces y algunas criaturas que sacábamos del agua y que me recordaban otras que ya conocía, y, por supuesto, con la carne de pequeños pájaros y animales.

Quizá la cosa más extraordinaria que hizo Ute, a mi entender, fue construir con palos, un trozo de madera plano y algo de fibra de atar, un pequeño instrumento para hacer fuego. ¡Qué contenta me puse cuando vi girar el palito, pequeño y afilado, en la plataforma de madera, y observé que los montoncitos de hojas secas enrojecían rápidamente y brillaban al convertirse en una llama diminuta, que hicimos crecer con más hojas y ramitas, hasta que pudo consumir palos.

Ute no quería hacer hogueras, pero yo insistí en ello. No podíamos comer crudo cuanto cazábamos.

—¡Tal! —me saludó Ute como si se dirigiese a una persona libre.

—¡Tal! —le respondí, feliz, agitando la mano. Me sentí aliviada al verla regresar.

Traía atada a la cintura, la fibra para atar que había usado para las trampas. Siempre la llevábamos con nosotras, por supuesto, cuando nos desplazábamos de un sitio a otro. Colgando de su hombro vi dos pequeños urts de los bosques, y en la mano izquierda traía cuatro pájaros de plumaje verde y amarillo.

Aquella noche comeríamos a lo grande.

Yo también había tenido suerte.

—Ute, ¡he atrapado un pez!

—¡Estupendo! ¡Tráelo al campamento!

—¡Ute! —grité angustiada.

Se echó a reír y dejó caer lo que había cazado sobre la orilla. Se metió en la trampa. Yo me quedé donde estaba, bloqueando la salida.

Ute se acercó a la criatura con mucho cuidado, para no ahuyentarla.

El pez se movió levemente en el agua.

Entonces, a toda velocidad, se lanzó a por él. El pez retrocedió hacia la valla de ramas y Ute lo atrapó allí. En un momento, aunque él se movía y se escurría de entre sus dedos, lo sacó del agua y lo llevó triunfante hacia la orilla.

—Destruye la trampa —dijo.

Cada vez que salíamos de un bosquecillo, si habíamos construido una trampa como aquélla, la destruíamos. Ésa, por cierto, es una práctica común entre los

goreanos. Un goreano nunca deja una trampa puesta si no piensa regresar a ella. Los goreanos, que a menudo son tan crueles los unos con los otros, tienden a tener una gran amor por la vida salvaje y todo aquello que está creciendo, pues lo consideran algo libre y por lo tanto merecedor de un gran respeto. Este afecto y respeto rara vez se extiende, por desgracia, a los animales domésticos, como son los boskos y los esclavos. Un leñador goreano, por ejemplo, antes de clavar su hacha en el tronco de un árbol, habla con él, le implora su perdón y le explica el uso al que se destinará su madera. En nuestro caso, por supuesto, tan al margen de estas consideraciones generales, teníamos razones muy concretas para destruir la trampa. Era una pista que podía traicionarnos, que podía poner hombres tras nuestro rastro.

Ute se sentó a esperarme sobre la orilla, mientras yo estiraba los palos de la trampa y los metía entre los matorrales.

Luego la ayudé a llevar lo que habíamos atrapado; ella transportó el pez y los pequeños pájaros.

Cuando acabamos de limpiar los animales, trabajo este último que le cedí, puesto que a mí no me gustaba el tacto del pescado, Ute se inclinó sobre las tablillas con las que se hacía fuego.

—Date prisa —le dije. Tenía hambre.

Ute insistió más de quince minutos, frotando las maderas, sudando, con los ojos fijos en aquel diminuto y. ennegrecido agujero de la madera.

Finalmente apareció una pequeña llama que se extendió por los montoncitos de hojas secas dispuestas alrededor del agujero.

Al cabo de unos minutos teníamos fuego.

Cuando la comida estuvo lista, la retiramos de los asadores, y la colocamos sobre hojas. Yo estaba muerta de hambre. Había oscurecido completamente y hacía bastante frío. Pensé que sería agradable comer junto al fuego y tener algo de calor, mientras disfrutábamos de nuestra cena al aire libre.

—¿Qué haces, Ute? —grité sujetándola por la muñeca.

Me miró sorprendida.

—Estoy apagando el fuego —dijo.

—No.

—Es peligroso.

No me apetecía la idea de cenar a oscuras, ni la posibilidad de pasar frío me gustaba nada.

—No lo apagues, Ute. Déjalo como está.

Ute movió la cabeza, indecisa.

—¡Por favor! —insistí.

—Muy bien —sonrió.

Pero apenas había pasado más de un ihn goreano cuando, de pronto, con una

expresión de terror en los ojos, comenzó a echar porquería sobre el fuego.

—¿Qué estás haciendo? —grité.

—¡Cállate! —susurró.

Entonces oí, muy a lo lejos, en la oscuridad, el grito de un tarn.

Ute comenzó a destruir, en la oscuridad, el pequeño cobijo de ramas y hojas que habíamos construido.

—Toma toda la comida que puedas —me dijo—. Hemos de irnos ahora mismo.

Enfadada, pero asustada, reuní toda la comida que pude encontrar.

Cuando acabó con el cobijo, rebuscó a su alrededor y con las manos puso juntos los huesos y las vísceras, la piel y las escamas, que habíamos desechado de nuestras presas, y lo enterró todo.

Destruyó lo mejor que pudo toda señal de nuestro campamento.

Entonces, moviéndonos rápido en la oscuridad, salimos corriendo de allí.

Seguimos en dirección sudoeste a través de la gran espesura y, finalmente, llegamos al borde del bosque.

Era una noche oscura.

Ute miró fijamente el cielo. No vimos nada. Estuvo escuchando mucho rato, pero no oímos nada.

—Lo ves, Ute —dije irritada—. No era nada.

—Quizás.

—No era más que un tarn salvaje.

—Espero que tengas razón.

Juntas, en el límite del bosque, comimos las sobras de nuestra cena que yo había recogido.

Al acabar nos limpiamos las manos en la hierba y arrojamos los huesos entre los arbustos.

—¡Mira! —susurró Ute.

Entre los arbustos, moviéndose en la oscuridad, vimos dos antorchas.

—Hombres —musitó Ute—. ¡Hombres!

Desde el bosque, corriendo juntas en la oscuridad, nos dirigimos al sudoeste.

Hacia el amanecer, llegamos a otro bosque de Ka-la-na, en el que, agotadas, nos escondimos.

Cuatro días más tarde, en otro bosquecillo, Ute me pidió que colocase una de nuestras trampas en un sendero por el que pasaban animales y que habíamos encontrado anteriormente.

No habíamos vuelto a notar que nos siguieran, ni visto más antorchas.

Haciendo girar el lazo de fibra de atar mientras caminaba, me dirigí al lugar mencionado por Ute.

De pronto me detuve, horrorizada.

Había oído la voz de un hombre. Me deslicé fuera del camino verde, suave y agradable, entre los árboles y los matorrales y me eché boca abajo, para ocultarme, entre las hierbas y los arbustos.

No venían por el camino.

Me eché levemente hacia delante, apoyándome en los codos y el estómago, y entonces, a través de una minúscula abertura entre los matorrales, lo vi.

Mi corazón casi se detuvo de golpe.

Estaban en un pequeño claro. Había dos tarns atados allí cerca. No habían hecho ningún fuego. Iban vestidos de cuero y armados. Eran guerreros, mercenarios. Parecían hombres toscos y crueles. Los reconocí. Los había visto ya cuando Targo tenía su campamento al norte de Laura. Trabajaban para Haa-kon de Skjern.

—Está aquí, por algún sitio —dijo uno de los hombres.

—Si tuviésemos eslines de caza —contestó el segundo—, podríamos ponerle nuestros brazaletes antes del anochecer.

—Espero que sea seda roja.

—Si no lo es aún, para cuando se la llevemos a Haakon será seda de la más roja.

—Haakon podría disgustarse.

—Haakon no sabe distinguir si una muchacha es seda blanca o seda roja.

—Es cierto.

—Además, ¿de verdad crees que Haakon espera que devolvamos muchachas que sean seda blanca a su cadena?

—Claro que no.

—Ésta nos ha proporcionado una persecución entretenida. Pero nos las pagará por el tiempo que nos ha hecho perder y las molestias.

—¿Qué sucederá si no la atrapamos?

—La verdad es que es muy escurridiza, pero la cogeremos.

—¿Qué plan tenemos?

—Sabemos que encendió un fuego. Ello nos hace suponer que estaba cocinando. Si cocinaba, seguramente habría cogido pájaros o tendría carne.

—Al borde del bosque, hacia el noreste, hace cinco días, encontramos huesos de urt del bosque.

—Sí, y por aquí cerca, en este bosquecillo, hay un sendero por el que pasan animales.

—Es difícil cazar en un bosque de Ka-la-na.

—Y lo que es más importante, los urts de los bosques suelen usar esos senderos.

—¡Sí!

—Más tarde o más temprano, por lo tanto, parece probable que aparezca por ese sendero para cazar o poner una trampa o para ver si ha caído alguno.

—Puede haber más senderos.

—Si no la atrapamos ahora, la cogeremos mañana o pasado mañana.

Tal y como estaba, boca abajo, con cuidado, en silencio, comencé a retroceder. Cuando me encontré a varios metros de distancia de ellos, con todo el sigilo, sin hacer el más mínimo ruido, me marché de allí.

Sólo tenía una idea en la mente: Encontrar a Ute y avisarla para que pudiésemos escapar.

Pero me detuve.

Me arrastré hasta unos arbustos, asustada. Ellos habían estado hablando siempre de «ella». Por lo que sabían, no había que capturar más que a una sola muchacha.

Sacudí la cabeza. No, no debía pensar aquellas cosas.

Me puse de pie y, con calma, regresé andando hasta nuestro campamento.

Ute y yo podíamos escapar.

Sonreí.

Ute pensaba que era mi superior. Se había atrevido a darme órdenes. A mandarme a mí, Elinor Brinton, aunque no era más que una ignorante esclava goreana; se había atrevido a actuar como si fuera superior a una muchacha de la Tierra, ¡y yo lo era!

Iba a aprender una buena lección.

¡No! Grité para mis adentros. Tenía que avisar a Ute. ¡Tenía que avisarla!

Recordé claramente lo que había dicho el hombre. «*Si no la atrapamos ahora, la cogeremos mañana o pasado mañana.*»

Llevaban días siguiéndonos. No cejarían en su empeño. Nos darían alcance.

O al menos, a una de las dos.

Ute era estúpida. Era una muchacha tosca y simple. Ella no tenía mi mente, mi sensibilidad, mi naturaleza delicada, mi inteligencia. Me recordé a mí misma que ella pertenecía a una casta baja. Era menos, mucho menos que yo.

Además se había atrevido a tratarme como a una inferior, dándome órdenes e instruyéndome. ¡La odiaba! Yo era más bella que ella. Ute había servido como esclava antes. ¡Poder volver a serlo! Recordé que una vez me había atado por el anillo de la nariz. Ahora veríamos quién era más inteligente

Tiré el trozo de fibra que llevaba para la trampa que no había puesto hacia los arbustos.

—Saludos, Ute —le dije sonriendo.

—Tal, El-in-or —sonrió, levantando la cabeza de su trabajo. Estaba intentando, con un palo puntiagudo, hacer otro hueco en una nueva tablilla de madera, para tener más instrumentos con que hacer fuego. Normalmente, durante nuestros viajes por la noche, sólo llevábamos con nosotras la fibra de atar; por lo tanto, Ute tenía que hacer más instrumentos de aquellos con cierta frecuencia.

—Oh, Ute. He colocado la trampa bastante abajo, en el sendero. Y cuando ya venía hacia aquí, la he oído saltar.

—Muy bien. ¿Qué era?

—No lo sé. He mirado, pero no había visto un animal como ése antes. Creo que es algún tipo de urt. Es horroroso.

—¿Por qué no lo has traído contigo?

—Porque no me he atrevido a tocarlo.

—¡Oh, El-in-or! —rió ella—. ¡Eres tan tonta!

—Por favor, cógelo tú, Ute —le rogué—. Yo no quiero tocarlo ¡Es tan horrible!

—Está bien. Lo traeré.

Apartó su trabajo y se levantó.

—Indícame dónde lo has puesto.

—¡No! —grité yo.

Se volvió y me miró.

—No puedes equivocarte —le dije—. Está a la izquierda. Ya lo verás.

—Muy bien —dijo Ute, y salió del campamento. Mi corazón latía con fuerza.

Cautelosamente, la seguí a cierta distancia. Cuando había andado unos cuantos metros, me agaché y tomé una pesada piedra.

Me escondí entre los matorrales, junto al camino, sosteniendo la piedra.

De pronto, oí la voz de un hombre. ¡La habían atrapado!

Pero luego oí los gritos de otro hombre, y después de ambos y un crujir de ramas que se rompían entre los arbustos.

Para desesperación mía, aterrorizada, con los ojos abiertos de par en par, los brazos extendidos y corriendo como un tabuk, Ute regresaba al campamento.

—El-in-or. ¡Mercaderes de esclavas! ¡Corre!

—Ya lo sé —respondí.

Me miró sin comprender.

La golpeé repentinamente en un lado de la cabeza con la piedra.

¡Tenían que encontrarla a ella y no a mí!

Ute, murmurando algo, desorientada, cayó de rodillas y sacudió su cabeza.

Tiré la piedra a su lado. Los hombres pensarían que se había caído y golpeado con ella.

A toda prisa, salté entre los matorrales y me escondí.

Ute intentó ponerse en pie, pero tropezó y cayó sobre sus manos y rodillas.

Vi cómo la cogían. Le quitaron el camisk y lo tiraron al suelo. Luego la colocaron boca abajo y, mientras uno de ellos le ataba las muñecas a la espalda, el otro le cruzaba los talones y también los ataba.

Me sentí satisfecha. Habían atrapado a Ute.

Sólo temía que ella pudiera decirles que yo estaba por allí. Pero de alguna manera supe que no lo haría. Ute era estúpida. Sabía que no me traicionaría.

De esta manera, usando mi inteligencia, me libré de mis perseguidores.

Estaba decidida a proseguir mi viaje hasta Rarir, pues me creí capaz de poder encontrarlo. Podía decir a aquellas gentes que yo era amiga de Ute, de quien esperaba que se acordasen. Con el tiempo, podría utilizar su ayuda para dirigirme a la isla de Teletus, donde podría encontrar, si todo salía bien, a los padres adoptivos de Ute. No me cabía la menor duda de que ellos me cuidarían y serían buenos conmigo por haber sido amiga de su hija adoptiva. Podía decirles, y eso mismo pensaba hacer, que Ute me había rogado que los buscase y que me había prometido que ellos se ocuparían de mí. Les contaría que habíamos intentado desesperadamente reunirnos con ellos, pero caímos en manos de mercaderes de esclavas y sólo yo conseguí escapar. Esperaba que me suplicasen, ya que ocupaba el lugar de Ute, que les permitiera adoptarme como hija suya.

Me sentí muy complacida.

Viajaba de noche, y durante el día me escondía en bosques de Ka-la-na.

No había vuelto a asar carne desde la captura de Ute. No confiaba lo suficiente en mi habilidad para construir o usar instrumentos tan primitivos para hacer fuego. Era algo que había aprendido bien.

Comía principalmente fruta y nueces, algunas raíces. En ocasiones completaba esta dieta con la carne cruda de pequeños pájaros o la de algún urt que conseguía cazar. Sin embargo la última noche, y la anterior en otro pueblo, me las había ingeniado para robar carne. En consecuencia, había decidido alimentarme de aquella manera. Desde luego, no me sentía en absoluto tentada por los pequeños anfibios o los enormes insectos que Ute me había enseñado. Puede que fueran una verdadera fuente de proteínas, pero antes que llevarme aquellas cosas a la boca, prefería morir de hambre.

Me eché boca arriba, adormilada, y miré hacia el brillante cielo que se vislumbraba entre las ramas cruzadas sobre, mi cabeza. El día era cálido. Sonreí.

De pronto, percibí un ruido. Parecían gritos de hombres, y un estallido de golpes de metal, como si estuviesen golpeando sartenes y cazuelas.

Al cabo de unos minutos era evidente que los sonidos se acercaban en mi dirección. Comencé a inquietarme.

Había un fragor que llegaba desde el pueblo y que parecía dirigirse más y más hacia mí a través del bosque.

Irritada, me encogí de hombros, tomé la fibra de atar que llevaba conmigo, y comencé a alejarme del estrépito. Mientras lo hacía, recogí algunas nueces y frutas.

Pareció que el fragor se hacía cada vez mayor, pero no le presté demasiada atención. Llegaba desde detrás mío.

No tardé mucho en darme cuenta de que si no alteraba la dirección que había tomado, me encontraría fuera de la amplia espesura en la que me había refugiado.

Por lo tanto, giré a la izquierda, y cogí alguna fruta al hacerlo.

Entonces noté contrariada que el ruido me llegaba con más fuerza y que parte de él parecía provenir de delante mío.

Me sentí algo inquieta y, medio corriendo, di la vuelta y fui en la otra dirección.

No habría corrido más de dos o tres ihns cuando noté claramente que el fragor volvía llegar de delante mío.

Volví a dar la vuelta, esta vez frenéticamente.

El fragor, los golpes en los cacharos y las cazuelas, y el griterío, se dirigía hacia mí, en un amplio semicírculo.

¡Me di cuenta de pronto de que estaban intentando cazarme!

La única zona en silencio era la que quedaba delante mío. Estaba aterrorizada. Comencé a correr en aquella dirección, hacia el límite de la espesura, pero me dio miedo. Perdería la protección que me daba el bosque. Además, quizá me estuviesen dirigiendo hacia cazadores o hacia redes... Aquel silencio me daba tanto miedo como el fragor.

Tenía que intentar pasar, deslizarme, entre sus filas.

Algunos animales pasaron corriendo junto a mí, huyendo del ruido.

Con cuidado, ocultándome lo mejor posible, comencé a caminar hacia el estruendo.

El ruido se hizo ensordecedor. Aquel clamor, el saber que iban a por mí, me hizo volverme repentinamente irracional, enloquecida. Sólo quería alejarme del ruido.

¡Entonces el corazón me dio un vuelco!

Allí debía haber más de doscientos campesinos, hombres, niños y mujeres, todos gritando y golpeando sus cazuelas y sus lanzas, garrotes, mayales y horcas.

Estaban muy pegados los unos a los otros y eran demasiados.

Un niño me vio, gritó y comenzó a golpear más fuerte su cazo.

Di la vuelta y salí corriendo.

El fragor se hizo enloquecedor, intolerable, resonaba en mi cerebro y se cerraba sobre mí.

No podía hacer otra cosa más que huir corriendo hacia el silencio.

Entonces salí corriendo de la espesura, pisando la hierba de un campo, aterrorizada.

Luego, exhausta, miré hacia atrás. Los campesinos se habían detenido junto al límite del bosque de Ka-la-na. Ya no gritaban, y habían dejado de golpear sus cacharos.

Miré hacia delante. No había nada. No me esperaban campesinos fuertes, para reducirme, desnudarme, atarme, y conducirme atada por el cuello hacia el pueblo.

Grité de alegría y corrí sobre la hierba.

¡Sólo querían hacerme salir del bosque!

Todavía era libre.

Me detuve.

Permanecí quieta en medio de aquella hierba que me llegaba a la rodilla, en aquel campo que se mecía con el viento. Sentía el sol en mi cuerpo y la hierba que rozaba mis piernas. Notaba bajo mis pies la tierra viva, negra, llena de raíces y cálida de Gor. El cielo era azul, profundo, brillante y estaba lleno de la luz del sol. El bosque de Kalla-na se veía amarillo en la distancia, con los campesinos quietos en su límite. Respiré el fresco, el magnífico aire del planeta Gor. ¡Qué hermoso era!

Los campesinos no me persiguieron.

¡Era libre!

De pronto me llevé la mano a la boca. Allí arriba, en lo alto, pequeña, hundida en la vertical de aquellos profundos cielos, había una manchita. Sacudí la cabeza. ¡No! ¡No!

Miré atrás, hacia los campesinos. No se habían movido. Hinqué una rodilla en la hierba, con los ojos fijos en la mancha.

Daba vueltas en círculo.

Comencé a correr, como una loca, desesperada, a lo largo y ancho del campo.

Me detuve y miré hacia atrás, arriba. Grité llena de desesperación. Vi al pájaro dar la vuelta, girando en el cielo. El sol se reflejó, por un breve instante, en el casco de su jinete. El pájaro se dirigía hacia mí. Gritando, descendía batiendo las alas.

Chillé y comencé a correr como una loca por el campo.

El grito del pájaro me ensordeció y sus alas sonaron como truenos a mis oídos.

La sombra del animal pasó junto a mí.

El lazo de cuero cayó alrededor de mi cuerpo. Se cerró sobre mí en un instante, apretando mis brazos irremisiblemente junto a mi cuerpo, y me sentí, con la espalda casi partida, izada en el aire. Veía la hierba pasar por debajo mío, pero no la tocaba con los pies. Se alejó de mí, como si hubiera caído muy lejos, y, luego, de repente, en medio de las fuerzas violentas del viento, aprisionada por aquella cuerda de cuero trenzado, tambaleándome y girando, me pareció que el cielo estaba debajo de mí y la hierba por encima. Me quedé sin respiración cuando el tarn comenzó a ascender; conseguí tomar aire, mientras el cielo, la hierba y el horizonte comenzaban a girar violentamente.

Sentí que me subían. Sentí que la cuerda apretaba aún más cruelmente mi cuerpo. No podía utilizar las manos. Quería asirme a la cuerda para sujetarme. Pero no podía.

Al mirar arriba, vi las enormes garras del tarn, replegadas bajo su cuerpo, por encima mío. Eran enormes, curvadas y afiladas.

Sentí que mi cuerpo pasaba junto al costado del tarn y mi hombro rozó el metal y el cuero de la silla, y la pierna de un hombre.

El hombre me sujetó con sus brazos. No podía moverme de lo aterrorizada que estaba.

Vi sus ojos a través de las aberturas de su casco. Parecían divertidos. Miré hacia otro lado.

Él se rió.

Fue una risa cruda, la de un tarnsman. Me estremecí.

Quitó la cuerda del tarn de mi cuerpo. En la silla, me abracé a su cuello aterrorizada por la posibilidad de caerme. Él recogió la cuerda del tarn y la ató junto a la silla.

A continuación extrajo el cuchillo de su cinturón. Lo movió, y la fibra de atar se alejó de mi cuerpo; el camisk comenzó a flotar en el aire hasta colocarse alrededor de mi cuello, tirando de mi garganta, dando sacudidas y agitándose. Lo alzó por encima de mi cabeza y salió volando por detrás del tarn. Sentí el cuero de sus ropas contra mi cuerpo y la hebilla de su cinturón. Mi mejilla se apoyaba sobre el metal de su casco. Mi cabello se agitaba con el viento.

Separó mis brazos de su cuello con las manos.

—Échate delante mío, sobre tu espalda y cruza muñecas tobillos.

Terriblemente asustada por la posibilidad de caerme, obedecí.

Se inclinó sobre mi cuerpo y noté que ataba mis muñecas a una argolla de la silla. Luego se inclinó hacia el otro lado y, en cuestión de segundos, sentí que mis tobillos cruzados eran asegurados en otra anilla.

Quedé allí, echada boca arriba, frente a él, como si mi cuerpo fuera un arco atado sobre su silla.

Dio dos palmadas sobre mi vientre.

Luego volvió a reírse con aquella risa fuerte, ruda, de tarnsman que tiene a su presa atada, indefensa, frente a él.

Tiré de mis muñecas y de mis tobillos atados a las anillas.

Volví la cabeza hacia un lado y lloré.

Me habían capturado de nuevo.

¡Qué mala suerte la mía, la de haber salido del bosque cuando había un tarnsman en el cielo!

Entonces, con una sacudida a mi espalda, y una enorme polvareda, el tarn se posó.

Por lo que podía ver, nos hallábamos en un espacio abierto en medio de una aldea. Mi cabeza colgaba hacia abajo y pude ver en la distancia una gran espesura de Ka-la-na. Los campesinos se amontonaban a nuestro alrededor. Al girar la cabeza a la derecha, vi hombres con lanzas y mayales, que llevaban túnicas de campesinos. Las mujeres y los niños se agolpaban igualmente a nuestro alrededor. Oí algunos golpes de cacharros. Vi palos en las manos de algunos niños.

—Veo que la tienes, Guerrero —dijo un campesino alto y fuerte, con barba.

Me puse a temblar.

—La empujasteis justo hacia donde quería —dijo el guerrero—. Gracias.

Gemí.

—Es poca cosa comparado con los favores que nos has hecho —dijo el campesino—. Nos robó carne la otra noche.

—Sí —dijo otro—, y la noche anterior, robó en otro pueblo, en Rorus.

—Dánosla a nosotros, Guerrero. Sólo un cuarto de ahn, para que la apaleemos.

El guerrero rió. Yo temblaba.

—Aquí también hay hombres de Rorus. Dánosla un cuarto de Ahn, para que la apaleemos.

—Deja que la apaleemos —gritaban las mujeres y los niños—. Deja que la apaleemos.

Cabeza abajo, atada con las correas, daba sacudidas por el miedo.

—¿Cuánto vale la carne? —inquirió el guerrero.

La gente guardó silencio.

De un saquito extrajo una moneda que lanzó a un hombre del pueblo y otra que lanzó a otro hombre, que debía de ser de Rorus.

—¡Gracias, Guerrero! ¡Muchas gracias!

—Su primera paliza —dijo el guerrero con voz potente— me corresponde a mí.

Hubo muchas risas, Tiré inútilmente de mis ataduras.

Alzó la mano hacia la multitud.

—Os deseo ventura.

—¡Te deseamos ventura!

Sentí que la única tira de cuero que constituía el arnés del tarn se tensaba sobre mi cuerpo. De pronto, cortándome la respiración, el gran pájaro gritó y comenzó a batir las alas, la silla presionó mi espalda y, cabeza abajo, vi las cabañas de forma cónica de los campesinos caer en la lejanía por debajo nuestro, y el pájaro, con un aleteo a la vez violento y majestuoso, con la cabeza tendida hacia delante ascendió hacia las nubes.

Poco después de haber fijado el rumbo que debía de seguir el tarn, me puso de lado, hacia él, y, con los dedos de su mano derecha, palpó mi marca.

—Sólo una Kajira —dijo.

Luego, con la palma de la mano, volvió a colocarme boca arriba.

Al cabo de un momento, alargó la mano hacia abajo y tomó mi cabello y alzó mi cabeza, haciéndome daño. La giró de lado a lado.

—Tus orejas han sido agujereadas —dijo. Luego dejó caer mi cabeza hacia atrás, junto a la silla.

Gemí y protesté.

En un momento determinado, el guerrero me dijo que cruzábamos el Vosk.

Supe entonces que estábamos en territorio de Ar y que debíamos volar por encima

del Margen de la Desolación, una zona yerma, que ahora comenzaba a recuperarse, y que años atrás había sido desocupada y devastada, para que así los campos del norte de Ar estuviesen protegidos por esa barrera natural. La protección era, presumiblemente, contra probables invasiones del norte o, más posiblemente, incursiones de piratas del Vosk. En el reinado de Marlenus's, en la época anterior a su exilio, y después, con su restauración, se había dejado el Margen de la Desolación deliberadamente desatendido para que pudiese recuperarse. Marlenus había dispuesto que una flota de galeras ligeras patrullase por el Vosk para limpiar las aguas del río cercanas a su Ubarato de piratas. Lo habían conseguido, o casi. Rara vez se veían piratas en los lugares en que el Vosk bordeaba las regiones de Ar. Otras ciudades, las situadas al norte, no veían con muy buenos ojos que Marlenus permitiese que el Margen de la Desolación recuperase su fertilidad y su frondosidad. Tal vez sólo pensase en ampliar las zonas cultivables de Ar. Por otro lado, bajo el dominio de Marlenus quedó claro que Ar ya no temía por sus fronteras. Asimismo, la ambición del llamado Ubar de Ubares era bien conocida. Si ya era posible, o si pronto iba a ser posible hacer llegar fácilmente un ejército por tierra hasta Ar una vez cruzado el Vosk, también sería posible para Ar acercar rápidamente una considerable fuerza de hombres hacia el norte, hasta la misma orilla del Vosk. Por tradición, la orilla norte del Vosk era disputada por varias ciudades, entre las que se encontraba Ar.

El guerrero me dio de comer, pero sin soltarme. Echó pan de Sa-Tarna en mi boca. Lo mastiqué y con dificultad, lo tragué. Luego, con su cuchillo cortó cuatro pequeños pedazos de carne de bosko cruda, que colocó en mi boca. Mastiqué la carne, con los ojos cerrados, y la tragué. A continuación, colocó la punta de una bota de piel entre mis dientes, para que bebiera. Casi me ahogo. Retiró la bota, la tapó y la guardó en la bolsa que colgaba de su silla. Cerré los ojos apenada.

Al cabo de un tiempo miré hacia el guerrero que me había capturado.

Parecía ancho de hombros. Tenía una cabeza grande, que iba oculta bajo el casco de guerra. La erguía con orgullo. Sus brazos eran fuertes, musculosos y morenos. Sus manos eran grandes y toscas, hechas para llevar armas. Vestía cuero de color escarlata. Su casco, con la abertura en forma de Y, era de color gris. Ni sus ropas ni su casco llevaban insignia. Supuse por lo tanto que era un mercenario o un proscrito. No tenía idea de mi posible destino.

Había algo en él que me asustaba. Sentí que le conocía o le había visto antes.

¡Quizás en Laura, cerca del campamento de Targo!

—¿Eres un mercenario de Haakon de Skjern?

—No —contestó.

—¿Me... me tomarás para ti?

—¿Una pequeña Kajira, sucia y maloliente, con orificios en las orejas y que roba carne de los campesinos? Ni siquiera te pondría con mis mujeres.

Cerré los ojos.

Pensé entonces que un guerrero como aquél habría capturado muchas mujeres, muchísimas bellezas, tanto libres como esclavas, antes que yo, y sin duda después de mí seguiría haciéndolo. Entre semejantes bellezas, yo tenía poca importancia, no era más que otra muchacha y quizás de menos valor. No le interesaba más que un pedazo de carne, que hubiese capturado y atado a su silla.

—Deberías ser vendida a un buhonero —dijo—. O quizás debí dejarte en el pueblo con los campesinos. Ellos saben cómo tratar a las perras que roban.

—Por favor, véndeme en Ar —supliqué—. Soy seda blanca.

Me miró. Pude ver que su boca sonreía. Me estremecí.

—No vales lo suficiente para ser vendida en Ar. Quizás en una ciudad más pequeña, en un pueblo o en un puesto fronterizo.

—Por favor.

—Dispondré de ti como mejor me parezca. No hablemos más de ello.

—¡Soy seda blanca! —grité—. ¡Obtendrás más dinero si me vendes mientras soy seda blanca!

—Te confundes si crees que sólo me interesa el oro.

—¡No! —grité— ¡No!

Se inclinó para cortar las ataduras de mis tobillos.

De pronto, antes de que las hubiese tocado, se dio la vuelta abruptamente en la silla.

Una flecha de ballesta pasó rozándole, como una aguja veloz y silbante en el cielo.

En un instante, mientras yo gritaba, aterrorizada, sintiéndome aprisionada entre mis ataduras, él había sacado su escudo de las cinchas de la silla y conducido el tarn, con un grito de rabia, un extraño grito de guerra, de cara a su enemigo.

Se oyó otro grito de guerra, y repentinamente, a tan sólo unos cuantos metros de altura, encima nuestro, otro tarn pasó rozándonos y oí el sonido metálico del bronce de una lanza al chocar y resbalar sobre el escudo de metal y cuero de mi apresador.

El otro tarn se apartó y su jinete, de pie en los estribos, sujeto a la silla por el amplio cinturón de seguridad, estaba preparando su ballesta, mientras sujetaba otra flecha con los dientes.

Mi apresador atacó antes de que pudiera hacerlo.

Cuando tan sólo nos separaban unos metros, el otro hombre soltó su arco y su flecha y tomó el escudo. Mi apresador, de pie en los estribos, tomó su gran lanza y la arrojó. Chocó con el escudo de su enemigo y lo perforó. Si el otro hombre no hubiera estado asegurado por aquella tira enorme, la fuerza del golpe le habría derribado de la silla. Pero, tal y como se produjeron las cosas, le hizo balancearse y desgarró el escudo que sostenía.

—¡Por Skjern! —gritó.

Los dos tarns giraron de nuevo para otra embestida.

La lanza del otro hombre golpeó de nuevo. Volví a escuchar el terrible estallido del metal de la lanza contra las siete capas de acero recubiertas con piel de bosko. El atacante volvió a la carga dos veces más, y cada vez de nuevo el escudo devolvió el golpe, una de ellas a poca distancia de mi cuerpo.

Mi captor estaba intentando acercarse a él para colocarlo al alcance de su propio acero, su lanza, rápida, y sin adornos.

El otro hombre atacó de nuevo, pero en esta ocasión mi captor atrapó la punta de la lanza en su escudo. Vi la punta a unos centímetros de mi rostro. Grité. Mi apresador giró con intención de alejarse, mientras el otro blandía sus armas, intentando acercarse. Mi apresador quería que se deshiciese de su lanza, pero para hacer esto su propia defensa se veía desprotegida. Haciendo alarde de una fuerza increíble, con la espada colgándole de la correa que rodeaba su muñeca, retiró la lanza del escudo, pero al mismo tiempo el tarn enemigo atacó al nuestro, y su espada, brillando y moviéndose hacia abajo, golpeó el pesado mango de su lanza, astillándolo y medio cortándolo. Lo golpeó otra vez, y el mango de la espada, astillándose por completo, se partió en dos. Mi apresador lanzó su escudo por delante suyo. Oí la espada del otro golpear dos veces, resonando sobre las capas de metal que me protegían. Luego mi defensor volvió a recuperar su espada, pero el otro tarnsman apartó su pájaro hacia arriba, jurando, e hizo que extendiera sus enormes garras hacia abajo, para atraparnos. Oí cómo las garras deshacían el escudo. Mi apresador intentó apartar el pájaro. Finalmente el otro tarn atrapó el escudo, batió sus alas, desgarrando las tiras de sujeción del escudo, con lo que casi medio arrastró a mi apresador de su silla, y se alejó dejando caer el escudo como una moneda, girando, hacia el campo que se extendía más abajo.

—¡Entrégamela! —oí gritar.

—¡Su precio es el acero! —fue la respuesta de mi apresador.

Maniatada, indefensa, no pude por menos de gritar.

Los tarns, alzando el vuelo cara a cara, comenzaron a pelearse, atacándose con los picos y las garras, mientras las espadas brillaban sobre mi cabeza, en un rápido diálogo de acero, luchando por mi posesión.

Los pájaros acabaron enzarzándose en una especie de lucha cuerpo a cuerpo, en la que, con las garras a veces entrecruzadas, comenzaron a girar y caer mientras batían las alas y lanzaban horribles gritos de rabia.

Yo iba dando tumbos en una u otra dirección, sin poder hacer nada por impedirlo. Había momentos, mientras el pájaro viraba, en que me parecía estar de pie, o, al contrario, había otros en que me encontraba cabeza abajo cuando él giraba salvajemente en otra dirección. Cuando se inclinaba hacia atrás para disparar sus

garras contra su enemigo, yo quedaba colgando en el vacío, sujeta por las muñecas y los tobillos, viendo llena de espanto la tierra más abajo.

Los hombres lucharon por recuperar el control de sus monturas.

Y volvieron a luchar silla a silla, con lo que los fulgores de sus espadas relucieron sobre mi rostro y mi cuerpo. Mis oídos no podían soportar aquel martilleo incesante. En ocasiones, chispas de las espadas saltaban sobre mi cuerpo.

De pronto, con un grito de rabia y frustración, la espada del otro hombre cayó con toda su fuerza hacia mi rostro. Mi apresador interpuso la suya. Sentí la amplia hoja de su acero a un milímetro de mi rostro y durante un impresionante momento de tensión e inmovilidad, la primera espada, con el filo hacia abajo, se detuvo. De haberme alcanzado, habría dividido mi cara en dos.

Noté que tenía sangre en el rostro, pero no sabía de quién era, no sabía siquiera si era mía.

—¡Eslín! —gritó mi apresador—. Ya he jugado bastante contigo.

Se produjo, una vez más, un enfrentamiento de espadas sobre mi cabeza. Oí un chillido de dolor y, de pronto, el otro tarn se apartó rápidamente virando hacia un lado. Vi al jinete, con la mano sobre el hombro, tambalearse sobre su silla.

Su tarn giró una y otra vez, alocadamente, y luego viró hacia uno de los lados y se alejó.

Mi apresador no le persiguió.

Levanté los ojos hacia él. Me miró y se echó a reír.

Volví la cabeza hacia un lado.

Hizo girar al tarn y proseguimos nuestro camino. Me había dado cuenta de que tenía un corte en el brazo izquierdo, por encima del codo. Había sido su sangre la que cayera sobre mi rostro.

—Ése era tu amigo —me dijo—. Haakon de Skjern.

Le miré.

—¿Cómo es que tienes algo que ver con Haakon de Skjern? —me preguntó.

—Era su esclava favorita —respondí—. Huí.

Más tarde, al cabo de un cuarto de ahn, le pregunté:

—¿Se me permite hablar?

—Sí —contestó.

—Para ser la esclava favorita de un hombre como Haakon de Skjern, que es rico y poderoso, debes darte cuenta de que soy algo muy especial, muy bella y habilidosa.

—Ya lo sé —dijo.

—Por lo tanto, debo ser vendida en Ar. Y, como soy seda blanca, no debo ser usada. Mi precio será más elevado así.

—Supongo que es poco corriente que la esclava favorita de un hombre como Haakon de Skjern sea seda blanca.

Me sonrojé de la cabeza a los pies delante de él.

—Dime el abecedario —ordenó.

Yo no conocía el alfabeto goreano.

—No lo sé —confesé.

—Una esclava analfabeta. Y por el acento se nota que eres extranjera.

—¡Pero he sido entrenada!

—Ya lo sé, en los recintos de Ko-ro-ba.

Le miré sorprendida.

—Además —añadió—, nunca le has pertenecido a Haakon de Skjern.

—¡Oh, sí! ¡Sí le he pertenecido!

Sus ojos adquirieron una expresión dura.

—Haakon de Skjern es mi enemigo —afirmó—. Si verdaderamente eras su esclava favorita es una desgracia para ti el haber caído en mis manos. Pienso divertirme mucho contigo.

—Mentí —susurré—. Mentí.

—Mientes ahora —dijo enfadado—, para salvar tu piel de los hierros candentes y del látigo.

—¡No!

—Por otra parte, si eras su esclava favorita, seguro que sí se pagaría por ti un precio muy elevado en Ar.

Estaba angustiada.

—¿Cuál es el destino de una esclava que miente? —me preguntó.

—El que su amo desee para ella —susurré.

—¿Qué harías tú si una de tus esclavas mintiese?

—Yo... Yo la haría azotar.

—Excelente —dijo. Luego me miró. Su mirada no era muy amable—. ¿Cómo se llama el lugarteniente de Haakon de Skjern?

Tiré de mis ataduras.

—¡No me azotes! —le supliqué—. ¡No me golpees!

Se echó a reír.

—Tú eres El-in-or y has sido esclava de Targo, del Pueblo de Clearus, en la región de Tor. En los recintos todo el mundo sabía que no limpiabas tu jaula y que eras una embustera y una ladrona. Sí, tengo aquí una buena captura. ¿Qué podría haber en ti que yo haya encontrado interesante?

—¿Me has visto antes?

—Sí.

—¿Mi belleza? —le pregunté.

—Hay muchas mujeres hermosas.

—Entonces, ¿tienes intención de ponerme tu collar?

—Sí.

—¿Me has estado observando?

—Sí —respondió. Sonrió—. He estado detrás tuyo durante días.

Volví la cabeza, llena de tristeza. Incluso cuando me creía más libre, después de escapar de Targo y de traicionar a Ute y escapar de la espesura de Ka-la-na, esta bestia, con su risa, su cuerda de cuero y su collar de esclavas, había estado siguiendo mi rastro. Me había elegido para su collar y su placer.

—¿Me viste en los recintos de Ko-ro-ba? —le pregunté.

—Sí.

—¿Quién eres?

—¿No me conoces?

—No —respondí, volviéndome para mirarle.

Con las dos manos se quitó el casco.

—No te conozco —susurré.

Estaba muerta de miedo. No creía que su rostro pudiera ser tan fuerte. Era poderoso. Tenía una cabeza grande. Sus ojos eran ferozmente oscuros y sus cabellos hirsutos y negros.

Él se rió. Sus dientes, contrastando con su rostro bronceado y quemado por el viento, parecían grandes y blancos, también fuertes.

Me puse a temblar.

Pensé qué sensación producirían sobre mi cuerpo.

Gemí apenada, pues comprendí de pronto lo tontas que habían sido mis fantasías en los recintos de Ko-ro-ba y en la caravana de Targo, de que yo podría dominar a un amo y convertirlo en un esclavo necesitado de mis sonrisas y doblegado a mi voluntad. Comprendí con una punzada de desesperación que para semejante hombre yo sólo podía ser la esclava. Vi claramente que él dominaba sobre mí. Y ello no tenía nada que ver con el hecho de que yaciese desnuda y atada de pies y manos frente a él, que fuese su prisionera. Estaba en relación directa con su total masculinidad, y ante la presencia de ese estímulo mi cuerpo sólo me permitía ser totalmente femenina. Hubiese deseado que fuera uno de los débiles hombres de la Tierra, habituado a los valores femeninos, y no un macho goreano.

Sentí un loco impulso de pedirle que me usase.

—¿No me reconoces, pues? —rió.

—No —musité.

Ató su casco a un lado de su silla y extrajo de su bolsa una tira de cuero. Se la colocó en la cabeza, de manera que cubriese su ojo izquierdo. Recordé entonces la alta figura vestida de azul y amarillo y el parche de cuero que le cubría el ojo.

—¡Soron de Ar! —exclamé.

Sonrió, mientras se quitaba la cinta y la guardaba en la bolsa de la silla.

—¿Eres el mercader de esclavos Soron de Ar! —dije.

—Cuando te vi por primera vez decidí que serías para mí. Cuando te arrodillaste ante mí y dijiste «*Cómprame, Amo*», resolví poseerte. Luego, más tarde, cuando volví a mirarte y volviste la cabeza, enfadada, y miraste a otra parte, supe que no descansaría hasta que fueses mía —sonrió—. Pagarás caro aquel desaire, querida mía.

—¿Qué vas a hacer conmigo?

Se encogió de hombros.

—Supongo que me quedaré contigo durante un tiempo, para satisfacer mi interés y proporcionarme diversión, y luego, cuando me canse de ti, dispondré de tu persona.

—Podrían darte oro por mí —le dije—. ¡Véndeme en Ar!

—Dispondré de ti como me plazca.

—¿Por qué no me compraste a Targo?

Bajó los ojos para fijarlos en mí.

—Yo no compro mujeres —afirmó.

—¿Pero si eres un mercader de esclavas!

—No.

—Sí. Eres Soron de Ar, el Mercader.

—Soron de Ar no existe —afirmó.

Le miré con horror.

—¿Quién eres tú? —pregunté.

Nunca olvidaré las palabras que pronunció, ni lo mucho que me atemorizaron.

—Yo soy Rask —me dijo—, de la casta de los guerreros, de la ciudad de Treve.

14. TENGO QUE SOMETERME

Llevaba ya dos días en el campamento secreto de Rask de Treve.

Cuando su tarn se posó en el claro que había en medio de las tiendas, rodeadas por una alta empalizada de troncos afilados algunos de los cuales medían unos seis metros de alto, hubo muchos gritos y bienvenidas.

Rask de Treve era popular entre sus hombres.

Vi entre los guerreros esclavas que llevaban collares y breves túnicas. Ellas también parecían complacidas. Les brillaban los ojos. Se agolparon a nuestro alrededor.

Riendo y alzando las manos, Rask de Treve recibió los saludos de las gentes de su campamento.

Olía a bosko asado. Era media tarde.

Soltó mis tobillos atados a la anilla que había a la derecha de la silla. Luego hizo lo mismo con mis muñecas, atadas a la izquierda, pero no soltó mis muñecas. Yo tenía, por tanto, las manos atadas delante de mi cuerpo. Me tomó sin ningún esfuerzo en sus brazos y se deslizó por la parte de atrás del tarn. Me dejó de pie junto a la silla. Ni me echó boca abajo sobre el suelo, ni puso su pie sobre mi nuca, ni me obligó a arrodillarme.

No me atrevía a mirarle.

—Es muy guapa —dijo una voz de mujer. Era increíblemente hermosa. Llevaba un collar. Sus ropas eran blancas y le llegaban hasta el tobillo, con pliegues clásicos. Supuse que era una muchacha de categoría superior en el campamento y que las demás teníamos que obedecerla. No es infrecuente, en los lugares en que hay varias muchachas juntas, el poner a una por encima de todas. Los hombres no se preocupan por dirigirnos en nuestras pequeñas tareas. Tan sólo quieren verlas hechas.

—Arrodíllate —dijo la mujer.

Obedecí.

Algunos de los hombres murmuraron con aprobación.

—Veo que está entrenada.

—Es una esclava de placer —dijo Rask de Treve—, aunque no muy buena. Se llama El-in-or. También es embustera, ladrona y astuta.

La mujer tomó mi cabeza entre sus manos y la hizo girar de lado a lado.

—Sus orejas están agujereadas —dijo contrariada.

Algunos de los hombres rieron. No me importaban sus risas. Me daban miedo.

Supuse que, al tener las orejas agujereadas, se sentirían libres para hacerme lo que quisieran.

—Los hombres son unas bestias —dijo la mujer.

Rask de Treve echó hacia atrás su enorme cabeza, como la de un larl, y rió.

—Y tú, Hermoso Rask —dijo ella—, eres la mayor de las bestias.

¡Qué descarada era! ¿Acaso no la azotarían por eso?

Rask volvió a reír y limpió su cara con el dorso de su mano derecha.

La mujer volvió a mirarme.

—¿Así que tú, preciosa, eres una embustera y una ladrona?

Bajé la cabeza rápidamente. No podía mirarla a la cara.

—Mírame.

Levanté la cabeza, asustada, y la miré.

—¿Tienes la intención de mentir y robar en este campamento?

Sacudí la cabeza vivamente, negando.

Los hombres se rieron.

—Si lo haces —me advirtió—, serás castigada de inmediato y tu castigo no será agradable.

—Te azotarán —dijo una de las muchachas que estaban cerca de mí—, y te pondrán en la caja para esclavas.

Aquella noticia, fuera lo que fuese, me desasosegó aún más.

—No, Señora —exclamé—. ¡No mentiré ni robaré!

—Muy bien —dijo ella.

—Está sucia y huele mal —dijo Rask de Treve—. Lavadla y vestidla.

—¿Es tu intención ponerle tu collar? —preguntó la mujer.

Hubo una pausa. Bajé la cabeza.

—Sí —oí que decía Rask de Treve.

Luego se alejó, y con él los demás. La mujer dijo:

—Ven conmigo.

Me levanté y, con las muñecas atadas, la seguí hasta la tienda de las mujeres.

La esclava, con un leve toque de su dedo, puso perfume detrás de mis orejas.

Era la segunda mañana de mi estancia en el campamento de guerra de Rask de Treve. El día en que me pondrían el collar.

No se me permitía usar productos de cosmética.

Arrodillada en el interior de la tienda de las mujeres, miraba hacia la abertura que era la entrada. Fuera podía ver hombres y muchachas pasando en varias direcciones. Era un día soleado y cálido. Soplaban leves brisas.

Me habían preparado para la simple ceremonia del collar de Treve. Ena, la muchacha superior que vestía de blanco, no estaba demasiado contenta por el hecho de que yo no perteneciera a ninguna casta, y no pudiera dar el nombre de alguna ciudad como mi lugar de origen.

—Pero no podemos remediarlo —dijo.

Por lo tanto, se decidió que debería identificarme dando el nombre de mi ciudad real, y mi título y nombre verdaderos. Durante la ceremonia, tendría que referirme a

mí misma como Elinor Brinton de la Ciudad de Nueva York. Sonreí para mis adentros. Me pregunté cuántas oportunidades tendría de referirme a mí misma usando aquel nombre en un mundo tan tosco. La orgullosa Elinor Brinton de Nueva York parecía tan lejos de mí...

El día anterior, bajo la supervisión de Ena, las esclavas me habían lavado y peinado y luego me dieron de comer. La comida era buena, pan y carne de bosko asada, queso y fruta. Incluso me dieron un sorbo de vino de Ka-la-na.

Después de que me lavasen, peinasen y diesen de comer, Ena se dirigió a mí:

—Tienes la libertad del campamento, si deseas salir de la tienda.

Me quedé sorprendida. Yo esperaba estar encadenada y encerrada. Ella parecía divertida al ver mi sorpresa.

—No te escaparás —sonrió.

—No, Señora.

Pero bajé la cabeza. No quería salir de la tienda de las mujeres. Y Ena se acercó a un baúl, lo abrió, y extrajo un trozo de tela rayada, rectangular.

—Ponte de pie.

Obedecí.

—Alza los brazos.

Lo hice y vi, complacida, que colocaba el trozo de tela sobre mí, ajustado; lo unió con una aguja detrás de la parte ancha de mi hombro. Y lo volvió a sujetar, con otra aguja, detrás de mi cadera derecha.

—Baja los brazos.

Eso hice y me quedé erguida frente a ella.

—Eres hermosa —me dijo—. Ahora ve, corre, y date una vuelta por el campamento.

—Gracias, Señora —exclamé, me volví y salí corriendo de la tienda.

Paseé por el campamento. Supuse que se encontraba en algún punto de la región de Ar, quizás al noreste, entre las colinas que se extienden a los pies de la cordillera Voltai. Era un típico campamento goreano de guerra, aunque pequeño. Tenía un recinto en el que estaban reclusos los tarns, y cobertizos para la cocina y para lavar. Había muchos guerreros, quizás cien o más, los hombres de Rask de Treve, y alrededor de veinte chicas, preciosas, que llevaban breves túnicas de trabajo y que estaban ocupadas realizando sus tareas, cocinando, limpiando cuero o abrigando escudos. Yo sabía que Treve, por lo que se decía, estaba en guerra con otras ciudades. Las contiendas son frecuentes entre las ciudades goreanas, pues todas tienden a ser beligerantes y a desconfiar de las demás. Rask de Treve, a su manera, continuaba la guerra al enemigo. Sabía que anteriormente había arrasado los campos y atacado caravanas de Ko-ro-ba. Y ahora estaba en la región de Ar. Era un tarnsman audaz, ciertamente. Supuse que Marlenus de Ar daría cualquier cosa por conocer la situación

exacta de aquel pequeño campamento protegido por una empalizada. Contemplé a dos guerreros practicar con sus espadas cortas sobre un rectángulo de arena. El sonido del metal me excitó y me asustó, por su rapidez y crueldad. Pensé en lo valientes que tenían que ser para enfrentarse tan cara a cara y blandir una afilada espada corta contra otra.

Examiné la empalizada del campamento.

Puse mis dedos y mis manos sobre los troncos que la formaban y que habían sido pulidos y ajustados perfectamente los unos con los otros. Miré hacia las puntas, tan por encima mío. Era imposible que yo escalase el muro. Estaba encerrada dentro, sin la menor duda.

Seguí caminando junto a la pared interior. Sólo me aparté de ella al llegar al recinto de los tarns.

Al poco rato, llegué a la puerta.

También era de troncos, aunque aquí estaban algo separados. Era una puerta doble. Estaba cerrada y la atravesaban dos grandes vigas encadenadas. Me quedé sorprendida al ver que había otra puerta, de sólidos troncos, más allá de la que yo había visto, y que el campamento estaba rodeado por una doble muralla de troncos. La empalizada exterior tenía un pequeño pasillo desde el que se podía defenderla. La interior no lo poseía. Aquello me molestó. La muralla exterior les permitía defenderse. La interior, alta y pulida, una barrera bastante efectiva, servía estupendamente para mantener a las esclavas dentro. Me sentí furiosa.

Ena me había dicho que no me escaparía.

—Las muchachas no pueden estar cerca de la puerta —dijo un guarda.

—Sí, amo —dije. Y me alejé.

Seguí andando junto a la muralla. Al llegar a cierto punto encontré una puerta muy pequeña, cuyas dimensiones no permitían que pasase por ella más de un nombre a la vez, y arrastrándose. También estaba cerrada con dos cadenas y dos pesados candados. Junto a ella había guardas.

Aun poniéndome en pie sobre las cadenas no podía ni remotamente llegar al borde de la empalizada. Estaba bien encerrada dentro.

—¡Muévete, muchacha! —dijo el guarda.

—Sí, amo —respondí yo, y seguí mi camino.

Vi las tiendas y las hogueras, a los hombres hablando y a las mujeres realizando sus trabajos. ¿Por qué no se guisaban sus comidas ellos mismos, o abrillantaban su propio cuero, o se iban al río o al cobertizo y se lavaban sus propias prendas? Si no lo hacían, era sencillamente porque no deseaban hacerlo. ¡Obligaban a las muchachas a realizar su trabajo! Los odiaba. ¡Nos dominaban y nos explotaban!

Encontré, en cierta parte del campamento, una zona con hierba, en una suave colina. Allí había una pesada anilla de metal, en la parte más alta de la colina. Estaba

sujeta a una pesada piedra y enterrada al nivel de la hierba.

En otro lugar encontré un mástil dispuesto horizontalmente sobre otros dos pares de mástiles inclinados y atados en su parte superior. Supuse que sería para colgar carne. Me extrañó ver un aro de hierro, enterrado en la tierra, debajo del centro del mástil horizontal. Fuera, en una zona despejada, había una caja de hierro, cuadrada. En la parte delantera tenía una pequeña puerta de hierro con dos aberturas. La puerta podía cerrarse con dos cerrojos pesados, planos, en forma de pasador, y con dos candados. Me pregunté qué podía guardarse en una caja como aquélla. En un sitio encontré un cobertizo bajo, hecho de troncos, que no tenía ventanas. Su pesada puerta estaba cerrada con dos cierres y dos candados grandes. Imaginé que sería un cobertizo para el almacenaje.

Sin darme cuenta, mis pasos me llevaron hasta el centro del campamento.

Me quedé delante de una tienda amplia y baja, de toldos escarlatas suspendidos de ocho mástiles. Por dentro, como pude ver a través de uno de los faldones, la lona estaba forrada con seda. Era una tienda baja y tan sólo en su parte central podía un hombre estar completamente de pie. En un brasero había un pequeño fuego, sobre cuyos carbones, montado sobre un trípode, estaba calentándose un pequeño bol de metal para el vino. Pensé que Rask de Treve podía tener su vino así. Me resultaba extraño pensar en aquellos tarnsmanes tan brutales y salvajes, y ver que se preocupaban por delicadezas como aquélla. Había oído también que les encantaba peinar el cabello de sus esclavas. Me dije que las ciudades y los hombres son tan extraños, tan diferentes... Sospechaba que había pocos hombres tan fieros y terribles como los de Treve, temidos en todo Gor, y sin embargo les gustaba que su vino estuviera caliente y disfrutaban con algo tan simple como peinar el cabello de una muchacha. El interior de la tienda tenía el suelo cubierto con gruesas y suaves alfombras de Tor y Ar, quizá botín de algún asalto a una caravana. Me pregunté cómo sería estar echada en su interior, desnuda y con un collar puesto, sobre sus suaves alfombras, a la luz de un débil fuego, con los faldones de la tienda bajados y cerrados, completamente a merced del amo. En el extremo más alejado vi unos grandes baúles, pesados y cerrados con tiras de hierro, sin duda llenos con los abundantes botines obtenidos por un salteador, gemas, hilo de oro, collares y monedas, perlas, joyas, pulseras y brazaletes adornados quizá con piedras preciosas, que debían de servir para adornar las extremidades de esclavas exquisitas.

—¿De quién es esta tienda? —le pregunté a una esclava que pasaba por allí.

—¿De quién va a ser, Kajira? —me dijo—. Es la tienda de Rask de Treve.

—Lárgate de aquí —dijo uno de los guardas que la vigilaban.

Oí el tintineo de un par de brazaletes y vi a una muchacha morena acercarse hasta la abertura. Iba vestida con una prenda breve de seda escarlata, diáfana. Me miró y luego, rápidamente, cerró los faldones de la tienda.

El guarda que había hablado conmigo antes se puso de pie.

Salí corriendo, en dirección a la tienda de las mujeres.

Cuando llegué allí me eché sobre las alfombras del suelo y lloré.

Ena, que había estado cosiendo un talmit, una cinta para la cabeza que a veces llevan los tarnsmanes cuando vuelan, se me acercó.

—¿Qué pasa?

—No quiero ser una esclava —lloré.

Ena me abrazó.

—Es duro ser esclava —me dijo.

Me incorporé y la abracé.

—¿Se me permite hablar? —pregunté.

—Claro. En esta tienda siempre tienes libertad para hablar.

—Dicen... —comencé a hablar— ...he oído que Rask de Treve es un amo duro.

Sonrió.

—Eso es verdad —dijo.

—Se dice que ningún otro hombre en Gor puede despreciar o humillar tanto a una mujer como él.

—No he sido ni despreciada ni humillada —dijo Ena—. Por otra parte, si Rask de Treve quisiera despreciar o humillar a una mujer, supongo que sabría hacerlo muy bien.

—Supongamos que una muchacha hubiese sido insolente y arrogante con él.

—Esa muchacha, sin duda, sería bien humillada o despreciada —rió—. Rask de Treve le enseñaría lo que es la esclavitud.

Todas aquellas explicaciones no me tranquilizaban demasiado.

La miré.

—Dicen que sólo usa a una mujer una vez y que luego, con desprecio, la marca y la desecha.

—Me ha usado muchas veces —dijo Ena—. Rask de Treve —añadió sonriendo— no está loco.

—¿Te marcó con su nombre después de usarte?

—No. Fui marcada con la marca de Treve. Cuando me capturó, yo era libre. Era natural que, después de haberme usado y hecho cautiva en sus brazos, al día siguiente, para dar testimonio de este hecho, me marcasen.

—¿Te hizo esclava en sus brazos?

—Sí, en sus brazos descubrí que era una esclava —sonrió—. Supongo que en los brazos de un hombre como Rask de Treve cualquier mujer podría sentirse esclava.

—¡Yo no! —grité.

Sonrió.

—Si una muchacha ya está marcada —dije sin darle importancia, pero asustada

—, no se la vuelve a marcar, ¿verdad?

—En general, no. Aunque a veces, por alguna razón, la marca de Treve se imprime en su carne. A veces, también puede marcarse a una muchacha como castigo, y para advertir a otros contra ella.

La miré, confundida.

—Son marcas de castigo —explicó—. Son pequeñas, pero perfectamente visibles. Hay varias de estas marcas. Hay una para quienes han mentido, y otra para quienes roban.

—¡Yo ni miento ni robo!

—Muy bien.

—Nunca he visto la marca de Treve.

—Es raro.

—¿Puedo ver tu marca?

—Pues claro —dijo, y se puso en pie. Extendió la pierna izquierda y subió su hermoso vestido blanco hasta la cadera, dejando su muslo al descubierto.

Respiré.

En aquel muslo había una marca profunda, precisa, hermosa, insolente, dramáticamente grabada, de tal manera que la belleza que proporcionaba a la pierna hacía que aquel muslo ahora sólo pudiera ser el de una esclava.

—Es hermosa —susurré.

Ena soltó el cierre que abrochaba su ropaje en el hombro izquierdo, dejándolo caer sobre sus tobillos. Era increíblemente hermosa.

—¿Sabes leer? —preguntó.

—No.

Miró la marca.

—Es la primera letra del nombre de la ciudad de Treve.

—Es una marca hermosa.

—Es atractiva —dijo ella. Me miró. De pronto adoptó la pose de una esclava.

Me costaba respirar.

—Aumenta mi belleza —dijo.

—Sí —respondí—. ¡Sí!

Me encontré deseando, aunque no quise admitirlo, que mi marca resultase tan atractiva sobre mi cuerpo.

Ena volvió a colocarse la prenda con la que se vestía, con gracia.

—Me gusta —dijo. Me miró y rió—. ¡Y a los hombres también!

Sonreí.

De pronto me sentí furiosa. ¿Qué derecho tenían aquellos brutos a marcarnos? ¿A ponernos un collar? Me dije que tenían el derecho goreano del más fuerte a marcar y poner un collar al más débil y reclamarlo como propiedad suya. Me sentí débil e

indefensa. Pero a continuación me sentí enfadada de nuevo, llena de furia, sin poderlo remediar.

Yo, la prisionera de Rask de Treve, en su campamento de guerra, luchaba por controlarme.

Quería saber más del hombre que me había capturado.

—Dicen que Rask de Treve —insinué— tiene una gran inclinación por las mujeres y también menosprecio.

—Le gustamos mucho —sonrió Ena—, es verdad.

—¡Pero nos desprecia!

—Rask de Treve es un hombre y un guerrero. Es normal en ellos que nos miren como a simples mujeres y que nos tengan en cuenta en la medida en que les proporcionamos distracción y placer.

—¡Eso es despreciarnos! —exclamé.

Ena, arrodillándose, se sentó sobre sus talones y rió alegremente.

—¡Quizás!

—¡No pienso aceptar algo así!

—¡Mi preciosa pequeña Kajira! —rió Ena.

Me sentía furiosa y frustrada. ¡No deseaba ser un mero objeto sexual! Pero palpé mi garganta. No había nada a su alrededor todavía. Al día siguiente por la mañana, me pondrían un collar. ¿Qué otra cosa podía ser una muchacha con un collar de esclava, que no fuera ese objeto?

—¡Odio a los hombres! —exclamé.

Ena me miró.

—Me pregunto —dijo—, si Rask de Treve te considerará de su agrado.

Retiró las dos agujas que sujetaban la prenda que yo llevaba puesta, dejándome desnuda.

—Tal vez —dijo.

—¡No quiero resultar de su agrado! —protesté.

—Él hará que tú quieras complacerle. Tratarás, desesperadamente, de complacerle. No sé si lo conseguirás o no. Rask de Treve es un gran guerrero. Ha tenido muchas mujeres, y tiene muchas mujeres. Es un experto en lo que a nosotras se refiere. Por lo tanto, es difícil de complacer. Quizá no lo consigas...

—Si yo quisiera, lo conseguiría.

—Tal vez.

—¡Pero pienso resistirme! ¡Nunca me dominará! ¡Nunca me conquistará!

Ena me miró.

—Yo no tengo las debilidades de otras mujeres —le dije. Recordé la debilidad de Verna y de las otras muchachas, de Inge y de Rena, y de Ute. Eran débiles. ¡Yo no!

—¡Eres muy desafiante! —me dijo.

La miré.

—Pero ahora tenemos que descansar —dijo, al tiempo que se levantaba para apagar la lámpara de latón de la tienda.

—¿Por qué?

—Porque mañana te impondrán el collar.

Me puse de rodillas, desnuda, sobre una piel enorme.

—¿No voy a ser encadenada esta noche? —pregunté.

—No —dijo Ena. Su voz me llegó ya desde la oscuridad—. No te escaparás.

Me eché y tiré de los bordes de la piel para taparme. La sujeté fuerte con los puños y la mordisqueé. Luego me acurruqué en ella, y la mojé con mis lágrimas.

Alcé la cabeza.

—Eres una esclava, Ena —le dije—. ¿No odias a los hombres?

—No.

Escuché su respuesta llena de irritación.

—Los encuentro excitantes —dijo—. A menudo me apetece entregarme a ellos.

La escuché con espanto. ¡Qué sorprendente me resultaba oírla hablar así! ¿Acaso no tenía orgullo? Si realmente aquello era lo que pensaba, hubiera debido guardar tales ideas para sí misma, como un secreto.

¡Por lo menos yo odiaba a los hombres!

Pero mañana uno de ellos me poseería por completo. Sería suya, por el vínculo que creaba el collar, según todas las leyes de Gor, y para complacerle en todo lo que él deseara.

—Estás preciosa —dijo Ena.

Yo me encontraba arrodillada, desnuda, sobre la alfombra roja de la tienda de las mujeres. Me habían lavado y peinado. Una de las esclavas colocó el tapón en una pequeña botella de perfume toriano.

—Te daré dos toques más antes de que salgas.

Otra de las muchachas, una de las cuatro que se ocupaba de mí además de Ena, volvió a arrodillarse detrás mío para pasar el estrecho peine de concha de color rojo por mi cabello.

—Está peinada —dijo otra de ellas, riéndose.

—¿No es como para estar nerviosa? —preguntó la que me peinaba.

No pude contestarle.

—¿Te sabes lo que has de decir en la ceremonia? —me preguntó Ena, y no por primera vez.

Asentí con un gesto de cabeza.

Una de las muchachas corrió hacia los faldones de la tienda y miró afuera. Desde donde me encontraba alcanzaba a ver pasar hombres y muchachas caminando en varias direcciones. Era un día soleado y cálido. Soplaban leves brisas.

Estaba asustada.

Olía a perfume. Era mucho mejor que ninguno de los que yo había usado en la Tierra, cuando tenía dinero y me podía permitir comprar los mejores perfumes, y sin embargo, aquí, en este mundo tan primitivo, se usaban sin pensar, para adornar el cuerpo de Elinor Brinton, una simple esclava. No se me había permitido usar cosméticos.

—Tal vez no le ponga el collar hoy —dijo una de las muchachas.

De pronto, la que espiaba por detrás de los faldones de la tienda se volvió hacia nosotras.

—¡Preparadla! ¡Preparadla! —susurró a la vez que nos hacía gestos.

—Ponte de pie —dijo Ena.

Obedecí.

Contuve la respiración mientras ellas traían hacia mí un vestido precioso, largo, con caperuza de brillante seda roja.

Detrás mío, una muchacha trenzó mi cabello y luego lo recogió, sujetándolo en la parte de atrás de mi cabeza con cuatro horquillas. Las horquillas tendrían que ser retiradas por Rask de Treve.

Me pusieron aquella prenda. La caperuza cayó sobre mi espalda. El vestido no tenía mangas.

—Coloca tus manos detrás de la espalda y cruza tus muñecas —dijo Ena.

Noté cómo me ataban las muñecas en la espalda.

Ena le hizo un gesto a la muchacha que sostenía la pequeña botella adornada. Ésta retiró el tapón y, de prisa, me dio un retoque de perfume detrás de cada oreja. Aspiré el intenso perfume. El corazón me latía muy rápido.

Luego Ena volvió a acercarse a mí. En esta ocasión llevaba enrollados en la mano unos dos metros de cordel. Ató un extremo alrededor de mi cuello, lo suficientemente apretado como para que sintiese el nudo. Yo llevaría las muñecas sujetas con fibra de atar adornada con joyas, pero sería conducida con un simple cordel atado al cuello.

—Estás preciosa —me dijo Ena.

—¡Un hermoso animal! —le dije yo.

—Sí, un animal precioso, precioso de verdad.

La miré horrorizada.

Pero luego comprendí que Elinor Brinton era exactamente un animal, puesto que era una esclava.

Volví la cabeza hacia un lado.

Ena puso la caperuza sobre mi cabeza.

—¡Están preparados! —dijo la muchacha que se encontraba a la entrada de la tienda.

—Salid —dijo Ena.

Me condujeron a través del campamento, y, aquí y allí, había hombres y algunas esclavas que me seguían.

Llegamos a un espacio abierto, ante la tienda de Rask de Treve. Estaba esperando allí. Tirando de mi ramal, me llevaron hasta dejarme frente a él. Le miré asustada.

—Retirad el ramal que lleva —ordenó.

Ena desató la cuerda y la tendió a una de las muchachas.

—Retirad sus ataduras —dijo Rask de Treve.

Vi que había colocado en su cinturón una tira de fibra de atar. No estaba adornada con joyas.

Ena soltó mis muñecas.

Rask y yo nos miramos el uno al otro.

Se acercó a mí.

Con una mano retiró la caperuza, dejando al descubierto mi cabello. Me erguí.

Con mucho cuidado retiró, una a una, las cuatro horquillas que sostenían mi pelo y se las tendió a una de las muchachas que estaban a nuestro lado.

Mi cabello cayó sobre mis hombros, y él lo colocó sobre mi espalda.

Una de las muchachas, la que sostenía el peine, se acercó y lo arregló.

—Es hermosa —dijo una de las chicas que había entre la gente.

Rask de Treve se apartó un poco y me miró.

—Retirad su ropa —dijo.

Ena y una de las muchachas separaron mi vestido y yo lo dejé caer sobre mis tobillos.

Una o dos de las muchachas que estaban allí lanzaron exclamaciones de admiración.

Algunos de los guerreros golpearon sus escudos con el metal de sus lanzas.

—Adelántate hacia mí, desnuda —ordenó Rask de Treve.

Eso hice.

Quedamos uno delante del otro, sin hablar; él con su espada y sus ropas de cuero, yo sin nada, desnuda por orden suya.

—Sométete —dijo él.

No podía desobedecerle.

Caí de rodillas frente a él, sentándome sobre los talones, y extendí los brazos, con las muñecas cruzadas, como si tuvieran que atarlas, y la cabeza agachada, entre los brazos.

Hablé con voz clara.

—Yo, Elinor Brinton de la Ciudad de Nueva York, al Guerrero Rask de la Alta Ciudad de Treve, aquí presente, me someto como esclava. En sus manos pongo mi vida y mi nombre, declarándome suya para complacerle en cuanto desee.

De pronto noté que ataban mis muñecas rápidamente, con brusquedad. Las retiré,

asustada. ¡Estaban atadas! Las habían apretado con una fuerza increíble. Las había atado un tarsman.

Le miré con miedo. Vi que tomaba un objeto de manos de un guerrero que se hallaba junto a él. Era un collar de acero que estaba abierto, un collar de esclava.

Lo sostuvo frente a mí.

—Lee el collar —dijo Rask de Treve.

—No sé —susurré—. No sé leer.

—Es analfabeta —dijo Ena.

—¡Es una bárbara ignorante! —oí reír a más de una muchacha.

Me sentí muy avergonzada. Miré lo que había grabado en el collar, que era algo minúsculo, escrito con clara cursiva. No podía leerlo.

—Leedlo —dijo Rask de Treve.

La propia Ena se adelantó.

—Dice, «*Soy propiedad de Rask de Treve*».

Luego Rask sostuvo con las dos manos el collar alrededor de mi cuello, sin cerrarlo todavía. Le miré. Yo tenía la garganta rodeada por el collar que él sostenía, pero aún no había sido cerrado. Mis ojos se clavaron en los suyos. Su mirada era agresiva, casi con una expresión divertida; la mía, asustada. Mis ojos imploraban piedad. Supe que no recibiría ninguna. El collar se cerró de golpe. Los hombres y las muchachas que se hallaban a mi alrededor lanzaron un grito de alegría. Oí algunas manos que golpeaban los hombros izquierdos de algunos cuerpos, según la forma goreana de aplauso. Entre los guerreros sonaron espadas y lanzas que golpeaban sus escudos. Cerré los ojos, estremeciéndome.

Los volví a abrir. No tenía fuerzas para levantar la cabeza. Vi delante mío la suciedad del suelo y las sandalias de Rask de Treve.

Entonces recordé que aún tenía que decir una frase más. Así que alcé la cabeza, con los ojos llenos de lágrimas.

—Soy tuya, amo.

Él me puso en pie, colocando sus manos sobre mis brazos. Acercó su rostro al lado izquierdo del mío, y luego al derecho. Olió el perfume. Luego se quedó frente a mí, sosteniéndome. Le miré. Sin darme cuenta, mis labios se separaron y, de puntillas, alcé la cabeza para poder tocar delicadamente con mis labios los de mi amo. Pero él no se inclinó para besarme. Sus brazos me apartaron.

—Ponedle una túnica de trabajo —dijo—, y enviadla al cobertizo.

15. MI AMO QUIERE QUE SU CHICA LE COMPLAZCA

—¡Ute! —grité.

El guarda, cogiéndome por el cabello, me arrojó a sus pies. La miré para descubrir con horror que en el lado izquierdo de su frente todavía había señales del golpe que le había asestado con la roca.

—Yo creía... —murmuré.

Ella estaba de pie ante el cobertizo bajo y alargado que ya había visto antes, al recoger el campamento. Su pesada puerta estaba ahora abierta. La vez anterior, la puerta estaba atrancada y cerrada con dos pesados candados. Una chica muy atractiva, vestida con una breve túnica de trabajo, salió del cobertizo. Yo creía que aquello era un almacén, pero me di cuenta de que era un dormitorio para esclavas dedicadas al trabajo. Comprendí llena de espanto que yo iba a ser una de ellas.

—Llevas un collar —dijo Ute.

—Sí —susurré, arrodillándome ante ella y bajando la cabeza. Había visto que también llevaba un collar. Y lo que era más, alrededor de su frente, sujetando su cabello oscuro hacia atrás, llevaba una tira de tela marrón, del mismo tejido que su túnica de trabajo. Sabía que aquello significaba que tenía autoridad sobre las demás muchachas. Ena era la muchacha con más autoridad del campamento, pero sospeché que Ute era la primera, la jefa de las esclavas dedicadas al trabajo. Comencé a temblar.

—Está asustada —dijo el guarda—. ¿Te conoce?

—La conozco —dijo Ute.

Bajé la cabeza hasta tocar toda la suciedad del suelo con ella. Todavía llevaba las muñecas atadas, tal y como las había dejado Rask de Treve. No me habían puesto ropa aún. Llevaba tan sólo mis ataduras y, alrededor de mi cuello, un collar de acero.

—Puedes dejarnos ahora —le dijo Ute al guarda—. Has entregado a la esclava. Ahora está bajo mi responsabilidad.

Él guarda dio la vuelta y se alejó.

No me atrevía a levantar los ojos del suelo. Estaba aterrorizada.

—El primer día de mi captura, en el primer campamento de mis apresadores —dijo Ute—, caí en poder de Rask de Treve —hizo una pausa—. Surgió de pronto, de la oscuridad, y se situó frente a ellos. Les dijo que le entregasen la esclava, pero ellos prefirieron luchar. «Soy Rask de Treve», les advirtió, y entonces ellos abandonaron sus espadas. Rask ahuyentó a sus tarns del campamento. Me tomó, atada como estaba, en sus brazos, y comenzó a alejarse del campamento. «Os agradezco que me hayáis entregado la esclava», les dijo. Y uno de ellos le respondió: «Y nosotros te

agradecemos, Rask de Treve, que hayas conservado nuestras vidas.» Rask de Treve me trajo hasta aquí, donde me hizo esclava suya.

La miré.

—Llevas el talmit de Kajira —le dije.

—La primera de las esclavas de trabajo —explicó— había sido vendida poco antes de mi captura. Había habido disensiones y facciones entre las muchachas, puesto que cada una de ellas quería que una de sus muchachas fuese la primera. Yo era nueva. No conocía a ninguna. Rask de Treve por decisión propia, y porque por alguna extraña razón yo le merecía confianza, me colocó por encima de ellas.

—¿Voy a ser una esclava de trabajo? —pregunté.

—¿Esperabas ser enviada a la tienda de las mujeres?

—Sí —respondí. Sí que era cierto que en realidad esperaba vivir en la tienda de las mujeres y no en un oscuro cobertizo, entre esclavas de trabajo.

Ute se echó a reír.

—Eres una esclava de trabajo —dijo.

Bajé la cabeza.

—Tengo entendido que te capturaron al sudoeste del pueblo de Rorus.

No dije nada.

—Por lo tanto todavía estabas buscando mi pueblo, Rarir

—¡No! —grité.

—Desde donde habrías ido en busca de la isla de Teletus.

—¡No, no!

—Y una vez en la isla te habrías presentado ante mis padres adoptivos diciendo que eras mi amiga.

Negué violentamente con la cabeza, aterrorizada.

—Quizás ellos incluso te hubiesen adoptado, en lugar mío, como hija suya —sugirió Ute.

—¡Oh no! ¡No, Ute! ¡No!

—Tu vida entonces hubiera sido mucho más fácil y placentera.

Llena de espanto, puse mi cabeza a sus pies.

Ute se inclinó sobre mí y me cogió por el pelo y, retorciéndolo, tiró de él hacia arriba.

—¿Quién traicionó a Ute? —inquirió.

Yo sacudí la cabeza, negándolo.

—¿Quién? —repitió.

Yo no podía hablar, de lo aterrorizada que estaba, pero negué con la cabeza.

—¿Quién?

—Yo —grité—. ¡Fui yo!

—¡Habla como una esclava! —ordenó.

—¡El-in-or traicionó a Ute! —grité—. El-in-or traicionó a Ute.

—Es una esclava despreciable —dijo una voz detrás mío.

Me di la vuelta como pude y vi, llena de consternación, a Rask de Treve. Bajé los ojos y rompí a llorar.

—Tal como tú dijiste —comentó Rask a Ute—, es una esclava despreciable.

Ute apartó las manos de mi cabello y yo bajé la cabeza.

—Es una embustera, una ladrona y una traidora —dijo Rask de Treve—. No es más que una esclava despreciable e inútil.

—Sin embargo —dijo Ute— en un campamento como éste, podemos encontrar cosas que una muchacha como ella puede hacer. Hay muchas tareas serviles en las que podría aplicarse.

—Ocúpate de que trabaje duro.

—Lo haré, amo.

Rask de Treve se alejó de donde yo me hallaba arrodillada, dejándome con Ute.

La miré con lágrimas en los ojos. Moví la cabeza.

—¿Se lo has dicho? —susurré.

—Él me ordenó que hablara y yo, como esclava, tuve que obedecer.

Seguí sollozando y moviendo la cabeza.

—Tu amo te conoce bien, esclava —dijo Ute sonriendo.

Bajé la cabeza, llorando.

—No, no.

—¡Guarda! —llamó Ute.

Un guarda se acercó.

—Desata a la esclava.

Alcé mis muñecas atadas hacia el guarda y él deshizo los nudos. Seguí arrodillada.

—Puedes dejarnos ahora —dijo Ute al guarda y éste se alejó.

—¿Soy verdaderamente una esclava de trabajo? —pregunté.

—Sí.

—¿Estoy bajo tu autoridad?

—Sí.

—¡Ute! ¡No quería traicionarte! ¡Estaba asustada! ¡Perdóname, Ute! ¡No quería traicionarte!

—Entra en el cobertizo. Esta noche tendrás trabajo en la cocina. Pero no comerás hasta mañana.

—Por favor, Ute —lloré.

—Entra en el cobertizo, esclava.

Me puse en pie y, desnuda, entré en el oscuro cobertizo, Ute cerró la puerta detrás mío, dejándome en la oscuridad. Oí cómo se corrían los cerrojos, uno tras otro, y los

candados cerrarse.

El suelo estaba sucio, pero aquí y allí, bajo mis pies, sentí una barra metálica. Caí de rodillas y palpé el suelo. Bajo la porquería, y en algunos lugares al aire libre, había un pesado entramado de barras.

Las muchachas que fuesen encerradas en aquel cobertizo no podrían excavar un túnel hacia la libertad.

No había posibilidad de escapar.

De pronto, encerrada allí dentro, sola en la oscuridad, sufrí un ataque de pánico.

Me lancé contra la puerta, y comencé a golpearla con los puños en medio de aquella oscuridad. Luego, llorando, me dejé ir sobre mis rodillas y la arañé con las uñas.

—¡Ute! —lloré—. ¡Ute!

Luego me arrastré hasta uno de los lados de la puerta, y me senté con las rodillas dobladas bajo la barbilla. Me sentí sola y desgraciada.

Oí el sonido producido por un pequeño urt que correteaba por el cobertizo.

Grité.

Luego me quedé callada, sentada en la oscuridad con las rodillas debajo de la barbilla.

Ute, en contra de lo que yo temía, no fue particularmente cruel conmigo.

Me trató con justicia, del mismo modo que quiso que lo hicieran las demás muchachas. No parecía que yo fuese quien la había hecho caer en manos de los esbirros de Haakon de Skjern.

Yo trabajaba mucho, pero no me pareció estar haciendo más que ninguna de las demás. Sin embargo, Ute no me dejaba huir de mis tareas. Cuando me hube recuperado de mis temores de que se vengase de mí por haberla traicionado, me di cuenta de que me molestaba algo el que no me tratase con algo más de favoritismo que a las demás. Después de todo, hacía muchos meses que nos conocíamos y llevábamos juntas desde mucho antes que Targo cruzase el Laurius en dirección norte hacia el campamento de la ciudad de Laura. Sin duda, algo así debía de tener su importancia. No es que yo fuera una desconocida para ella, como las demás. Y, sin embargo, a pesar de estas consideraciones, ¡no me trataba con ninguna deferencia! Me consolaba pensando que algunas de las otras que trataban de ser particularmente agradables con Ute, que intentaban de insinuarle a su favor, eran tratadas con la misma frialdad. Nos trataba a todas por igual. Se mantenía alejada de nosotras. Ni siquiera dormía o comía con nosotras, sino en el cobertizo de la cocina, en el que la encadenaban durante la noche. Todas la respetábamos. La temíamos. Hacíamos cuanto nos decía. Tras ella sabíamos que estaba el poder de los hombres; sin embargo, no nos gustaba demasiado, puesto que era nuestra superior.

En la medida que me era posible, por supuesto, procuraba evitar algunas de mis

tareas, o las hacía de cualquier manera para así evitarme jaleos y trabajos. A pesar de todo, me pilló una vez con una cacerola grasienta que yo no había fregado bien.

—Trae la cazuela —me dijo.

La seguí a través del campamento. Nos detuvimos junto a los mástiles que ya había visto.

—Las muñecas de la muchacha —dijo— se atan y a continuación se la suspende por ellas y se la deja colgando del mástil más alto. Se le atan los tobillos que se sujetan a la anilla de hierro, a unos centímetros del suelo. Así no se mueve demasiado.

La miré con la cazuela en la mano.

—Éste es el mástil del látigo. Ahora puedes irte, El-in-or.

Di media vuelta y me dirigí corriendo al cobertizo de la cocina para limpiar la cazuela. Después de aquello rara vez dejé algo por hacer y generalmente realizaba mis tareas lo mejor posible.

Sólo se me ocurrió más tarde que Ute no me había hecho azotar.

Durante el día era frecuente que los tarnsmanes de Rask de Treve estuviesen volando. Entonces el campamento parecía muy tranquilo.

Ellos se dedicaban al trabajo de los tarnsmanes de Treve: atacar, saquear y conseguir esclavas.

Alguna de las muchachas gritaba «¡Ya regresan!», y nosotras, vestidas con nuestras túnicas de trabajo, corríamos impacientes al centro del campamento para saludar el regreso de los guerreros. Muchas reían y agitaban sus manos y saltaban o se ponían de puntillas. Yo no demostraba la misma emoción, pero a mí también me emocionaba su regreso. ¡Qué gallardos resultaban aquellos magníficos hombres! Lo que más me estremecía era contemplar el regreso de su líder, el poderoso, el sonriente Rask de Treve. ¡Cuánto me complacía verle traer una muchacha nueva sobre la silla de su tarn, un nuevo trofeo! Tanto las demás chicas como yo las mirábamos con escepticismo y las comparábamos con nosotras, pero ellas nunca salían beneficiadas de la comparación.

Muchas de las muchachas se dirigían a algún guerrero en particular, con los ojos brillantes, saltando para alcanzar los estribos, aupándose para poner sus mejillas contra el nuevo cuero de sus botas. Y más de una era izada hasta la silla para ser abrazada y besada antes de ser devuelta al suelo.

Cuando los tarnsmanes regresaban con sus cautivas y su botín, había una fiesta.

Yo servía en aquellas fiestas, pero cuando llegaba el momento de sacar las sedas para las danzas y los cascabeles de los pesados y adornados baúles, me enviaban al cobertizo para ser encerrada, sola.

Por la ranura de debajo de la puerta oía la música, las risas, los gritos de protesta de las chicas, y los gritos de satisfacción, de victoria de los hombres.

Pero ningún hombre había pedido por mí. No me deseaba ninguno.

En el fondo me alegraba de que me ahorrasen el ignominioso uso al que eran sometidas las otras chicas. ¡Cuánta lástima sentía por ellas! ¡Cuánto me alegraba de no compartir su destino! Gritaba de rabia y tomando puñados de porquería, los arrojaba contra las paredes interiores del cobertizo dentro del que estaba encerrada.

En la tercera o cuarta hora de la mañana, una a una, las chicas, a quienes habían retirado las sedas, regresaban al cobertizo. Qué espabiladas parecían, qué poco fatigadas. ¡Cuánto hablaban las unas con las otras! ¡Cuánto reían! ¡Qué vitales parecían! ¡Había que trabajar al día siguiente! ¿Por qué no se iban a dormir? Algunas cantaban bajito. Otras pronunciaban el nombre de algún tarsman llenas de placer.

Yo hundía mis puños en la porquería del suelo, enfadada.

¡Pero si estarían exhaustas a la mañana siguiente! ¡Entonces sí que se sentirían desgraciadas! ¡Por la mañana, Ute tendría casi que utilizar el látigo para hacerlas salir del cobertizo!

Me alegraba de que nadie hubiese querido tenerme a su lado y me puse a llorar.

En ocasiones acudían visitantes al campamento, aunque es fácil suponer que esas personas eran de la confianza de Rask de Treve.

Por lo general, eran comerciantes. Algunos traían comida y vino. Otros llegaban para comprar el producto de los saqueos de los tarsmanes. Algunas de mis compañeras de trabajo fueron vendidas, y otras capturadas, llegadas a lomos de tars, ocuparon sus lugares, quizá para también ser vendidas, llegado el momento.

Cuando me era posible, me las arreglaba, mientras realizaba mis tareas diarias, para pasar frente a la tienda de Rask de Treve.

A veces veía a la muchacha de cabello moreno, vestida de sedas rojas y los dos brazaletes en el tobillo izquierdo, al pasar por la tienda. Otras veces, veía a otras chicas. En una o dos ocasiones vi a una impresionante rubia vestida de seda amarilla. Parecía que a Rask de Treve le gustaban las muchachas hermosas.

¡Le odiaba!

Una tarde, cuando llevaba unas tres semanas en el campamento, Rask y sus hombres volvieron de una incursión realizada muy al norte.

Había asaltado el campamento de esclavas de su viejo enemigo Haakon de Skjern.

¡Entre las nuevas muchachas llegadas al campamento se encontraban Inge y Rena de Lydius! No había capturado a Lana. Inge y Rena eran las únicas que conocía entre las recién llegadas.

La mañana siguiente a su captura, como sucediera conmigo, ellas y las demás recibieron sus collares. También ellas, como yo, pasaron su primera noche en la tienda de las mujeres. Después de la ceremonia del collar, sin embargo, fueron enviadas al cobertizo. Cuando Rask le puso el collar a Inge, acarició su rubia melena.

Parecía orgulloso de ella. Y ella se atrevió a poner su mejilla contra la mano de Rask. ¡Qué atrevida se había vuelto! ¡La que una vez perteneciera a la casta de los escribas era tan sólo una esclava lasciva y que no tenía vergüenza! ¡Me hubiese gustado arrancarle los ojos y el cabello! ¡Cuánto me alegré yo y qué sorprendidas se quedaron ellas cuando él las envió al cobertizo, donde les darían túnicas para vestirse, y se encontrarían convertidas en esclavas de trabajo del campamento!

¡Cuánto se alegraron Inge y Rena cuando las obligaron a arrodillarse frente a Ute! Pero Ute ni siquiera las dejó levantarse.

La miraron llenas de espanto.

—Yo soy Ute. Soy la primera entre las esclavas de trabajo. Me obedeceréis. Seréis tratadas exactamente como las demás muchachas, ni mejor, ni peor. Si no me obedecéis con exactitud y prontamente en todo aquello que os indique, seréis azotadas.

La miraron sin acabar de entender.

—¿Habéis comprendido?

—Sí —dijo Inge.

—Sí —dijo Rena.

—La esclava El-in-or —dijo Ute—, que se acerque.

Yo había intentado ocultarme en la parte de atrás. A la orden de Ute, me acerqué hacia delante.

—Ésta es una de mis muchachas, como vosotras. No seréis crueles con ella.

—¡Ute! —protestó Inge—.

—Porque si no, os haré azotar.

Inge la miró con rabia.

—¿Lo habéis entendido?

—Sí —dijo Inge.

—Sí —contestó Rena de Lydius.

—El-in-or, acompaña a estas nuevas esclavas y dales túnicas de trabajo, y luego tráelas de nuevo ante mi presencia para que les asigne tareas.

Inge, Rena y las demás nuevas me siguieron y las conduje hasta el baúl que había a un lado del cobertizo, donde les busqué sus sencillos vestidos de color marrón que constituirían su única prenda.

—Pero a mí me entrenaron como esclava de placer —protestó Inge. Sostenía la pequeña prenda doblada entre las manos.

—Póntela —le ordené.

—¡Yo era de casta alta! —exclamó Rena de Lydius.

—Póntela.

Finalmente, ambas quedaron de pie delante mío con sus nuevas ropas puestas.

—Resultas una atractiva esclava de trabajo —le dije a Inge.

Apretó los puños.

—Tú también —le dije a Rena.

Me lanzó una mirada llena de rabia, con los puños apretados.

Las muchachas se pusieron sus túnicas y luego las conduje a todas de nuevo ante Ute.

Cuatro días más tarde Rask de Treve y sus feroces hombres regresaron de cumplir sus tareas como guerreros.

Oí gritar a una de las muchachas.

—¡Qué hermosa es! —dijo.

Supuse que había llegado una mujer más al campamento.

¡Yo tenía que quedarme detrás del cobertizo de la cocina planchando mientras a las demás se les permitía saludar a los hombres! Me pregunté si Inge estaría allí, ¡sonriendo y saludando a Rask de Treve!

Al cabo de un rato, los gritos disminuyeron y supe que los hombres habían desmontado y que las cautivas que hubiera habrían sido enviadas a la tienda de las mujeres. Las muchachas regresaron a sus tareas.

Seguí planchando.

Al cabo de más o menos un cuarto de ahn, me di cuenta de que había alguien de pie delante mío. Vi unos talones morenos y delgados. Levanté los ojos y descubrí unas piernas delgadas, fuertes y morenas. Y, finalmente, descubrí horrorizada el breve vestido de una mujer pantera. En su cinturón había un cuchillo de eslín. Llevaba también adornos de oro. Alcé los ojos para contemplar a aquella mujer, alta, fuerte y bella.

Bajé la cabeza, llorando por mi desdicha.

—Parece que te conoce —dijo Rask de Treve.

—¿Quién es? —preguntó Verna.

Rask se encogió de hombros.

—Una de mis esclavas —dijo.

Verna me sonrió.

—¿Me conoces, verdad esclava? —preguntó.

Respondí negativamente con la cabeza.

Verna no llevaba collar. No era una cautiva, así que mucho menos una esclava. Por la actitud de mi amo, comprendí que ella era, por alguna razón que yo no acababa de entender, una invitada.

—Nos conocimos por primera vez, fuera del campamento de esclavas del mercader Targo, al norte de Laura. Luego, en las calles de Ko-ro-ba, donde incitaste a otras esclavas a que me atacasen. Más tarde, al sur de Ko-ro-ba, cuando estaba enjaulada entre los trofeos de caza de Marlenus de Ar, tú, junto con otra muchacha llamada Lana, abusaste mucho de mí.

Bajé la cabeza.

—Me conoces, ¿no es cierto?

Sacudí la cabeza, ¡no, no!

—Tu esclava es una embustera —dijo Verna.

—¿Deseas que la haga azotar? —preguntó Rask.

—No. No es más que una esclava.

—No vuelvas a mentir en este campamento —dijo Rask.

—No, amo —susurré.

—Se me está acabando la paciencia contigo, El-in-or.

—Sí, amo.

—No sé mucho del trabajo que estás realizando —me dijo Verna—, pero ¿no corres el riesgo de quemar la prenda que estás planchando?

Me apresuré a apartar la plancha, colocándola sobre la placa de hierro caliente.

Afortunadamente, la prenda no había sufrido desperfectos, pues de lo contrario Ute me habría castigado.

—Permíteme que te enseñe el resto del campamento —dijo Rask de Treve a Verna.

Ella miró hacia mí.

—Sigue con tu trabajo, esclava —me dijo.

Aquella noche, después de recibir mi comida y antes de que llegase la hora de ser enviada al cobertizo, me acerqué a la tienda de las mujeres.

—¡Ena! —llamé, sin levantar apenas la voz.

Ena se acercó a la entrada de la tienda y yo me arrodillé ante ella, poniendo la frente en el suelo.

—¿Puede hablar una esclava? —pregunté.

Ena se arrodilló delante mío y me ayudó a levantarme, sosteniendo mis brazos.

—Por supuesto, El-in-or. ¿Qué ocurre?

—Hay una mujer nueva, una mujer libre en el campamento —dije.

—Es Verna, una mujer pantera de los bosques del norte.

—¿Por qué está aquí?

—Ven conmigo —dijo. Me llevó hasta el otro extremo del campamento, hasta que llegamos a una pequeña tienda. Delante de ella, frente a una hoguera, estaban sentados dos atractivos cazadores.

—Estaban entre los acompañantes de los trofeos de caza de Marlenus de Ar —susurré.

Aquellos dos hombres estaban siendo servidos por una esclava. Inge y Rena estaban allí con sus túnicas de trabajo puestas.

—Esos hombres —dijo Ena—, son Raf y Pron, cazadores de Treve, aunque cazan en zonas muy diversas, incluso en los bosques del norte. Por orden de Rask, por su

habilidad con las armas y su dominio de las técnicas y la ciencia de la caza, se hicieron pasar por originarios de Minus para así poder solicitar ser admitidos en el grupo de caza del gran Ubar, cosa que consiguieron. Treve tiene espías en muchos sitios.

—Son los que liberaron a Verna —dije.

—Al liberarla, acudieron a un lugar de cita previamente acordado, donde se reunieron con Rask de Treve y sus hombres, que son quienes los trajeron a ellos y a Verna aquí.

—Pero, ¿por qué deseaban liberarla?

—Verna es muy conocida en Gor como una proscrita. Cuando se supo que Marlenus iría tras ella, Rask de Treve dio orden a Raf y a Pron de que se uniesen a la comitiva de Marlenus.

—¿Pero por qué?

—Para que si Marlenus conseguía su objetivo, se viese privado de su trofeo de caza.

—Pero, ¿por qué?

—Capturar a esa mujer, es algo que lleva consigo mucha gloria, y por lo tanto cabe pensar que perderla fuera algo ignominioso.

—¿Quieres decir que ha sido capturada sólo para que Marlenus de Ar se quede sin ella?

—Por supuesto. Treve y Ar son enemigas —sus ojos brillaron y yo no tuve demasiadas dudas para imaginar de qué lado estaban sus simpatías—. ¿No te parece un insulto soberbio para Marlenus de Ar?

—¿Qué se sabe de las otras chicas, las que estaban en el grupo de Verna? —pregunté. Yo temía en particular a la rubia que había tirado de la cuerda sujeta a mi cuello y de la que yo había abusado también cuando estaba enjaulada. Sólo pensar en ella me producía terror. Si estaba libre, podía hacerme cualquier cosa.

—Las otras siguen encadenadas en la comitiva de Marlenus.

—¡Oh! —dije yo mucho más tranquila.

Observé cómo llenaba Inge la jarra de paga de uno de los cazadores. Se arrodilló más cerca de él de lo necesario. Tenía los labios entreabiertos y le brillaban los ojos. Sus manos temblaban levemente sobre la botella de paga. Rena estaba arrodillada a un lado. Miraba cómo su cazador limpiaba la carne de un gran hueso. Se notaba que estaba impaciente por servirle, en cuanto él se lo indicase.

¡Qué esclavas más lascivas y desvergonzadas eran!

—Rask de Treve odia a Marlenus de Ar —dijo Ena.

Asentí.

—¿Has visto a la muchacha morena, que a veces está en su tienda? —preguntó.

—Sí —contesté.

—¿Sabes quién es?

—No. ¿Quién es?

Ena volvió a sonreír.

—¡El-in-or! —gritó Ute—. ¡Ve al cobertizo!

Me levanté corriendo y, enfadada y atemorizada, atravesé el campamento para ser encerrada en él.

Sin embargo, no tardaría en saber quién era aquella muchacha de cabello oscuro.

Verna tenía su propia tienda, aunque a menudo, cuando Rask estaba en el campamento, comía con él. A veces, incluso, ella salía de la empalizada, algo que a las demás muchachas no nos estaba permitido, para caminar y cazar.

Tampoco era infrecuente que Verna pidiese que fuera yo quien atendiese su tienda, preparase su comida y se la sirviese. Pero no era más cruel conmigo que con cualquier otra esclava a quien se le asignase aquellos servicios. Yo procuraba que mi presencia no se advirtiese, sirviéndola lo más discreta y anónimamente posible. Ella tendía a ignorarme, como suele hacerse con las esclavas. Procuraba asegurarme de que la complacía en todos los aspectos, pues la temía profundamente.

Una noche en la que se celebraba una fiesta Verna la celebró en la tienda de Rask, y, para sorpresa mía, se me ordenó servirles. Otras muchachas habían preparado la comida, que para el campamento de guerra era ciertamente suntuosa. Había incluso ostras traídas del delta del Vosk, y que formaban! parte del botín de una caravana de tarns de Ar; tales delicias estaban destinadas a la mesa del propio Marlenus, el Ubar de Ar. Serví la comida, y escancié los vinos, y mantuve sus copas llenas, manteniéndome lo más discreta posible.

Ella me echó una de las ostras.

—Come, esclava.

Comí.

Al hacer aquello daba a entender que me estaba permitido comer. No es infrecuente, dentro de las normas de cortesía goreanas, que en tales situaciones se permita al huésped conceder el permiso de alimentarse a los esclavos que se hallen presentes.

—Gracias, Señora —dije.

Rask de Treve me echó entonces un pedazo de carne, para que saciase mi apetito, puesto que yo aún no había comido nada.

—Tengo una sorpresa para ti —le decía Rask a Verna.

—¿Cuál es?

Rask dio una palmada y cuatro músicos, que habían estado esperando fuera, entraron en la tienda. Se colocaron en un lado. Tenían dos pequeños tambores, una flauta y un instrumento de cuerda.

Dio dos palmadas más fuertes. Entonces la muchacha de cabello oscuro y ojos

verdes, se situó frente a él.

—Que se ponga cascabeles de esclava —le dijo Rask a uno de los músicos. Éste colocó unas tiras de cuero sobre las que se habían montado los cascabeles sobre las muñecas y los tobillos de la muchacha.

—Por favor, amo —suplicó ella—. Delante de una mujer, no.

Se refería a Verna, pues yo no era más que una esclava.

Rask de Treve le echó una ostra.

—Cómetela —le ordenó.

Hubo un tintineo de cascabeles y la muchacha cumplió su orden.

—Quítate la ropa —dijo Rask.

—Por favor, amo —suplicó ella.

—Quítatela.

Aquella hermosa muchacha de piel olivácea abrió su ropa y la dejó caer a un lado.

—Ahora puedes bailar, Talena —dijo Rask de Treve.

La muchacha danzó.

—No lo hace mal —dijo Verna.

—¿Sabes quién es?

—No.

—Talena —dijo Rask sonriendo—. La hija de Marlenus de Ar.

Verna le miró atónita y luego rió de buena gana.

—¡Espléndido! —dijo dándose una palmada en la rodilla—. ¡Espléndido!

Se puso de pie y examinó a la muchacha desde más cerca.

La melodía se hizo más rápida y quemaba como el fuego en el cuerpo de la esclava.

—¡Dámela a mí! —exclamó Verna.

—Quizás.

—Soy enemiga de Marlenus de Ar. Dámela.

—Yo también soy el enemigo de Marlenus de Ar.

—¡Yo le enseñaré bien el significado de la esclavitud en los bosques del norte!

Vi una expresión de miedo en los ojos de la muchacha, mientras bailaba. Yo seguí dando buena cuenta del pedazo de carne que se me había permitido comer.

La muchacha tenía un aspecto hermoso e indefenso mientras bailaba. Las llamas del fuego refulgían sobre su collar, que había sido colocado por Rask de Treve. Pero no sentía lástima por ella. No tenía nada que ver conmigo. No era más que otra esclava.

—Ya le he enseñado algunas cosas acerca de la esclavitud —sonrió Rask.

Los ojos de la muchacha parecían demostrar que no podría soportar aquello por mucho tiempo.

—¿Qué tal es? —preguntó Verna.

—Soberbia.

Los ojos de la muchacha brillaron por la humillación y la vergüenza.

—¿Dónde la conseguiste?

—La adquirí hace un año, de un comerciante de Tyros que viajaba con su caravana a través de Ar, con intención de devolvérsela a Marlenus a cambio de una recompensa.

—¿Cuánto te costó?

—El mercader se convenció de que debía entregármela, sin que hubiese de pagar nada, como prueba de su estima por los hombres de la ciudad de Treve.

Verna se echó a reír.

—Yo no compro mujeres —dijo Rask de Treve.

—¡Es maravilloso! —exclamó Verna—. ¡Tu campamento secreto se halla dentro de la propia región de Ar! ¡Espléndido! ¡Y dentro de tu campamento tienes a la hija de tu peor enemigo, la hija del gran Ubar de la propia Gran Ar, como esclava! ¡Magnífico!

Rask dio dos palmadas. Los músicos pararon y ella se detuvo.

—Es suficiente, esclava.

Ella se volvió para salir de la tienda.

—No te olvides la ropa, muchacha —dijo Verna.

La esclava se agachó y recogió con un gesto rápido y algo brusco el trozo de seda roja que había dejado caer. Lo tomó, y con un tintineo de cascabeles de esclava, salió corriendo de la tienda de su señor.

Rask de Treve y Verna se echaron a reír.

—Esta noche —me dijo Rask—, como hemos traído nuevas prisioneras, hay fiesta y placer.

—¿Sí, amo? —dije.

—Así que ve en busca de Ute, y dile que te encierre en el cobertizo.

—Sí, amo.

—¿Por qué no me das a Talena? —preguntó Verna.

—Quizás lo haga. Tengo que pensar en ello.

Al día siguiente, unida a Techne, una chica de Cos, se me permitió por primera vez salir de la empalizada. Había un guarda con nosotras y se nos había encargado llenar nuestros cubos de cuero de una determinada variedad de bayas pequeñas, rojas, con semillas comestibles.

Me sentí feliz por encontrarme fuera de la empalizada. El aire era maravillosamente cálido y me sentía contenta. Le había pedido a Ute muchas veces que me dejase salir para recoger fruta. Pero por una razón u otra, nunca me había dado permiso.

—No me escaparé —le decía yo enfadada.

—Ya lo sé —solía contestarme ella.

¿Por qué no me dejaba salir, pues? Finalmente, había cedido a mis súplicas y lo había permitido. Era estupendo estar allí fuera, aunque fuese unida al cuello de otra muchacha por una tira de cuero. Además, aquel día, habían traído a dos nuevas prisioneras, muchachas que habían huido del seno de sus familias antes que aceptar ser unidas a compañeros elegidos para ellas por sus padres. Habría otra fiesta, como la de la noche pasada, y Ute me había dicho que si la recogida de bayas iba bien, no haría falta que me encerrasen en el cobertizo tan temprano por la noche. Se me permitiría servir a los hombres más tarde.

—Supongo que en ese caso tendré que vestirme con seda —le había dicho a Ute, enfadada.

—Y ponerte cascabeles de esclava —añadió ella.

¡Qué furiosa me sentí!

—No deseo servir a los hombres —le dije—. Además, no quiero servirles llevando un leve trozo de seda transparente y cascabeles de esclava.

—Bueno, si lo deseas, puedes permanecer en el cobertizo.

—Supongo que eso no sería justo para con las demás. No estaría bien que yo me quedase en el cobertizo, mientras a ellas se las obliga a servir vestidas con sedas y cascabeles.

—¿Quieres servir o no?

—Lo haré —contesté con aire resignado.

—Pero si un hombre se fija en ti, no debes entregarte a él porque eres seda blanca.

Me sentí llena de rabia.

—¿Acaso soy responsable de proteger mi propio precio en el mercado? —le pregunté irónicamente.

—Sí —contestó muy seriamente—. Aunque yo, si fuera un hombre, pagaría más por una muchacha que fuera seda roja.

—No debo hacer nada para estropear la inversión de Rask de Treve.

—Eso es.

—¿Qué ocurriría si me cogiese un hombre y no quisiera escuchar mis razones? —pregunté.

Ute se echó a reír. Fue la primera vez que la vi reírse en el campamento.

—Pues grita y los demás te librarán de él, y le enviarán una seda roja.

Ute se dirigió al guarda.

—Ponle el lazo alrededor del cuello —le dijo. Y Techne y yo quedamos unidas y salimos fuera de la empalizada.

—Ten cuidado, El-in-or —gritó Ute.

No entendí a qué se refería.

—Está bien —le respondí.

Sentí un tirón en el cuello.

—¡Date prisa, El-in-or! —dijo Techne—. ¡Hemos de regresar pronto y nuestros cubos no están ni medio llenos!

Me sentí molesta con ella. Era joven. Era una esclava preciosa, aunque tenía experiencia para saber lo que era un collar.

El sol caldeaba suavemente todo mi cuerpo y yo me desperecé, alegre.

Cuando ni el guarda ni ella me miraban, yo tomaba puñados de bayas de los cubos de Techne y los ponía en los míos. ¿Por qué tenía yo que trabajar tanto como ella? También, cuando no miraban, me llevaba algunas bayas a la boca, teniendo cuidado de que sus jugos no me manchasen la cara y se notase que las había estado comiendo. Ya había hecho aquello anteriormente, cuando estaba en la caravana de Targo. Ni Ute ni el guarda me habían visto nunca. Los había engañado a los dos. ¡Yo era demasiado inteligente como para que ellos se dieran cuenta!

Por fin nuestros cubos estuvieron llenos y regresamos al campamento.

El guarda tendió los cubos a otras muchachas para que los: llevasen a la cocina, y luego nos soltó.

—El-in-or, Techne —dijo Ute—: seguidme.

Nos llevó a aquella parte del campamento en la que estaba el tronco dispuesto horizontalmente sobre los mástiles y que parecía más bien un tronco del que hubiera que colgar carne o trofeos de caza. Cerca de la anilla de hierro enterrada en el suelo justo debajo de su centro, Ute nos dijo a Techne y a mí que nos arrodillásemos.

A un lado había un brasero lleno de carbones blancos. Del brasero salían los mangos de cuatro hierros. El fuego era bastante vivo, y parecía que llevaba ardiendo dos o tres ahns, quizás incluso desde que nosotras habíamos salido del campamento para coger las bayas.

Sentí miedo.

Había dos o tres guardas allí y algunas de mis compañeras de trabajo.

Uno de los guardas era el que nos había acompañado a Techne y a mí fuera de la empalizada.

También otros hombres y mujeres del campamento se acercaron a los mástiles. Ute se puso de pie, muy seria, frente a nosotras.

Techne miró a su alrededor, asustada. A mí aquello no me gustaba tampoco, pero intenté parecer tranquila.

—Techne —dijo Ute—. ¿Has robado bayas del cubo de El-in-or?

—¡No, no! —exclamó.

—El-in-or, ¿has robado, o no, bayas del cubo de Techne?

—No las he robado —respondí.

Ute se volvió hacia el guarda.

—La primera —dijo él—, dice la verdad. La segunda está mintiendo.

—¡No! —grité—. ¡No!

Ute me miró.

—No es difícil de creer, El-in-or —me dijo—. A veces el guarda te ve, por la sombra, o sabe lo que estás haciendo por el sonido, o ve las distintas cantidades de los cubos; a veces sabe lo que haces por el reflejo en el metal de su escudo.

—¡No! —supliqué—. ¡No!

—Robaste de mi cubo con mucha frecuencia —dijo Ute—, pero yo le pedía al guarda, que también lo sabía, que no informase sobre ti.

Bajé la cabeza, sintiéndome desdichada.

—No volveré a robar bayas nunca más, Ute —le dije.

—No. No creo que vuelvas a hacerlo.

La miré.

—Pero esta vez —prosiguió— le has robado a Techne, que es una de mis muchachas. No puedo permitirlo.

Ute se volvió hacia Techne.

—¿Has comido alguna baya? —le preguntó.

—No —respondió asustada.

—Y tú, El-in-or, ¿has comido alguna?

—¡No, Ute! —respondí—. ¡No!

Entonces Ute volvió a situarse frente a Techne.

—Abre la boca y saca la lengua —le ordenó.

Ute le inspeccionó la boca y la lengua.

—Bien —dijo.

Entonces se situó frente a mí.

—Por favor, Ute —supliqué—. ¡Por favor!

—Abre la boca y saca la lengua.

Lo hice. Hubo muchas risas en el grupo.

—Puedes irte, Techne —dijo Ute.

La joven esclava se puso en pie y salió corriendo.

Yo comencé a ponerme en pie también.

—No, El-in-or.

Me arrodillé frente a ella temblando.

—Quítate la ropa.

Obedecí aterrada, y volví a arrodillarme frente a ella como antes.

—Ahora, pídele a un guarda que te marque y te azote.

—¡No! ¡No, no, no, no!

—Yo la marcaré —oí una voz detrás mío.

Me volví para ver a Rask de Treve.

—¡Amo! —lloré, y me eché a sus pies
—Sujetadla —dijo a cuatro de sus hombres.
—¡Por favor! —grité—. ¡No, amo, no!

Los cuatro hombres me sostuvieron, desnuda, cerca del brasero. Podía sentir el calor que me llegaba del fuego.

Vi que Rask, con un enorme guante, sacaba uno de los hierros del fuego. El hierro acababa en una pequeña letra. Estaba caliente.

—Esto es una marca de castigo —dijo él—. Te marca como embustera.
—¡Por favor, amo!

—Se me ha agotado la paciencia contigo. Has de ser marcada como lo que eres.

Grité sin poderme controlar cuando él apretó el hierro firmemente contra mi pierna. Después, al cabo de unos tres o cuatro ihns, lo retiró. Yo no podía dejar de gritar por el dolor. Noté el olor a carne quemada, mi propia carne. Comencé a llorar. No podía respirar. Intenté tomar una bocanada de aire. Los cuatro hombres siguieron sujetándome.

—Esta marca de castigo —dijo Rask de Treve sosteniendo otro hierro— te marca como lo que eres, una ladrona.

En el extremo había otra letra, candente como la anterior.

—¡Por favor, no, amo! —lloré.

No podía mover un solo músculo de mi pierna izquierda. La sujetaban con fuerza pues aún tenía que recibir el segundo hierro.

Volví a gritar. Acababan de marcarme como ladrona.

—Este tercer hierro también es una marca de castigo. Te marco por él, no por mí mismo, sino por Ute.

A través de las lágrimas pude ver que también era una letra.

—Te marca como una traidora —dijo Rask. Me miró enfurecido—. Serás marcada como traidora —Apretó el tercer hierro contra mi carne. Cuando se pegó a ella, ardiendo, vi que Ute miraba, sin que su rostro dejase traslucir ninguna emoción. Grité, lloré, y volví a gritar.

Pero los hombres no me soltaron.

Rask alzó el último hierro que había en el fuego. También estaba muy caliente. Conocía la marca. La había visto en el muslo de Ena. Era la marca de Treve. Rask había decidido que mi carne debía llevar aquella marca.

—No, amo, por favor —le supliqué.

—Sí, esclava inútil, llevarás en tu carne la marca de Treve.

—¡Por favor!

—Cuando los hombres te pregunten quién te marcó como ladrona y embustera y traidora, señala esta marca y di que fuiste marcada por un hombre de Treve, que estaba disgustado contigo.

—No me castigues con el hierro.

No podía mover el muslo. Estaba obligada a esperar el lacerante beso del hierro.

—¡No! —grité—. ¡No!

Se me acercó. Podía sentir el calor terrible del hierro, incluso a varios centímetros de distancia de mi cuerpo.

—¡Por favor! ¡No!

El hierro se detuvo.

Vi sus ojos y me di cuenta de que no se apiadaría de mí.

—Con el signo de Treve te marco esclava.

Entonces el hierro, crujiendo, fue apretado, con fuerza y firmeza, sobre mi carne, durante unos cinco segundos.

Grité y lloré, y comencé a toser y vomitar.

Ataron mis muñecas delante de mi cuerpo, con una larga tira de fibra, que fue echada a continuación por encima del tronco de madera dispuesto horizontalmente. El extremo libre de la tira fue atado a un lado. Los hombres se apartaron.

Yo estaba llorando.

—Traed el látigo —dijo Rask de Treve.

Quedé colgando a medio metro del suelo. Sentí que ataban mis tobillos y luego una tira los aseguró a la anilla que había debajo, la que estaba fijada a la roca enterrada en el suelo. De aquella manera yo no me movería demasiado al recibir los golpes.

—¡Por favor, amo! —grité—. ¡No me golpees! ¡No soporto el dolor! ¡No lo entendéis! ¡Yo no soy una muchacha corriente! ¡Me duele! ¡Soy demasiado delicada para ser azotada!

Oí cómo se reían los hombres y las muchachas a mi alrededor. Me quedé colgando por las muñecas, en medio de mi desdicha. Parecía que mi muslo estaba ardiendo. Las lágrimas saltaban a borbotones de mis ojos. Tosía y no podía respirar. Oí la voz de Rask de Treve.

—Para empezar recibirás un golpe por cada una de las letras de la palabra «*Embustera*» y luego uno por cada una de las letras de la palabra «*Ladrona*», luego un golpe por cada una de las letras de la palabra «*Traidora*». Tú contarás los golpes.

Lloré.

—Cuenta —ordenó.

—Soy analfabeta —lloré—. ¡No sé cuánto hay que contar!

—Hay nueve letras en la primera palabra —dijo Inge.

La miré horrorizada. No la había visto hasta aquel momento. No quería que viese cómo me azotaban. También vi que Rena estaba cerca. No quería que ellas viesen cómo me azotaban.

—Has gritado mucho cuando te marcaban —dijo Inge.

—Es verdad —convino Rena.

—Cuenta —ordenó Rask de Treve.

—¡Uno! —grité en medio de mi desgracia.

De pronto mi espalda explotó. Grité, pero no salió ningún sonido de mi garganta. Parecía no quedar un aliento en mi cuerpo. Luego sólo sentí el dolor y casi perdí el conocimiento. Colgaba de las muñecas. Sólo recordaba el sonido del cuero y el dolor.

No podía soportarlo.

—¡Cuenta! —oí.

—No, no —dije.

—Cuenta —me urgió Inge—, o será peor para ti.

—Cuenta —me presionó Rena—. ¡Cuenta! El látigo no disminuirá tu valor. Las tiras son demasiado anchas. Sólo castigan, no dejan marca.

—Dos —lloré.

El cuero cayó de nuevo sobre mí y me quedé sin respiración. Me retorcí, colgando, con la sensación de que mi cuerpo ardía.

—¡Cuenta! —gritó Rask de Treve.

—No puedo —sollocé—. No puedo.

—Tres —dijo Ute—. Yo contaré por ella.

El látigo cayó de nuevo.

—Cuatro —dijo Ute.

Perdí el conocimiento dos veces mientras me azotaban, y las dos veces me ayudaron a recuperarlo echándome agua helada. Por fin Ute contó el último de los golpes. Yo seguí colgada, con la cabeza caída hacia abajo, sin fuerzas para valerme por mí misma.

—Ahora —me anunció Rask de Treve—, te azotaré hasta que me parezca suficiente.

Me dio diez latigazos más. Perdí el conocimiento dos veces de las que me recuperé gracias, de nuevo, al agua helada que me echaron encima. Finalmente, sin que acabase de comprender del todo lo que oía, escuché «*Dejadla caer*».

Quitaron la fibra de atar de mis muñecas, pero me ataron las manos en la espalda, para que no pudiera hacerme nada en las marcas. Me pusieron brazaletes de esclava. Luego él me llevó, sujetándome por el pelo, dando tumbos y sin fuerzas ni para andar, hasta la pequeña caja de hierro situada cerca de los mástiles y me echó dentro.

Me acurruqué en el suelo, en el interior de la caja, y vi cómo se cerraba la puerta y oí el sonido de los cerrojos al ser corridos. Por último distinguí el clic de los candados.

Me encerraron allí dentro. Alcanzaba a atisbar algo del exterior gracias a la ranura superior que había en la puerta de hierro. Hacía calor y estaba oscuro.

Recordé que una de las esclavas, el primer día de mi estancia en el campamento,

me había advertido que, si robaba o mentía, me azotarían y me enviarían a aquella celda para esclavas.

Gemí y me dejé caer sobre uno de mis costados, para recoger las rodillas debajo de mi barbilla, mientras mis manos seguían atadas, con los brazaletes, a mi espalda. Me quemaba el muslo por las marcas, y la espalda y la parte posterior de mis piernas me escocían y me ardían por la crueldad del látigo. Elinor Brinton, de Park Avenue, había sido marcada como embustera, ladrona y traidora, y un tarnsman temerario de otro planeta, su amo, había grabado sobre su carne, insolentemente, la marca de su propia ciudad. A la joven que estaba en la garita de las esclavas no le cabía la menor duda de a quién pertenecía. Él le había puesto un collar, y, con un hierro candente, había colocado su marca sobre la carne de ella.

Quedé inconsciente en la caja de las esclavas. Pero aquella noche se desperté por el frío, con el cuerpo aún dolorido.

Desde el otro lado de la puerta me llegaron los sonidos de la fiesta y del placer, por la celebración en honor de las dos muchachas capturadas cuando huían de los compañeros elegidos para ellas por sus padres.

Pasé bastantes días en la garita para las esclavas. La puerta sólo se abría para darme de comer y beber, pues no soltaron mis muñecas. No se me permitía estirarme, o salir para relajar las piernas. El quinto día, retiraron los brazaletes que aseguraban mis muñecas, pero permanecí en la caja. En realidad la propia caja, su calor, su oscuridad, sus pequeñas dimensiones, también me infligían su tortura.

Durante los primeros días, con las manos atadas, grité y di patadas y supliqué que me dejaran salir. Cuando retiraron los brazaletes, y me pasaban el agua y la comida a través del hueco que quedaba a los pies de la puerta, golpeé, grité y arañé la parte interior de la garita. Pasaba los dedos a través de la pequeña ranura e imploraba piedad. Temía volverme loca. Ute me daba de comer y llenaba el cuenco del agua, pero no hablaba conmigo. En una ocasión, sin embargo, sí me dijo algo.

—Serás puesta en libertad cuando tu amo lo desee y no antes.

Un día Inge se acercó por allí, para provocarme.

—Rask de Treve se ha olvidado de ti —me dijo.

Rena estaba con Inge.

—Sí —rió Rena—, se ha olvidado de ti. Se ha olvidado.

El décimo día, en vez del cesto con el pan, Ute metió uno diferente en la garita por debajo de la puerta, junto con el del agua. Grité. Unas cosas pequeñas, que emitían débiles sonidos, se movían y se arrastraban unas encima de otras dentro del cesto. Grité otra vez y empujé el cesto hacia fuera. Lo habían llenado con los gruesos insectos verdes que, en la espesura de Ka-la-na, Ute me había dicho que eran comestibles. Grité histéricamente y golpeé los lados de la garita. Al siguiente día ocurrió lo mismo, y arrojé aquello por debajo de la puerta, casi vomitando. A través

de la ranura superior vi cómo Ute partía uno de aquellos bichos en dos y se lo comía. Luego dio media vuelta y se alejó. Decidí pasar hambre. Pero al día siguiente, casi vomitando, me comí cinco de ellos. Aquellos insectos fueron mi comida durante el resto del tiempo que permanecí en la minúscula garita para las esclavas. Me pasaba horas mirando por la ranura para ver si pasaba alguien. Si eso ocurría, les llamaba a voces, pero ellos no contestaban, pues no se habla con una muchacha que está en la caja de las esclavas. Así que al final me alegraba simplemente por ver a alguien pasar, o pájaros posarse sobre la hierba y comer semillas. Permanecí dieciocho días en la caja.

La noche del decimoctavo día, Ute, Inge y Rena se acercaron a la puerta.

—¿Desea El-in-or, la esclava, abandonar la garita? —preguntó Ute.

—Sí, El-in-or, la esclava, desea salir de la garita —susurré.

—¿Suplica El-in-or, la esclava, salir de la garita?

—¡Sí! ¡Sí! —lloré—. ¡El-in-or la esclava suplica salir de la garita!

—Soltad a la esclava —ordenó Ute a Inge y Rena.

A gatas, centímetro a centímetro, martirizada por el dolor que me producía el movimiento, conseguí llegar hasta la salida. Me desplomé sobre la hierba.

—Lavad a la esclava —dijo Ute, algo molesta, a Inge y Rena.

Grité de dolor cuando estiraron mi cuerpo, y luego, con cepillos y agua, casi vomitando, me lavaron.

Cuando acabaron y me lavaron el pelo, llamaron a un guarda que, no muy contento, me llevó en brazos, pues yo no podía valerme por mí misma a causa del dolor, hasta el cobertizo de las esclavas de trabajo. Allí Ute, Inge y Rena me alimentaron a base de sencillos caldos que yo agradecí. Al día siguiente, tal y como había ordenado Ute, permanecí en el cobertizo, y Rena e Inge me trajeron bebida y comida. Volví a trabajar a la mañana siguiente. Mi primera tarea fue limpiar la garita de las esclavas, para librarla de toda suciedad. Después de haberlo hecho, desnuda, y de haber lavado mi cuerpo y mi cabello concienzudamente, se me dio una túnica de esclava de trabajo. Me pareció una prenda muy agradable. Aquel día hice varias cosas diferentes. A media tarde, fui enviada fuera del campamento, unida a Techne por el cuello para recoger bayas. No le robé ninguna, ni tampoco se me ocurrió comer alguna.

En el campamento era considerada con menosprecio y risas. No solamente tenía las orejas agujereadas, sino que, además, llevaba impresas en la carne marcas de penalización, marcas de castigo.

En una ocasión, dos semanas después de que me fuera permitido salir de la caja de las esclavas, Rask de Treve pasó junto a mí en compañía de Verna.

Me postré de rodillas inmediatamente y puse mi cabeza sobre el suelo.

Ninguno de los dos me vio.

Los días se sucedían en el secreto campamento de guerra de Rask de Treve.

Los tarnsmanes no tenían mucha suerte en sus salidas y eran muchas las ocasiones en que regresaban con las alforjas vacías, sin ninguna belleza atada a su silla.

Solía hacer mi trabajo sin hablar y rara vez conversaba con las otras muchachas o me decían ellas algo a mí.

No tenía el más mínimo interés por mentir o hacer trampa o por no tomarme en serio el trabajo. Supongo que ello se debía en parte a mi miedo de ser castigada. No había olvidado el hierro o el látigo. Los temía. Ni siquiera podía ver un látigo de esclava sin sentir terror, pues ahora entendía el dolor de lo que significaba y lo que aquello me podía hacer a mí. En cuanto un guarda alzaba uno, me estremecía. ¡Obedecía y con prontitud! Pensé mucho durante mi estancia en la caja de las esclavas y no me gustó lo que descubrí acerca de mi manera de ser. Sabía que mi cuerpo era el de una esclava y que le pertenecía a alguien, que por ello estaba en peligro constante de sufrir un castigo rápido y brutal, aplicado por un amo fuerte y que eso podía ocurrir tanto si el castigo era merecido como si no. Pero al mismo tiempo, y de acuerdo con la justicia goreana, sabía que lo que me había ocurrido era justo, que me había ganado y merecido el hierro, el látigo y los días de confinamiento. No deseaba volver a pasar por ello, y no simplemente porque lo temiese, sino porque me parecía indigno haber hecho aquello que lo había motivado. En la garita de las esclavas, a solas conmigo misma, descubrí que no quería volver a ser la clase de persona que había sido. Me resultó duro reconocer que aquel ser al que tuve que enfrentarme durante aquellos días y que me resultaba tan desagradable, era yo misma.

Algunas veces, las muchachas me hacían la zancadilla cuando yo llevaba pesados bultos, o ensuciaban el trabajo que había hecho para que tuviese que repetirlo.

En una ocasión, dos guerreros, para divertirse, ataron mis tobillos y me suspendieron, cabeza abajo, del tronco en el que me habían azotado. Me hicieron girar en todas direcciones hasta que se cansaron, porque yo comencé a vomitar y a gritar que me soltasen. Se marcharon riéndose y me dejaron allí hasta que llegaron Ute y Rena y me soltaron.

—¡Son crueles! —dijo Ute.

Llorando, besé sus pies.

El desprecio con que se me trataba hizo que me construyese, para protegerme, una capa de dureza a mi alrededor. Me volví más reservada. No sentía el menor deseo de servir por las noches, aunque hubiese fiesta. Sólo quería hacer mi trabajo y que me dejaran sola. Quería el silencio y la oscuridad del cobertizo, con los candados en la puerta.

—¡Esta noche vais a servir todas! ¡Todas vosotras! —gritó Ute feliz.

Las muchachas gritaron de alegría.

Aquella tarde, por primera vez desde hacía días, las incursiones de Rask de Treve habían tenido éxito. Habían capturado once muchachas y un gran botín. Los tarnsmanes, manchados de sangre, riendo, con hileras de perlas colgando de sus cuellos y copas y cálices atados a sus sillas, con las alforjas desbordadas por el peso de los discotarns, habían posado sus taras, batiendo las alas, para recibir los saludos del campamento. Llegaron comerciantes que trajeron chuletas de bosko y muslos de tarsko y vinos y frutas al campamento, quesos y panes y nueces, y flores y dulces y sedas y mieles. Había mucha algarabía, mucha preparación y muchas voces. En la tienda de las mujeres, once muchachas que recibirían sus collares al día siguiente se acurrucaban asustadas. Las esclavas se encargaban del botín, llevándolo hasta las tiendas de los guerreros.

—Esta noche —grito Rask de Treve, que llevaba el escudo manchado de sangre y tenía los ojos brillantes—, celebraremos una gran fiesta.

Los hombres hicieron sonar sus armas sobre sus escudos y las muchachas salieron corriendo para disponerlo todo para la fiesta.

Por supuesto, yo no serviría la cena, pues Ute me excusaría. Ella sabía que yo no era como las demás.

En el cobertizo las miré, con un poco de sorna, pues hablaban con impaciencia acerca de la cena, de la noche, riendo y bromeando. Ellas sí que podían servir a los hombres.

Luego, a la llamada de Ute, acudieron todas, felices, para recibir sus sedas y sus cascabeles.

¡Cuánto las despreciaba yo!

Me quedé en el cobertizo. Pensé retirarme temprano. Necesitaba descansar para la jornada de trabajo del día siguiente.

—¡El-in-or, ven aquí! —era la voz de Ute.

Me sorprendió.

Me puse en pie y salí del cobertizo. Allí había un espejo y productos de belleza y sedas y cascabeles. No se veía a ningún hombre. Las muchachas se estaban preparando.

Miré a Ute.

—Quítate esa ropa.

—¡No! —grité—. ¡No!

Rápidamente, nerviosa, me la quité. Ute me arrojó cascabeles y seda.

—¡Por favor! —lloré—. ¡Ute, por favor!

Las otras muchachas levantaron la vista de lo que estaban haciendo y se pusieron a reír.

—Arréglate para resultar atractiva, esclava —dijo ella, y se alejó.

Me puse la breve prenda de seda. Me miré en el espejo y me estremecí. Había estado desnuda delante de hombres muchas veces, pero nunca me había parecido estarlo tanto como entonces, con aquellas sedas goreanas de placer, transparentes. Así, parecía más que desnuda.

Aguardé mi turno ante el espejo y me puse los cosméticos de la esclava goreana. Sabía bien cómo hacerlo, pues había sido instruida.

Até los cascabeles alrededor de mis tobillos y luego fui hacia Ute.

—Por favor, Ute —supliqué.

Ella sonrió.

—¿Vienes a que te ayude con los otros cascabeles? —preguntó.

Bajé la cabeza.

—Sí.

Tomó las otras tiras de cascabeles, que eran como las de tobillos pero más pequeñas, y las ató alrededor de mis muñecas.

Ya llevaba los cascabeles puestos.

Me quedé de pie, sintiéndome desgraciada, mientras las otras chicas acababan sus preparativos. Estaban todas muy hermosas con sus sedas, sus cascabeles y sus cosméticos.

A los pocos minutos, Ute, que se quedó con la túnica de trabajo puesta y no serviría la cena, nos pasó revista, comentando y recomendando pequeños cambios en ocasiones. Éramos sus muchachas y deseaba que tuviéramos buen aspecto.

Se detuvo frente a mí.

—Esa postura —me dijo.

Furiosa, me erguí con más gracia. Se dirigió al baúl y trajo cinco cascabeles más, que ató con trozos de cinta escarlata a mi collar.

—Falta algo —dijo, dando un paso atrás.

Fue de nuevo al baúl. Las muchachas estaban expectantes. Mientras yo seguía allí de pie, me puso dos enormes pendientes de oro en las orejas y los cerró. Se me llenaron los ojos de lágrimas.

—Y esto para que el ardor de los hombres sea incontenible, ¡ten!

Las muchachas rieron. Ute cogió una cinta blanca de seda y le dio cinco vueltas alrededor de mi collar sin llegar a atarlo.

Me había marcado como seda blanca.

—¡Vino! ¡Traedme vino! —gritó el guerrero.

De rodillas, llené su copa.

La música era embriagadora, como el vino. Había gritos y risas, gemidos de placer y chillidos de las muchachas que eran usadas más allá de la luz de la hoguera.

Sobre la arena, delante de los guerreros, con cascabeles y seda de color escarlata, Talena, la esclava, danzaba.

Algunos de los guerreros gritaban y le arrojaban huesos o trozos de carne.

Intenté levantarme, pero el guerrero cuya copa había llenado me lo impidió colocando su mano sobre mi cabello.

—Así que tú eres una embustera, una ladrona y una traidora —me dijo.

—Sí —contesté aterrorizada.

Giró mi cabeza de lado a lado, mirando los pendientes. Estaba bebido y era fácil ver su excitación.

—Tus orejas están agujereadas —dijo sacudiendo la cabeza, intentando aclarar su visión.

—Si te complace, amo —susurré—. Si te complace.

—Vino —gritó otro hombre.

Traté de levantarme.

Talena se retiró de la arena y apareció otra muchacha, también con cascabeles para distraer a los hombres.

Presidiendo la fiesta se sentaba el magnífico Rask de Treve, celebrando su victoria. Junto a él, con las piernas cruzadas, se sentaba Verna, que era servida por muchachas como si fuera un hombre. Cuánto le envidiaba yo su libertad, su belleza, su orgullo e incluso la simple opacidad de la prenda que vestía.

El hombre al que le había servido vino alargó torpemente la mano para cogerme.

—¡Soy seda blanca! —grité, al tiempo que me inclinaba hacia atrás.

Traté de levantarme, pero la mano de aquel hombre no soltaba la seda. Si me movía me quedaría desnuda.

Otra muchacha, de rodillas, dirigiéndose a él, tomó su cabeza y se insinuó entre nosotros dos.

—Yo soy seda roja —murmuró—. ¡Tócame! ¡Tócame!

La mano del hombre soltó mi seda y asió a la joven.

—¡Vino! —dijo Verna. Corrí hacia ella y, de rodillas, llené su copa.

—¡Vino! —pidió Rask de Treve, tendiendo su copa.

No pude mirarle a los ojos. Todo mi cuerpo se sonrojaba ante él, mi amo. Llené su copa.

—Es hermosa —dijo Verna.

—¡Vino! —gritó otro hombre.

Me levanté y, llevándome la jarra, con un tintineo de cascabeles, corrí a servirle.

Golpeé levemente la vasija, pero no había más vino. Tenía que ir a buscar más.

Salí corriendo. Tropecé con dos cuerpos, que rodaban en la oscuridad. Un guerrero lanzó un juramento. De pronto, vi a Techne boca arriba, con su largo cabello oscuro suelto y los labios entreabiertos, y tendiendo los brazos hacia el guerrero. Penetré en la oscuridad, dirigiéndome hacia el cobertizo de la cocina. Antes de llegar a él, me sentí sujeta por los brazos de un hombre, y sentí su cuerpo. Su rostro barbudo

se apretaba contra mi piel suave.

—Tú eres la esclava El-in-or —dijo—. La pequeña embustera, ladrona y traidora.

Traté de soltarme. Él vio los pendientes en mis orejas y sentí sus brazos sujetar fuertemente los míos. Me hacía daño.

—¡Soy seda blanca! —grité.

Sacudió la cabeza y miró al collar. A su alrededor, tal y como lo había atado Ute antes, estaba la cinta blanca. Se puso furioso. No me soltaba.

—¡Por favor! —insistí—. ¡Soy seda blanca!

—Me gustaría verte bailar, pequeña traidora— dijo él.

—He de ir a buscar vino —conseguí zafarme de su abrazo. Corrí hacia el cobertizo de la cocina.

Allí encontré a Ute.

—¡No me envíes allí, Ute! —lloré.

—Coge el vino y regresa.

Hundí la jarra en la gran vasija de piedra para llenarla.

—¡Por favor, Ute! —lloré. Pude oír gritos que llegaban desde la hoguera.

—¡El-in-or! —oí gritar—. ¡El-in-or la traidora!

Estaba aterrorizada.

—Te están llamando —dijo Ute.

—Ven a la arena, esclava —ordenó una voz de hombre. Era el que se me había echado encima cuando iba hacia el cobertizo de la cocina.

—¡Rápido esclava! —gritó Ute—. ¡Rápido!

Dando un grito de rabia, vertiendo un poco de vino del borde de la jarra, me deslicé junto al hombre que estaba en la entrada de la cocina, y corrí hacia el fuego.

Cuando llegué allí, una muchacha tomó el vino de mis manos.

Me empujaron sin contemplaciones al centro de la arena. Noté que una mano tiraba del pequeño pedazo de seda que yo llevaba puesto. Grité avergonzada y me cubrí el rostro con las manos.

—¡Embustera!

—¡Ladrona! ¡Traidora!

Los músicos comenzaron a tocar.

Me puse de rodillas.

Las muchachas comenzaron a abuchearme. Los hombres gritaban enfadados.

—¡Traed el látigo!

—Danza para tus amos, esclava —oí decir a Verna.

Tendí mis manos hacia Rask de Treve, implorando su piedad. De pronto me di cuenta de que detrás mío había un guerrero de pie. De su mano derecha colgaban las tiras de cuero. Volví a tender mis manos hacia Rask de Treve implorándole con los ojos. ¡Tenía que mostrar su piedad por Elinor Brinton!

Pero no fue así.

—Danza, esclava —dijo.

Me puse en pie, con las manos sobre la cabeza. Los músicos volvieron a empezar.

Y Elinor Brinton bailó delante de unos guerreros primitivos.

La música era melodiosa y profundamente sensual.

De repente descubrí, sin comprender muy bien, la expectación en sus ojos. Estaban callados y sus fieros ojos brillaban. Vi cómo se tensaban sus manos y sus hombros apuntaban hacia delante.

Comprendí de pronto, bailando, que yo tenía poder con mi cuerpo, con mi belleza, un poder increíble para golpear a los hombres y derrotarles, para asombrarlos a la luz de la hoguera, para, si yo quería, volverles locos de deseo por mí.

—¡Es soberbia! —oí decir.

Bailé hacia el que lo había dicho y él se adelantó hacia mí, pero dos de sus compañeros lo sujetaron y lo sentaron de nuevo. Bailé hacia atrás con las manos tendidas hacia él, como si nos hubiesen desgarrado, separado el uno del otro.

Se oyeron gritos de satisfacción.

Vi que las muchachas también miraban, con los ojos muy abiertos y con placer.

Eché la cabeza hacia atrás y los cascabeles resonaron en mis tobillos y muñecas, y en mi cuerpo la música, con sus llameantes tonos, quemaba.

¡Los volvería locos a todos de deseo por mí!

A medida que cambiaba la música, también lo hacía yo, y me fundí en una con la música, como una muchacha asustada, que desconocía lo que era aquel collar, una muchacha tímida, delicada y sumisa, una esclava solitaria, que suspiraba por su amo, una ramera borracha, alguien que rechazaba su esclavitud, una muchacha orgullosa, determinada a ser desafiante, una avezada esclava de seda roja locamente deseosa de sentirse entre los brazos de un amo.

Y así, mientras bailaba, en ocasiones lo hacía como si fuese para un guerrero en particular, a veces como suplicándole que me mirara, otras como buscando en él consuelo para mi sufrimiento, o en algún momento como si no pudiese evitar sentirme atraída por él, de manera irremediable, con la vulnerabilidad de la esclava; otras veces, cuando me apetecía, los provocaba con mi belleza, mi inaccesibilidad, mi atractivo, y lo hacía de forma deliberada, abierta y cruel.

Más de uno gritó de rabia y alargó la mano hacia mí, o me increpó con el puño cerrado, pero yo me reía y me alejaba de ellos bailando.

Entonces, cuando la música comenzó a acelerar su ritmo y a alcanzar una velocidad casi vertiginosa, en un gesto audaz que ni yo misma alcanzaba a comprender, me volví hacia Rask de Treve, y ante él, mi amo, bailé. Sus ojos no revelaban qué sentía. Parecía estar bebiendo su vino tranquilamente, tomando pausados sorbos. Bailando, expresé mi odio, todo el desprecio que por él sentía. Bailé

para excitarle, para hacerle enloquecer de deseo por mí, puesto que aquel deseo yo podía frustrarlo; tenía que conseguir que me desease porque así podría, usando la fuerza que me hacía diferente a las demás mujeres, la fuerza por la que yo no tenía sus debilidades, negármele. ¡Sabía que podía hacerle daño y estaba dispuesta a hacerlo! ¡Él me había convertido en una esclava! ¡Él me había azotado con el látigo y me había marcado! ¡Él me había enviado a la caja de las esclavas! Le despreciaba. Le odiaba. ¡Le haría sufrir! ¡Con qué desesperación traté de encender su ardor! Y sin embargo, sus ojos permanecían indiferentes. De vez en cuando, observándome con el ceño algo fruncido, tomaba un sorbo de su copa. Más tarde noté que mi cuerpo estaba bailando algo para él que yo no podía entender, algo que me daba miedo. Fue algo extraño. Fue como si mi propio cuerpo, por su cuenta, quisiera dirigirse a él, comunicarse con él. Luego conseguí volver a bailar como antes, para expresar mi odio y mi desprecio hacia él. Rask de Treve parecía divertido. Yo estaba furiosa.

Al cesar la música caí de rodillas, insolentemente, ante él, con la cabeza sobre el suelo.

Hubo muchos gritos y aclamaciones de placer de los hombres e incluso de las muchachas, que golpeaban su hombro izquierdo con la palma de la mano.

—¿Deseas que la azote? —le preguntó un hombre a Rask de Treve.

—No.

Me indicó con un gesto que debía abandonar la arena.

—Que traigan más muchachas para las danzas —dijo.

Recogí la prenda que me habían arrancado y abandoné la arena mientras me la ponía. Estaba sudando y casi sin aliento. Inge y Rena fueron empujadas sobre la arena por Raf y Pron, para que complaciesen a los guerreros.

Se oyeron gritos nuevamente.

Anduve en la oscuridad. Me encontré a Ute en el límite de la luz de la hoguera y la oscuridad.

—¡Eres hermosa, El-in-or! —me dijo.

La seguí hasta el cobertizo de la cocina. Una vez allí, con agua, aceites y toallas, me ordenó lavar y refrescar mi cuerpo. Hice lo que me decía y me preparé para ir al cobertizo de las esclavas de trabajo.

—No —dijo Ute.

La miré.

—Prepárate como antes —dijo.

—¿Por qué?

—Hazlo.

Así pues, volví a prepararme tal y como había hecho anteriormente aquella misma noche; me puse los cascabeles, la seda y me pinté como una esclava.

—Ahora, espera.

Estuvimos sentadas en el cobertizo de la cocina durante más de dos horas. Luego la fiesta comenzó a decaer y los guerreros, tomando aquellas muchachas que les apetecieron, se retiraron a sus tiendas.

Ute se me acercó y, con un ligero toque, me perfumó detrás de las orejas.

La miré, confundida. Luego sacudí la cabeza.

—No —exclamé—, no.

La expresión de sus ojos no admitía réplica.

—Ve a la tienda de Rask de Treve —me dijo—.

—Entra. Baja los faldones de la tienda y ciérralos.

Me di la vuelta y cerré los faldones con cinco cordeles, encerrándome a mí misma con él.

Me volví para mirarle, pues era suya.

—Acércate —me dijo.

Me quedé frente a él.

—Levanta la cabeza, muchacha.

Le miré a los ojos. Llevaba puesto el collar. Bajé la cabeza al instante.

Sentí como sus enormes manos separaban de mi cuerpo la seda que lo cubría y la dejaban caer alrededor de mis tobillos.

Se alejó algo de mí y fue a sentarse, con las piernas cruzadas, cerca del brasero.

Y nos miramos el uno al otro.

—Sírreme vino —dijo.

Me volví y, entre los muebles de la tienda, encontré una botella de Ka-la-na. Tomé el vino junto con un pequeño bol de cobre y una copa con un ribete rojo en el borde. Vertí Ka-la-na en el pequeño bol de cobre, y lo puse sobre el trípode para que se calentase sobre el fuego.

Al cabo de un rato, tomé el bol de cobre del fuego y lo sostuve junto a mi mejilla. Lo devolví al trípode y esperamos de nuevo.

Comencé a temblar.

—No tengas miedo, esclava.

—¡Amo!

—No te he dado permiso para hablar.

Permanecí en silencio.

Volví a tomar el bol del fuego. No era agradable sostenerlo en la mano, pero no resultaba tampoco insoportable. Pasé el vino a la copa negra de borde rojo. Hice girar lentamente el vino en la copa. Me vi reflejada en ella, con mi cabello rubio y mi collar y mis cascabeles alrededor de la garganta.

Volví a colocar la copa contra mi mejilla, al estilo de una esclava de Treve. Sentí la calidez del vino a través de la copa.

—¿Está listo? —preguntó él.

Un amo de Treve no desea que su esclava le diga que le parece que sí. Desea saber si lo está, o no.

—Sí —susurré.

En realidad, yo no sabía cómo le gustaba el vino, pues algunos guerreros lo deseaban templado y otros ardiendo. ¡Podía pasar cualquier cosa si el vino no estaba como él lo quería!

—Sírvenme vino.

Sosteniendo la copa, me puse de pie y me acerqué. Me arrodillé entonces delante suyo, con un tintineo de cascabeles, en la posición de la esclava de placer. Bajé la cabeza, y, con las dos manos, tendiendo mis brazos hacia él, le presenté la copa.

—Te ofrezco vino, amo.

La tomó y yo me quedé mirando, preocupada. Lo probó y sonrió. Casi me desmayé. No iban a azotarme.

Seguí allí de rodillas, mientras él acababa su vino cómodamente.

Cuando le quedaba poco, me atrajo hacia sí y corrí a arrodillarme a su lado. Colocó su mano sobre mi cabello y tiró mi cabeza hacia atrás.

—Abre la boca —ordenó.

Eso hice. Dejó caer un hilo de vino desde la copa sobre mi mejilla y de ahí a mi boca y mi garganta. Era algo amargo, por los posos del fondo de la copa, y para mi gusto demasiado caliente. Con los ojos cerrados, la garganta irritada y la cabeza dolorosamente inclinada hacia atrás, apuré el vino. Cuando el líquido se acabó, colocó la copa en mis manos.

—Corre, El-in-or —dijo—, déjalo en su sitio y regresa junto a mí.

Corrí hacia el lugar de donde había cogido la copa, la dejé allí y volví corriendo junto a él.

—Quédate de pie.

Lo hice, aunque me costó algo mantenerme erguida.

La cabeza me daba vueltas. Repentinamente, como un latigazo, noté el efecto del vino en todo el cuerpo. Me había hecho correr para que el efecto fuera incluso más rápido.

Le miré enfadada.

—¡Te odio! —exclamé. Luego me quedé aterrada por lo que había dicho. Era el vino. No pareció enfadarse, sino que siguió sentado, mirándome.

Me acordé de pronto de los pendientes que llevaba puestos, porque él los estaba mirando.

—¡Tú me capturaste! —lloré—. ¡Tú me pusiste un collar! —Rompí a llorar. Así el collar y traté de arrancármelo, pero siguió en su sitio, señalándome como esclava. Tan sólo se habían oído los cascabeles que Ute había atado en él.

Tampoco dijo nada.

—¡Tú me marcaste! —lloré—. ¡Tú me azotaste con el látigo y me pusiste en la caja de las esclavas!

No se dignó dirigirme la palabra.

—No lo entiendes —exclamé—, ni tan siquiera soy de este mundo. Yo no soy una mujer goreana con la que puedas hacer lo que te apetezca. ¡No soy algo de lo que te puedas servir! ¡No soy un animal bonito que se compra y se vende! Yo soy Elinor Brinton. Soy del planeta Tierra. Soy de la ciudad de Nueva York. Vivo en Park Avenue en un gran edificio. Soy rica y he tenido una educación esmerada. En mi mundo soy una persona importante. ¡No puedes tratarme como a una simple esclava!

Me llevé las manos a la cabeza. ¡Qué podía saber él, un guerrero ignorante, de cosas como aquéllas! Debía pensar que estaba loca. Lloré desconsoladamente.

Me di cuenta, llena de miedo, de que estaba de pie junto a mí. Era tan grande... Me sentí tan pequeña, débil...

—Soy de la casta de los guerreros —me dijo—, que es una casta alta. Fui educado en el segundo conocimiento, así que sé de la existencia de tu mundo. Además, tu acento denotaba que no eras de aquí.

Le miré.

—Sé que eres del mundo al que llamáis Tierra.

Le miré sorprendida.

—Las mujeres de la Tierra —dijo—, sólo valen para ser las esclavas de los hombres de Gor.

Sus manos sujetaron mis hombros. Le miré aterrorizada.

—Eres mi esclava —afirmó.

Yo no podía hablar.

De pronto, me arrojó lejos de sí, violentamente. Tropecé y caí sobre las alfombras. Levanté los ojos hacia él desde el suelo, horrorizada.

—Tú llevas sobre el muslo la marca de la traición, de la mentira y del latrocinio.

—¡Por favor!

—Y agujeros en las orejas —dijo con menosprecio.

Sin querer, me llevé las manos a los pendientes. Se me llenaron los ojos de lágrimas.

Vi horrorizada cómo desenrollaba unas pesadas pieles y las tendía junto al fuego, al tiempo que señalaba hacia ellas.

—¡Por favor! —lloré.

Su dedo seguía inexorable señalando las pieles.

Me puse en pie y con el tintineo de los cascabeles me acerqué a él.

Sentí que ponía sus manos sobre mis brazos. Acercó su rostro al mío.

—¿Conoces el perfume que llevas? —preguntó.

Yo negué con la cabeza.

—Es el perfume de una esclava —dijo.

Su mano tiró de la cinta de seda blanca que había enrollada en mi collar. Me sentí desfallecer. La arrojó a un lado.

—¡No! —le supliqué.

—Vas a ser tratada como lo que eres, como la más baja y miserable de las esclavas de Gor.

Con un tintineo de cascabeles y un grito de angustia, fui obligada a echarme sobre las pieles.

16. ENCADENADA BAJO LAS LUNAS DE GOR

—Que la encadenen bajo las lunas de Gor —dijo Verna.

Rask de Treve se echó a reír.

Tiré de la cadena que rodeaba mi tobillo izquierdo. Estaba atada a la argolla en la pesada piedra clavada firmemente en la hierba del montículo. Había visto aquel lugar durante mi inspección del campamento. Se hallaba en una parte algo aislada. Me encontraba sola sobre el montículo, encadenada cerca de su parte superior. Distinguí, a algunos metros de distancia, la parte posterior de las tiendas. Podía ver, igualmente, las puntas de la doble empalizada. Las lunas no habían salido aún.

Estaba enfadada, sentada desnuda sobre la hierba. Alcé el tobillo y sentí el enorme peso de la argolla que lo rodeaba.

Después de acabar las tareas que tenía asignadas para aquel día, había estado esperando, conteniendo la respiración, ser enviada de nuevo a la tienda de Rask de Treve. Había hecho bien mi trabajo y al acabar, ayudé a las demás con sus tareas. Me acordé de que había cantado mucho durante el día y de que me había sentido feliz durante las horas de trabajo. También había reído mucho y, por primera vez desde hacía semanas, participado en los juegos de mis hermanas de cautiverio. Eli-nor Brinton, la esclava goreana, era diferente de como había sido antes. Las demás chicas lo notaban y, encantadas, me aceptaron entre ellas, como una esclava más, ni mejor ni peor que ellas mismas. Cuando Ute y yo nos quedamos solas en un determinado momento aquella mañana, me postré ante ella y, con lágrimas en los ojos, le rogué que me perdonase por como la había tratado tiempo atrás. Ute sonrió y me ayudó a ponerme de pie.

—Corre, al trabajo, esclava —me dijo. Y luego me besó.

Corrí hacia las tareas que me esperaban, llena de afecto hacia Ute. ¡Me había perdonado! ¡La quería! Cuánto me odiaba a mí misma por haberle hecho daño... Me pareció que Inge y Rena me miraban de manera diferente.

—¡Esclava! —me llamaron.

Y yo me aproximé a ellas.

—Sí, esclava —les dije, y las besé. Luego me alejé corriendo. A mi manera las compadecía, pues eran ignorantes, aún seda blanca. ¡Yo era seda roja!

Durante el día, me las había ingeniado para pasar por delante de la tienda de Rask de Treve, para que me viese.

Me eché sobre la hierba del montículo y reí feliz. Recordé cada segundo de las horas transcurridas en su tienda y cuando me quedé tendida a su lado, abrazándole. Él durmió, pero yo no, pues quería seguir abrazándole.

Al amanecer me envió al cobertizo de las esclavas.

Pero aquella noche, Rask de Treve cenó con Verna, y fui yo la que les sirvió, igual que otras veces. Rask no me miró en ningún momento de una manera diferente a como lo había hecho antes. Era como si la noche anterior no hubiese existido. Les serví bien y con esmero.

¿Volvería a ser enviada a su tienda?

Pero él llamó a un guarda.

—Sí, Capitán —dijo el guarda.

—Esta noche envía a la esclava Talena a mi tienda.

—Sí, Capitán.

Apreté con fuerza el plato que estaba sujetando. Durante un instante se me nubló la visión y no pude respirar.

Me acerqué a uno de los lados de la baja mesa, y me arrodillé. ¡Odiaba a Talena! Hubiese querido poder arrojarme sobre ella y arañarle los ojos, arrancarle el pelo, morderla y darle patadas hasta que gritase y gritase y saliese corriendo. ¡La hija de un Ubar! ¡No era más que una esclava! ¡Yo era tan buena como ella! ¡La odiaba!

—Parece que a tu esclava le ocurre algo —dijo Verna sonriendo.

Bajé la cabeza.

—Esclava —llamó.

—Sí, ama —respondí.

—Se comenta entre las demás muchachas que les has dicho que no eres como las demás mujeres, que no tienes sus debilidades.

Recordé que una vez, enfadada, les había dicho aquello. Miré a Verna. La odiaba. Yo sabía, y ella sabía, que yo la había visto una vez en el bosque víctima de su propia necesidad. Aquello era algo que no se le olvidaría fácilmente y yo no estaba dispuesta a que eso ocurriera. Sonreí. Rask de Treve me había dado placer, por supuesto. Pero aun así, yo sabía que no era como las demás mujeres.

—No puedo evitar ser como soy —respondí, bajando los ojos, reverente.

Rask de Treve sonrió.

—Que la encadenen bajo las lunas de Gor —dijo Verna.

La miré con rabia.

Rask de Treve se echó a reír.

—¡Guarda! —llamó.

Uno de los guardas entró en la tienda.

Rask de Treve me señaló.

—Encadenadla bajo las lunas de Gor.

Hubiera preferido que el guarda no se llevase mi ropa, pero cuando una muchacha es encadenada bajo las lunas de Gor, se la encadena desnuda.

Por supuesto que estaba furiosa con él por lo que me había hecho, pero la verdad

es que yo no hubiera podido responder entre sus brazos de una manera diferente a como lo había hecho. De una manera cruel, injusta, no me había dado otra opción, consiguiendo arrancar de mi cuerpo unas sensaciones de las que nunca me había imaginado ser capaz. Sus manos, su cuerpo, como el de un amo, habían dirigido el mío totalmente, y había nadado en un mar de sensaciones, aferrada a él, temiendo ahogarme de placer en sus brazos. Sabía que aunque pudiera resultar ridículo yo no podría llamarle otra cosa más que «*amo*».

Las lunas comenzaban a brillar detrás de la empalizada, en la noche.

¿Por qué no enviaba a alguien a buscarme?

¿Acaso no le había complacido? ¡Podía hacer más por conseguirlo, más!

—¡Envía a alguien a buscarme, Rask de Treve! —sollocé—. ¡Envía a alguien! ¡Quiero servirte!

Las luces del campamento se habían ido apagando en su mayor parte. Alcanzaba a distinguir, en algunos puntos, las brasas de los fuegos de las cocinas. En algunas tiendas aún se veía brillar una luz rojiza a través de los toldos laterales, que era reflejo de los fuegos de los pequeños braseros del interior. Era una noche calurosa. Podía, oír los zumbidos de algunos insectos nocturnos. Estaba sola. Lejos, en la distancia, se oyó gritar a un tarn desde su cobertizo, y luego se hizo el silencio.

¡De poder soltarme, hubiera corrido hacia Rask de Treve! ¡Le rogaría que me acariciase! Tiré de la pesada cadena que rodeaba mi tobillo. No era posible escurrir el pie por la argolla, así que no podía librarme de la cadena.

Golpeé el suelo con mis puños, con todas mis fuerzas.

Di un grito y me puse de pie. Comencé a danzar la locura de mi deseo, sollozando bajo las tres lunas de Gor, alzando mis puños hacia ellas, girando, golpeando el suelo con los pies, girando y gritando.

Cuando no pude bailar más, caí sobre la hierba gimiendo, arañando la tierra con las manos y sollozando.

Y mientras gemía y lloraba vi, de pronto, en las sombras, a Verna contemplándome.

—Parece que tu cuerpo se mueve como lo haría el de una Kajira.

—Soy una Kajira —susurré—, Señora.

—Tú no eres como las demás mujeres. Tú eres fuerte, no tienes sus debilidades.

—Soy como las otras mujeres. No soy fuerte — tragué saliva—. Tengo las debilidades propias de mi sexo. En realidad, seguramente soy la más débil de todas.

—Ahora hablas sinceramente, El-in-or —dijo Verna. Su tono de voz no era descortés—. En ocasiones hace falta un hombre como Rask de Treve para que una mujer adquiera conciencia de sus debilidades.

—He adquirido plena conciencia de ellas.

—Yo misma he luchado contra esa debilidad.

—Yo no voy a hacerlo. Estoy dispuesta a doblegarme a ella.

—Rask de Treve no te ha dado otra opción.

—Es verdad.

—Te ha conquistado —dijo Verna.

—Sí, me ha conquistado.

—Salgo del campamento esta noche.

La miré sorprendida.

Me señaló una figura arrodillada a varios metros de distancia, inclinada hacia delante, mirando en otra dirección. Llevaba brazaletes alrededor de los tobillos que la sujetaban y no le permitían ponerse en pie. Tenía las muñecas sujetas detrás de la espalda. Una ligera correa de esclava rodeaba su cuello.

—Me llevo a Talena conmigo. Rask de Treve me la ha dado. Me la llevo a los bosques del norte como esclava.

—Pero es su favorita.

—No.

—¿No vas a quedarte en el campamento como la camarada de Rask de Treve?

—No. Mi puesto está en los bosques del norte.

No repliqué.

—¿Es agradable entregarse a un hombre? —preguntó.

Bajé la cabeza, algo avergonzada.

—Una vez —me contó suavemente—, hace tiempo, en la ciudad de Ar, vi a un hombre y sólo al verle, por primera vez en mi vida, tuve miedo, porque sentí que, si yo quería, podría hacerme lo que Rask de Treve te ha hecho a ti.

La miré.

—Y así, decidí odiarle, y decidí a la vez que con el tiempo veríamos quién conquistaba a quién.

—¿Cómo se llamaba?

—Marlenus de Ar.

Me quedé sin habla, por lo impresionante de su confesión.

Miró hacia el campamento y luego a mí.

—Adiós, esclava —me dijo.

Extendí las manos hacia ella, con reverencia.

—Si veo a Rask de Treve —dijo—, le diré que hay una muchacha encadenada que, bajo las lunas de Gor, le suplica sus caricias.

Verna se separó de mi lado y no se volvió. Llegó junto a la muchacha, soltó sus tobillos, la puso en pie y se alejó por entre las tiendas. No tenía la menor duda de que haría llegar sana y salva a su cautiva hasta los bosques del norte.

Me arrodillé sola, en lo más alto del pequeño montículo, bajo las enormes lunas.

Reparé en que había alguien cerca de mí. Grité y extendí los brazos hacia él.

Rask de Treve no se molestó en quitarme la cadena, sino que me usó tal y como yo estaba, impaciente y suplicante, bajo las lunas de Gor.

Rask tomó mi cabeza entre sus manos.

Era cerca del amanecer.

Estábamos echados cerca de la parte más alta del montículo, cubiertos con su capa. Sintiendo que me lo permitiría, besé tímidamente sus labios. Me volvió de pronto y me tumbó de espaldas en el suelo. Con los ojos llenos de lágrimas de placer, aferrada a él, me entregué al gozo de tenerle.

Estábamos juntos y en silencio.

Había rocío sobre la hierba y la capa que nos envolvía estaba húmeda por fuera. La luz que anunciaba el comienzo de la mañana era tierna, salpicaba los tallos de la hierba y le daba al promontorio un aire dulce y suave.

Levanté la cabeza para mirarle a los ojos. Él también me miró

—¿Cómo puede ser que me sienta tan atraído por ti? —preguntó.

—Te amo —susurré—. ¡Te amo!

—Te desprecio —me dijo.

Le sonreí con lágrimas en los ojos.

—Y sin embargo —prosiguió—, desde la primera vez que te vi en los recintos de Ko-ro-ba, no pude olvidarte y supe que habrías de ser mía.

—Soy tuya —susurré—. Soy tuya, amo mío. Por completo. Incondicionalmente tuya. Tu esclava.

—¿Puede ser que yo, Rask de Treve, quiera a una simple esclava?

—Te quiero, amo. ¡Te quiero! ¡Te quiero!

No dejó que besara sus labios. Miró hacia mí sonriendo.

—¿Quieres saber por qué antes nunca te había dejado servir a los hombres cuando otras muchachas lo hacían? —preguntó.

—Sí, me gustaría saberlo.

—Te estaba guardando para mí.

Me eché a reír.

—Intenté mantener las distancias tanto como pude —prosiguió—, pero cuando te vi bailar, supe que había de tenerte.

Le besé y le besé, llorando.

Sus manos me sujetaron repentinamente con fuerza. Sonrió.

—Bailaste tu insolencia —me dijo—. Bailaste tu orgullo, tu desafío, tu menosprecio.

—Ahora no soy insolente, amo —le dije—. Ahora no soy orgullosa —le miré con lágrimas en los ojos—. Ni desafiante, ni desprecio a nadie. Me han enseñado a ser humilde, muy humilde, amo.

—¿Qué eres ahora?

—Sólo tu esclava, sólo tu humilde esclava, amo.

Él colocó suavemente su mano sobre el lado derecho de mi cabeza.

—Es hora de que te reincorpores al trabajo, esclava.

—Sí, amo.

Sacó de su bolsa una llave con la que abrió el anillo que había ceñido tan ajustadamente mi tobillo.

Colocó su capa sobre mis hombros.

—Ve al cobertizo —me dijo—, y que te den una túnica de trabajo.

—¡Te quiero! —exclamé, y arrojé mi cuerpo a sus pies. Comencé a llorar—. ¡No me vendas! ¡No me vendas! ¡Guárdame para ti para siempre! —Entendí en aquellos momentos, como no lo había entendido hasta entonces, la tragedia, la crueldad de ser una esclava—. ¡Te complaceré más! ¡Te lo entregaré todo! ¡No me vendas! ¡Te quiero! ¡Te quiero!

—¿Acaso la orgullosa El-in-or me está suplicando ser aceptada como mi esclava?

—Sí. Eso es lo que suplica.

—¡A trabajar! —rió.

Me puse de pie rápidamente. Me tomó entre sus manos y allí, en lo alto del montículo, me abrazó tierna y largamente. Miré hacia arriba para ver sus ojos.

—Te quiero —susurré. Luego grité y reí.

Di media vuelta y fui corriendo hacia el cobertizo. Estaba muerta de hambre. Pero seguramente Ute habría rescatado un panecillo para mí de la canasta del pan. Sin embargo, también me habría guardado un buen montón de trabajo para hacer. No tenía favoritismos. Yo era una de las muchachas, me trataría exactamente como a las demás.

Antes de entrar me detuve y, en secreto, apreté las yemas de mis dedos contra mis labios y luego sobre la inscripción de mi collar que me proclamaba esclava de un guerrero goreano. ¡Le quería! Me eché a reír.

No estaba disgustada por haber sido encadenada bajo las lunas de Gor. Corrí hacia el cobertizo.

—Te he guardado un panecillo.

—Gracias, Ute.

—Cómetelo rápidamente. Tienes mucho que hacer hoy.

—Sí, Ute —exclamé y la besé—, ya voy, ya voy.

17 PUERTO KAR

—Manos a la espalda. Cruza las muñecas —dijo el hombre.
Obedecí.

Noté que ataba las correas al mimbre. Tiró de mis muñecas hacia atrás contra la pared de mimbre del cesto, y las ató con fuerza. Estaba dentro de aquel cesto, sentada con las rodillas dobladas, junto a cinco muchachas más, todas desnudas.

Nuestros tobillos estaban atados juntos en el centro del cesto.

—Estarán en Ar hacia el anochecer —dijo el hombre.

Dejé caer la cabeza sobre mi pecho.

Sin embargo, a pesar de todo, no me arrepentía de muchas cosas, puesto que durante las últimas semanas me había sentido feliz, viva.

Nunca olvidaría el rostro o las caricias de Rask de Treve, ni los largos paseos, las charlas y las caricias fuera de la empalizada.

—¿Las venderán en los curules? —preguntó un guerrero que estaba allí cerca.

—Sí —dijo el hombre.

Dos de las muchachas atadas en el cesto lanzaron exclamaciones de gozo.

Al principio, sintiéndome totalmente conquistada por Rask de Treve, había sido llamada noche tras noche a su tienda. Le había servido en una deliciosa variedad de formas, pues había sido bien entrenada. Sólo temía que me fallase la imaginación para inventar nuevas y divertidas maneras de complacerle. A veces, logrando hacerme enfadar, había intentado alejarme de él y había llamado a otras mujeres a su tienda, pero en la mayoría de las ocasiones las hacía marchar para llamarme a mí en su lugar.

Finalmente, no llamaba a ninguna otra a su tienda. Sólo me llamaba a mí, a El-in-or. Y así, aunque causó la rabia y el enfado de algunas de las muchachas, fue de todos sabido que yo era la favorita de Rask de Treve.

Echaron una larga cuerda por encima del cesto, hacia la izquierda. La pasaron varias veces alrededor de mi garganta y luego por el mimbre hacia la derecha. Sentí que la cuerda tiraba de mi garganta hacia atrás. De la misma manera la cuerda pasaba alrededor de las demás muchachas y las mantenía en su sitio, atadas al mimbre.

Inge y Rena no estaban en la cesta conmigo. Habían sido entregadas a los cazadores Raf y Pron. A la manera de los cazadores goreanos, ambas muchachas fueron soltadas y se les concedió una ventaja de cuatro ahns, para que pudieran escapar si ello estaba a su alcance. Al cabo de las cuatro horas, Raf y Pron, corriendo velozmente y llevando consigo unos lazos, salieron del campamento. A la mañana siguiente estaban de vuelta, delante de Inge y Rena. Los muslos de ambas muchachas estaban ensangrentados, llevaban las muñecas atadas a la espalda y sus collares de esclavas estaban formados por cuerdas atadas alrededor de su cuello.

—Veo que habéis atrapado dos bellos ejemplares —rió Rask de Treve. Nuevos collares se cerraron alrededor de sus cuellos, de acero, con formas grabadas en ellos así como los hombres de los dos cazadores de Gor.

Al día siguiente salieron del campamento llevando a las muchachas con ellos. Nos besamos al decirnos adiós.

Alcé los ojos.

La pesada tapa de mimbre fue colocada sobre la canasta en la que nos hallábamos. Casi de inmediato pude ver, sobre el cuerpo de la muchacha situada frente a mí, las sombras trenzadas por la luz al filtrarse por entre el mimbre.

No podía soltarme.

Ataron la tapa.

El hombre que iba a dirigir el vuelo del tarn fue hacia el cobertizo de la cocina para comer.

Fui muchas mujeres para Rask de Treve, y siempre El-in-or. A veces me convertía en una muchacha nueva, asustada, que le temía mucho, como Techne; otras veces era como si fuese de los escribas, bastante parecida a como Inge hubiera podido ser, refinada, desalentada por su destino; en otras, una dama elegante, adinerada y de casta alta, como Rena, que ahora se encontraba humillada como una mera muchacha con collar; a veces me convertía en una esclava solitaria, o ebria, o en una muchacha desafiante, determinada a resistirse, o una cruel esclava de seda roja, determinada a conquistar, pero que, al final, se sentía conquistada por él, se sentía, fuera cual fuese el papel que interpretaba, toda suya, su El-in-or.

Pero él por su parte tampoco era siempre el mismo. En ocasiones, después de amarme, me abrazaba y besaba durante horas. No acababa de entenderle por completo durante aquellas horas, pero me sentía satisfecha y colmada.

Y luego, una noche, por alguna razón que se me escapa, le rogué que me permitiese saber algo acerca de él.

—Háblame de ti misma —me dijo.

Le hablé de mi infancia y mi adolescencia, de mis padres, de la mascota que mi madre me había envenenado, de Nueva York, de mi captura y de cómo era mi vida antes de que me viese desnuda en los recintos de Ko-ro-ba. En diferentes noches, me habló de sí mismo, de la muerte de sus padres, de su preparación cuando era un muchacho en Treve, de las maneras en que aprendió a manejar los tarns y el acero de las armas. Le gustaban las flores, pero no se había atrevido a confesarlo. Me parecía tan extraño en un hombre como él que le gustasen las flores. Le besé. Pero me daba cierto miedo que me hubiese contado aquello. No creo que a ninguna le hubiese contado antes algo tan delicado.

Comenzamos a dar largos paseos por el otro lado de la empalizada, cogidos de la mano. Hablamos mucho, nos amamos mucho, y nos hablábamos más. Era como si yo

no fuese su esclava. Fue entonces cuando comencé a tener miedo de que algún día me vendiese.

Cuando su deseo de mí le acuciaba, me usaba como a una esclava, con una autoridad llena de fiereza, a veces haciéndome incluso sufrir bajo su dominio; cuando era yo la acuciada por el deseo, a veces le pedía cadenas y cuerdas, para que me poseyese por completo, o me presentaba ante él como si fuese una muchacha sin domesticar que debía ser conquistada, provocándole para que lo hiciera. Pero, de la misma manera, en ocasiones nos amábamos tierna y dulcemente durante mucho rato. En ocasiones éramos amo y esclava, y otras veces éramos otra cosa, que no me atrevo a mencionar. Pero cada vez temía más que me vendiese algún día. ¿Y qué lugar podía haber para esta otra cosa en el campamento de guerra de Rask de Treve?

Una mañana, después de volver al cobertizo, me volvió a llamar a su tienda.

—Estoy cansado de ti —me dijo repentinamente, enfadado.

Bajé la cabeza.

—Voy a venderte.

—Ya lo sé, amo.

—Márchate, esclava.

—Sí, amo.

No lloré hasta regresar al cobertizo.

Noté que estaban revisando los nudos de la cuerda con la que me habían atado. Hicieron lo mismo con los que me rodeaban la garganta, tirando de ellos desde el otro lado del cesto de mimbre. Repitieron la operación con las demás muchachas, algunas de las cuales no pudieron reprimir un grito de dolor al notar el tirón en el cuello.

Le pedí una cosa a Rask de Treve antes de entrar en el canasto de mimbre del tarn.

—Libera a Ute.

Me miró algo extrañado.

—Lo haré —dijo.

Una vez libre, Ute podría hacer lo que quisiera. Supuse que podría ir a Rarir, o a Teletus. Pero sabía que intentaría dar con alguien llamado Barus, de los Curtidores, cuyo nombre había mencionado tantas veces en sueños.

—Subid a la cesta —dijo el hombre que haría volar el tarn.

El hombre subió a la silla del tarn, que gritó y comenzó a batir las alas. Entonces la cesta se inclinó hacia delante, se deslizó a través del claro, y quedó finalmente colgando debajo del tarn.

Fui vendida en el gran mercado de Ar por doce piezas de oro al dueño de una taberna de paga, que pensó que sus parroquianos podrían divertirse conmigo, una esclava que llevaba marcas de castigo.

Estuve sirviendo en la taberna durante meses. Entre quienes serví se hallaban

algunos guardas que habían pertenecido anteriormente a la caravana de Targo. Se portaron bien conmigo. Después de servirles completamente les hacía todo tipo de preguntas acerca de Targo, de los otros guardas y de sus esclavas. Me contaron muchas cosas. Targo había recuperado muchas chicas y era rico. Estaba planeando otro viaje hacia el norte, aunque no pensaba hacer negocio con Haakon de Skjern. Los hombres a quienes servía me dieron mucho placer aunque yo también les di bastante a ellos. Pero ninguno era Rask de Treve. Aquel amo había ganado el corazón de la esclava que era Elinor Brinton. Ella no podía olvidarlo.

Una noche oí a alguien decir «*la compraré*» y me quedé traspuesta por el temor. A duras penas pude verter el paga en su copa. Los cascabeles de mis tobillos y mis muñecas tintinearón. Noté su mano sobre el poco de seda amarilla que vestía en la taberna.

—La compraré —repitió. Era el hombre que me había tocado íntimamente mientras estaba echada sobre mi cama en la Tierra, el que me había amenazado en la cabaña del bosque, el saltimbanqui de la función, el que tomé por el amo de la terrible bestia. Era el hombre que había querido que yo envenenase a alguien, no sabía quién.

Su mano se cerró sobre mi muñeca. No había conseguido escapar de él.

Me compró por catorce piezas de oro. Fui llevada, a lomos de un tarn, maniatada y encapuchada, a la ciudad de Puerto Kar, en el delta del Vosk.

En un almacén cerca de los muelles, me arrodillé con la cabeza agachada, a sus pies.

El hombre estaba allí y la extraña bestia y, para mi sorpresa, Haakon de Skjern también se encontraba presente.

—Conozco el hierro —dije—, y conozco el látigo. No pienso matar por vosotros. Podéis matarme, pero no mataré para vosotros. No os serviré.

Ellos no me azotaron, ni me amenazaron.

Me cogieron por un brazo y me llevaron hasta una habitación que había al lado.

Grité. Allí, con las muñecas atadas a unas anillas, había un hombre ensangrentado, con la cabeza caída sobre el pecho y desnudo hasta la cintura.

—Murieron once hombres —dijo Haakon de Skjern—, pero le tenemos.

El hombre levantó la cabeza y la sacudió para aclarar su visión.

—¿El-in-or? —preguntó.

—¡Amo! —gemí.

Me abracé a él.

Me miró.

—Soy de Treve. No manches mi honor —me dijo.

Me sacaron de la habitación tirándome del cabello, mientras la cabeza de Rask de Treve caía sobre su pecho de nuevo.

La puerta se cerró.

—A su debido tiempo —dijo el hombre más bajo—, recibirás un paquete con veneno.

Acepté con la cabeza, obnubilada. ¡Rask de Treve no podía morir! ¡No tenía que morir!

—Serás colocada en la casa de Bosko, un mercader de Puerto Kar —me dijo—. Entrarás a trabajar en la cocina de la casa, y serás usada para servir su mesa.

—No puedo —sollocé—. ¡No puedo matar!

—Entonces, será Rask de Treve el que muera —dijo el pequeño hombre, y Haakon de Skjern se echó a reír.

El hombre bajo me tendió un paquete pequeño.

—Éste es el veneno, un polvo preparado con veneno de serpiente.

Me estremecí. La muerte por veneno de ost, una serpiente, es una muerte horrorosa.

Me pregunté cómo era posible que odiasen tanto a aquel hombre, a Bosko de Puerto Kar.

—¿Lo harás? —me preguntó el hombre pequeño.

Asentí con la cabeza.

Entrar a servir en casa de Bosko de Puerto Kar no había resultado tan difícil como yo creía.

Fui vendida por quince monedas de oro a la casa de Samos, un mercader de esclavas de Puerto Kar. El propio Samos estaba de viaje por el Thassa, y fui adquirida por un subordinado suyo. Publius, el jefe de cocina de la casa de Bosko, se enteró mientras se emborrachaba en una taberna de Paga de que había una muchacha interesante, recién llevada a la casa de Samos, que había sido entrenada en los recintos de Ko-ro-ba y que llevaba la marca de Treve. También le dijeron que era bella.

Publius se sintió intrigado, además tal vez podría necesitar alguna muchacha más para la casa en la que servía, pues algunas de las anteriores iban a ser vendidas; sospecho que, por otra parte, no tenía muchas oportunidades de tener encadenadas a la pared de su cocina a muchas esclavas de placer al finalizar su jornada de trabajo.

El subordinado, aunque lo hizo en ausencia de su amo, pensando complacerle, me vendió por las quince monedas de oro que habían pagado por mí. Así que fui una especie de regalo de la casa de Samos a la casa de Bosko, con la que mantenía buenas relaciones. Al parecer, tanto Samos como Bosko eran miembros del Concejo de Capitanes, el máximo órgano de Gobierno de Puerto Kar.

Me gustaba la casa de Bosko, que estaba fortificada y era espaciosa y limpia. No me trataron mal, aunque me obligaban a hacer mi trabajo a la perfección. Mi amo, Bosko, un hombre enorme y fuerte, no me usó. Su esposa era la bellísima Telima, una

verdadera belleza goreana, ante la cual yo no me sentía más que una simple mujer de la Tierra y una esclava. Había otras bellezas en la casa: la esbelta Midice, de cabello oscuro, casada con un capitán, Tab; Thura, de cabello rubio, casada con un experto arquero, Thurnock; la pequeña Ula, de cabello oscuro, casada con el silencioso y fuerte Clitus. Había también una muchacha joven muy bella llamada Vina, casada con un joven delgado y fuerte que respondía por el nombre de Henrius, y que era considerado un experto luchador con espada. Había una muchacha más, Sandra, que era una danzarina libre. Y, por último, otra muchacha libre, de la Casta de los Escribas, que manejaba la mayor parte de los intrincados negocios de la casa. Era evidente que Bosko gustaba de las mujeres bellas, pero lo cierto es que se reservaba para su Telima.

—Trae vino, de prisa —exclamó Publius desde la cocina, mirándome.

A continuación desapareció.

Tomé el saquito de veneno del bolsillo de mi túnica y lo eché en el vino. Me habían advertido que había suficiente como para provocar una muerte horrorosa a cien hombres. Removí el vino y escondí el paquete.

Estaba listo.

—¡Vino! —oí gritar desde el otro lado de la pared.

Corrí hacia delante, hacia la mesa. Tan sólo pensaba servir a Bosko, él sería el primero y el último. No deseaba tener más sangre sobre mi conciencia.

¡Rask de Treve tenía que vivir!

Recordé cómo Haakon de Skjern se había reído de su cautivo. Me pregunté si Haakon, que era su mortal enemigo, le iba a poner en libertad. Temí que no lo hiciera, pero yo no tenía elección. Tenía que confiar en ellos. No podía elegir.

No le deseaba aquel veneno a nadie. Yo no quería envenenar a nadie. No sabía nada de todo aquello. No es que yo hubiera sido una buena persona, pero no era una asesina. Y a pesar de ello, tenía que matar.

Me acordé por casualidad de que mi madre había envenenado en una ocasión a mi perrito, porque había destrozado una de sus zapatillas. Se me llenaron los ojos de lágrimas.

—Elinor —dijo Bosko—, quiero vino.

Era una de las pocas personas en Gor que me llamaba por mi nombre tal y como se pronunciaba en la Tierra.

Me acerqué a él lentamente.

—¡Vino! —pidió Thurnock.

No me acerqué a él.

—¡Vino! —pidió Tab, el capitán.

Tampoco fui hacia él.

Fui hacia Bosko de Puerto Kar. Iba a ponerle vino en la copa, luego, sin duda me

apresarían y para la caída del sol, me torturarían y empalarían.

Bosko tendió la copa hacia mí. Los ojos de Telima se clavaron en mi persona; bajé la cabeza pues no podía sostener su mirada.

Le serví el vino. Recordé las palabras de Rask de Treve.

—Soy de Treve —me había dicho en el almacén donde estaba de pie atado a la pared—. No manches mi honor.

Se me saltaron las lágrimas.

—¿Qué ocurre, Elinor? —preguntó Bosko.

—Estoy bien, amo —me apresuré a responder.

Bosko de Puerto Kar alzó la copa para llevarla a sus labios.

Tendí la mano en dirección suya.

—No lo bebas, amo —le dije—, está envenenado.

Hubo gritos de furia, de enfado, y las copas se volcaron sobre la mesa. Los hombres y las mujeres se pusieron de pie.

—¡Torturadla! —oí gritar, mientras Thurnock sujetaba con toda su fuerza mis brazos a ambos lados de mi cuerpo.

—¡Que la empalen! —dijo otro.

La puerta de la entrada se abrió de par en par y por ella llegó un hombre de pelo blanco y pendientes.

—¡Es Samos! —oí comentar.

—Acabo de llegar en mi barco —exclamó—, y me he enterado de que una mujer, sin yo saberlo, ha sido introducida en esta casa. ¡Tened cuidado!

Me vio con las manos atadas a los lados del cuerpo, arrodillada sobre las baldosas. Publius, el jefe de cocina, llegó corriendo. Estaba pálido. Venía blandiendo una espada.

Bosko vertió el vino sobre la mesa, lentamente. Lo que yo había vertido comenzaba a caer sobre las baldosas.

—Seguid con la fiesta —dijo a los que se hallaban sentados a su mesa—. Tab, Thurnock, Clitus, Henrius, Samos: os agradecería que os reunieseis conmigo en mis habitaciones —vi que Telima llevaba un cuchillo. No me cabía la menor duda de que podía usarlo para cortarme el cuello si hacía falta—. Thurnock, suelta a la esclava —solicitó Bosko. Aquél hizo lo que le pedían y yo me puse de pie—. Elinor, tenemos que hablar.

Luego tendió su brazo hacia Telima para que ésta le acompañase. Como un autómata, les seguí hasta sus habitaciones.

Aquella noche unos hombres salieron rápidamente de la casa de Bosko. Le conté cuanto sabía y esperaba que, por consiguiente, me torturasen y empalasen.

—Ve a la cocina, puesto que hay trabajo allí para ti —me dijo cuando acabé de contarle lo que yo sabía.

Regresé a la cocina dando tumbos. Allí Publius, también atónito, me dio algo en que ocuparme. Aquella noche me encadenó a la pared con cadenas dobles.

—No pudimos salvar a Rask de Treve —me dijo Bosko a la mañana siguiente.

Bajé la cabeza. Estaba segura de que aquello acabaría así.

—Los de Treve son enemigos respetables —añadió. Y me sonrió.

Le miré temblando.

—Se había liberado él mismo. Cuando llegamos, ya se había ido —dijo Bosko. Le miré con los ojos abiertos de par en par.

—¿Y los otros? —pregunté.

—Encontramos sus cuerpos. Uno de ellos, con la funda de la espada vacía, fue identificado como el de Haakon de Skjern. Otro, el de un hombre pequeño, no pudo ser identificado. El tercer cuerpo era extraño, parecía el de una bestia enorme y desagradable.

Bajé la cabeza, sollozando histéricamente.

—Los cuerpos habían sido cortados en pedazos. Sus cabezas habían sido colocadas sobre estacas junto al canal. Habían tallado el símbolo de Treve en cada una de las estacas.

Caí de rodillas, llorando y riendo.

—Los de Treve —repitió Bosko como si lo supiera por experiencia— son enemigos respetables.

—¿Qué será ahora de mí? —pregunté.

—Estoy corriendo la voz por el campamento de Terence de Treve, un mercenario, de que hay en mi casa una muchacha cuyo nombre es Elinor.

—Rask de Treve ya no me quiere. Me vendió.

Bosko se encogió de hombros.

—La información que he recibido de los espías de Samos es que vino por su propia voluntad a Puerto Kar, y además solo, y que fue capturado aquí —me miró—. ¿Qué podía haber venido a buscar?

—No lo sé —susurré.

—Dicen que buscaba a una esclava llamada Elinor.

—Eso no puede ser cierto, porque cuando fui traída a Puerto Kar, Rask de Treve ya había sido apresado.

—Puede muy bien haber ocurrido, pues no había más que propagar por el campamento de Rask de Treve que tú estabas en esta ciudad. Y casi con seguridad eso era preferible para mis enemigos. Era mejor que tú no estuvieses aquí cuando él llegase por si te encontraba y se te llevaba y ellos no podían cazarle a él tampoco.

Bosko de Puerto Kar me miró.

—¿Estabas en algún sitio en el que pudieran localizarte cuando les hiciera falta, sin que pareciese que te poseían y tuvieran que identificarse contigo prematuramente,

a menos que alguien se diera cuenta?

—Durante meses serví como esclava en una taberna de paga.

—Puede que incluso vieran cuándo y a quién eras vendida en el Curúleo. Fue en el Curúleo, ¿verdad?

—Sí.

—Un sitio completamente público —me miró algo entristecido—. Una vez vi a una muchacha muy hermosa ser vendida en aquel lugar.

—¿Cómo se llamaba? —pregunté.

—Vella —me dijo—. Se llamaba Vella.

Bajé los ojos.

—Me da la impresión —dijo Bosko— que sólo cuando capturaron a Rask de Treve fue cuando te recogieron y te trajeron aquí a Puerto Kar, donde te utilizaron a su voluntad.

—Rask de Treve me vendió. No me quiere.

Bosko encogió los hombros.

—Ve a la cocina —me dijo—, allí hay trabajo para ti.

Me puse a disposición de Publius, que había querido dejar su empleo con Bosko, al ser tan inepto de adquirirme sin saber lo que se hacía y provocar yo casi la ruina de aquella casa; pero Bosko no quiso atender sus razones y alegó que sería difícil encontrar otro jefe de cocina como él. Por lo tanto, Publius siguió en la casa. Pero a mí no me dejaba ni preparar, ni servir la comida. Me vigilaba de cerca y por las noches me ataba con una doble cadena.

Al saber que Rask de Treve estaba vivo, no podía reprimir mi alegría y cantaba mientras realizaba mis trabajos. Además, aquellos que habían intentado utilizarme como una herramienta para conseguir sus propósitos, habían sido destruidos. No creía que mi amo, Bosko, acertase en sus conjeturas al decir que Rask de Treve había venido a Puerto Kar en mi busca, puesto que me había vendido. Sus informantes se confundían o se equivocaban. Había intentado apartar al guerrero de Treve de mi mente de vez en cuando, sin éxito. A veces, por las noches, las demás muchachas me despertaban o me hacían callar porque las molestaba al gritar su nombre en mis sueños. Yo le quería, con todo mi ser y toda la amargura de mi corazón. Pero él estaba vivo y no podía sentirme desgraciada. Podía sentirme sola, y deseosa de notar sus caricias, su boca, sus palabras, su mano sobre la mía, pero, dado que estaba vivo, no podía sentirme realmente triste. Cómo estar triste cuando, en alguna parte, él se sentía orgulloso, vivo y libre, y, sin duda, volvía a ser temerario y violento, festejando su victoria con sus compañeros y sus hermosas esclavas.

—Véndeme, amo —le supliqué una vez a Bosko, pues no deseaba permanecer en la casa en donde había estado a punto de cometer un crimen tan grande. Deseaba poder ir a algún sitio en el que no me conociera nadie, donde yo no fuera más que

otra muchacha con collar un ser anónimo en su sumisión y su degradación.

—Tienes cosas que hacer en la cocina —me dijo en respuesta a mi petición.

Regresé, pues a la cocina.

Llega la hora de que ponga fin a mi relato.

Lo he escrito a petición de mi amo, Bosko de Puerto Kar, de los Mercaderes, pero que sospecho fue antaño de los guerreros. No comprendo todo lo que he escrito, en el sentido de conocer sus implicaciones o el significado que otros más enterados que yo de ciertas cosas podrían darle. Creo, sin embargo, haber escrito mucho y con sinceridad. Mi amo me ha ordenado que así lo hiciera. Me he esforzado por cumplir sus deseos.

Soy más feliz ahora de lo que he sido, pero todavía suplico en alguna ocasión ser vendida. Tengo entendido que Rask de Treve vino ciertamente a Puerto Kar a buscarme y ello me proporciona una emoción indescriptible, aunque a la vez me produce una intensa tristeza y amargura, pues nunca le volveré a ver.

En la plaza, frente al Concejo de Capitanes, Rask de Treve se enfrentó a Bosko de Puerto Kar, exigiendo que yo le fuese entregada. Bosko, según me había dicho, fijó un precio de veinte monedas de oro para así, ya que es comerciante, obtener algo en la transacción. Pero Rask no compra mujeres, pues es de Treve. No importaba cuál fuera mi precio, su respuesta hubiera sido siempre la misma. Él toma a las mujeres. No las compra. Pero me da miedo pensar a veces que nunca saldré de aquí. Dicen que mi amo actual, Bosko, es un maestro en el arte de la espada, muy temido, y su casa es muy fuerte y hay aquí cientos de hombres que someten sus vidas y sus espadas a Bosko. Dada la situación de la casa, la personalidad de su amo y la guarnición acogida en su interior, Rask no puede traer aquí sus monturas de tarns desde Treve a la distante Puerto Kar tan sólo por una esclava, y además una acción semejante implicaría una guerra larga y sangrienta. Por desgracia, estoy segura en esta casa. Es mi casa y mi cárcel. Cuando Rask de Treve le exigió a mi amo que me entregase, éste blandió su propia espada y, en respuesta, dibujó en el suelo de la plaza una señal, la de la ciudad de Ko-ro-ba. Rask de Treve dio media vuelta y se alejó.

Ahora, por orden de Bosko, se me vuelve a permitir servir en el gran patio. Pero por la noche, Publius todavía me asegura a la pared con una doble cadena. Es un gran jefe de cocina y quiere a su capitán. La verdad es que no tengo nada en contra de sus precauciones.

He finalizado mi narración. Cada noche he de regresar a la cocina, a la hora decimonovena, para ser encadenada. Antes de esa hora suelo dar una vuelta por el muro de la casa de Bosk que da al delta. Miro sus pantanos que, bajo la luz de las tres lunas, son muy hermosos.

Y recuerdo a Rask de Treve.

18. EL EPÍLOGO DE BOSKO DE PUERTO KAR

Es ahora Bosko de Puerto Kar quien toma la palabra.

Desearía añadir una breve nota a este manuscrito que ha de ser transmitido a las Sardar.

Hace tiempo que no sirvo a los Reyes Sacerdotes. Debería quedar libre de su servicio. Samos habla conmigo a veces, pero yo sigo inamovible. Aun a pesar de ello, en el arsenal, Tersil el marino medio ciego y loco, construye un barco muy extraño para navegar hasta el fin del mundo y seguir más allá. Deseo con todas mis fuerzas que me dejen solo y en libertad. Ahora soy rico y respetado. Tengo muchas de las cosas por las que suspiraría un hombre, la hermosa Telima, considerable salud, una gran casa, vinos y propiedades, y delante mío, brillando sobre Thassa, el Mar. Deseo librarme de los Reyes Sacerdotes y de los Otros. No quiero saber nada de sus oscuros manejos y juegos. Yo sólo quiero vivir en paz, pero los Otros no están dispuestos a concederme el deseo. Han intentado matarme. Sé perfectamente que mi sola presencia pone en peligro a quienes me acompañan. ¿Qué debo hacer? ¿Qué puedo hacer?

Y me he enterado ahora, a través de la narración de Elinor, de que Talena, que fuera mi compañera una vez, puede que esté en los bosques del norte. He sabido también que las muchachas de Verna, la mujer pantera, fueron liberadas subrepticamente, y se cree que han huido al norte igualmente. Creo que en esto se puede ver la mano de Rask de Treve y quizás de la propia Verna, que también es una mujer muy poco usual. He hablado con Telima. A veces viene conmigo al gran torreón que defendimos hace tiempo y hay ocasiones en las que miramos hacia Thassa, el Mar, y yo a veces miro hacia el norte. Marlenus de Ar está preparando otra expedición a los bosques del norte para recuperarla y castigarla por su comportamiento tan insolente. Él no desconoce el hecho de que su hija es cautiva de Verna en esos bosques. Cuentan que está avergonzado de que haya acabado convertida en una esclava y que piensa liberarla y mantenerla secuestrada en Ar, para que su degradación no haya de ser públicamente expuesta. Sería imposible para la hija de un Ubar mantener la cabeza alta sabiendo que ha llevado el collar de un guerrero de Treve.

—Captúrala —me ha dicho Telima—. Quizás aún la amas.

—Te quiero a ti —le he dicho.

—Encuéntrela. Tráela aquí como esclava y escoge entre las dos. Si lo deseas lucharemos con cuchillos en los pantanos.

—Una vez fue mi Compañera Libre.

—Pero los dos sabemos que la relación se extingue si no se renueva, y de eso hace más de un año.

—Es verdad —he tenido que admitir.

—Además, os hicieron esclavos a los dos y eso, por sí mismo, disuelve el vínculo. Los esclavos no pueden unirse como compañeros.

La miré enfadado.

—¿No has olvidado el delta del Vosk? —me dijo molesta. Telima no resultaba agradable cuando estaba celosa.

—No —respondí—, no lo he olvidado.

Nunca olvidaría el delta ni mi degradación. Sabía que había traicionado mis códigos. Había preferido la ignominia de la esclavitud a la libertad de una muerte honorable.

—Perdóname, mi Ubar —me dijo Telima.

—Te perdono.

Miré los bosques del norte. Habían pasado tantos años. Me acordé de ella, Talena. Había sido un sueño en mi corazón, un recuerdo, un ideal de amor juvenil, que no había olvidado nunca, que aún brillaba, que siempre recordaría. Me acordé de nuestro primer encuentro, cuando la liberé de las cadenas de esclava para ponerle las mías. La recordaba bailando en mi tienda, bella y adorable durante el tiempo que duró nuestra Libre Unión como Compañeros en Ko-ro-ba, antes de que yo me despertase desconcertado en las montañas de New Hampshire. Nunca la había olvidado. Era imposible.

—Iré contigo —dijo Telima—. Yo sé bien cómo hay que tratar a las esclavas

—Si voy, iré solo.

—Como desee mi Ubar —dijo Telima, que dio la vuelta y se alejó, dejándome solo en la parte alta del torreón.

Miré hacia Thassa, los pantanos, y la luz de la luna. Thurnock subió los escalones del torreón. Llevaba consigo su arco y sus flechas.

—La *Dorna* —dijo—, la *Tela* y la *Venna* estarán preparadas para inspección antes del amanecer.

—Me siento solo, Thurnock —le dije.

—Todos los hombres se sienten solos de vez en cuando. Excepto cuando están acompañados por el amor, todos se sienten solos.

Miré hacia la pared que daba al delta, bordeando los pantanos. Pude ver a la muchacha, Elinor, dando su paseo por allí como solía hacer a aquella hora. Estaba preciosa.

—Es hora de que la encadenen en la cocina —dijo Thurnock.

—No hasta la hora decimonovena —le recordé.

—¿Le importaría a mi capitán acompañarme con una copa de paga antes de

retirarnos?

—Quizás, Thurnock. Quizás.

—Hemos de levantarnos temprano —señaló.

La vi allí, una figura solitaria, mirando por encima de la pared del delta.

—Los más solos —dije— son aquellos a los que el amor ha visitado y abandonado.

El ataque del tarn fue repentino. Llevaba días esperando que ocurriese. Surgió de una capa de nubes, como un trueno producido por el batir de sus alas.

La sirena de alarma sonó casi de inmediato. Se oyeron gritos.

Las garras del tarn golpearon la pared del delta y sin dejar de batir las alas se quedó sujeto allí, dando un grito y lanzando la cabeza hacia atrás. Vi durante un momento el casco del guerrero y su mano extendida hacia abajo. Oí gritar a la muchacha y la vi correr hacia la silla del tarn para cogerse a la mano.

—¡No! —le dije a Thurnock sujetando la flecha con mi mano y apartándola hacia un lado.

Me miró furioso.

—¡No! —le dije, tajante.

Vi la figura tocada con el casco volverse hacia atrás en la silla y, con un gesto imperioso, arrojar un objeto pesado y oscuro sobre el camino de piedra que había detrás del muro. Cuando mis hombres comenzaban a movilizarse y arrojar algunas de sus flechas de ballesta contra él, el tarn gritó, y batiendo las alas comenzó a alzarse hacia el oscuro cielo, hacia las lunas de Gor.

—¡Podía haberle atravesado! —exclamó Thurnock.

—¿Es un ataque? —oí gritar por detrás mío.

—¡No! —ordené—. ¡Volved a vuestros aposentos y descansad!

—¡Has perdido a la muchacha! —gritó Thurnock—. ¡Se la han llevado!

—Tráeme el objeto que ha arrojado sobre el camino de piedra detrás del muro del delta.

Thurnock fue a recogerlo y regresó con él. Era un enorme portamonedas, lleno de oro. Conté las monedas a la luz de la luna. Había cien y eran de oro puro. Cada una llevaba el símbolo de la ciudad de Treve.

—Thurnock —le dije—, tomémonos ahora esa copa de paga y retirémonos. Hemos de levantarnos temprano, pues la *Dorna* y la *Venna* y la *Tela* han de ser inspeccionadas.

—Sí, mi capitán —dijo Thurnock—. ¡Sí!